
coralia press
LA
SEDUCCIÓN
DE UN
VIZCONDE
V
NECESSARY ARRANGEMENTS
SADIE BOSQUE

La seducción de un vizconde

Un romance de Regencia

Serie *Necessary Arrangements*
Vol. 5

Sadie Bosque



SÍGUENOS EN

@coraliapress

@CoraliaPress

@coraliapress

A cada mujer a quien le arrebataron sus derechos. A cada mujer cuya libertad fue desafiada, su voz cuestionada, su cuerpo utilizado, su elección ignorada.A todas las mujeres.

Capítulo 1

Richard Lewis, vizconde Gage, yacía de lado, acariciando a la encantadora dama junto a él. La piel de ella era suave y de un blanco lechoso. Su cabello castaño oscuro yacía desordenado sobre su espalda. Él deslizó el dedo por su hombro y luego bajó hasta el redondeado trasero.

Los primeros rayos de sol se filtraban a través de las cortinas, iluminando sus hermosas curvas. Richard le pellizcó en la mejilla y ella gimió.

—¿Cómo te atreves? —murmuró la mujer contra la almohada—. Si vas a despertarme, al menos podrías hacerlo con suavidad.

—No te gusta la suavidad, si mal no recuerdo, a juzgar por lo de anoche —observó Richard —. Además, puedo ver tu precioso trasero resplandecer a la luz de la mañana, lo que significa que tú, querida mía, debes irte.

Justine —más conocida como lady Supe— se giró, dejando al descubierto sus turgentes pechos, su vientre plano y el sedoso vello entre sus piernas. El miembro de Richard se despertó al instante.

—¿De veras? —preguntó ella en tono perezoso.

Richard, con desgana, levantó la mirada hacia los labios carnosos y rosados.

—Bueno, quizás no en este momento —dijo con voz ronca.

Él se acercó a ella y le acarició el suave muslo, pero un sonido espantoso que podría confundirse con una manada de caballos galopando por el pasillo aplastó al instante el impulso sensual de Richard.

Este frunció el ceño y miró hacia la puerta. Los fuertes ladridos fueron seguidos por el grito de una niña y súplicas infructuosas para que el perro se calmara.

—¡Button, ven! ¡Ven! —imploraba la niña, y Richard soltó un suspiro.

Esta mañana no habría ningún final feliz. Al menos, no para Richard. Retiró la mano y se levantó de la cama.

Sintió que su erección se desinflaba, como al compás de un instrumento musical de tono bajo. No había peor manera de acabar con el apetito sexual de un hombre que tener un perro trotando por el corredor y luego escuchar los aullidos de una mocosa.

—Espera, Richard. —Justine hizo un puchero, con un fruncido adorable entre las cejas—. Vuelve a la cama.

Él se puso los pantalones con rapidez.

—Me temo que hoy no será posible.

Se vistió apresuradamente y esperó a que Justine se pusiera el batín de su marido. Ella se tomó su tiempo para cubrir sus exuberantes curvas con la prenda azul oscuro. Al fin fue al encuentro de él con un puchero en los labios e inclinó la cabeza para besarlo.

Richard se enderezó y se apartó ligeramente. Él nunca besaba.

Y mucho menos después del acto.

Los besos y caricias tenían un propósito: seducir.

Una vez consumado su objetivo, no había necesidad de mantener una intimidad extra.

—Adiós, Justine —dijo sin emoción.

Ella dejó escapar un suspiro contrariado.

—Algún día tendrás que abrir tu duro corazón a alguien —se quejó mientras se dirigía hacia la puerta.

—No lo creo —replicó Richard—. Estoy decidido a casarme pronto. Un matrimonio respetable. Te lo dije. Cualquier enredo solo dará lugar a complicaciones.

—Sí, sí, lo sé. —Justine suspiró de nuevo antes de salir de la habitación de Richard.

Él caminó hacia la ventana y se pasó una mano por su cabello despeinado.

No solo planeaba casarse. Ya había escogido a la candidata. De hecho, en este preciso momento, ella estaba en camino para unirse a la fiesta en la casa. Richard no se lo había dicho a nadie aún. Ni siquiera a su hermana Isabel, quien había organizado el festejo. La única persona que estaba al tanto de su decisión era el padre de la futura novia. Y también, suponía, la dama en cuestión.

Richard sabía que debía informar a su familia. Pero Isabel había tenido mucho trabajo en los últimos días.

Esta era su primera fiesta como marquesa de Vane. Ella se había casado hacía solo unas semanas y había tenido innumerables problemas mientras intentaba acomodarse a su papel de anfitriona. Además de dirigir una nueva casa, había tenido que lidiar con su esposo grosero y arrogante, su hija maleducada y un perro indisciplinado.

Richard podría habérselo dicho a sus otros hermanos, por supuesto. El menor, Adam, había estado con él en la finca Gage cuando Richard decidió quién iba a ser su esposa. Él ya había estado comprometido una vez, pero perdió a su prometida debido a que se desató un gran escándalo que involucraba a Isabel. A pesar del posterior matrimonio de esta y del hecho de que las cosas se hubieron calmado, Richard se sentía vulnerable al anunciar tan pronto su nuevo compromiso. Sin duda, esta era la razón principal por la que todavía no lo había hecho público.

Pero si él tenía que comunicárselo a su familia, este era el momento perfecto. Su hermano Alan había llegado de su viaje de tres años por el continente, y toda la familia estaba reunida por primera vez en años. Incluso su hermana menor, Samantha, había llegado con su pequeño bebé.

Y, sin embargo, él seguía prolongando lo inevitable.

Se había dicho a sí mismo que el motivo era porque todos acababan de llegar y aún se estaban instalando. Y también porque su prometida todavía no había llegado. Pero ¿y si no venía? ¿Y si había cambiado de opinión?

Pero solo eran excusas. Por alguna razón desconocida, temía anunciar su próximo compromiso.

Incluso a él le resultaba difícil entender su renuencia.

Se trataba de un acuerdo sin amor. No podía ser de otra manera, ¿verdad?

El amor era un cuento que la gente se contaba a sí misma para sentirse mejor al tener que pasar toda su vida con una sola persona. Y, en muchos casos, con alguien que no habían elegido.

Porque, por supuesto, no era una elección personal. El matrimonio era un contrato, un acuerdo comercial, y nada más. El amor no tenía nada que ver con ello.

El amor por otro ser humano no era algo real.

Richard apreciaba el vínculo familiar. Tenía cinco hermanos —ahora cuatro— a los que

quería mucho. Entendía el sentido de responsabilidad hacia sus hermanos y hermanas, el deber de cuidarlos y asegurarse de que tuvieran todo lo que necesitaban. También entendía la obligación de asegurar el legado de su padre. Esos sentimientos eran prácticos.

Sin embargo, el amor por un cónyuge era una tontería.

Entonces, ¿por qué se encaminaba arrastrando los pies hacia este compromiso en particular?

Richard soltó un profundo suspiro.

Quizás tenía algo que ver con esta espantosa fiesta. Desde el momento en que llegó, sus hermanas y sus maridos lo habían acosado, y todos parecían terriblemente felices... y enamorados.

Y quizás ese pequeño hecho había sacudido sus convicciones anteriores sobre el amor. Quizás, el amor existía, después de todo. Simplemente, no existía para él.

Richard hizo una mueca.

No. No era eso.

Nunca había anhelado el amor de una mujer. No se pondría sentimental por ello. Solo había una cosa que podía hacer que su corazón se involucrara. Y era la familia.

Ver a Samantha, su hermana menor, con su esposo y su encantador bebé, ver a Isabel con su recién estrenado marido y su nueva, aunque revoltosa hijastra, le recordaba a Richard la sensación de estar en el seno de una familia feliz y despreocupada.

La familia que fueron una vez.

Richard recordaba las mañanas bulliciosas en la casa de los Lewis, con sus padres intentando sin mucho éxito controlar a sus traviesos hijos; el caos absoluto mientras los niños corrían haciendo lo que les daba la gana. Su casa había estado llena de ruido y emoción.

Sus días habían estado llenos de bromas, risas y, sí, reprimendas. Pero también recordaba las noches tranquilas: sus padres sentados frente a la chimenea con sus seis hijos.

Unos tiempos más sencillos.

Y si antes había estado feliz de comprometerse con una completa desconocida y vivir bajo el mismo techo de forma amigable, pero independiente, como unos extraños, ahora estaba reconsiderándolo todo.

Richard apartó aquellos recuerdos sentimentales. Este estado de ánimo era algo pasajero.

Era un lapsus momentáneo de juicio; estaba seguro.

Endureció su corazón y cuadró los hombros. Necesitaba olvidarse de las imágenes de una infancia feliz y de sus padres sonriendo y arrullándose el uno al otro. Si no había experimentado el amor en sus treinta y seis años de existencia, no lo experimentaría ahora.

Además, el deber lo llamaba. Necesitaba casarse, y necesitaba hacerlo rápido.

Richard asintió resuelto para sí y se dirigió a la puerta. Tenía que encontrar a Isabel y hacer oficial su inminente compromiso.

La señorita Josephine Claremont, Jo para sus amigos, miró el reloj de la repisa de la chimenea a la vez que golpeaba nerviosa el suelo con su zapato.

Eran las doce y media. Debían haber terminado a las doce en punto. Sin embargo, allí estaban todos sentados, riendo y charlando mientras Jo no dejaba de observar el reloj.

La anfitriona de la fiesta les había concedido ese salón con el único propósito de hacer los ensayos. Y técnicamente, habían ensayado. Y ya habían acabado. Todo el grupo había cumplido para terminar sus ensayos a tiempo.

Bueno, no todo el grupo.

El único motivo por el que todavía estaban encerrados en esa sala era porque el actor principal, Mick, no estaba presente.

Por lo general, esto no sería un problema. Tenían suplentes por esta misma razón. Pero el sustituto de Mick, y de todos los actores masculinos, de hecho, había enfermado poco después de llegar a la finca Vane.

Como no viajaban con la compañía al completo para actuaciones tan pequeñas, no había nadie más que pudiera hacer el papel del protagonista.

Jo ya se habían acostumbrado a ensayar sin Mick. Pero, a medida que se acercaba el día de la actuación, no podían arriesgarse a que él lo arruinara todo. Había prometido venir hoy, pero no era famoso por cumplir sus promesas.

«¡Ese sinvergüenza!».

Jo había trabajado muy duro para cultivar relaciones con las damas de la alta sociedad. Mientras que las otras actrices concentraban su atención en los caballeros, en busca de un amante, Jo se enfocaba en las mujeres con un objetivo muy distinto.

Sabía que las mujeres eran el corazón de los hogares. Ellas eran quienes organizaban las fiestas, los conciertos y otros eventos, y eran quienes invitaban a los artistas a esos eventos. Y como Jo necesitaba ingresos adicionales para mantener su lujoso estilo de vida —o tan lujoso como podía permitirse—, no iba a dejar que Mick fuese un escollo.

¡Ella había escrito la obra; ella dirigía la obra! Lo mínimo que Mick podía hacer era asistir a los ensayos.

Quizás la próxima vez sería prudente hacer un espectáculo solo con actrices y deshacerse de aquel egoísta imbécil.

Ella no iba a permitirle que le privase del dinero que tanto le costaba ganar. Jo no tenía ningún otro ingreso para mantenerse. La mayoría de sus amigas actrices habían encontrado protectores y vivían de manera extravagante mientras podían. Mientras eran jóvenes y hermosas.

Bueno, Jo nunca haría eso. Ella sabía adónde la llevaría depender de los hombres. A la calle. Y no iba a volver a la calle.

Se levantó de forma resuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Jo, ¿adónde vas? —preguntó Selena, amiga y actriz como ella.

—A despertar a la bestia —respondió Jo por encima del hombro y salió de la sala.

Jo caminó decidida hacia la habitación de Mick. A todos los actores del grupo se les habían asignado hermosas alcobas el ala de invitados. Era cierto que la mayoría de ellos se veían obligados a compartirlas, pero no todas las casas los alojaban en habitaciones de invitados. La mayoría de las veces ocupaban los pequeños dormitorios de los sirvientes. Una cosa más de la que Mick podría quejarse.

Pero en esta ocasión, él no tenía motivo de queja. De hecho, Mick era el único que se alojaba solo. Comía bien, le pagaban bien. ¿Por qué insistía en torturar a Jo?

Para cuando ella llegó a la habitación, tenía las fosas nasales dilatadas y la cara enrojecida.

Abrió la puerta de par en par, dio un paso adelante y… se quedó paralizada.

Mick estaba acostado en la cama con la columna arqueada mientras una joven voluptuosa estaba sentada encima y con la cabeza inclinada sobre el miembro erecto de él.

La bilis le subió a Jo por la garganta. Reprimió las náuseas y se las arregló para mantener la compostura, hasta que se dio la vuelta, con las manos apretadas en puños.

—¡Oh, no te vayas, Jo! —la llamó Mick—. Únete a nosotros.

—Preferiría morir. O vomitar. O ambas cosas —dijo ella sin girarse.

—No seas exagerada —declaró él con calma.

—¿Exagerada? —Jo se volvió hacia Mick de nuevo, con el rostro deformado por el asco.

Se obligó a mirar su cara enrojecida y sudorosa, en lugar de su miembro igualmente rojo y húmedo. Su amante se levantó de la cama de un salto y comenzó a abrocharse el vestido. Jo la observó con decepción.

¡Era una criada! Y muy joven, además. ¡Parecía que apenas tenía dieciocho años!

«¡Oh, Mick, eres un cerdo!».

La chica hizo una reverencia rápida y salió de la alcoba.

—No seas celosa, querida —dijo Mick arrastrando las palabras —. He estado pensando en ti todo el tiempo.

—¡Mick! —escupió Jo—. ¡Te hemos estado esperando durante horas! ¿Cómo pudiste faltar al ensayo otra vez? Actuamos dentro de tres días. ¿Qué vas a hacer?

Mick se levantó, su miembro, ahora flácido, se balanceó con el movimiento. Jo contuvo el impulso de vomitar.

—Actuaré —respondió él—. No tienes por qué preocuparte. ¿Alguna vez te he fallado?

—¿Debería enumerar todas las veces que lo has hecho? —Jo levantó una ceja.

Mick avanzó hacia ella sin molestarse en cubrir su desnudez.

—Me deseas —dijo él—. Puedo verlo. La pasión arde en tus ojos. No puedes esperar a tenerme en tu cama, ¿verdad?

Jo apretó la mandíbula.

—Si no tienes respeto por mí, al menos preséntate a los ensayos por el bien de tus compañeros.

Mick se acercó aún más. Ahora estaba a solo unos centímetros de ella, con el torso a la altura de los ojos de Jo, irradiando un calor que la hacía sentir incómoda. Su olor la repugnaba.

Ella no se apartó. Mantuvo su posición como siempre lo hacía. Si mostraba incluso una pizca de debilidad, él la usaría en su contra. Nunca la dejaría en paz.

—Puedo ofrecerte mucho más que respeto. Puedo darte algo aún mejor. —Mick bajó la mirada de forma sugerente hacia su miembro tenso—. Eres tan frígida…, creo que necesitas relajarte… Necesitas un buen y prolongado revolcón.

Jo tragó saliva y arrugó la nariz.

—Quizás tengas razón —dijo dulcemente—. Por desgracia, no veo por aquí a ningún hombre que pueda proporcionarme ese buen y largo revolcón. —Lanzó una mirada despectiva al miembro de Mick y acto seguido se dispuso a darse la vuelta, pero él soltó un gruñido, se abalanzó hacia ella y se interpuso entre su cuerpo y la puerta.

Mick le dedicó una sonrisa torcida mientras su erección apuntaba a la cintura de Jo.

Esta se clavó las uñas en las palmas de sus manos, intentando no temblar, pero no pudo. Tal como estaba, su respiración se había acelerado, y sus senos rozaban el pecho de Mick.

Los labios de él se torcieron en una fea mueca.

—Relájate —dijo Mick mientras se apartaba—. No es como si fuera a hacerte daño.

Jo se apoyó en la puerta, intentando recoger los pedazos de su dignidad, y respiró hondo para calmarse.

—Tenemos una función en tres días...

—¿Quieres tranquilizarte? —Mick volvió a su cama y se tumbó—. Soy el mejor actor de Londres. No necesito ensayar mis diálogos. Preocúpate de que los demás sepan lo que tienen que

hacer y déjame en paz. Sé que te gusta sentirte superior, querida. Pero eso no funcionará conmigo. No con un hombre de verdad.

Jo se obligó a no lanzarle algo a la cabeza. Cualquier cosa. Un libro, una silla, lo que pudiera alcanzar. Pero juntó sus manos y las apretó con fuerza. Atacar al protagonista no ayudaría en absoluto a su causa.

«¡Un hombre de verdad, mis narices!».

«¡Un auténtico imbécil, tal vez!».

Se dio la vuelta sobre sus talones sin decir una palabra y salió de la habitación con paso firme.

Capítulo 2

En lugar de hablar con Isabel sobre su inminente condena —perdón, matrimonio—, Richard se vio de alguna manera coaccionado para jugar a los bolos en el jardín con los demás caballeros.

El tiempo era espantoso. Hacía un calor insoportable, y el sudor le corría por la espalda y el cuello sin ni siquiera levantar una ceja. Pero ahí estaba, friéndose al sol de la tarde mientras las damas se entretenían bajo sus sombrillas o se resguardaban a la sombra de los árboles.

Tal era el destino de un caballero: sudar y mostrar su hombría bajo cualquier circunstancia. Por lo general, Richard no se quejaría de una actividad así, pero hoy todo le irritaba. El sol era demasiado brillante; la hierba, demasiado verde; el juego, terriblemente aburrido. Todo iba mal.

Por supuesto, no podía achacarlo solo al clima en sí. Su malestar tampoco tenía que ver con sus compañeros de juego. Richard estaba inquieto porque sentía un peso sobre sus hombros que necesitaba descargar.

Miró a su alrededor, pero no vio a Isabel por ninguna parte. ¿Dónde se habría metido?

Mientras tanto, Vane, el marido de Isabel, lanzó la última bola y ganó el partido para su equipo. Gracias a Dios. El juego había terminado.

Richard caminó sin prisa hacia su cuñado y le dio una palmada en la espalda.

—No ha estado mal.

—Gracias —respondió Vane con aire distraído—. Gage, ¿te importaría vigilar a Millicent un rato? Isabel ha desaparecido y quiero encontrarla.

¿La pequeña e indisciplinada fierecilla? Richard no conocía bien a su nueva sobrina, pero sabía de ella a través de la correspondencia que le enviaba James, su ayuda de cámara. Y sus informes no eran nada halagadores.

Isabel se había casado recientemente en un matrimonio de conveniencia tras un ridículo escándalo. Richard no tuvo más remedio que enviar a un criado con ella para que velara por su seguridad y le pidió a James que le mantuviera al tanto de todo lo que ocurriera en la casa de Vane, temiendo que algo le sucediera a su querida hermana.

Richard había tenido miedo por Isabel. Después de todo, corrían rumores sobre la naturaleza violenta de Vane. Incluso se decía que este había asesinado a su anterior esposa.

Y aunque esos rumores fueran infundados, ya que Vane no parecía un hombre violento, su hija era bastante problemática.

Richard adoptó un gesto despreocupado y se encogió de hombros. No podía mostrar su desagrado por la niña, ¿verdad?

—Por supuesto —le respondió a Vane.

Richard se dirigió hacia el árbol bajo el que la pequeña fiera estaba sentada, riéndose a carcajadas mientras una de las actrices saltaba por ahí, haciendo pantomimas.

Richard se sentó junto a Millicent, y esta le lanzó una mirada de soslayo. Al parecer, su

desagrado era mutuo. Millicent se volvió hacia la actriz y se echó a reír de nuevo. Richard dirigió la mirada al cielo. Este día estaba resultando ser aún más tortuoso de lo que había anticipado. Soltó un suspiro y aceptó su destino una vez más y observó a la actriz.

La actriz, cuyo nombre no recordaba, si es que había llegado a escucharlo, estaba recitando una historia con un discurso exagerado mientras hacía muecas, saltaba y realizaba movimientos extraños.

Richard inclinó la cabeza hacia un lado. Tenía que admitir que era moderadamente divertida. El revoltijo de su cabello castaño no podía ser contenido con un simple moño, sobre todo con aquellos brincos, por lo que algunos mechones se habían escapado, acariciando su rostro con rizos saltarines y brillantes. Sus ojos resplandecían como dos estrellas, y su sonrisa opacaba la luz del sol.

Richard parpadeó y sacudió la cabeza. ¿Qué había sido eso? ¿De dónde había salido ese pensamiento?

—Nos quedan solo unos minutos antes de que todos regresen para refrescarse antes del té, así que, ¿qué os parece si jugamos a un juego? —dijo ella con alegría.

Los niños aplaudieron, y la actriz sacó una hermosa corona enjoyada de su bolsa.

—Vamos a jugar al juego del rey y el campesino. El rey o la reina lleva la corona, y el objetivo es atrapar al campesino sin perderla. ¿Quién quiere ser el primero?

Los niños aplaudieron de nuevo y todos levantaron la mano, gritando para ser elegidos.

—¿Qué os parece esto? Voy a cerrar los ojos y girar sobre mí misma. Contaréis hasta tres, y me detendré. A quien esté señalando será el jugador. Y luego él o ella elegirá a su contrincante. Así será más justo. ¿De acuerdo? —Ella sonrió mientras todos exclamaban que sí. Se cubrió los ojos con una mano, extendió el brazo y comenzó a girar.

—¡Uno… dos… tres! —contaron los niños.

La actriz se detuvo y abrió los ojos, señalando a uno de los niños.

El pequeño dio un salto y corrió hacia el círculo.

—¡Bien! Ahora, antes de empezar, tenemos que seleccionar un contrincante. Cierra los ojos y gira con el brazo extendido.

—¡Uno… dos… tres!

Cuando el niño se detuvo, su dedo apuntaba a Millicent. Millie saltó emocionada y se unió al niño dentro del círculo.

—Lucien es el rey y te perseguirá, Millie. Si te atrapa, gana él. Pero si pierde la corona… —La actriz se tapó la boca con la mano, como si estuviera revelando un secreto—. …O si logras quitársela, ganas tú.

Millicent soltó una risita y, al contar hasta tres, el juego comenzó.

Richard observó a los niños con expresión aburrida. Al fin, el niño corrió hacia Millicent, pero dejó caer la corona, por lo que perdió el juego.

Millicent recogió el trofeo y lo agitó en el aire, riendo con alegría.

—Muy bien —dijo la actriz, acercándose a ella—. Ahora busquemos a otro oponente. Esta vez, tú serás la reina.

Millicent giró mientras los niños contaban hasta tres de nuevo. Millie se detuvo, señalando con su pequeño dedo a Richard. Este le sonrió y levantó la mano para detenerla.

—Esto es un juego para niños, creo que este debería ser el elegido —declaró mirando a un chico que había a su lado.

El rostro de Millicent se ensombreció, y la actriz levantó una ceja.

—Oh, perdón, Alteza —dijo ella en tono burlón, mientras hacía una exagerada reverencia—, no me di cuenta de que los vizcondes son demasiado nobles para jugar con pobres campesinos.

Todos rieron, y Richard levantó una ceja. Millicent lo miró con gesto compungido, sin que Richard creyese lo más mínimo. La manipuladora y pequeña mocosa...

—Está bien. Jugaré —dijo al fin con resignación.

Richard se levantó y caminó hacia el círculo.

La actriz se mordió el labio.

—Creo que está claro que tenemos a un rey, ¿no os parece?

Millicent asintió vigorosamente mientras los niños seguían riendo.

—Por favor, incline la cabeza para que pueda colocarle la corona —le ordenó la actriz a Richard.

«Señor, dame paciencia», pensó Richard, pero hizo lo que se le pidió.

Millicent le sonrió radiante mientras él se enderezaba, con una pequeña y ridícula corona en la cabeza.

—Recuerde, si pierde su corona, pierde el juego —dijo la actriz.

Millicent rio con ganas y salió del círculo. Richard soltó un suspiro.

—A la cuenta de tres, empieza a correr —le dijo la actriz a Millicent.

—¡Uno… dos… tres! —gritaron todos, y Millicent salió corriendo hacia un lado. Richard dio un paso, y la corona casi se le cayó.

Todos se reían mientras él intentaba moverse con la pequeña joya falsa en la cabeza. Varias damas y caballeros comenzaron a acercarse, observando lo que ocurría.

Richard no quería perder. Por alguna extraña razón, sentía que eso lo humillaría delante de sus iguales. Aunque, ¿qué podría ser más humillante que perseguir a una niña con una ridícula corona en la cabeza?

—¡Oh, es todo un caballero, complaciendo los caprichos de su sobrina! —exclamó una dama a su derecha.

—¡Eh, Gage! ¿Es que te has cansado de relacionarte con adultos? —gritó Tyrone, uno de sus viejos conocidos.

Richard hizo una mueca y luego se lanzó hacia Millicent, logrando atrapar con éxito su corona.

Todos a su alrededor vitorearon y aplaudieron. El público había crecido considerablemente en esta ronda del juego.

Richard sintió cómo su cuello se calentaba, pero no podía mostrar su vergüenza, o nunca dejarían de tomarle el pelo. En su lugar, hizo una profunda reverencia.

—Siempre es un placer entretener a los invitados de mi hermana. —Se incorporó, lanzó una mirada amenazante hacia la traviesa actriz y retomó su asiento en el círculo.

—¡Ay, Jo! Cuéntamelo todo —dijo Selena a la vez que irrumpía en la habitación antes del baile de apertura de la fiesta. Ya estaba vestida, luciendo un vestido azul profundo con bordados dorados y guantes a juego.

Jo se estaba aplicando un poco de colorete en las mejillas. Como actrices, se esperaba que fueran más extravagantes que las otras damas. Después de todo, la gente estaba acostumbrada a verlas brillar en el escenario.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó Jo al apartarse del espejo.

—Sobre el vizconde —Selena alzó las cejas.

Jo parpadeó con inocencia.

—¿Qué vizconde?

—Oh, no te hagas la tonta conmigo. Sabes a quién me refiero. —Selena agitó una mano con desdén—. El apuesto vizconde al que hiciste bailar a tu son.

—Primero, no le hice bailar...

—Aún —la interrumpió Selena, con orgullo.

—Solo le hice perseguir a una niña.

Ambas estallaron en carcajadas.

—Eso debió de ser un espectáculo digno de ver. Ojalá hubiera estado allí —dijo Selena.

Jo inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Dónde estabas, exactamente?

—¡No cambies de tema! —Selena juntó las manos y apoyó la mejilla en ellas, mirando a Jo con una expresión soñadora—. Háblame del vizconde.

Jo soltó una risotada.

—No hay nada que decir. Jugó con su sobrina y la cuidó un rato, lo cual me pareció bastante encantador. Pero no parecía contento con ello. ¿Qué has oído, en cualquier caso?

—Solo que no es el tipo de hombre que se humilla delante de otros, y aun así lo hizo por una chica...

—Es su sobrina —dijo Jo con sequedad.

—¡Ellos se referían a ti!

Jo puso los ojos en blanco.

—No hizo nada de eso. Ni siquiera nos presentaron, y no me dirigió ni una palabra. Tal vez gruñó algo con enojo. Pero no importa, de todas formas. Sabes que no me involucro con aristócratas.

—Oh, pero tal vez deberías. Ese vizconde es guapísimo —dijo Selena.

Jo suspiró.

—Haré lo de siempre: coquetearé con todos, seré la perfecta actriz, y luego volveré a mi pequeña habitación y contaré el dinero que he ganado. Y, sinceramente, tú deberías hacer lo mismo.

Selena se enderezó al instante.

—No te prometo nada.

Richard estaba de pie en una esquina del salón de baile, rodeado por sus pares y discutiendo sus aspiraciones políticas para el próximo año, cuando ella entró en la sala.

La señorita Josephine Claremont.

Después de su pequeño juego, Richard había averiguado su nombre. ¿Cómo no iba a hacerlo? Todos los invitados cotilleaban sobre cómo una simple actriz —aunque hermosa y con carácter— había conseguido dominar al vizconde.

Por supuesto, ella no lo había hecho. Richard solo había interactuado con ella una vez, y solo por el bien de su sobrina, pero los rumores y las especulaciones se habían extendido por la fiesta como la pólvora.

No ayudaba que, aunque Richard tuviera muchas relaciones, ninguna de ellas fuera pública. Tampoco ayudaba que, al parecer, la señorita Claremont nunca estuviera oficialmente ligada a ningún hombre. Así que ahora todo el mundo murmuraba detrás de sus abanicos, observando la

reacción de Richard ante la llegada de Josephine al baile.

Antes, Richard se habría molestado por los cuchicheos. Habría actuado de manera brusca y tratado de desmentir los susurros. Pero ahora que sus hermanas estaban casadas, descubrió que los chismes no le importaban. Además, él también se casaría pronto. Estaría unido a una joven respetable, y ella le ayudaría a organizar fiestas similares mientras formaban una familia.

Tal y como estaban las cosas, Richard no veía ningún daño en divertirse un poco antes de eso.

Estudió a la señorita Claremont mientras ella atravesaba la sala con aire majestuoso, con sus faldas revoloteando alrededor de sus tobillos. Su vestido rojo acentuaba los tonos caoba de su cabello castaño. Ella sonreía a todos a su paso, un contraste relajante frente a las altivas damas aristocráticas.

De repente, Richard comprendió el atractivo de la mujer. La había visto en obras de teatro más de una vez, pero nunca se había fijado en ella realmente. Era alabada por su belleza inigualable y su talento excepcional, aunque él nunca le había prestado atención. No iba al teatro para ver una obra; era una excusa para cortejar a una dama o ponerse al día con los chismes. Ahora deseaba haber estado más atento.

Porque ahora los caballeros se alineaban a sus pies, suplicando un baile mientras intentaban captar su interés con su conocimiento de sus actuaciones o su amor por el teatro.

Richard no tenía nada de eso. No disfrutaba del teatro. No sabía nada de la señorita Claremont antes de hoy.

Pero sí sabía una cosa.

La señorita Josephine Claremont era absolutamente hermosa. Y sería suya. No había duda alguna.

—Discúlpenme, caballeros. —Richard inclinó la cabeza hacia sus amigos y se alejó, con la mirada fija en la bella actriz.

Richard avanzó con confianza entre la multitud, obligando a todos a retroceder y abrirle paso.

La señorita Claremont, al notar que la gente se apartaba, levantó la cabeza y sonrió al ver cómo él se aproximaba a ella.

Richard hizo una reverencia.

—Señorita Claremont.

—No creo que nos hayan presentado formalmente —respondió ella.

—Vizconde Gage —dijo él. Luego le tomó la mano y le besó con delicadeza los nudillos—. Soy un admirador de su trabajo desde hace tiempo.

Ella alzó una ceja.

—¿De veras?

—Sí, disfruté bastante cuando me convirtió en el blanco de sus bromas esta mañana.

Ella se rio con un sonido musical y encantador, y se abanicó mientras lo observaba por debajo de las pestañas.

—Pensé que en realidad disfrutaba complaciendo el capricho de su sobrina.

Richard se inclinó más cerca de ella y susurró:

—No tanto como disfrutaré complaciendo todos sus caprichos. Empezando por este baile —añadió en un tono más alto.

La señorita Claremont no apartó la mirada de él.

—¿Seguimos hablando de mis caprichos o de los suyos?

Richard se encogió de hombros.

—¿Importa? Un vals es lo mínimo que me debe.

—¿Que le debo? —Ella arqueó una ceja—. Así que su invitación no tiene nada que ver con complacerme a mí.

Richard frunció los labios.

—Tal vez después —dijo él en voz baja, y tuvo la satisfacción de ver cómo la piel de ella se erizaba—. Pero primero, no le importaría tener piedad de mí, ¿verdad? Después de todo, hoy me humilló delante de mis conocidos.

—¿Humillarle? —bufó ella.

Richard asintió con firmeza.

—¿No lo cree así?

—Yo diría más bien que borré su reputación de viejo gruñón, por lo que debería de estarme agradecido. Además, quizá no lo sepa, pero muchas damas encuentran encantadores a los caballeros que son atentos con los niños.

—¿Sí? —Richard sonrió lentamente—. ¿Es usted una de esas damas?

Ella se inclinó hacia adelante, con un brillo juguetón en los ojos.

—Me temo que soy una de las damas que sabe que usted no estaba inclinado a ser atento hasta que le obligué.

Richard soltó una carcajada.

—Nadie puede obligarme a hacer nada que yo no quiera.

—Ah, entonces, según ese razonamiento, no le humillé. Se humilló a sí mismo porque quiso.

Richard se rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Es usted bastante astuta, señorita Claremont.

Ella se mordió el labio.

—Tengo que serlo, milord.

Richard inclinó la cabeza, reconociendo que la señorita Claremont había ganado esa ronda. Pero no estaba dispuesto a ceder.

—Entonces, ¿qué tal si me concede un baile para calmar mi ego herido?

La señorita Claremont frunció los labios mientras lo estudiaba con curiosidad.

—Muy bien —accedió al fin—. Un solo vals.

Richard sonrió ampliamente. «Un solo vals».

Capítulo 3

Jo sonrió con cortesía a los caballeros con los que bailaba y se dedicó a mantener conversaciones educadas, pero su mente no estaba con sus acompañantes. Sus pensamientos seguían volviendo al enigmático joven vizconde que no dejaba de mirarla durante todo el baile.

Era una falta de educación, como mínimo, mirarla con tanto descaro, pero a él no parecía importarle. Sus ojos azul oscuro la observaban desde una esquina del salón de baile, devorándola con la mirada.

Era joven, apuesto y viril. Su postura era recta, y su actitud, arrogante, como si fuera el dueño de todo y todos en el salón. Unas cuantas hebras plateadas en su cabello le añadían un aire de confianza, madurez y experiencia, que prometía desatar sobre ella con esa mirada. Aunque resultaba halagador recibir toda su atención, Jo se sentía como si fuera la presa de una cacería. Como si él fuera el león y ella el ciervo. Y esa sensación, aunque un tanto inquietante, también le resultaba excitante.

Había aprendido un poco más sobre él durante el baile, recogiendo murmullos aquí y allá. Sus compañeros no tenían nada malo que decir de él, y no había chismes asociados a su nombre, salvo los escandalosos matrimonios de sus hermanas. Y, aun así, él destacaba como un hermano solidario y un caballero amable, cabeza de familia.

Realmente, parecía un caballero de los de verdad. Excepto porque los caballeros de verdad no miraban a las actrices con tanto descaro, como si quisieran llevárselas en mitad del salón de baile. Estaba claro que lo que el vizconde buscaba era divertirse un poco durante la fiesta. Pero tendría que buscar a otra dama para saciar sus apetitos.

Jo no se involucraba con aristócratas por una razón.

¿O sí?

Volvió a mirarlo de reojo. Seguía observándola. ¡Qué descarado!

Jo giró sobre sí misma y se volvió hacia su compañero de baile, que hablaba algo sobre sus caballos.

—¡Qué fascinante, lord Pelham!

Lord Pelham le sonrió, radiante, y continuó con su monólogo.

Le quedaban diez días más de aquella fiesta. No haría daño coquetear un poco con un vizconde encantador, ¿verdad? Josephine se estremeció por dentro.

«Eso pensé la última vez».

Sacudió la cabeza, intentando aclarar sus ideas. No, la última vez pensó que estaba enamorada… Y lo más importante, creyó que él también lo estaba. Ahora tenía más experiencia. Seguro que no cometería el mismo error.

«¿Qué estoy haciendo?»

Era bastante obvio lo que estaba haciendo. Estaba buscando excusas para coquetear con el

cautivador vizconde.

El baile terminó, e hizo una reverencia, abanicando con vigor sus ardientes mejillas. Tenía que tomar una decisión rápido. Porque el vizconde se acercaba hacia ella con paso decidido.

Su actitud era muy distinta a la de cualquier otro lord. Era un vizconde, no un duque. Ni siquiera un conde. Y, aun así, la gente se apartaba para dejarle paso.

Josephine tragó saliva.

Esa arrogancia, junto con la belleza del hombre, siempre auguraban problemas para las mujeres. Se detuvo justo frente a ella y extendió el brazo.

—¿Bailamos?

¿Debían hacerlo?

Josephine parpadeó y sonrió.

—Bailamos.

Colocó su mano sobre la manga de él, y él la condujo de nuevo a la pista de baile. La gente los observaba con curiosidad, inclinando las cabezas unas hacia otras, sin duda murmurando sus suposiciones sobre la pareja.

A Josephine no le importaban los cotilleos la mayor parte del tiempo. Solían emparejarla con distintos lores cada semana, pero ninguno de los rumores se consolidaba. Al menos, hasta ahora.

Era muy cuidadosa a la hora de prestar la atención justa a distintos hombres para que ninguno se sintiera señalado por ella.

De alguna manera, esta vez se sentía diferente.

Y se sintió aún más diferente cuando sonaron los primeros acordes del vals y el vizconde la envolvió en la danza.

La mano de él ardía a través de las capas de ropa en su espalda, mientras que la otra sostenía la suya con firmeza, aunque con suavidad. Y su mirada…

Bueno, ese hombre la estaba mirando directamente al alma.

—Espero que esto sea suficiente penitencia para compensar la humillación que supuestamente sufrió —dijo ella con una sonrisa, intentando romper el incómodo silencio.

Lord Gage frunció el ceño, pensativo.

—Todavía no.

Jo alzó una ceja.

—¿Todavía no?

Giraron, mientras las luces y la gente se desdibujaban en el fondo. Solo un par de ojos azul oscuro permanecían constantes en su visión.

—No. Estaba pensando que quizás estaría dispuesta a una asociación más larga.

A Jo se le encogió el estómago. Ahí estaba.

—No creo que pueda complacerle —dijo con una sonrisa cortés.

—Ni siquiera sabe lo que iba a proponerle —replicó él.

—Creo que me hago una idea, mi lord —dijo Jo con dulzura.

—¿De veras? ¿Y cuál es?

—Una relación —dijo Jo, alzando una ceja en señal de desafío.

—No esperaba que respondiera de manera tan directa —dijo él con una sonrisa de disculpa.

—No soy el tipo de mujer que se hace la tímida.

—No, no lo es —coincidió él, con una mirada inescrutable.

La hizo girar de nuevo. Su mano se tensó en su espalda, acercándola más a su firme cuerpo.

El calor que emanaba de él la debilitaba, y su aroma… Bueno, era bastante embriagador.

—Sin embargo, no estaba hablando de una relación.

—¿No lo estaba? —Ella alzó una ceja con incredulidad.

—No. De hecho, encuentro esa palabra bastante… desagradable.

—¿La palabra? ¿O su significado?

Él soltó una risa. Su voz grave hacía cosas inconcebibles en las partes más íntimas de Jo. Un enjambre de mariposas revoloteó en su estómago, y se sintió decididamente incómoda.

—Me parece bastante vulgar, ¿no le parece? Aunque la perspectiva es bastante atractiva, especialmente con usted. Pero quizá deberíamos empezar con una amistad.

Ahora fue Jo quien rio.

—¿Una amistad? ¿Entre una actriz y un vizconde?

—¿Por qué no? —Él se encogió de hombros.

—Porque usted querría más.

—¿Y usted no?

Jo se mordió el labio y negó con la cabeza.

—No lo haría. —Incluso si lo quisiera, no lo permitiría.

Lord Gage se echó hacia atrás como si ella le hubiera herido, con los rasgos faciales teatralmente tensos.

—Me ofende.

«Vaya seductor», pensó Jo.

—Estoy segura de que sobrevivirá —replicó esta con una sonrisa.

Su mirada se tornó seria por un momento antes de replicar:

—Quizás. Pero ¿querré hacerlo?

Jo soltó una carcajada.

—Debo admitir que posee un gran encanto, mi lord. Pero ningún encanto en el mundo será suficiente para persuadirme de entablar una… amistad con usted.

Lord Gage la hizo girar de nuevo, desdibujando su entorno, nublando sus sentidos.

—¿Cómo puedo hacerla cambiar de opinión?

Ella tuvo que reunir sus pensamientos antes de poder responder. Jo sonrió con tristeza.

—No puede.

Él soltó un suspiro.

—Bueno, al menos lo intenté.

—Lo hizo —asintió Jo—. Y fue un esfuerzo admirable.

Fue una suerte que ella lo rechazara, pensó Richard mientras acompañaba a la señorita Claremont fuera de la pista de baile e inclinaba la cabeza profundamente. No podía permitirse enredos en este momento. Pronto se casaría.

Pero, en lugar de alivio, sintió como si un nudo se apretara alrededor de su cuello. Quizás esta pequeña indiscreción con la actriz era su naturaleza rebelde intentando salir una última vez antes de atarse oficialmente a una dama respetable.

Una dama a la que nunca había conocido. Una dama que quizá ni siquiera le agradaría.

Frunció el ceño. ¿Qué importaba? Mucha gente se casaba por conveniencia. Muchas personas llegaban a quererse y respetarse mutuamente en el matrimonio. Y el padre de su futura esposa, el señor Fowley, era un buen amigo de su propio padre.

Era un caballero.

También estaba en problemas financieros. Sin dote ni dinero para la temporada, sus hijas eran inmarcesibles.

Richard estaba salvando al amigo de su padre, y resolviendo su propio problema de una sola vez. Debería olvidarse de la señorita Claremont, de su piel blanca como el mármol, de su espeso cabello castaño, de su audaz desparpajo y de su exuberante deleite por todo.

Alzó la vista para verla mirándolo. Levantó una ceja, y ella se volvió de inmediato, con las mejillas encendidas.

Claramente, estaba interesada en él.

Richard dejó escapar un suspiro. Necesitaba armarse de valor y contarle a su hermana sobre su inminente compromiso. Tenía que empezar a comportarse como un futuro esposo.

Lanzó otra mirada furtiva hacia la cautivadora actriz.

¿De verdad debía hacerlo?

¿Qué daño podría hacer una noche de pasión? Aún era un hombre libre. Ella era una mujer apasionada. Podrían darse el lujo de una noche juntos, ¿no?

Richard gruñó internamente y se dio la vuelta. Necesitaba encontrar a Isabel. Rápido.

Tomó una copa de vino de la bandeja de un sirviente que pasaba, vació el contenido en unos pocos segundos y se dispuso a buscar a su hermana.

«Ojalá fuera tan fácil encontrar a la anfitriona durante su propio baile de bienvenida en la fiesta de la casa», pensó Richard sombríamente mientras se dirigía al jardín. Isabel no estaba en el salón de baile, ni en el guardarropa, y, al parecer, tampoco en el jardín.

¿Dónde se había metido?

Su esposo tampoco estaba por ningún lado. Los invitados empezaban a murmurar.

Por suerte para todos, la duquesa de Somerset asumió el papel de anfitriona esa noche con la ayuda de Sam, la hermana menor de Richard.

Y en cuanto a Richard...

Se sentó en un banco de piedra en el jardín y bajó la cabeza entre las manos.

Quizás era la providencia de Dios.

Soltó una risa sombría.

O quizás solo estaba buscando una excusa para retrasar la confesión de que estaba a punto de comprometerse.

¿Por qué evitarlo? Iba a suceder, contara o no a alguien. Su prometida estaba en camino a esta fiesta en ese mismo momento. El acuerdo ya estaba hecho, aunque no se había redactado ningún contrato, pero bien podría haberse hecho.

Richard no podía romper el acuerdo de un caballero. No es que realmente quisiera hacerlo. Necesitaba una esposa. Era su deber casarse.

El susurro de una tela y unos pasos suaves resonaron en el rincón.

Genial. Alguien le había encontrado.

Richard se incorporó justo cuando una dama entraba en el rincón de las rosas. No. No era una dama.

Era la señorita Josephine Claremont.

—Perdón, mi lord. No sabía que había alguien aquí —dijo ella mientras miraba a su alrededor.

—No es necesario disculparse. Tiene tanto derecho a ocupar este espacio como yo. A menos, claro, que haya venido aquí para una cita —Richard arqueó una ceja.

Ella soltó una risita.

—No, nada de eso.

—Entonces… —Richard se hizo a un lado, señalando el espacio libre a su lado en el banco.

La señorita Claremont miró de nuevo alrededor y luego se sentó con cautela a su lado—. ¿Está evitando a las señoritas casaderas?

Richard se rio.

—No, en realidad. Ellas me están evitando a mí.

La señorita Claremont soltó una carcajada, musical y hermosa.

—¿Por qué lo harían? Es uno de los solteros más codiciados de esta temporada.

Richard levantó una ceja.

—¿De veras?

—Mucho. Con Lord Vane casado, usted es uno de los principales contendientes.

—Bueno, Vane es la razón por la que me quitaron del pedestal. ¿No oyó hablar del gran escándalo del año pasado? Perdí a una novia por su culpa.

Los ojos de la señorita Claremont se abrieron con sorpresa.

—¿De veras? ¿Cómo?

Richard se recostó sobre las manos.

—Pues bien, Vane se topó con mi hermana en el pasillo, justo fuera del salón de baile de la duquesa de Somerset, y la pareja acabó patas arriba.

La señorita Claremont volvió a reírse.

—¿Y qué pasó después?

—Convenientemente, un par de viejas chismosas salieron del salón en ese preciso momento y asumieron que estaban presenciando una aventura bastante descarada.

—Oh, no. ¡No puede ser! —Los ojos de la señorita Claremont brillaban con diversión.

Richard hizo una pausa para tomar aire. Carraspeó y forzó la mirada a apartarse de ella.

—Sí, y, como es natural, el escándalo siguió. Isabel se negó a casarse con Vane al principio, y eso resultó en nuestra espectacular caída en desgracia.

—¿Por qué no insistió en el matrimonio? —preguntó ella, bastante curiosa.

Richard se encogió de hombros.

—¿Y hacer que mi hermana sea miserable? ¿Todo porque dos viejas cotorras no podían guardar silencio? Me pareció bastante injusto.

—Pero ella se casó con él al final —dijo, haciendo un gesto amplio con la mano, abarcando los jardines y la casa.

—Lo hizo. Y espero que no llegue a arrepentirse. Aunque, sorprendentemente, parecen haberse enamorado —Su voz sonó amarga incluso para él.

—¿No cree en el amor?

Richard tragó saliva. Era una pregunta difícil. Una para la que ni siquiera él sabía la respuesta.

—Creo en mi hermana cuando dice que lo que siente es amor. Supongo que simplemente no creo que su esposo sea digno de ello.

La señorita Claremont volvió a reírse.

—Creo que sería mejor para su tranquilidad creer que realmente están enamorados.

Richard soltó un bufido.

—Sí. Y creo que mi hermana lo sabe.

La señorita Claremont inclinó la cabeza hacia un lado y lo estudió con el ceño fruncido.

—¿Cree que ella finge su alegría para que usted no se preocupe?

Richard se encogió de hombros.

—Es posible. ¿Cómo voy a saberlo?

Ella sonrió de repente, sus labios formando una hermosa curva.

—Creo que solo necesita verlos una vez para saber que el amor entre ellos es real.

Richard soltó una carcajada ronca.

—Nunca la tomaría por una mujer que creyera en un sentimiento tan sentimental.

Ella frunció los labios.

—No estoy tan cínica como usted, mi lord. Creo que el amor existe. Simplemente no creo que sea un sentimiento adecuado para mí.

Richard frunció el ceño, intentando adivinar sus motivaciones, pero no pudo. Ella era un libro cerrado para él.

—Cree que el amor no es para usted y tampoco lo son los romances. ¿Qué sentimientos son los suyos, señorita Claremont?

Ella se rio, pero no respondió. En su lugar, se recostó sobre las manos y echó la cabeza hacia atrás, mirando las estrellas.

Richard estudió la suave curva de su cuello, sus labios carnosos y bien formados, durante un largo momento, antes de adoptar la misma postura y mirar al cielo.

Abrió los brazos para acomodar mejor su peso y rozó su dedo meñique contra el de ella. Accidentalmente... al principio.

Levantó el dedo y volvió a rozar su piel. Ella no dijo nada. Como si no se hubiera dado cuenta. Pero él sabía que lo había hecho. Su respiración se entrecortó y su piel se erizó.

Poco a poco, su segundo dedo comenzó a hacer círculos sobre sus nudillos. Ella movió los dedos, rozándolos contra los de él.

Richard se volvió más atrevido y cubrió su mano con la suya. Ella no dijo nada. Era como si no lo hubiera notado. Excepto que abrió los dedos hasta que se entrelazaron con los de él. Richard sonrió, mientras su pulgar seguía acariciando su piel.

—Me encanta observar las estrellas —dijo ella con un suspiro.

Un lado de la boca de Richard se curvó en una sonrisa.

—Sam, mi hermana menor, estaba interesada en la astronomía. Le encantaba. Devoraba los libros. Nuestro padre incluso le compró un telescopio.

—Qué maravilloso. ¿Y a usted? ¿Le gustaba la astronomía también?

Él se encogió de hombros.

—La observé con ella unas cuantas veces. Me interesaba más la biología marina.

—¿De veras? —Ella se giró hacia él, sus ojos se abrieron con sorpresa.

Él sonrió.

—De veras. Bueno, al principio solo quería ser pirata.

La señorita Claremont rio de forma musical.

—¡No puede ser!

—Pues sí —dijo Richard—. En mi defensa diré que solo tenía ocho años y me fascinaba el mar y las criaturas marinas. Pasaba días y noches devorando enciclopedias... Quería ser científico.

Ella le sonrió.

—¿Y qué pasó después?

Richard se tensó.

—No estaba destinado a serlo. Estaba destinado a convertirme en vizconde.

La señorita Claremont frunció el ceño.

—¿No podría haber sido ambas cosas?

Richard se movió con incomodidad.

—No tuve tiempo suficiente para dedicarme a mis estudios una vez que empecé a hacerme cargo de las propiedades. Y resultó ser lo mejor. Mi padre estuvo enfermo durante algunos años antes de su muerte, y si no hubiera estado preparado, si hubiera vagado por los mares como soñaba, no habría habido nadie competente para continuar su labor.

Ella no dijo nada. Lo miró con su intensa mirada chocolate durante un momento antes de volver a girarse hacia el cielo. Permanecieron en silencio durante un rato, contemplando el hermoso y raro cielo despejado. Una ligera brisa sopló desde un costado, trayendo consigo el maravilloso aroma de la señorita Claremont. Agua de rosas.

Richard se volvió y estudió su rostro. Ella tenía la cabeza inclinada hacia atrás mientras miraba hacia el cielo, dejando su cuello suave y blanco al descubierto ante su mirada. Sus labios carnosos estaban fruncidos en un gesto pensativo.

—¿Alguna vez ha querido ser alguien que no podía? —preguntó Richard.

—Hum... —murmuró ella, con reflexión—. Supongo que sí. Quería ser la reina de Inglaterra.

Ambos estallaron en carcajadas.

—Pero era más bien como su fantasía de pirata —dijo Jo—. Era joven. Mi madre... eh... trabajaba todo el tiempo.

Richard notó la leve vacilación.

—¿También era actriz?

La señorita Claremont tragó saliva y asintió.

—Al principio, sí —. Bajó la cabeza y se volvió hacia él—. Pero nunca quise ser científica. Supongo que quería ser escritora. Crear mundos desconocidos me parecía tan romántico a mi joven mente como ser biólogo marino le parecía a usted... En cambio, comencé a escribir obras de teatro. Así que, en cierto modo, me convertí en lo que quería ser. Aunque mis obras sean solo para pequeños públicos como estos.

—¿Por qué no crear algo para un gran escenario?

Ella sonrió con tristeza.

—Porque soy mujer.

Richard parpadeó. ¿Qué tenía eso que ver?

—Es usted una de las mejores actrices de Londres. Sus obras son extremadamente populares entre la alta sociedad, si lo que dice mi hermana es cierto. No puedo creer que no pueda persuadir al director del teatro para que represente su obra.

Ella lo miró con curiosidad.

—Su hermana es hermana de un vizconde y esposa de un marqués. Organiza las mejores fiestas de la alta sociedad, si los chismes son ciertos. ¿Puede persuadir a los señores para que cambien la ley?

Richard resopló.

—Eso es diferente. Las mujeres no tienen lugar en la política.

El rostro de la señorita Claremont cambió al instante, levantando una ceja.

—Sí, y las mujeres tampoco tienen lugar en la escritura o en la dirección. Al menos, no según los hombres. Y aunque no es ilegal ser una dramaturga, los hombres siguen siendo los guardianes de las puertas.

Richard hizo una mueca. Claramente, la había ofendido. En realidad, Richard nunca había pensado en esas cosas. Había oído muchas veces de otros hombres que las mujeres no tenían lugar en la política, y eso se había grabado en su mente. Nunca había visto a una mujer en la política. Nunca había oído hablar de una que quisiera estar en la política.

Bueno, estaba la Duquesa de Somerset. Y, según su esposo, era ella quien administraba las propiedades y tomaba todas las decisiones importantes. Sin embargo, no se le otorgó un asiento en el Parlamento, no porque no quisiera... ¿Lo quería? Richard se dio cuenta de que no lo sabía y nunca se había molestado en preguntar.

—Perdone. No quería decirlo de esa manera.

Ella se sobresaltó, luego sonrió.

—No le veía como el tipo de hombre que se disculpa.

Una risa salió de los labios de Richard.

—Y, por lo general, tendría razón. Pero, verá, tengo hermanas. Y son brillantes y de voluntad firme. Apostaría a que podrían dirigir el Parlamento, tal vez mejor que la mayoría de los hombres. Siempre asumí que no tenían interés en la escena política. Nunca mostraron interés.

—¿Y si lo hubieran mostrado?

—Si hubieran mostrado interés, probablemente les habría dicho que se casaran y luego llevaran a cabo su voluntad a través de sus esposos.

El rostro de la señorita Claremont se ensombreció.

—¿Es porque las mujeres no pueden hablar por sí mismas?

—No, porque nunca se ha hecho. Porque sería escandaloso y estarían renunciando a su oportunidad de casarse. Ahora que están casadas, pueden plantearlo con sus esposos.

La señorita Claremont retiró su mano de la de él.

—Todo se trata de esposos, ¿verdad? Cuando le mostré mis obras al director del teatro, el señor Hart, ni siquiera las miró. Dijo que no era el papel de una actriz seleccionar nuestras obras. Ni siquiera las miró. Cuando le dije que actuábamos en funciones privadas, se rio y dijo que mis historias podrían ser entretenidas para fiestas privadas, pero que no pertenecían a un gran escenario. Pero si estuviera casada, y mi esposo presentara las obras, probablemente serían aceptadas o al menos leídas. Pero también se asumiría que él era el autor principal y yo solo una asesora. Incluso si mi esposo fuera un viejo tonto incapaz de juntar dos palabras.

—Sin embargo, yo, una actriz que ha actuado y escrito unas pocas docenas de obras, soy considerada incompetente por hombres que no han hecho ni una cosa ni la otra. Y por eso nunca lo haré. No me casaré, y no presentaré mis obras a un director con otro hombre llevándose todo el mérito. Prefiero actuar durante estas pequeñas fiestas y mantener mi voz —. Hizo una pausa, luego bajó la cabeza—. Perdone por mi arrebato.

Richard se echó a reír.

—No le veía como el tipo de mujer que se disculpa.

Ella sonrió con dulzura.

—Y, por lo general, no lo hago. Pero tampoco suelo desahogar mis frustraciones con un lord durante una fiesta. Mi trabajo es entretener.

¿Trabajo? Solo era un trabajo para ella, ¿verdad? Richard frunció los labios. Le gustaba el fuego que había detrás de esos ojos oscuros, como el café, que lo miraban, y no quería que se disculpara por compartir sus pensamientos y frustraciones. Lo encontraba bastante refrescante. Extendió la mano y tomó la suya, acariciando sus nudillos con el pulgar.

—¿Y si le ofreciera una tregua de su trabajo?

Ella lo miró como si intentara resolver un enigma.

—¿Cómo así?

—Como hermano de la anfitriona, le doy permiso para no sentir la presión de entretenerme cuando esté conmigo. Es libre de dejar caer su fachada y ser usted misma.

Ella soltó una risita.

—Puede que no le guste mi yo sin fachada.

Él negó con la cabeza y llevó su mano a los labios.

—Lo dudo mucho.

Su respiración se aceleró, y sus ojos se oscurecieron mientras él besaba sus nudillos. De repente, olvidada su conversación, su único objetivo se convirtió en mantenerla en ese estado de excitación. La observó mientras besaba su muñeca, y luego subió por su brazo. La respiración de ella se aceleró, sus labios se entreabrieron y parecía aturdida.

—Debo decirle que no me involucro con caballeros —dijo ella sin aliento.

Él sonrió con picardía.

—Oh, le prometo que no actuaré como un caballero con usted.

Capítulo 4

¿Cómo había llegado su apasionada discusión sobre los roles de las mujeres en la sociedad a ponerse tan... candente?

Un escalofrío recorrió la espalda de Jo. Respiraba con dificultad, y sentía un hormigueo particular entre las piernas, el tipo de hormigueo que solo un encuentro furtivo podría calmar.

Todo eso, a partir de una sola mirada, un susurro sugestivo y un beso en su mano. ¿Qué habría sucedido si él la hubiese besado en los labios?

Jo volvió a estremecerse, sus labios se entreabrieron en un suspiro. Solo la fantasía ya la hacía abrirse a él, ansiando su cercanía.

Pero ella no se involucraba con caballeros. No más.

Sin embargo, no lograba apartar la vista del vizconde que tenía delante. Tampoco estaba dispuesta a apartar su brazo de entre sus firmes dedos.

Él la tocaba con suavidad, con ternura, poniéndole los vellos de punta y despertando un deseo que no había sentido en mucho tiempo.

«No me involucro con caballeros», intentó recordarse mientras él besaba la piel desnuda de su brazo entre el guante y la manga.

—No actuaré como un caballero contigo. —Él le mordisqueó el hombro, y Jo se derritió en sus brazos. La besó en la unión entre el hombro y el cuello, le lamió hasta llegar a la mandíbula, y luego le mordió el labio. Jo suspiró, rindiéndose, y el vizconde aprovechó al máximo.

La cubrió con su boca e introdujo la lengua en su interior, reclamándola, devorándola. Él sabía a vino y algo dulce. Quizá, simplemente, era su propio sabor.

Olía a brisa ligera de verano y a su propio aroma masculino. Jo no se saciaba de él.

La atrajo contra su pecho, luego la levantó, sentándola sobre su regazo. Jo no protestó. Los brazos firmes que la rodeaban prometían consuelo. Los labios suaves contra los suyos prometían placer.

«¿Y qué hay de malo en un poco de placer?»

Jo deslizó una mano por su barbilla afeitada, acariciando su rostro, inclinándolo para un mejor acceso. Su lengua barría dentro de su boca, trazando círculos, provocándola, jugando. Ella chupó su lengua y él gimió, apretando los brazos a su alrededor, presionándola más contra él. Su erección la pinchó en el trasero, haciendo que Jo se moviera contra él, deseando más contacto.

Gimió de frustración y tiró de sus faldas, levantándolas, mientras se movía para montar sus caderas.

Él la miró con sus ojos oscuros e insondables, luego apartó su cabello para poder estudiar su rostro.

—Eres increíble —susurró con voz ronca.

Jo no quería hablar más. No quería pensar. Porque si lo hacía, tendría que poner fin a esa exquisita sensación. Y no quería hacerlo tampoco.

Así que movió la pelvis contra su endurecido miembro, haciendo que él gimiera. Su mano se posó en la nuca de ella, y apretó mientras bajaba la boca hacia la suya otra vez.

Él saqueó su boca mientras su otra mano acariciaba el muslo, y sus caderas se movían al compás de la pelvis de Jo. Estaban perdidos en la danza sensual, controlados únicamente por su pasión. Sus lenguas se entrelazaban, sus cuerpos se movían al unísono.

Sus dedos rozaron el interior de su muslo, y Jo bajó las caderas hasta que su mano tocó su centro. Jo gimió, rompiendo el beso. Sus respiraciones entrecortadas se mezclaban en el aire de medianoche, sus miradas se entrelazaban.

El vizconde la miró a los ojos mientras movía los dedos, jugando con sus húmedos pliegues. Jo se mordió el labio para no gritar, y él sonrió con suficiencia.

—Estás tan mojada —susurró contra sus labios—. Tan preparada para mí.

Jo gimió de frustración. Sus manos bajaron por su pecho hasta llegar a los pantalones. Con manos temblorosas, liberó su duro y ardiente miembro y lo tomó entre sus manos.

Ambos gimieron de alivio mientras ella lo rodeaba con los dedos, apretándolo. Él la miró, con los ojos oscurecidos por la pasión, reluciendo a la luz de la luna. Su respiración era entrecortada, y ella movía la mano arriba y abajo por su longitud, observando su reacción, viendo cómo su respiración se cortaba con cada movimiento de sus manos.

Como si fuera una represalia, los dedos de él se movieron contra sus húmedos pliegues, jugando con su vulva con destreza, tocando, presionando, haciéndola gemir por más.

Sus caderas se movieron por sí solas mientras su mano apretaba la longitud de él. Con sus dedos, él buscaba la tensión en las ingles de Jo, haciéndola arder desde dentro.

—Más fuerte —gruñó él—. Apriétame más.

Jo obedeció, sujetándolo con ambas manos y bombeando su longitud con renovado vigor. De repente, él presionó el pulgar contra la parte más sensible de su sexo y la acarició en círculos.

Jo gritó, y él repitió la acción. Jo cubrió su boca con la de él para evitar gritar, luego le mordió el labio por el placer que la inundaba. Él no se detuvo y de la garganta de Jo salieron gemidos con cada movimiento de sus dedos.

Se estremeció desde dentro y gritó de placer al llegar al orgasmo. El vizconde gruñó y la depositó sobre el banco.

Se levantó de un salto y terminó en los rosales con un fuerte gemido.

Jo trató de regular su respiración mientras bajaba sus faldas.

«¿Qué había ocurrido?»

Nunca había sentido un arrebato de pasión tan intenso, donde todos sus pensamientos se desvanecían y quedaba completamente expuesta, con la necesidad recorriendo sus venas. Apareció un pañuelo ante su rostro, y lo tomó. Se levantó del banco, se giró dándole la espalda a él, y se limpió.

Cuando se volvió de nuevo, lo vio de pie a unos metros, dándole la espalda, ofreciéndole privacidad completa.

Bueno, debería alegrarse por eso. Y, sin embargo, sentía un nudo en la garganta. Se avergonzaba de cómo había actuado, aunque no tenía motivo.

No era del todo cierto, ¿verdad?

Tenía un motivo para sentir vergüenza. Acababa de traicionar sus propias creencias y convicciones por un rápido encuentro con un lord.

«No me involucro con caballeros.»

Y no lo había hecho durante varios largos años. Hasta ahora.

—Esto ha sido un error —dijo Jo, y el vizconde se volvió hacia ella bruscamente—. Esto no volverá a suceder.

—¿Por qué dices eso? —Su ceño era feroz—. ¿No lo has disfrutado? ¿No te he llevado al éxtasis?

Jo resopló y negó con la cabeza.

—Sabes que sí. Ha sido... bastante maravilloso.

Su rostro cambió de inmediato a una sonrisa de satisfacción arrogante.

—Entonces, te propongo que continuemos nuestra noche en mi habitación.

A Jo le fallaron las rodillas, y todo su cuerpo le gritaba que dijera que sí. Que fuera con él. Que aprovechara al máximo sus manos diestras, sus labios sensuales y su ágil lengua.

Jo negó con la cabeza.

—Me temo que no puedo permitirme involucrarme con un lord. Una vez ha sido suficiente.

El ceño volvió a su rostro, y él la estudió bajo sus pobladas cejas.

—Está bien —dijo finalmente, y Jo soltó un suspiro. Había temido que él insistiera. Había temido que volviera a besarla, librando una guerra contra sus sentidos debilitados. Y temía disfrutarlo—. Pero esas son tus condiciones, no las mías. Si cambias de opinión, la puerta de mi habitación estará siempre abierta.

Él se giró sobre sus talones y se alejó.

Jo no fue a su habitación de inmediato. Caminó por el sendero del jardín, esperando poder poner en orden sus pensamientos.

Llevaba varios largos meses sin intimar con un hombre. Seguramente eso explicaba su deseo desenfrenado hacia el vizconde. Ni siquiera se dio cuenta en qué momento su deseo tomó el control y se convirtió en un animal rabioso, montándolo, tocándolo, mordiéndolo.

Recordó la sensación de su miembro en las manos y se lamió los labios. Le encantaría conocer su sabor, le encantaría sentir su lengua sobre ella...

Jo hizo una mueca. Necesitaba encontrar un amante. Pero no el vizconde.

Nada bueno había salido nunca de involucrarse con un caballero. Lo sabía de primera mano. Y de segunda, y de tercera.

Cada mujer a su alrededor solo había sufrido en manos de la nobleza.

Recordó la invitación de Mick a su cama y volvió a hacer una mueca.

«Supongo que hay males peores que un vizconde apuesto.»

o caminó hacia la fuente y escuchó ruidos extraños. ¿Eran gemidos?

Miró a su alrededor, sorprendida. ¿El vizconde había encontrado un reemplazo para ella tan pronto?

Tenía que alejarse. Irse a su habitación y acostarse.

Sin embargo, la curiosidad fue más fuerte, y se acercó sigilosamente hacia los sonidos de aquella pasión desenfrenada. Había una pareja en el cenador, a unos pocos metros de distancia. No podía distinguir quiénes eran, pero estaban entrelazados en el acto más sensual.

Jo apretó los muslos al notar cómo empezaba a excitarse.

—Oh, Isabel... —gruñó una voz masculina, y Jo tropezó.

¿Isabel?

Jo se dio la vuelta de inmediato y se alejó lo más rápido que pudo. Isabel era la anfitriona de la fiesta y el hombre que disfrutaba de sus encantos no era otro que su marido, el marqués.

Todos los estaban buscando en el baile mientras ellos hacían el amor en su cenador.

Jo se echó a reír mientras apresuraba el paso. Les venía bien.

No había conocido a muchas parejas amorosas entre la alta sociedad. Y, curiosamente, le alegraba que sus instintos sobre esta pareja se hubieran confirmado.

El vizconde se había preocupado por su hermana en vano.

Jo no se dio cuenta de cómo llegó hasta la entrada principal de la casa. Seguía acalorada, con la ropa pegada a su piel sudorosa. Tenía el cabello despeinado y la respiración acelerada.

No estaba segura de si todavía estaba alterada por su encuentro con el vizconde, o si era el residuo de excitación tras presenciar la escena apasionada de sus anfitriones. De cualquier manera, no le apetecía volver al baile.

No, necesitaba otra cosa.

«Las puertas de mi suite están siempre abiertas.» La invitación del vizconde resultaba demasiado tentadora.

Jo frunció el ceño y se dirigió apresuradamente a su habitación. No podía permitirse enredarse con el vizconde.

Y en cuanto a su necesidad... Bueno, podía encargarse de eso por sí misma.

A menos, claro, que Selena estuviera en la habitación. Entonces tendría que soportar su febril deseo o tirarse un cubo de agua fría.

Jo empujó la puerta, pero no se movió. ¿Estaba cerrada? Empujó con más fuerza, solo para escuchar un chirrido. Cuando la puerta finalmente se abrió, algo se estrelló ruidosamente contra el suelo. No, no algo. ¡Alguien!

Jo gritó, dio un salto hacia atrás, tropezó con su vestido y cayó de culo. Miró con cautela dentro de la habitación, solo para ver a una mujer de cabello rubio ceniza, vestida con un vestido azul océano, tirada en el suelo.

—¿Selena?

—¿Jo?

Jo se levantó rápidamente del suelo, entró en la habitación y ayudó a Selena a ponerse de pie. Ambas comenzaron a ajustarse la ropa.

—¿Qué ha pasado? —Jo miró a Selena de arriba abajo. Tenía el cabello despeinado y el vestido arrugado. Jo imaginaba que no debía de estar mucho mejor, no por la caída, sino por su lascivo encuentro con el vizconde.

—Acababa de llegar a nuestra habitación, bastante cansada, y me apoyé contra la puerta —explicó Selena mientras se reajustaba la ropa—. Y, un momento después, tiraste de la alfombra bajo mis pies, o más bien empujaste la puerta desde detrás de mi espalda.

Jo soltó una carcajada y se tapó la boca con la mano.

—Oh, lo siento, querida.

La expresión preocupada de Selena se suavizó.

—No es culpa tuya. No sabías que estaba ahí. Debería haberme apoyado en la pared.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—Podría preguntarte lo mismo —respondió Selena, observando el aspecto de Jo—. Por cómo estás, no ha sido la caída lo que ha arrugado tu perfecta apariencia. O al menos, no ese tipo de caída.

Jo bajó la mirada hacia su vestido y, con gesto nervioso, se alisó el cabello. Sus mejillas se sonrojaron, y la boca se le secó.

Selena soltó una risita y se escondió detrás del biombo mientras empezaba a desvestirse.

—Dime, ¿quién es el afortunado caballero? O debería decir el afortunado hombre, ya que sé

que no te mezclas con aristócratas.

Jo tragó saliva. No quería mentirle a Selena. Además, necesitaba desahogarse.

—El vizconde Gage.

La cabeza de Selena apareció por detrás del biombo, con los ojos abiertos de par en par.

—¿El vizconde?

—¡Sí, lo sé! —Jo alzó las manos y comenzó a pasearse por la habitación—. No sé qué me pasó. Un momento estábamos hablando sobre el papel de la mujer en la sociedad, y al siguiente momento, él me estaba besando... Y yo, bueno... Yo le devolvía el beso.

Selena rio mientras salía de detrás del biombo, en combinación interior y corsé. Se dio la vuelta y se acercó a Jo.

—¿Podrías ayudarme a desabrochar el corsé?

Jo soltó un suspiro.

—Por supuesto. Aunque no entiendo por qué te escondes detrás del biombo si luego te paseas frente a mí en ropa interior. Y ya te he visto sin ella en otras ocasiones.

Selena soltó una carcajada.

—Querida, uso el biombo para colgar la ropa y nada más, te lo aseguro. Pero no cambies de tema. Cuéntame sobre el vizconde.

Jo desabrochó el corsé de Selena, y esta lo sostuvo contra su pecho para luego esconderse nuevamente tras el biombo.

—Puedes colgar la ropa en este lado del biombo también, ¿sabes? —dijo Jo con irritación, y luego continuó su paseo por la habitación.

Selena murmuró algo en respuesta, pero Jo no la escuchó.

—¿Pero sabes qué es lo más molesto de todo esto? No creo que pueda resistirme si él quiere volver a hacerlo.

La cabeza de Selena asomó de nuevo tras el biombo.

—¿Por qué resistirte?

—¡Sabes por qué! —exclamó Jo.

Selena salió lentamente de detrás del biombo, ya vestida con su camisón.

—No, no lo sé. Entiendo tu insistencia en no tener un protector. Pero ¿por qué no te diviertes con el vizconde durante la fiesta?

—Porque... Porque... —Jo se mordió el labio inferior.

—¿Sí? —preguntó Selena mientras se metía en la cama.

—Porque eso llevará a complicaciones. Siempre las lleva.

Selena se encogió de hombros.

—Entonces, ponle unas condiciones. Solo os veis cuando tú lo desees. Siempre usáis... protección, y es solo durante la fiesta. También mantendrá a otros hombres alejados de ti. Ya sabes que siempre somos acosadas en estas reuniones. ¿Qué mejor manera de mantenerlos a raya que teniendo un protector?

—Tú no tienes un protector —replicó Jo, levantando una ceja—. Y decías con alegría que serías libre de disfrutar de la fiesta con todos sus placeres sin restricciones por ello.

—Bueno, me equivoqué —dijo Selena mientras se enterraba bajo las sábanas—. Olvidé lo que es estar sin ataduras en una fiesta, rechazando avances no deseados. Y por eso me voy a la cama en lugar de disfrutar del baile.

Jo frunció el ceño.

—¿Ha pasado algo? ¿Alguien ha sido demasiado insistente en sus avances?

Selena negó con la cabeza.

—Nada fuera de lo común. Quizás simplemente me estoy haciendo mayor. Lo que es otra razón para disfrutar de los amoríos mientras podamos. Las ofertas serán cada vez menos frecuentes a medida que envejezcamos. —Se encogió de hombros y luego se giró de lado.

Jo soltó un suspiro. Quizá Selena tenía razón. Jo tenía necesidades, y podría satisfacer todos sus deseos con el vizconde durante la fiesta y luego seguir con su vida. ¿No?

Frunció el ceño. No, era una mala idea. Nunca había sido capaz de separar los sentimientos del acto de amar. Y las pocas veces que había logrado mantener sus sentimientos a raya, el acto amoroso había sido, en el mejor de los casos, mediocre.

Tal como había ido su primer encuentro, Jo dudaba que ese fuera el caso con el vizconde Gage.

Capítulo 5

Richard se despertó con una erección dolorosa. Había tenido sueños febriles y salvajes toda la noche sobre una fogosa mujer de ojos oscuros y cabello castaño. Era uno de esos sueños en los que podía oler su cabello y saborear sus labios.

Normalmente, sucedía al revés. Primero soñaba con la mujer, luego tenía una aventura apasionada con ella, y después dormía como un bebé. De alguna manera, con ella, un solo encuentro no había sido suficiente.

Richard acarició su miembro endurecido, recordando la dulce lengua de la señorita Claremont jugando contra la suya. ¿Cómo se sentiría su lengua en su miembro?

Se levantó de la cama con agitación. Se dirigió al vestidor y se echó agua fría en la cara. Necesitaba un buen y largo baño en el arroyo frío. O una larga sesión con la actriz. Lo que estuviera más cerca.

Hizo una mueca. Ella no lo quería. Lo había dejado bastante claro.

En realidad, sus palabras decían que no lo quería, mientras que su cuerpo gritaba algo completamente diferente. Era una pequeña y apasionada diablesa en sus brazos.

Richard soltó un gemido. Necesitaba olvidarse de la actriz y seguir con su vida. Tenía que hablar con su hermana sobre el próximo compromiso. Aunque no entendía cómo podría casarse ahora cuando todos sus pensamientos estaban consumidos por la señorita Josephine Claremont.

Esto era una simple infatuación pasajera, estaba seguro. Solo necesitaba superar el momento. Quizás, después de unas cuantas noches más juntos, ella dejaría de ser una novedad.

Excepto que la insolente diablesa no quería más noches con él. Le había dicho la noche anterior que su breve interludio era todo lo que iba a obtener.

Bueno, mejor aún. Podía empezar a seguir adelante y concentrarse en su compromiso.

Richard nunca había pensado en mantener una amante mientras estaba casado con otra. Sabía que muchos caballeros lo hacían, pero él siempre se había imaginado fiel a su esposa. Igual que su padre.

Pero su padre había amado a su esposa. ¿No es así? Había muerto de pena poco después de que la vizcondesa falleciera, incapaz de vivir sin ella.

¿Era siquiera posible un amor así para Richard? Nunca había pensado que lo quisiera. Pero lo que sí deseaba era una familia grande y bulliciosa. Y no podía construir eso mientras tenía una amante.

Sin embargo, podría permitirse un par de placeres deliciosos antes de su eventual compromiso. ¿No es cierto?

Richard se lavó la cara con agua fría, se echó agua en el pecho y fue a vestirse para el día.

Que continuase o no su relación con la señorita Claremont ya no dependía de él. Pero algunas cosas sí.

Richard se afeitó y se vistió con la ayuda de su ayuda de cámara, luego salió de su

habitación en busca de su hermana. No sabía cuál era el programa del día en la fiesta de la casa. Su mente estaba en otra parte. Así que preguntó al mayordomo y se enteró de que todos estaban afuera disfrutando de un picnic.

Un picnic le sonaba bien. Necesitaba un soplo de aire fresco para despejar su mente y librarse de la señorita Claremont.

Excepto que era muy difícil hacerlo cuando lo primero que vio en el picnic fue a la señorita Josephine Claremont coqueteando descaradamente con lord FitzWalter. Unos cuantos caballeros más la rodeaban, mirándola como si fuera una diosa y ellos sus leales súbditos.

Richard no podía culpar a ninguno de ellos, en verdad, pero tampoco pudo resistir la tentación de hacerse notar. Ya que no podía sacársela de la cabeza, al menos podía recordarle su existencia.

Se acercó por detrás, justo cuando Lord FitzWalter se alejaba por un momento para llenar su copa de vino.

—Pensé que había dicho que no se involucraba con caballeros —le susurró al oído.

Ella ni siquiera se sobresaltó. La única señal de que su presencia no la dejaba indiferente fueron los escalofríos que se le formaron en el cuello.

—No lo hago.

—Mis disculpas, caballeros —dijo Richard, tomando su brazo y entrelazándolo con el suyo —, pero necesito llevarme a la señorita Claremont para una charla privada.

Los caballeros le lanzaron miradas fulminantes mientras trataban de ocultar sus rostros decepcionados. Lord FitzWalter giró la cabeza, luciendo perdido. Richard sonrió con suficiencia y alejó a la señorita Claremont del grupo.

—Entonces, ¿cómo llama usted a coquetear con Lord FitzWalter?

Ella levantó una ceja.

—¿Está celoso, mi lord?

—No ha respondido a mi pregunta.

—Coquetear no equivale a involucrarse con un hombre —replicó ella, mirando al cielo con exasperación.

—Quizás usted lo vea así. Pero no es como piensan los hombres. Lord FitzWalter ahora anda contando a quien quiera escucharlo que usted le ha dado un trato especial y que, según su lógica, pasará la noche con usted esta noche.

La señorita Claremont soltó una carcajada musical.

—Es bastante triste, ¿no le parece?

Richard se encogió de hombros.

—Bueno, yo compartí un apasionado interludio con usted anoche después de un breve período de coqueteo.

—¿Y fue a contárselo a sus amigos? —preguntó ella, alzando una ceja desafiante.

Richard soltó una risa despectiva.

—Puede que no actúe como un caballero en la cama, pero le aseguro que lo soy fuera de ella.

La señorita Claremont le lanzó una mirada de soslayo.

—No recuerdo que hubiera una cama involucrada en ninguno de nuestros asuntos.

Richard carraspeó, luego se inclinó para susurrarle al oído.

—Aún.

Sus labios se entreabrieron y sus ojos se oscurecieron con pasión, aunque su respuesta

desmentía sus emociones.

—Nunca.

—Todavía no. —Richard le guiñó un ojo antes de detenerse. Se soltó con cuidado de ella—. Le prometo, señorita Claremont, que anoche fui un caballero. Si quiere saber más, tendrá que encontrarnos una cama. —Tomó su mano y depositó un suave beso en sus nudillos antes de alejarse.

Richard se dirigió hacia su familia, que estaba disfrutando del picnic cerca de allí. Sus hermanos, Adam y Alan, estaban jugando a las cartas con los caballeros, mientras que sus hermanas, Sam e Isabel, charlaban y comían postres con las damas a unos metros de distancia. Se acercó a sus hermanos y se sentó a su lado sin interrumpir el juego.

No estaba de humor para jugar. Quería hablar con Isabel. Un nudo en su estómago no le dejaba relajarse, excepto en los raros momentos en que estaba cerca de la señorita Claremont.

Se giró hacia ella, pero ya no estaba con los caballeros. Unos niños la habían tomado de la mano y la llevaron hacia la sombra de un árbol, cantando, exigiendo que les hiciera una actuación.

Ella no estaba molesta. Reía alegremente mientras bromeaba con los pequeños. Era una natural con ellos. Sería una madre increíble si no fuera una actriz tan talentosa.

Richard se recostó sobre sus manos. Sería una madre maravillosa.

Richard tenía una familia muy unida. A diferencia de algunas familias de la nobleza, mientras crecía, sus hermanos y él siempre se unían a sus padres durante las comidas. Jugaban juegos en el salón por las noches; leían juntos e incluso hacían representaciones teatrales. No eran el tipo de familia en la que los niños eran enviados al colegio a una edad temprana y nunca se volvía a saber de ellos. Tampoco eran la clase de familia que solo hablaba de negocios.

No, eran muy cercanos. Compartían sus sueños y aspiraciones, y reían y lloraban juntos. Y la señorita Claremont sería una madre perfecta para ese tipo de familia.

Pero como actriz, nunca sería madre de los hijos legítimos de un vizconde. Si alguna vez se casara, sería con alguien como su compañero de actuación, Michael Kenworthy.

Michael. Richard resopló. No, la señorita Claremont era demasiado sofisticada para un pavoneo como él.

Lo más probable es que sería amante de uno de los lores, y si tenía la mala suerte de tener hijos, los criaría sola. Ilegítimos.

Richard soltó un suspiro. Nunca haría eso a una mujer. Y tampoco lo necesitaba. Se iba a casar pronto.

Sus hermanas se levantaron en ese momento, riendo y bromeando entre ellas. Sam y la duquesa de Somerset se unieron a sus maridos y abandonaron la zona del picnic, e Isabel también se dio la vuelta.

Este era el momento que Richard había estado esperando. Se levantó rápidamente y alcanzó a Isabel antes de que diera un paso.

—¿Puedo hablar contigo? —La voz de Richard se volvió ronca de repente.

Isabel parpadeó.

—Por supuesto.

Richard entrelazó su mano con la de ella y la guio a dar un paseo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Isabel, observando con atención su rostro. Isabel siempre había sido muy observadora. Tenía que serlo. Después de la muerte de sus padres, había asumido el rol de madre, y no había sido fácil con sus hermanos.

Richard carraspeó.

—No. Todo está perfecto.

—Eso me alegra —replicó Isabel, aunque no parecía convencida. Seguía mirándole como si aún esperara lo peor.

Richard se detuvo a unos metros del área de picnic y se volvió hacia ella.

—Necesito un favor de tu parte.

—Por supuesto —respondió Isabel con prontitud—. Lo que necesites.

—He invitado a otra familia a tu fiesta en casa. Espero que no te importe.

Isabel se envolvió en su chal, protegiéndose de la ligera brisa vespertina.

—Claro que no me importa. Todavía quedan algunas habitaciones libres. ¿Ese es el favor?

Richard negó con la cabeza.

—No.

Isabel arqueó una ceja.

—Richard, por favor. Me estás poniendo nerviosa.

Richard dejó escapar un profundo suspiro. ¡Vamos, dilo de una vez!

—Quiero... —carraspeó de nuevo—. Me gustaría hacer un anuncio durante el baile de clausura de tu fiesta.

—Por supuesto —accedió Isabel de inmediato—. ¿Qué anuncio?

Richard miró por encima del hombro de Isabel y vio a la señorita Claremont interpretando una obra con los niños. Todos reían mientras ella giraba en círculos. Su cabello brillaba bajo el sol de la tarde, y las faldas revoloteaban alrededor de sus tobillos. «Solo una última mirada», se dijo a sí mismo, y luego cumpliría con su deber. Carraspeó.

—Mi compromiso.

Isabel se volvió para mirar detrás de ella, y luego volvió a mirar a Richard.

—¿Con quién?

Richard apartó la mirada de la señorita Claremont y miró a Isabel con una expresión seria.

—Con la señorita Beatrice Fowley.

Isabel parecía desconcertada.

—¿La señorita Beatrice? No creo que la conozca. ¿Cómo es?

Richard se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿No lo sabes...? ¿Nunca has visto a tu futura esposa?

—No —Richard exhaló profundamente—. Bueno, supongo que sí. Todos la vimos cuando éramos niños, pero no la recuerdo.

Isabel parecía cada vez más confundida.

—Lo siento, no entiendo. ¿Vas a casarte con una mujer a la que no has visto en años?

—Sí.

—¿Cómo es eso posible?

—En realidad, es bastante sencillo. Después del desastre de mi compromiso del año pasado, decidí que necesitaba a alguien menos... exigente. Así que revisé todos mis contactos, encontré a una joven que estaba en edad de casarse y necesitaba un esposo, contacté con su padre y le hice una oferta.

Isabel sacudió la cabeza, como si quisiera alejar pensamientos indeseados.

—¿Revisaste tus contactos e hiciste una oferta a una dama que necesitaba un esposo? ¡Hablas de esto como si fuera una transacción comercial!

—Lo es.

Isabel dejó de parpadear. Richard comenzó a preocuparse por ella.

—¿Te estás arreglando un matrimonio? Richard, ¿por qué? Puedes casarte literalmente con quien quieras.

—Bueno, no con quien quiera. La que quería casarse conmigo retiró su interés en el último momento, si lo recuerdas.

Isabel se tensó.

—No me eches la culpa de eso.

Richard se pasó los dedos por el cabello, cada vez más agitado. De alguna manera, no había anticipado tal reacción por parte de Isabel.

—No lo hago. Sabes que esto no fue culpa tuya. Pero no puedo seguir andando por ahí esperando que el destino me golpee. No estoy buscando amor. Y, por si lo has olvidado, tú tampoco te casaste por amor.

—¡No tuve opción! —exclamó Isabel. Ajustó su chal alrededor de los hombros y lo apretó más contra sí—. No tuve elección, y tuve la suerte de que nos enamoráramos en el proceso, pero no todo el mundo es tan afortunado como yo.

Richard bufó.

—Sí, ya sé que no te gusta Vane. No me importa. Pero tú... Estás eligiendo a una persona que no has visto en más de dos décadas, ¡y hablas de esto como si estuvieras seleccionando ganado! ¿Por qué no puedes escoger a alguien más? Alguien a quien realmente conozcas. Alguien que de verdad te guste.

—¡Estoy honrando la amistad de nuestro padre con este hombre! —Richard tiró de su corbata. No quería discutir. Ya tenía suficientes dudas sobre todo este arreglo. Pero era demasiado tarde. El acuerdo estaba hecho y la familia estaba en camino a la fiesta en casa—. Pensé que lo entenderías.

—¿Honrando? ¿Al encerrar a su hija en un matrimonio sin amor?

—El amor y el deber van de la mano. Aprendes a amar a las personas de las que eres responsable.

—Claro —Isabel cambió de un pie al otro—. Como cuando te hiciste responsable de nosotros, ¿es eso? ¿Aprendiste a amarnos porque te quedaste atrapado con nosotros después de que murieran nuestros padres?

—No seas ridícula, Isabel. Esto no tiene nada que ver con eso. Somos una familia. Pero para formar una familia se necesita algo más que pasión. —Su mirada se desvió una vez más hacia la señorita Claremont—. Se necesita tener la cabeza clara. La decisión está tomada. —Volvió a mirar a su hermana—. ¿Me permitirás hacer el anuncio durante tu baile de clausura o no?

Isabel dejó escapar un largo suspiro antes de asentir.

—Por supuesto. Solo desearía...

—Gracias. —Richard asintió con firmeza y se alejó.

Capítulo 6

Faltaban dos horas para la actuación, y Mick no se había presentado en un solo ensayo.

¡Ni uno solo!

Ese arrogante imbécil se creía superior a los demás y no consideraba importante repasar sus líneas como hacían todos. Jo hervía por dentro, aunque sabía que no podía mostrar sus emociones desbordadas ante sus compañeros. Ellos necesitaban confianza y ánimo, no sus quejas ni su más que justificable ira y frustración.

—No lo hagas —dijo Selena a su lado.

—¿No haga qué? —Jo fingió inocencia.

—Veo que estás a punto de explotar, y te digo que no lo hagas.

—No voy a explotar —respondió ella con una sonrisa calmada, aunque por dentro la sangre le hervía—. Solo porque un actor sea un ser humano arrogante y odioso que...

—Ya ves, sabía que estabas a punto de explotar —Selena se echó a reír.

Jo exhaló profundamente, intentando calmarse.

—No entiendo cómo se puede tener tan poco respeto por los demás.

—Ya lo sabías cuando le diste el papel principal en otra obra —señaló Selena.

—Sí, y sabes perfectamente por qué. Porque si no lo hacía, envenenaría el ambiente a nuestro alrededor y no dejaría que nadie más actuara. Tiene demasiado poder, y aunque la mitad de la compañía no lo soporte, no se atreverían a enfrentarse a él. —Jo golpeó su abanico contra la palma de su mano con irritación.

Selena le cogió la mano.

—No dejes que nadie más vea lo agitada que estás, Jo.

—Sí, porque, dios no lo quiera, me pongo emocional.

Selena se encogió de hombros.

—Eres actriz. Finge.

—Puedo fingir perfectamente delante de los demás. Tú pareces ser la única que sabe cuándo estoy a punto de explotar —refunfuñó Jo.

Selena se echó a reír.

—Tus fosas nasales te delatan.

—¿Qué pasa con mis fosas nasales? —Jo se cubrió la nariz con la mano.

—Pues que parece que están a punto de echar vapor —dijo Selena, riendo de nuevo.

En ese momento, la puerta se abrió y Mick entró en la sala con aire despreocupado.

—Mantén la calma —murmuró Selena entre dientes mientras se alejaba y se unía a los otros actores.

—Traidora —murmuró Jo también entre dientes. Se dirigió hacia Mick con una sonrisa tensa—. ¡Qué amable de tu parte honrarnos con tu presencia!

—¿Estás lista para empezar el ensayo? —preguntó él, mirando perezosamente a su

alrededor.

Jo imaginó coger un helecho y golpearle en la cabeza. Eso le permitió esbozar una sonrisa genuina.

—Ya hemos terminado.

—¡Ah, perfecto! Así no tengo que lidiar con todo eso —dijo él, haciendo un gesto despreocupado con la mano.

El helecho reapareció en la mente de Jo.

—Pero quería cambiar unas líneas de la obra —añadió Mick con un tono casual.

Helecho. Roto sobre la cabeza. Pedazos por todas partes.

—¿Sí? —Ella sonrió dulcemente.

Mick colocó las manos en la cintura de sus calzones, sacando pecho como un pavo real.

—El final es completamente irrealista. ¿Qué hombre, después de encontrar las cartas escritas a su señora, perdonaría tan fácilmente a la adúltera?

Jo respiró hondo. El helecho ya no servía. Su rostro se encendió de rabia.

—Si hubieras leído la obra, sabrías que eso no es cierto. —Jo se felicitó internamente por contener su impaciencia—. El barón la acosó y la amenazó durante toda la obra. No es una adúltera.

—¿Y aun así ocultó las cartas de su marido? ¿Por qué lo haría si no fuera culpable?

—Si solo leyeras el maldito... —Jo tragó el resto de la frase y se obligó a calmarse—. Todo se explica. Él es un poderoso milord, y ella temía que la ira de su esposo les causara problemas. Lo que, por supuesto, sucede al final, cuando él enfrenta al barón y lo mata en un duelo. Como resultado, tienen que huir de la única casa que han conocido.

Mick la observó impasible durante un momento antes de levantar los ojos al cielo.

—Eso no solo es irrealista, sino también aburrido. No queremos aburrir a la gente, ¿verdad? —Sacó el guion de detrás de su espalda—dios sabe dónde lo había guardado—y lo extendió delante de la cara de Jo. El guion estaba lleno de correcciones—. Mira, mi versión fluye mucho mejor. También rehíce algunos diálogos —añadió con orgullo—. El marido confronta a su esposa por su infidelidad. Ella lo niega todo, pero bajo el velo de la oscuridad, se escapa con su amante...

—¡Él no es su amante! —gruñó Jo.

—... para advertirle. Pero su esposo la atrapa y la mata. Entonces el barón tiene tiempo para sacar la pistola y disparar al marido. El final trágico es mucho más realista que la idea de que el marido la perdone y huyan juntos.

—Eso destruye toda la moral de la obra. El villano recibe su merecido...

—Sí, y ella es la villana, la adúltera. Ella muere, ¡y el marido celoso también! Tu objetivo se cumple, y el argumento se vuelve más creíble.

Jo observó a Mick durante un largo momento, preguntándose si podría salirse con la suya si lo mataba. Ahora, en lugar del helecho, en su mente tenía un estoque en la mano. Lo atravesaba, con sangre brotando de su boca...

Jo sacudió la agradable imagen de su mente. ¿Tendría un final feliz en ese escenario, o la capturarían y descuartizarían? Lo más probable sería que la acusaran de bruja y la quemaran en la hoguera.

Jo soltó un suspiro.

—Tienes razón. Es mucho más realista que el hombre sea un completo idiota y por lo tanto mate a su esposa sin más motivo que su percepción retrógrada de ella y de todas las mujeres.

—¡Perfecto! —Mick se giró hacia los otros actores—que estaban cerca, escuchando atentamente su debate—claramente sin haber escuchado nada de lo que ella había dicho más allá de «tienes razón».

—¡Mick! —gritó Jo, cansada del arrogante imbécil—. No vamos a cambiar el final. Lo interpretaremos tal como está escrito.

Toda la sala quedó en silencio mientras media docena de cabezas se giraban hacia ella. Mick levantó una ceja.

—No hace falta ponerse tan emocional con esto. Deberías mostrar un poco de autocontrol.

Jo respiró hondo. No tenía idea de cuánto autocontrol estaba ejerciendo en ese momento.

—Lo interpretamos tal como está —repitió con calma.

—Como desees —dijo él, haciendo una reverencia burlona, y luego se giró hacia sus compañeros actores con las cejas levantadas y una expresión de incredulidad en el rostro.

No fue sorprendente, pero sí irritante, que Mick estuviera excelente en esta obra, como siempre lo estaba. Sabía sus líneas, era excepcionalmente dramático y las damas del público se desmayaban solo con verlo. La mitad de ellas probablemente ni siquiera prestaban atención al argumento. Simplemente lo observaban con expresiones fascinadas en sus rostros mientras él caminaba por el improvisado escenario, y luego jadeaban y se abanicaban cada vez que realmente hablaba. Cuando la escena no contaba con su presencia, esperaban a que apareciera con el aliento contenido.

Jo no culpaba a las damas. No sabían que en la vida real él era un arrogante imbécil. No sabían que aterrorizaba a las actrices, que faltaba al respeto a cualquiera que no fuera su superior, y que ni siquiera se presentaba a los ensayos.

No. Nadie lo sabía, salvo la pequeña compañía que estaba en el escenario en ese momento, e incluso ellos estaban hipnotizados por la serpiente que era.

Pero para las damas de la alta sociedad, él era una novedad. Una distracción temporal. A veces, un amorío clandestino y pasajero.

Jo era lo mismo para los caballeros de la alta sociedad. Estos aristócratas veían a todos los actores y actrices como juguetes. Pero a diferencia de Mick, a Jo no le gustaba la forma en que la percibía la alta sociedad. Había trabajado muy duro para alejarse de la imagen de amante, pero no era fácil. Ser hermosa, joven y actriz sellaba su destino, siendo vista como una distracción temporal, ya sea en el escenario o en la cama.

Por lo general, para ella era bastante fácil mantenerse impasible mientras coqueteaba con los caballeros y fingía sentirse halagada por sus galanterías. Pero esta vez, un par de ojos en particular la seguían por el escenario con pasión y hambre reflejadas en ellos. Y Jo habría podido rechazar la atención de ese hombre o utilizarla en su favor, pero había algo en su mirada salvaje que la llamaba, y ella anhelaba responder a esa llamada.

Pronto, su actuación terminaría. Y quizá sería una buena idea para Jo marcharse y no volver a ver al vizconde nunca más. Y sin embargo...

—¡Jo! ¡Es tu turno! —susurró Selena con insistencia, sacando a Jo de sus pensamientos.

Cierto. La parte final de la obra. Jo se pavoneó en el escenario como la agraviada esposa Odette, que acababa de descubrir a su marido Milton leyendo las notas que había recibido del insistente lord Brackenridge.

Milton, interpretado por Mick, exigió una explicación, y Jo recitó sus líneas.

Ahora era el momento para que Mick estallara en ira, sacara su pistola y fuera tras el

sinvergüenza de Brackenridge.

Jo miró a Mick cuando él se volvió dramáticamente, con la angustia evidente en su rostro.

—¡Oh, Odette, cómo me has traicionado! ¡Pagarás por tus errores! —Él sacó una pistola y apretó el gatillo.

El sonido del disparo resonó cuando el maestro de escena imitó el sonido desde detrás del escenario. Jo se quedó paralizada, mirando a Mick con furia en los ojos, luego sorpresa y traición. Ya no podía hacer nada a menos que arruinara toda la producción, así que se desplomó dramáticamente en el suelo.

Dos actores salieron corriendo al escenario para arrastrarla fuera.

Jo se levantó de un salto y miró a su alrededor, a sus compañeros de actuación.

—¿Qué ha sido eso?

Ellos solo se encogieron de hombros.

—Nos dijo que cambió el final.

La ira, la angustia y la derrota corrían por sus venas mientras veía la parte final de su obra justo ante sus ojos. El final feliz que había planeado con tanto cuidado, mientras se reía imaginando las reacciones del público, ahora estaba arruinado.

Esto era una fiesta en una casa, un asunto familiar. Ella quería que la mujer realmente sobreviviera en la obra. Pero lo cambiaron a lo que los hombres siempre esperaban que fuera realista. Aunque una obra realista era más bien un oxímoron.

No es de extrañar que tantas guerras se libraran en el mundo. Al fin y al cabo, solo el derramamiento de sangre era realista, con el villano permaneciendo vivo tras su propia destrucción.

—Fabuloso, simplemente fabulosas actuaciones por todas partes —decían las damas alrededor de la compañía una vez finalizada la representación.

—No habría podido hacerlo sin mi maravillosa compañía —dijo Mick con una reverencia humilde—. Qué suerte tengo de contar con un grupo tan notable conmigo.

—¿Y es cierto que usted escribió la obra? —una de las damas se dirigió a Jo.

Jo abrió la boca para responder, pero la risa de Mick la interrumpió antes de que pudiera empezar.

—Bueno, lo intentó. Lo intentó. E hizo un trabajo maravilloso. Por supuesto, corregí algunos fallos y reescribí la obra hasta convertirla en lo que es ahora, pero me complace decir que mi maravillosa aprendiz debería recibir todos los elogios, aun así.

Él le puso la mano en la cintura, y Jo se la quitó irritada.

—Sí, Mick reescribió la parte final, pero os aseguro que os habría encantado la original igual.

—Oh, claro, querida señorita Claremont —la voz de Mick se volvió burlona. Rápidamente se giró hacia el público con una enorme sonrisa en el rostro—. Como dije. Ella merece todos los elogios del mundo por su arduo trabajo.

—Oh, pero deberíais actuar en mi fiesta —intervino una dama, tomando a Mick del brazo sin miramientos y llevándoselo.

—Será un placer —dijo Mick coquetamente.

—¡Sí, y en la mía también! —otras damas siguieron su ejemplo.

Jo hizo una mueca, tomó una copa de vino y se la bebió rápidamente.

—Oh, ese bastardo engreído y viscoso —murmuró entre dientes.

—Cálmate, Jo. No es la primera vez que hace algo así —dijo Selena a su lado.

—¿Robarnos toda la atención? No. Pero reescribir mi obra y reclamarla como suya, eso no lo había oído antes.

—Él solo piensa que está haciendo lo mejor. Cree que puede hacerlo mejor —dijo Selena suavemente.

Jo resopló.

—Pues no puede.

—¿Estás segura? —Selena sorbió su vino, escondiendo su rostro tras la copa—. Porque mira cómo esas damas lo siguen. Quizá podría conseguirnos más compromisos.

Jo miró a Selena, horrorizada. ¿Cómo podía su amiga justificar las acciones de ese canalla?

—Eso no es de lo que se trata y lo sabes. A él no le importan más actuaciones. Siempre ha despreciado nuestros compromisos en fiestas. Solo quiere el cien por cien de la atención.

Selena se encogió de hombros.

—Sí, pero tú no querías la atención. Quizá podríais compartir esas tareas. Él puede encandilar a las damas, y tú escribir las obras.

—Oh, basta, Selena. —Jo apuró otra copa de vino, la dejó en la bandeja de un lacayo que pasaba y tomó otra—. Si él consigue un compromiso en una fiesta sin mí, se encargará de todas las transacciones monetarias. Lo sabes. Y si lo hace, entonces nadie cobrará.

—No puedes saber eso —dijo Selena con suavidad.

—¿Por qué lo defiendes de repente? —Jo la miró, con toda su incredulidad escapando de su interior.

—¡No lo defiendo! —dijo Selena enfáticamente mientras escondía su mirada en la copa de vino. Tomó un sorbo, su rostro enrojeciendo—. Solo creo que tal vez malinterpretaste sus intenciones.

Jo arqueó una ceja.

—Vale. Quizá no lo malinterpretaste, pero podrías encontrar algo bueno en todo esto. Si él encandila a las damas y consigue más trabajo para nosotros, eso es algo bueno, ¿no?

Jo tomó un gran trago de su vino.

—He trabajado mucho para cultivar relaciones con esas mujeres. No voy a dejar que él lo arruine. Además, si insiste en que él es el autor de nuestras obras, entonces que las escriba todas él solo.

Ahora fue Selena quien hizo una mueca.

—¿Y si no es bueno en ello? ¿Vas a poner en peligro nuestro sustento por despecho?

—Él está tomando mi sustento. ¿Cómo puedes culparme a mí? —Jo tomó otro gran sorbo—. No parece necesitar el dinero, a diferencia de mí, que he trabajado días y noches y... ¿por qué te estoy explicando esto? ¡Tú ya lo sabes!

El rostro de Selena enrojeció aún más mientras sorbía su vino y fingía no escuchar la pregunta de Jo. Jo entrecerró los ojos ante las mejillas sonrojadas de Selena, y finalmente lo comprendió.

—Estás teniendo un romance con él —dijo asombrada—. ¿Cómo has podido? ¡Es un patán!

—No es... —Selena hizo una mueca y se volvió completamente hacia Jo—. No es un romance. Solo ocurrió una noche. Yo tampoco quería que sucediera. Pero simplemente... sucedió.

—¿Cómo pudo simplemente suceder? ¿Y cuándo? ¡Hace solo dos días lo sorprendí con una criada, nada menos! —exclamó Jo.

Algunas cabezas se giraron hacia ellas, y Jo se mordió el labio. Selena miró a su alrededor y se inclinó hacia Jo.

—Bueno, sucedió... esa noche. —Selena retorció sus manos y visiblemente temblaba. ¿Tenía tanto miedo de la reacción de Jo? ¿O estaba simplemente nerviosa por hablar de su escarceo con Mick? ¡Mick!—. No quería hacerlo, lo prometo. Pero me pilló desprevenida y...

—¿Y qué? —Jo miró el rostro abatido de Selena—. ¿Se propasó contigo?

—¡No! No, claro que no. Quiero decir... Al principio me mostré reacia, pero mi cuerpo me traicionó y... —Hizo una mueca y apartó la mirada.

Jo se quedó atónita, sin palabras. Por primera vez en mucho tiempo, no supo qué decir.

—Y luego él... nosotros... Bueno, volvió a suceder anoche. Creo que realmente le gusto.

Algo se le encogió en el pecho a Jo.

—¿Y estás bien con que él corteje a todas esas mujeres?

Selena se encogió de hombros.

—Lo está haciendo por nosotras. Para conseguirnos trabajo. Por favor, no digas que no es eso lo que está haciendo. No puedo... Me siento tan confundida…

Jo alzó su copa para dar otro sorbo, solo para darse cuenta de que estaba vacía.

—Necesito otra copa —murmuró para sí misma.

—Por favor, no te pongas en contra de Mick. No quiero que os peleéis —rogó Selena.

Jo no quería discutir con su amiga, pero no lograba entender nada de lo que estaba ocurriendo. Justo cuando más necesitaba su apoyo, Selena se pasaba al bando enemigo. Aunque, al observarla, vio que Selena parecía bastante perdida y confusa. Y Jo no estaba ayudando a nadie descargando sus frustraciones.

Le empezaba a doler la cabeza y sentía que se estaba acalorando demasiado. Pero, sobre todo, no podía soportar ver a Mick y sus manipulaciones. Ya sabía cuál sería su expresión de autosuficiencia una vez consiguiera un trabajo para el grupo y cómo presumiría de ello sin cesar.

Necesitaba salir de allí. Necesitaba una distracción.

Necesitaba… Su mirada se posó en el apuesto vizconde que la observaba con los ojos entrecerrados. Cierto vizconde que le había prometido que las puertas de su dormitorio siempre estarían abiertas.

Esa era una pésima idea.

Pero eso era precisamente lo que Jo necesitaba en esos momentos.

Capítulo 7

Richard observó cómo la señorita Josephine Claremont bebía su cuarta copa de vino. Sus mejillas estaban sonrosadas y había un brillo particular en sus ojos, un brillo que le decía que estaba lista para hacer travesuras.

¿Cómo lo sabía?

Bueno, por un lado, la había estado observando desde el día en que la conoció, y nunca había bebido más de una copa de vino, ni siquiera durante la cena. Y, por otro lado, ella lo miraba de la misma manera en que un gato miraría un delicioso trozo de pescado o un cuenco de leche fresca.

Teniendo en cuenta su afirmación anterior de que nunca se enredaría con un caballero, Richard pensó que tal vez había cambiado de opinión.

¿Qué había ocurrido para provocar ese cambio en ella?

No debería haberle importado. No era asunto suyo. Ella estaba fuera de sus límites, y pronto él estaría comprometido. Pero ella caminó hacia él con ese brillo ardiente en los ojos, y no pudo apartarse.

—Milord —dijo ella al llegar a su lado.

—Señorita Claremont —contestó él, con tono brusco—. Su actuación de hoy fue excepcional.

El rostro de ella cambió al instante, y dio un sorbo a su copa de vino a medio terminar.

—¿De verdad, milord? —Ella levantó una ceja y terminó su bebida, echando la cabeza hacia atrás y exponiendo su delicioso cuello a su mirada.

Richard se obligó a concentrarse. Le quitó la copa y se la entregó al lacayo que pasaba.

—Creo que cuatro copas son más que suficientes.

Ella arqueó una ceja.

—¿Cómo sabes cuántas copas he tomado?

—Digamos que tus mejillas ahora tienen el color del vino —respondió Richard, sin querer revelar que la había observado toda la noche—. Y estás actuando un poco descarada, considerando nuestra última conversación.

Ella resopló.

—Cuando Mick coquetea con todas las damas de la fiesta, nadie parpadea. Cuando lo hago yo, de repente todos se fijan.

—¿Quiénes son todos? —Su voz sonó más áspera de lo que pretendía, pero ella no pareció notarlo.

—Y Mick se escabullirá con otra dama en la fiesta sin importarle…

Richard frunció el ceño.

—¿Quién demonios es Mick?

La señorita Claremont llamó a otro lacayo y tomó otra copa de vino.

—El actor principal. El hombre que me mató al final de la obra. De todas formas, él no puede hacer nada mal a ojos de la sociedad, pero yo… —Ella se encogió de hombros y llevó la copa a los labios.

Algo se agolpó en el pecho de Richard. Se parecía mucho a los celos.

—¿Es un antiguo amor? —gruñó.

La señorita Claremont dio un sorbo de su bebida al mismo tiempo que él hacía la pregunta. Lo miró con los ojos muy abiertos antes de soltar una carcajada, escupiendo vino por todas partes. Se cubrió la boca y siguió riendo. El lacayo se apresuró hacia ellos con un paño en la mano.

—Oh, gracias —dijo la señorita Claremont, tomando el paño antes de que Richard pudiera alcanzarlo. Entregó su vino y empezó a limpiar el chaleco y la chaqueta de Richard—. Mm… Creo que necesitas quitártelo para una limpieza… apropiada.

Sus movimientos sobre su pecho ya no tenían una naturaleza práctica. En su lugar, sus dedos se curvaron, arañando su piel a través de las capas de ropa.

Richard cubrió su mano con la suya.

—Quizás debería hacerlo.

—Llévame de aquí —susurró ella.

Richard pudo ver la vulnerabilidad y tristeza en sus ojos. No sabía qué le había causado dolor. No sabía qué la había llevado a beber en exceso y actuar con tanta audacia. Y no sabía qué tenía que ver Mick con todo eso, pero quería golpearlo en la cara.

Bueno, sería la segunda mejor opción en este momento. La primera sería sacar a la señorita Claremont del salón de baile y ofrecerle algo de consuelo.

Optó por la mejor opción. La tomó de la mano y caminó rápidamente hacia la salida.

El corazón de Jo latía con fuerza en su pecho mientras el vizconde Gage la conducía fuera del salón. En el momento en que puso su mano en la de él, toda clase de dudas la asaltaron, y la razón clara amenazó con abrumarla. Pero no quería pensar con claridad. Quería actuar de manera irracional. Quería encontrar consuelo en los brazos del vizconde.

No fueron lejos. El vizconde echó un vistazo dentro de una habitación a unas puertas del salón de baile, luego arqueó una ceja y la condujo adentro.

Jo miró a su alrededor mientras él soltaba su mano y se dirigía a encender algunas velas. Solo entonces reconoció que se trataba de una sala de música. La habitación que los músicos usaban para afinar sus instrumentos antes de sus actuaciones. La sala donde una dama tocaría el piano para su pretendiente.

La habitación que, en ese momento, estaba desocupada y libre para que la usaran como quisieran.

Jo se acercó al vizconde y pasó su mano por su brazo.

—Pensé que íbamos a tus aposentos —dijo en un susurro seductor.

Él terminó de encender la cuarta vela y se giró hacia ella, prestándole toda su atención.

—Demasiado lejos —dijo mientras levantaba la mano y le acariciaba la mejilla.

Jo sonrió. No podía esperar para estar con ella, y el sentimiento era mutuo.

Jo deslizó sus manos por su pecho, sintiendo los músculos tensarse bajo su toque. Era tan fuerte, tan cálido, tan maravillosamente viril. Se puso de puntillas y lo besó en los labios.

Él instantáneamente la envolvió en sus brazos y la besó con profundidad. Sus labios suaves jugaron sobre los de ella, chupando, luego soltando, mordiendo y lamiendo. Sabía a vino con un

toque masculino y un poco de sal. De alguna manera, la combinación la volvió loca.

Su espalda se arqueó bajo el asalto de sus besos hambrientos, obligándola a agarrarse de sus hombros para no perder el equilibrio. Introdujo su lengua en la boca de él, y él la chupó suavemente, obligándola a gemir y a aferrarse a él aún más.

Con un gruñido, él la levantó en sus brazos, la acunó contra su pecho y caminó hacia el banco del piano. Se sentó en el estrecho banco, acomodándola sobre sus muslos. Jo se acurrucó a su alrededor, sin apartar los brazos de su cuello, y lo besó de nuevo.

Su respiración era entrecortada, pero se resistía a soltar sus labios para tomar aire. Prefería asfixiarse antes que dejar de besarlo. Seguramente, esto era una forma de locura.

Su mano sujetó firmemente su tobillo, y Jo olvidó sus pensamientos. Sus dedos recorrieron suavemente su pierna, levantando las faldas de su vestido a medida que avanzaban. Jo jadeó cuando él alcanzó su rodilla y deslizó el pulgar sobre la sensible curva justo debajo de ella.

El leve hormigueo entre sus piernas exigía contacto con él. Sus pezones dolían contra el corpiño, y quería arrancarse el vestido.

Se movió en su regazo, luchando por montarlo. Richard la tomó firmemente por los muslos y la acomodó sobre él.

La miró con la mirada nublada, sus ojos semicerrados por la pasión, sus labios hinchados y húmedos. Jo lo rozó con la nariz antes de morderle el labio inferior.

El gesto juguetón le valió un beso hambriento, uno en el que estaba segura de que él la devoraría si se lo permitía. Y vaya si se lo permitiría.

De repente, él se detuvo.

La apartó suavemente mientras respiraba con fuerza y sacudía la cabeza.

—No creo que sea una buena idea —dijo con voz ronca, y luego carraspeó.

Jo bajó la frente hasta la suya, y sus respiraciones se mezclaron.

—¿No dijiste que la puerta de tus aposentos siempre estaba abierta? Pensé que un caballero nunca rompía su palabra.

—Bueno, no estamos en mis aposentos —murmuró él.

Jo cerró los ojos con fuerza. No quería ir a su habitación vacía y acostarse con sus pensamientos y arrepentimientos toda la noche. No. Ella quería una noche de pasión. Y el vizconde que tenía delante era el único que podía proporcionarle esa pasión.

Bajó la mano hasta el bulto en sus calzones y lo acarició con los dedos. Estaba tan duro y caliente, incluso a través de la gruesa tela.

—Joder —gruñó él, apretando su agarre en el cabello de Jo—. No creo que estés pensando con claridad.

Ella bajó la cabeza y lo miró a través de sus pestañas.

—Hoy ha sido un día duro para mí, milord —dijo suavemente.

—Entonces estás buscando distracción —croó él, con la respiración entrecortada.

—No. —Jo negó con la cabeza y lo besó en los labios—. Estoy buscando consuelo. Necesito alejarme de todo esto, aunque sea por un segundo. Necesito el consuelo de tus brazos y el alivio de una pequeña muerte. —Lo besó de nuevo. Él cerró los ojos, claramente rindiéndose. Jo bajó la voz hasta un susurro—. *La petite mort*.

Su boca capturó la de ella en un beso desesperado. No. No era un beso. Era una invasión. Su lengua se hundía en su boca una y otra vez mientras la devoraba. Sus manos recorrían su cuerpo, y sus caderas se movían en un ritmo seductor. Richard estaba atacando todos sus sentidos, volviéndola loca de lujuria, de deseo.

Richard enganchó los dedos en el corpiño de ella y lo bajó de un tirón. Las manos de Jo quedaron inmovilizadas a los lados con las mangas, limitando los lugares donde podía tocarlo. Pero entonces él bajó la cabeza y tomó uno de sus pechos en la boca.

Jo gritó, sus caderas se sacudieron. Se arqueó, empujando su pecho más adentro de la boca de él. Richard rodeó su pezón con la lengua, y ella clavó los dedos con más fuerza en su chaleco mientras la intensa sensación de deseo la abrumaba. Su interior se calentó, y un líquido se deslizó desde su centro.

Las caderas de Jo no pudieron resistir el ritmo de la unión. Montó a Richard, frotando su pelvis contra sus calzones, muriendo por ser completamente devastada por él. Muriendo por sentirlo dentro de ella. Él igualó el ritmo sensual de sus caderas, y ambos gimieron con cada embestida. Al mismo tiempo, su lengua hacía cosas indecibles en sus pechos, y Jo solo podía gemir, sollozar y llamarlo por su nombre.

Él la envolvió con fuerza en su brazo, mientras que con la otra mano tocaba su centro. Jo gritó, lo que hizo que Richard se riera con suavidad contra su piel.

—No tan rápido, querida.

Jo clavó los dedos en su abrigo mientras montaba su palma con renovado vigor.

—Sí. Rápido. Ahora.

Solo podía hablar en sílabas, y sus pensamientos también la abandonaban.

Dentro. Profundo. Ahora.

Eso era todo lo que quería.

Sus manos fueron a los calzones de él, rasgando los botones, exigiendo liberar su erección hinchada.

—No —gruñó él y la mordió en el hombro—. No tengo la protección conmigo. No aquí.

Jo gimió de frustración.

—Obtendrás lo que viniste a buscar —susurró él con voz ronca, y sus dedos comenzaron a moverse con habilidad entre los húmedos pétalos de su sexo. Jo lo cabalgó, sus músculos contrayéndose alrededor de sus dedos.

No era suficiente. Ella lo quería todo. Pero él seguía jugando con ella, sin darle la liberación que tanto ansiaba.

—Richard —lloró ella en su frustración, y recibió una sonrisa maliciosa en respuesta.

—¡Vaya, señorita Claremont, qué escándalo!

No era momento para bromas. Jo ardía por dentro.

—Por favor —suplicó, y él devoró su boca de nuevo. Ya fuera por la ardiente pasión o en un intento desesperado por hacerla callar.

Él hundió sus dedos en ella y la observó mientras su boca se abría en un grito silencioso.

—Móntame, querida —susurró contra sus labios—. Báñame con tus jugos.

Círculo el centro de su sexo con el pulgar, y un gemido de placer escapó de sus pulmones.

Jo reanudó el implacable ritmo de sus caderas, montando su mano mientras se aferraba a él con fuerza.

Escuchó el tejido desgarrarse y no supo si era su ropa o la de él, ni le importó. Solo le importaba esa dulce sensación de olvido al final de este mágico recorrido.

Gritó de nuevo, todos sus músculos se tensaron y luego se relajaron. Su cuerpo palpitó de placer, pero Richard no se detuvo. Siguió extrayendo más y más placer, ola tras ola, de su cuerpo.

Cuando Jo abrió los ojos, su mejilla estaba apoyada en el hombro de Richard. Su mano aún

estaba en su lugar más íntimo, mientras que la otra mano dibujaba círculos tranquilizadores en su espalda.

—Mm —gimió ella, girando la cabeza y besándolo en el cuello. La corbata de Richard no estaba por ninguna parte, y su cuello estaba cubierto de sudor.

Él siseó.

—Con cuidado —dijo con voz ronca—. Algunos de nosotros aún no hemos experimentado la pequeña muerte. Mi cuerpo todavía está tenso.

Jo rio y se echó hacia atrás para poder ver su cara dolorida. La mirada de él cayó inmediatamente sobre los pechos desnudos de ella, y sus ojos se llenaron de hambre. Se relamió los labios, y Jo pudo sentir las llamas del deseo encendiéndose en la parte baja de su estómago.

—Es un problema fácil de solucionar —dijo ella, mientras pasaba la mano por su erección a través de los calzones abultados.

Richard bajó la boca y succionó uno de sus pechos de nuevo.

Jo gimió justo en el momento en que la puerta de la habitación se abría.

Richard maldijo y la apretó contra su pecho, cubriendo su cuerpo de los intrusos.

—¡Dios mío, Richard! —La voz sorprendida de lady Vane sonó desde la dirección de la puerta.

—¿Isabel? —gruñó Richard.

—¡Cristo! —Alguien más maldijo en voz alta. Probablemente, lord Vane. Luego se oyó un revuelo y el sonido de pasos antes de que la puerta se cerrara de nuevo.

Capítulo 8

No podían encontrar su propia maldita habitación, ¿verdad?

Josephine enterró el rostro en el hueco de su hombro, temblando.

¿Estaba llorando?

Richard deslizó una mano tranquilizadora por su espalda desnuda. La suave piel bajo sus dedos volvió a encender su pasión. Richard apretó los dientes. Dudaba que ella tuviera ganas de continuar con su encuentro ahora.

Josephine levantó la cabeza, aún aferrada a sus hombros.

—Tenía que pasar hoy, de entre todos los días —dijo con una risa ahogada.

—¿Te estás riendo? —preguntó Richard, esbozando una amplia sonrisa. Esa mujer estaba llena de sorpresas.

Josephine asintió mientras intentaba subirse el corpiño.

—Cuando algo sale mal, ya puedo esperar que todo lo demás salga mal también —aún se reía.

Richard resopló.

—Déjame a mí.

Enganchó los dedos en el corpiño de ella y lo subió, cubriendo sus magníficos pechos. Lamentó perder de vista esas suaves y blancas curvas. Además, sabían de maravilla.

—No todo salió mal hoy, ¿verdad? —preguntó con voz ronca. Le sostuvo la nuca, sus dedos jugueteando con su cabello.

Josephine gimió y se apoyó en su caricia, cerrando los ojos.

—No debería haber pasado —dijo sin aliento.

—Sigues diciendo eso. Pero ¿por qué está tan mal que disfrutemos de nuestros cuerpos? Encajamos a la perfección. Nuestras necesidades coinciden. Encontramos la pasión el uno en el otro.

—Porque… —Josephine abrió los ojos y luchó por levantarse.

Richard gimió cuando ella, torpemente, se rozó contra su aún erecta entrepierna. La tomó por la cintura y la depositó en el suelo. Ella se tambaleó, aferrándose a él para mantenerse en pie. Seguía tan embriagada por la pasión como él.

¿Por qué negarlo? ¿Por qué negarse el placer?

—Porque trabajé mucho para alejarme de esta imagen. La de la amante. La cortesana.

—¿Qué tiene de malo eso? —Richard frunció el ceño mientras se levantaba y comenzaba a arreglarse la ropa. Tiró de su chaleco, que quedó flojo. Maldita sea. Maldijo por lo bajo. La arpía había rasgado su chaleco.

—No tiene nada de malo —murmuró ella—. Simplemente, no es lo que quiero. No voy a ser una mujer mantenida. Soy lo suficientemente capaz como para cuidarme sola.

Richard levantó la cabeza y la miró bajo el ceño fruncido.

—No tienes que ser eso. Podemos simplemente complacernos mutuamente sin ninguna expectativa.

Josephine soltó un amargo bufido.

—Eso lo dices ahora. Pero en el momento en que quieras más, me ofrecerás una posición como tu amante.

Richard hizo una mueca.

—No lo haré.

Ella negó con la cabeza, alisando las faldas de su vestido.

—Incluso si eso es cierto. Si otras personas nos ven juntos, asumirán que estoy bajo tu protección...

—Estás bajo mi protección —gruñó Richard—. Te conviertas en mi amante o no, mientras tengamos un romance, estarás bajo mi protección. No dejaré que ningún otro idiota te toque.

—No quiero estar bajo tu protección.

Richard resopló.

—Así que, ¿prefieres coquetear con todos los caballeros que veas?

Josephine se encogió de hombros.

—Coquetearé con quien me plazca.

Richard dio un paso amenazante.

—¿Te acostarás también con quien te plazca?

Ella se mantuvo firme, levantando el rostro para encontrarse con su mirada.

—No quiero ser el juguete de nadie, milord.

—Creo que ya hemos dejado atrás lo de llamarme milord. Me llamaste Richard —esbozó una sonrisa—. Lo escuché.

Josephine negó con la cabeza.

—Te casarás tarde o temprano. Y cuando eso suceda, me quedaré sola con mis sentimientos. Otra vez. No hay poder en ser la propiedad de otra persona. Es fácil que te echen como un mueble no deseado. Y yo no seré eso.

Richard se volvió con una mueca. Iba a casarse. Más pronto que tarde. Y sentía que su matrimonio se acercaba como una soga al cuello.

—De acuerdo —dijo con un suspiro—. No quieres que tenga poder sobre ti. Está bien. Hagamos que sea un romance breve. No me pertenecerás de ninguna manera. No haré avances evidentes delante de otras personas. Solo nos complacemos mutuamente durante esta fiesta en la mansión. Y luego, cada uno por su lado.

Josephine frunció el ceño.

—¿No me pedirás que sea tu amante una vez que la fiesta termine?

—No lo haré.

—¿Y podré coquetear con quien quiera, incluso durante la fiesta?

Richard apretó los dientes. Puedes intentarlo.

—No te exigiré que te detengas.

Ella lo observó con escepticismo, que se reflejaba claramente en su rostro. Bueno, no era tonta.

—Está bien —dijo, levantando la barbilla con desafío.

Una sonrisa se apoderó de los labios de Richard.

—De acuerdo.

La agarró por la nuca y la besó con hambre. Qué curioso. Esa necesidad de volver a encajar

sus labios con los de ella. La soltó tan bruscamente que Josephine tropezó. Richard la sostuvo mientras veía cómo recuperaba la compostura, y luego salió de la habitación.

Se dirigió con paso firme hacia la escalera, sin mirar a su alrededor, solo necesitando un momento para sí mismo. Esa mujer sabía cómo desestabilizarlo. Nunca había deseado a nadie tanto como la deseaba a ella. O tal vez lo que ansiaba era la libertad. Escapar del matrimonio inminente que lo esperaba justo en el horizonte.

Una figura en la sombra salió de detrás de la esquina, y Richard tropezó con ella. O más bien con ella. Isabel.

—¡Maldita sea, Isabel! —retrocedió y luego miró a su alrededor—. ¿Estabas esperando aquí todo el tiempo?

—¿Qué demonios estabas haciendo? —preguntó Isabel, con el rostro lleno de sorpresa y decepción al mismo tiempo.

Richard soltó un suspiro.

—¿Qué crees que estaba haciendo? Ya eres una mujer casada. Pensé que lo entenderías.

—¡Oh, no te pongas sarcástico con esto! —siseó Isabel—. ¡Te vas a casar pronto!

—¡Shh! —Richard la tomó del brazo y la llevó aparte—. Nadie sabe de esto más que tú y yo. Y me gustaría que siguiera así por ahora. Además, aún no estoy prometido.

Isabel lo miró con la boca abierta.

—¿Josephine lo sabe?

Richard apretó los labios.

—No. Y no tiene por qué saberlo.

—¿De qué estás hablando?

—¡No es una debutante tímida, Isabel! ¡Sabe lo que está haciendo!

—¿Y tú sabes lo que estás haciendo? Te juro, Richard. A pesar de todos tus defectos, siempre pensé que eras leal.

Richard se pasó la mano por el pelo con irritación.

—No voy a traicionar a mi esposa una vez que nuestro compromiso sea oficial. Esto es solo un... es solo un romance temporal. Nada más.

El rostro de Isabel demostró claramente su decepción. No necesitaba decir nada más.

Y no lo hizo. Solo negó ligeramente con la cabeza y se alejó.

Jo estaba sentada ante el espejo al día siguiente, recogiendo su cabello en un moño. La tarea era sencilla, una que había hecho muchas veces sin siquiera mirar su reflejo, pero hoy todo estaba saliendo mal. No importaba lo que hiciera, siempre quedaba un mechón suelto, por lo que se vio obligada a deshacer el moño, cepillar su cabello de nuevo y empezar desde cero.

Ya estaba vestida para el día, y tan pronto como terminara con su cabello, saldría para unirse a los demás invitados de la fiesta. Sus dedos se apretaron sobre el cepillo.

Y esa era la razón por la cual todo parecía ir mal ese día. No quería ir. No deseaba unirse a los invitados y soportar las miradas desaprobadoras de los anfitriones.

Lady Isabel Vane era una mujer encantadora, pero Josephine dudaba que pudiera pasar por alto el comportamiento escandaloso de los artistas que había contratado.

Los aristócratas siempre tenían un conjunto de normas diferente, reservado para todos aquellos que consideraban inferiores. Las actrices a menudo eran tratadas como sirvientas: eran el servicio contratado. Así que, si lady Vane había contado a alguien lo que había presenciado, Josephine podría olvidarse de futuros compromisos en fiestas.

La puerta chirrió al abrirse detrás de ella, y Selena se coló por la estrecha abertura, como si no pudiera abrirla más.

—¡Selena! —Jo se levantó de un salto. Por fin alguien con quien compartir sus penas—. No pasaste la noche en nuestras habitaciones —añadió coqueta, esperando que eso indicara que Selena había encontrado a alguien más. Alguien más digno de su tiempo que Mick.

Selena solo sonrió y se ajustó el vestido.

—Necesito cambiarme.

—¡Espera, espera! ¿Dónde estuviste? —Jo la agarró del brazo, y Selena soltó un siseo. Un leve moretón rosado en su antebrazo hizo que se desvanecieran los sueños de un mejor amante para Selena. Jo frunció el ceño—. ¿Qué es eso?

—Me golpeé con... algo... —Selena soltó una risa nerviosa—. No sé. Estoy cansada. No he dormido en toda la noche. ¿Podemos charlar luego?

Se zafó de Jo y se fue detrás del biombo.

—¿Sigues teniendo una aventura con Mick? —preguntó Jo con una mueca—. Porque, si es así, puedes decírmelo. Me parece raro y francamente repugnante, pero no soy yo quien pasa las noches con él. Jamás te juzgaré.

—No tengo miedo a tu juicio, Jo —respondió Selena desde detrás del biombo—. Estoy tan cansada, y no quiero responder a todas las preguntas que están a punto de seguir. ¿Podemos charlar luego? Después de una siesta gloriosa.

Jo asintió, y luego recordó que Selena no podía verla.

—Muy bien. Como desees. Pero hoy hablaremos durante el té, porque tengo algunas cosas que también necesito contarte.

El rostro asombrado de Selena asomó por detrás del biombo.

—¿Tú también?

Jo se mordió el labio y asintió.

—Sí. Hoy, en el té.

Selena sonrió.

—Oh, estoy deseando que llegue. Casi más que la siesta.

Jo soltó una risita.

—Descansa. Yo voy a unirme a la fiesta.

Jo terminó de peinarse, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Observó la silueta de Selena detrás del biombo durante un momento antes de salir de la habitación. Tenía un mal presentimiento, como si Selena estuviera ocultando algo. Solo esperaba que su amiga le contara lo que fuera durante la hora del té.

Mientras tanto, Jo tenía sus propios demonios que enfrentar. Respiró hondo.

No estaba preparada para enfrentarse al mundo, pero nadie le iba a preguntar si lo estaba. Solo necesitaba actuar con seguridad. Era actriz, podía hacerlo. Tomando una respiración más profunda, se colocó una sonrisa y bajó las escaleras.

Las damas estaban relajándose en los salones o fuera, mientras que la mayoría de los caballeros estaban curiosamente ausentes. Jo se enteró rápidamente de que los hombres se habían ido de caza, y soltó un suspiro de alivio.

Aunque estaba deseando ver a Richard, y no podía creer que estuviera ansiosa por verlo, necesitaba un descanso de su tumultuosa relación. Había dicho que sí a una aventura breve la noche anterior, pero ya lo estaba lamentando.

La razón principal por la que evitaba a los nobles no era solo porque la deshonrarían

ofreciéndole el puesto de amante. Sí, eso era parte del problema. Pero, en el fondo, tenía miedo de que, si se enredaba con un noble y se enamoraba, terminaría tragándose su orgullo y aceptaría una aventura de ese tipo.

Y aunque dijera que no, cuando uno está enamorado, se pierde la libertad. Al menos, las mujeres la perdían.

No necesitaba un desengaño. Necesitaba una existencia tranquila y pacífica. Y eso no sería posible si seguía relacionándose con el atractivo vizconde que le hacía sentir cosas que nunca había sentido antes.

Jo necesitaba despejar la mente, así que subió al patio para tomar un poco de aire fresco.

Para su total desesperación, el patio estaba ocupado por las mismas personas que deseaba evitar. Lady Vane estaba sentada allí en compañía de su hermana menor, lady Ashbury, y su amiga, la duquesa de Somerset. Las tres damas eran tan diferentes como la noche, el día y el amanecer. La duquesa pelirroja era definitivamente el amanecer en esa analogía; la baronesa de cabello dorado, el día; y la marquesa, con el cabello negro y ojos violetas tan similares a los del vizconde, era la noche.

Estaban bebiendo lo que parecía ser chocolate, mientras Milly corría detrás de su perro Button por la hierba frente a ellas.

Jo estaba a punto de retroceder sin ser vista cuando la duquesa se volvió hacia ella y le dedicó la sonrisa más cálida.

—Oh, señorita Claremont. ¡Por favor, únase a nosotras! —exclamó.

Las otras damas se volvieron hacia ella y sonrieron.

—Oh, sí, tiene que contarnos todo sobre esa obra. Estuvo magnífica en ella. Pero me encantaría saber cómo se le ocurren esas historias —exclamó la baronesa.

—Gracias. —Jo sonrió y dio un paso adelante.

—Hubiera preferido que su personaje sobreviviera —dijo la duquesa con pesar.

—En el guion original, lo hacía —explicó Jo.

—Por favor, ¿se sentaría con nosotras? —preguntó lady Vane al fin. Su rostro era sereno, pero Jo no sabía qué se ocultaba detrás de esos enigmáticos ojos azules.

Jo se humedeció los labios resecos. No quería sentarse a pasar una conversación incómoda si lady Vane estaba disgustada con ella. Así que decidió ser proactiva.

—En realidad, esperaba poder hablar con usted —dijo—. En privado.

—Oh, claro. —Lady Vane se levantó con entusiasmo—. Por favor, aseguraos de que Milly no canse demasiado al perro —dijo por encima del hombro.

Jo miró al enorme perro ladrando y brincando. Su primera preocupación no sería que se cansara, eso seguro.

—Venga —la llamó lady Vane—. Podemos hablar en el despacho de mi marido. No está lejos, y nadie nos molestará.

Caminaron en silencio, saludando solo ocasionalmente a los demás invitados que se cruzaban en su camino. Entraron en el despacho, pero en lugar de sentarse detrás del escritorio de su marido, como Jo había supuesto, lady Vane se sentó en la silla junto a la chimenea, ofreciéndole a Jo otra enfrente.

—¿Le gustaría un poco de té? ¿Chocolate?

—No, gracias. —Jo estaba demasiado nerviosa para beber nada.

—Muy bien. ¿De qué quería hablar? ¿Están cómodos los actores? ¿Necesitan algo más?

—Oh. —Jo sonrió—. Todo es perfecto. Todos están muy agradecidos. Nunca habíamos

tenido alojamientos tan generosos.

—¿De veras? —Lady Vane levantó una ceja—. Lo encuentro extraño.

La sonrisa de Jo se volvió suave.

—Somos personal contratado. Así es como nos tratan la mayoría de las veces. No como a los invitados.

Lady Vane arrugó la nariz.

—Bueno, eso es lamentable. Os merecéis mucho más. Pero si no ha venido a hablar de eso, ¿de qué quería hablar?

Jo contuvo una mueca.

—Sobre anoche... Quería disculparme por haberla hecho presenciar...

Lady Vane la interrumpió con la única reacción que Jo no anticipó.

Se echó a reír.

Rápidamente se cubrió la boca con la mano, pero sus ojos aún estaban llenos de risa. Jo la miró con los ojos muy abiertos mientras lady Vane seguía riendo y luego se abanicaba, tratando de calmarse.

—Lo siento mucho —dijo finalmente mientras se secaba las lágrimas—. No quería reírme. Es solo que... Fue realmente una situación embarazosa para ambas. Quizás más para mí que para usted... De hecho, más para Richard. —Hizo una mueca de disgusto—. No deseaba ver a mi hermano haciendo... eso. —Se estremeció.

Y esa fue la primera vez que Jo se planteó cómo se sentía realmente lady Vane acerca de toda la situación. Estaba preocupada por su reputación y por cómo podría juzgarla lady Vane, pero lo que esta había dicho hacía que todo el asunto fuera aún más aterrador y, a la vez, extrañamente cómico. ¡Richard era su hermano!

—¡Dios mío! —Jo se cubrió la boca con la mano y soltó una carcajada—. Lo siento. Debió de ser, como mínimo, desagradable. ¡Oh, Señor! —Se abanicó, deseando de repente tener una taza de té para ahogar su vergüenza.

Lady Vane hizo un gesto con la mano.

—No tiene nada por lo que disculparse. La pasión a veces nos sorprende en los lugares más inesperados. Pero es deber de un caballero no someter al objeto de su pasión al escrutinio de los demás. Así que, si es culpa de alguien, es de Richard. Fue bastante descuidado por su parte. —Alisó las inexistentes arrugas de su vestido.

¿El deber de un caballero era no someter al objeto de su pasión al escrutinio de los demás?

Jo recordó de repente el apasionado encuentro que había presenciado en el jardín, donde el marido de lady Vane había sido bastante descuidado al mostrar su objeto de pasión a la vista de cualquiera en toda su desnuda gloria. Jo frunció los labios y se obligó a no decir nada.

—Solo quería que supiera que no siempre… No soy de las que… —Expulsó un suspiro profundo—. No es propio de mí buscar relaciones en fiestas en casas ajenas. Normalmente soy muy profesional. Hago mi trabajo, entretengo a los invitados y mantengo el entretenimiento en una variedad estrictamente vestida.

Lady Vane la observaba con curiosidad.

—Me parece bastante injusto que, si hubiera encontrado a Richard con una joven soltera de origen aristocrático, él se habría visto obligado a casarse con ella.

—Tengo suerte de no ser de origen aristocrático —dijo Jo con una sonrisa.

—¿Cómo puede decir eso? —Lady Vane sonaba consternada—. ¿No quiere casarse?

Jo se rio entre dientes.

—No todo se trata de matrimonio, milady. Algunas cosas son cuestión de pasión.

Lady Vane frunció el ceño.

—Pero ¿no quiere casarse?

Jo se encogió de hombros.

—Quizás, algún día. No lo sé. Sinceramente, no veo los beneficios. Viviendo como lo hago, soy libre. Tengo mi propio dinero para gastar, hago lo que quiero, actúo donde quiero y viajo adonde quiero. Si encuentro a una persona con la que mis objetivos coincidan y si estoy enamorada, entonces quizás lo haría. Pero no es mi único objetivo en la vida. Mi objetivo es experimentar la vida. Y, preferiblemente, sin supervisión.

—Pero ¿no…? Es decir, ¿no preferiría…? —Lady Vane frunció el ceño—. ¿No preferiría compartir esas experiencias con alguien?

—Con alguien a quien ame, sí. No con alguien con quien me pillaron acostándome en la sala de música.

Lady Vane soltó una carcajada. Se cubrió la boca con la mano y luego negó con la cabeza.

—Supongo que entiendo su punto de vista. Excepto que yo no estaría acostándome con alguien a menos que lo amara. —Frunció el ceño y puso una mueca—. No, tiene razón en eso también. Yo… tuve… una indiscreción de algún tipo con un hombre —miró hacia arriba con los ojos muy abiertos— antes de mi matrimonio, por supuesto. Pero si me hubieran pillado con él, dudo que hubiera sido feliz.

—¿Pero no fue su marido quien la comprometió? —preguntó Jo antes de pensarlo. Hizo una mueca y rápidamente cerró los labios.

Lady Vane volvió a reír.

—Supongo que sí. Pero no fue así, fue solo un cuento exagerado de dos ancianas chismosas. Pero imagínese a una joven enredada en la misma situación con un hombre mucho mayor. O incluso si yo me hubiera enredado con el hombre equivocado. Mi vida habría sido un desastre.

Jo sonrió.

—Tiene sus ventajas no pertenecer a la alta sociedad.

—Supongo. —Lady Vane bajó la mirada y jugueteó con las puntas de sus guantes—. Pero mi hermano… Richard… no es tan malo, ¿verdad?

Los ojos de Jo se abrieron de par en par.

—Oh, no. No quería decir… eso no es…

Lady Vane soltó una risita.

—No tiene que explicarse conmigo. Supongo que solo tengo curiosidad por saber si lo que vi anoche fue solo un momento de pasión o si quizás ve algo en él.

Jo se humedeció los labios, su boca se secó y sus mejillas se ruborizaron. A pesar de todo su discurso sobre la pasión desenfrenada, se sentía incómoda hablando de lo que había sucedido la noche anterior entre ella y el vizconde. ¿Había algo más que pasión?

Definitivamente había mucha pasión. Y también otro tipo de atracción. Le gustaba hablar con él, bailar, e incluso simplemente sentarse en silencio.

Dejó escapar un suspiro.

—Es un… es un hombre maravilloso. Pero esto es un romance pasajero.

Lady Vane asintió, pero su rostro se ensombreció.

—¿Le gustaría unirse a mí y a mis amigas para tomar chocolate en el patio? Parece usted una buena conversadora.

Jo sonrió ampliamente.

—Siempre y cuando no sigamos hablando de esto.

Lady Vane soltó una risita.

—No. No haría eso. Pero debo admitir que tengo motivos más egoístas para invitarla. A Millie le cae usted bien. Y estoy segura de que estaría feliz si se uniera a nosotras.

Jo sonrió y, por primera vez desde que se despertó, no sintió ningún temor en absoluto.

—Me encantaría.

Capítulo 9

Jo terminó pasando el resto del día con lady Vane, su familia y sus amistades. Ya se llevaba bien con Millie y su encantador perro Button, pero ahora el animal la seguía como si estuviera hechizado, mientras la duquesa, la baronesa y la marquesa la trataban como si fuera su igual. ¡Incluso insistieron en que las llamara por sus nombres de pila, cosa que Jo nunca podría hacer!

Rara vez, si es que alguna vez sucedía, Jo era tratada de esa manera en las casas aristocráticas. Siempre intentaba ser amable con todas las damas de la alta sociedad para ganarse su favor y conseguir la oportunidad de actuar en sus eventos, pero al final del día, siempre se encargaban de recordarle que solo era una ayuda contratada, un escalón por encima de los sirvientes.

Aquí no era así. ¡Y eso que había ocurrido el bochornoso incidente de la noche anterior!

Selena se unió a ellas para el té. Jo no pudo rechazar la invitación de la anfitriona, así que decidió llevar a su amiga con ella. Y aunque deseaba hablar con Selena en privado, tuvo que conformarse con una íntima fiesta de té con las damas.

Selena parecía estar de buen humor mientras discutía con entusiasmo diversos temas con sus nuevas amigas. Jo incluso empezó a pensar que todas sus preocupaciones eran imaginaciones suyas. Quizás solo estaba proyectando sus propios sentimientos hacia Mick en el mal humor que había visto en Selena más temprano, cuando quizá ella solo estaba cansada.

«Vivimos en la misma habitación. Si realmente algo estuviera mal, tendría la oportunidad de hablar con Selena cuando quisiera».

Cuando llegó la hora de la cena y el marido de lady Ashbury acompañó a Jo hasta la mesa, una nueva sospecha brotó en su mente.

Lady Vane estaba intentando mantener a Jo ocupada y tan lejos de su hermano como le fuera posible.

Quizás no estaba tan conforme con su relación como había parecido. No es que Jo pudiera culparla.

De hecho, estaba agradecida por ello.

En un momento de debilidad, Jo había aceptado continuar la aventura con el vizconde, pero ahora sentía dudas y miedo. Su mente y su cuerpo luchaban entre sí mientras su corazón intentaba no involucrarse. Pero no era fácil. Así que Jo agradecía la interferencia de lady Vane y el respiro que le ofrecía.

Richard tampoco la buscó, aunque le lanzó miradas oscuras cada vez que Jo se reía de algún comentario hecho por uno u otro caballero. A veces, lo sorprendía observándola con una mirada ardiente, pero aparte de eso, no tuvo más contacto con él el resto de la noche.

El desánimo le encogió el estómago, y Jo se recriminó por ser tan indecisa.

«¿Quiero al vizconde o no?».

No podía responder a esa pregunta. Solo esperaba que Selena la ayudara a desenmarañar sus pensamientos confusos. Pero Selena había desaparecido después de la cena y no se la vio por el resto de la noche.

A la mañana siguiente, Jo se levantó de la cama de buen humor. Había tenido un buen descanso. El sol brillaba a través de las cortinas y los pájaros trinaban afuera, lo que le hizo sonreír. Todas las preocupaciones de ayer desaparecieron simplemente al despertarse con el pie derecho.

Era un nuevo día, y ella intentaría aprovecharlo al máximo.

Se aseó, se cambió a su atuendo matutino y salió de la habitación. La comida de la mañana estaba dispuesta en el salón de desayuno como de costumbre. Las mesas auxiliares estaban llenas de comida y bebidas. Cada invitado tomaba lo que quería y se sentaba dentro o salía al patio para disfrutar del buen tiempo.

Jo llenó su taza con chocolate y salió al patio. Miró a su alrededor, buscando un lugar donde sentarse, cuando lord FitzWalter se acercó a ella.

—Hace un tiempo precioso, ¿no le parece, señorita Claremont?

Jo sonrió.

—En efecto, lo es.

—Este clima es perfecto para una caminata al aire libre. Hay muchas flores en esta época del año.

—¿De veras? —Jo sonrió con cortesía, fingiendo interés mientras buscaba maneras de escapar.

—Soy un botánico *amateur* —dijo él con una sonrisa. Luego se acercó un poco más—. Que es el mejor tipo de botánico, creo yo.

Jo rio con suavidad.

—¿De veras?

—Oh, sí, lo es —confirmó lord FitzWalter, hinchando el pecho con orgullo—. «*Amateur*» se traduce del francés como «amante de…». Así que puedo afirmar que soy un amante de la botánica. ¿No le parece una descripción hermosa?

Jo sorbió su chocolate, que ya empezaba a enfriarse.

—Me lo parece. Y eso significa que soy una actriz aficionada. ¿O eso se traduciría como amante de las actrices? Porque no sería una buena descripción.

Lord FitzWalter rio mientras colocaba su mano sin ceremonias sobre el brazo de Jo. No era del tipo arrogante, solo un poco inepto en las interacciones sociales, así que Jo sabía que no tenía la intención de ofenderla con su gesto.

Jo intentó apartarlo con cortesía, pero sin éxito. En cambio, él se acercó aún más.

—¿Le gustaría dar un paseo por el bosque? Hay una flora fascinante en esta época del año.

Una mano cálida aterrizó con firmeza en la parte baja de la espalda de Jo, y Richard se acercó, logrando así que lord FitzWalter retirara su mano. El corazón de Jo dio un vuelco en su pecho y sintió cómo el calor recorría su costado izquierdo. Richard dio otro paso y se colocó entre Jo y el botánico.

—Gage —dijo lord FitzWalter sin entusiasmo, mientras su mirada se deslizaba hacia la mano de Richard, que ahora descansaba protectora sobre la parte baja de la espalda de Jo.

—FitzWalter. Espero no haber interrumpido una conversación estimulante. ¿Lo hice?

—No, en absoluto. Solo estaba invitando a la señorita Claremont a dar un paseo.

Richard se giró hacia Jo, con una mirada extrañamente intensa.

—Señorita Claremont —dijo en un tono más bajo—. ¿Descansó usted bien durante la noche?

Jo tragó saliva, notando cómo su pulso se aceleraba.

—Sí. Gracias, milord.

—¿Qué opina? —dijo Richard, sin apartar la mirada de ella.

Jo tampoco podía apartar la suya.

—¿Sobre qué?

Él sonrió lentamente, con una mirada conocedora.

—Un paseo.

—Oh —dijo Jo, lamiéndose los labios y sonriendo. Se volvió hacia lord FitzWalter, cuya existencia había olvidado por un breve momento—. Por supuesto, estaría encantada.

—Estupendo —dijo Richard en voz baja, su mirada dirigiéndose hacia los labios de Jo. Se separó de ella de repente y se volvió hacia el resto de los invitados en el patio—. ¿Quién más quiere unirse a lord FitzWalter en una excursión? Promete compartir con nosotros un conocimiento espectacular sobre la flora de esta maravillosa finca.

Lord FitzWalter hizo una mueca; evidentemente, tenía la intención de que fuera un asunto más íntimo, mientras Jo suspiraba de alivio. Lo último que quería era quedarse atrapada en el bosque con lord FitzWalter.

Sin embargo, un paseo con lord Gage prometía ser interesante.

El grupo salió de paseo inmediatamente después del desayuno. Las damas se ataron los sombreros para protegerse del sol intenso, los caballeros se equiparon con sus bastones de paseo, e incluso Button corría en círculos alrededor de los invitados, emocionado. Lord FitzWalter se detenía ante cada flor y describía a todo aquel que quisiera escuchar el significado de cada una, cómo florecían, qué las mantenía vivas, por qué sus colores eran los que eran y muchos otros detalles interesantes, aunque algo tediosos.

Jo escuchó un par de las conferencias del hombre y luego se alejó del grupo, en busca de su propia diversión.

Algunas personas podrían estar realmente interesadas en aprender lo que lord FitzWalter tenía que decir, pero la mayoría de las damas en su grupo eran solo jóvenes que fingían fascinación con la esperanza de que un día el joven caballero las mirara con el mismo fervor con el que contemplaba la flora.

Jo tenía que admitir que era un hombre apuesto, con su tímida sonrisa y torpes avances. Era un caballero agradable, pero no era el tipo de hombre que a ella le resultaba cautivador.

Quizás, para su propio perjuicio, los hombres que encontraba atractivos eran decididos, arrogantes y con un encanto obvio que emanaba cada vez que hablaban.

En ese momento, la voz grave de un ejemplar de ese tipo sonó a sus espaldas.

—Te aburriste de los sermones del viejo, ¿verdad?

Un escalofrío recorrió los brazos de Jo. La voz de Richard siempre le causaba ese efecto.

—No es viejo, ni aburrido.

—Hm, y sin embargo, huiste de él como si estuvieras escapando de la peste. —La alcanzó y ahora caminaba a su lado, igualando su paso.

Jo resopló.

—Yo no hice tal cosa. Me parece que ese hombre es bastante fascinante.

—¿De veras? —Richard arqueó una ceja.

—Así es. —Jo levantó su falda para pasar por encima de un tronco caído—. Por un lado, es lo suficientemente caballero como para ayudar a una dama a caminar por un terreno tan accidentado como este.

—¿Terreno accidentado? —Richard entrecerró los ojos de manera teatral hacia el sendero despejado—. Si te parece accidentado este terreno, temo por tus delicadas sensibilidades si alguna vez caminaras por el corazón de Londres. Además, pensé que preferías la independencia y no tener que depender de un caballero en ninguna situación.

—Bueno, si no puedo encontrar a un caballero que me ayude en una tarea tan simple como esta, ¿para qué necesitaría un caballero? —Jo reprimió una risita. Discutir con él le hacía arder las mejillas y todo su cuerpo se calentaba.

Richard le ofreció el brazo justo antes de que apareciera una pequeña roca en su camino. Jo arqueó una ceja, luego rodeó la roca, rechazando su ayuda.

—Ah, pero cuando te ofrezco asistencia, la rechazas.

—Solo porque lo haces con desgana.

—No puedo ganar contigo, ¿verdad? —preguntó Richard con una sonrisa.

Jo levantó una ceja.

—Depende de a qué juegues.

Richard soltó una carcajada.

—¿Y qué tal si jugamos a ser el rey y una campesina?

Jo lo miró con los ojos entrecerrados.

—No hay manera de que me atrapes. Tu corona pesa demasiado.

—Y tú tendrías problemas para huir de mí. Tienes demasiada altanería —replicó él. Jo soltó un jadeo, y el bribón se rio de su reacción—. ¿Qué pasa? ¿Tú puedes insultarme, pero yo no puedo insultarte a ti?

Jo miró hacia adelante y levantó la barbilla.

—Pensé que eras un caballero.

—¿De veras? —Richard arqueó una ceja—. ¿Qué te dio esa idea?

Jo se encogió de hombros.

—El resto de tu familia parece bastante civilizada.

Richard soltó una risa desdeñosa.

—Tengo dos hermanas y ambas se casaron por escándalo. Isabel tiene un perro que arruina todo a su paso y una hija que grita por los pasillos desde las primeras horas de la mañana. ¿Qué te hace pensar que mi familia es civilizada?

Jo rio suavemente.

—¿Y qué hay de tus hermanos?

—Bueno, Alan, el más joven, acaba de regresar de sus correrías por el continente. Así que Dios sabe lo que ha estado haciendo allí y si tendré que ir a limpiar sus desastres. Mientras que Adam es en realidad el único decente de nosotros.

Jo se volvió para mirarlo. Pensó que estaría sonriendo, pero su rostro se volvió sombrío.

—¿De veras?

Él asintió.

—De veras. A veces pienso que él debería haber heredado el título. —Richard sacudió la cabeza—. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—Oh. —Ella sacudió la cabeza con vigor—. No. Yo... No.

Él arqueó una ceja.

—No sonaste muy segura de eso.

Jo soltó una risa nerviosa. No estaba segura. No tenía hermanos por parte de su madre, eso lo sabía. Pero en cuanto a su padre... No había manera de estar segura. Pero no era algo de lo que estuviera dispuesta a hablar ahora. Ni nunca.

—Estoy segura de que no los tengo. Cuando era más joven, deseaba tenerlos. Pero ahora me alegra no haber tenido a nadie de quien preocuparme. —Luego mordió su labio y le lanzó una mirada coqueta—. Haces que parezca un verdadero desafío.

Richard soltó una carcajada.

—Bueno, me alegra al menos haberte hecho sentir mejor acerca de tu situación.

La sonrisa de Jo no abandonó sus labios.

—Tienes una familia maravillosa —dijo con sinceridad.

Él asintió.

—No puedo atribuirme ningún mérito, por desgracia. Nuestros padres los educaron bien. Y después de que fallecieron, Isabel fue quien sustituyó a nuestra madre a sus ojos.

—¿Y tú?

—Cumplo con mi deber lo mejor que sé —respondió con un encogimiento de hombros—. A veces significa tomar decisiones difíciles.

Jo le lanzó una mirada de soslayo. Su ceño se frunció, y miró hacia adelante con una expresión amenazante. ¿Qué decisiones difíciles tuvo que tomar para criar a su familia? Por mucho que creyera en su afirmación de que lady Vane era una madre para todos ellos —tenía un aire tan calmante que incluso Jo a veces quería acurrucarse a su lado y compartir todas sus preocupaciones—, el vizconde era la cabeza de la familia. Y estaba segura de que había tenido que hacer uno o dos sacrificios para demostrarlo.

Jo carraspeó.

—Tengo que admitir que a veces... desearía haber tenido un hermano mayor tomando decisiones difíciles por mí cuando era más joven.

Richard la miró, sorprendido.

—¿De veras?

Jo soltó una carcajada.

—Soy buena cuidando de mí misma. Pero no siempre lo fui. Nadie nace siendo bueno en eso, supongo. Uno se ve obligado a aprender.

Richard se detuvo y se volvió hacia ella, con una expresión preocupada.

—¿Y qué circunstancias te obligaron a ser buena en eso?

Jo sonrió.

—Esa es una pregunta demasiado pesada para una aventura corta, milord. Temo que le quitaría toda la diversión.

Él la observó durante un largo momento, su mirada intensa, como si intentara leer su mente. Luego apartó los ojos de ella y miró a su alrededor. Había un grupo de personas a pocos pasos adelante, pero aparte de eso, el camino parecía despejado. Los ojos de Richard brillaron con picardía mientras la tomaba de la mano y la conducía fuera del sendero, adentrándose más en el bosque.

Jo soltó una risita mientras saltaba por encima de ramas, tratando con mucho cuidado de no rasgar su vestido de seda. Finalmente, Richard se detuvo, la giró para que quedara de espaldas al sendero y la presionó contra un árbol.

—Muy bien —dijo, una vez que miró a su alrededor y se aseguró de que no hubiera nadie

cerca—. Si estamos aquí para divertirnos, entonces procedamos.

Jo levantó una ceja.

—¿Y cómo propones que pasemos el tiempo?

Él bajó la cabeza hacia la de ella, despacio, tortuosamente.

—Propongo que nos portemos mal —dijo con voz ronca y la besó en los labios.

Jo ni siquiera intentó resistirse. Todo su cuerpo vibraba cuando él estaba cerca. Y en el momento en que presionó sus labios contra los de ella, sus rodillas cedieron y su cuerpo se volvió blando en anticipación de recibir placer.

Sí. Este vizconde sabía cómo repartir placer. Lo estaba haciendo ahora con su lengua malvada que danzaba contra la de ella y exploraba cada rincón de su boca. Lo estaba haciendo ahora con sus manos traviesas que recorrían su cuerpo, haciendo que cada fibra de su ser cobrara vida. Y lo estaba haciendo ahora con su cuerpo firme que se frotaba contra ella, despertando sensaciones que estaban en un profundo letargo antes de conocerlo.

Oh, la dulce inconsciencia de la pasión. Cuánto la había echado de menos.

Aquella noche en la sala de música, él había despertado una parte de ella que llevaba mucho tiempo olvidada y ahora seguía despertando más y más de sus centros de placer.

Jo gimió y deslizó sus manos por el pecho duro y caliente de Richard. Enlazó sus brazos alrededor de su cuello, anclándose a él. Richard envolvió un brazo alrededor de su cintura y la atrajo con fuerza hacia él. Con la otra mano levantó sus faldas, dejando al descubierto sus piernas ante la fresca brisa de verano.

Jo envolvió de inmediato su pierna alrededor de sus caderas, y él dejó escapar un gruñido. Su pecho vibró con el sonido, reverberando contra el cuerpo de Jo. La presionó con más fuerza contra el árbol, sus caderas frotándose contra su centro.

Jo gimió y se apretó aún más contra él mientras el calor líquido se deslizaba entre sus piernas. Dios, lo necesitaba allí. Necesitaba que la tocara allí.

—¡Richard! —gritó frustrada.

Él sonrió con malicia, luego le mordió el labio.

—Dime qué quieres —gruñó él. Sus ojos eran de un azul oscuro como el mar durante una tormenta.

Jo perdió toda capacidad de comunicarse. Todo lo que pudo hacer fue gemir en respuesta.

La mano de Richard se deslizó bajo sus enaguas y subió hasta agarrarle las nalgas.

—¿Qué quieres? —repitió con voz ronca.

—A ti —respondió Jo con sencillez.

Un instante después, la boca de Richard descendió sobre la de Jo, y la devoró como un animal salvaje y hambriento. El mundo a su alrededor desapareció, y solo quedaron ellos, con sus alientos mezclándose mientras sus lenguas danzaban entre sí y sus cuerpos se fundían en un acto sensual.

Jo fue arrancada con brusquedad de su apasionada niebla por el sonido de unos fuertes ladridos. Apartó su boca de la de Richard, y él soltó una maldición.

Ambos respiraban con dificultad, sus labios estaban apenas a unos centímetros de distancia. Los ojos entornados de Richard aún observaban la boca de Jo con un intenso deseo. Los ladridos se intensificaron, y Richard volvió a maldecir.

Él soltó a Jo justo cuando Button apareció detrás de los árboles, con la lengua colgando y las orejas ondeando al viento. Jo intentó arreglar su apariencia mientras Button corría hacia ella y continuaba saltando a su alrededor como si estuviera realizando una danza ritual.

—Ese maldito perro necesita aprender buenos modales —espetó Richard, furioso.

—Tranquilo, Button, querido —dijo Jo mientras intentaba calmar a la bestia. Luego alzó una ceja hacia Richard—. ¿Por qué no le enseñas entonces?

—No te gustaría mi método —replicó él, mientras procedía a ajustarse la ropa.

Ella entrecerró los ojos y abrió la boca para replicar, pero en ese momento apareció Millie a unos metros de distancia.

—¡Button, ven! —gritó la niña, corriendo hacia su perro. Su padre la seguía de cerca.

Lord Vane miró a Jo y a Richard alternativamente y luego levantó una ceja.

—Espero que no hayamos interrumpido.

El calor subió por el cuello de Jo hasta sus mejillas.

—En absoluto, milord. Solo estábamos...

—Estudiando la naturaleza —gruñó Richard.

—Claro. —Lord Vane no lo creyó ni por un momento.

Millie tiró de la mano de Jo.

—¡Ven! Button quiere que juegues con nosotros.

—Por supuesto. —Jo sonrió a la niña, luego lanzó una mirada al vizconde antes de seguir a Millicent y su bestia.

Capítulo 10

Isabel se aseguraba de sentar a Jo al otro lado de la mesa, lejos de Richard. Siempre encontraba a alguien que la acompañara a las comidas. Siempre la tomaba bajo su protección y la rodeaba de damas cuando tenían un momento libre. Y, cuando no podía hacerlo, recurría a enviar a su perro o a su hija tras ella.

Richard sabía lo que su hermana estaba haciendo. Él había intervenido en los asuntos de los demás durante demasiado tiempo como para no darse cuenta cuando le hacían lo mismo a él. Pero mientras Richard era directo en sus intromisiones, su hermana era excepcionalmente astuta. Estaba seguro de que ella pensaba que estaba haciendo lo mejor para él. Pero se equivocaba.

Richard estaba tenso y al borde del aburrimiento. La reunión en la casa lo tenía harto y, con su inminente compromiso a la vuelta de la esquina, solo quería disfrutar un poco de su vida. ¿Era eso demasiado pedir?

Al parecer, su entrometida hermana pensaba que sí.

Así que, en lugar de disfrutar de la compañía de Jo, Richard observaba desde el otro lado de la mesa cómo ella coqueteaba con otros hombres que, visiblemente embobados, no podían dejar de imaginar tenerla en sus brazos. Bueno, ellos no la conseguirían.

Ella era suya. Aunque solo fuera durante la fiesta en la casa.

Tan pronto como terminara la cena, la llevaría a su dormitorio y no la dejaría salir hasta bien entrada la madrugada. Quizás ni siquiera entonces. Y nadie se interpondría en su camino.

En cuanto se reunieron en el salón después de la cena, Richard escaneó la habitación de inmediato, buscándola.

No fue difícil encontrar a Jo. Brillaba como un diamante en el interior de una cueva oscura en lo más profundo de la tierra. Y, una vez más, estaba rodeada de un grupo de caballeros. ¿Cómo lo conseguían tan rápido?

Richard se dirigió hacia ella con paso decidido. Solo tenía un objetivo. Ella. Y que el diablo se llevara a cualquiera que osara interponerse en su camino.

—Señorita Claremont —dijo con voz baja cuando finalmente la alcanzó. La mirada de Jo se oscureció al instante, su cuerpo se cubrió de escalofríos. Richard sonrió para sí. Ella lo deseaba tanto como él la deseaba a ella, y no podía ocultarlo—. ¿Me haría el honor de acompañarme a dar una vuelta por la sala? O quizá podríamos tomar un poco de aire fresco.

No estaba buscando un simple paseo por la sala, y a juzgar por la expresión en el rostro de Jo, ella lo sabía. Se lamió los labios, su mirada descendiendo hacia los labios de él. Luego, sus ojos se dirigieron hacia las puertas del patio.

No, pensó Richard. No al patio.

Un encuentro fugaz ya no satisfaría sus necesidades. Necesitaba algo más largo y profundo.

Además, parecía que el patio iba a estar ocupado pronto, ya que el compañero actor de Jo, Mick, se dirigía allí con una viuda sonrojada.

—Lo siento. No hoy —dijo Jo suavemente—. Creo que Selena me necesita.

Richard frunció el ceño y miró hacia su amiga.

—Creo que se ve bastante bien.

En ese preciso momento, la mujer se separó de un grupo de damas y se dirigió hacia la salida.

Jo le tocó la mano. Fue solo un roce fugaz; si parpadeabas, te lo perdías. También lo hizo a propósito. Sabía la reacción que eso provocaría. Necesidad, deseo, anhelo. Pero también estaba destinado a calmar su orgullo herido. No quería rechazar su invitación. Y, aun así, susurró:

—Tengo que irme.

Jo le sonrió con disculpa y se alejó de él con gracia.

Richard gruñó internamente. Habían acordado tener una breve aventura. Y el tiempo de esa aventura se agotaba despiadadamente con cada segundo.

El corazón de Jo golpeaba con fuerza en su pecho mientras dejaba a Richard en el salón. No había tiempo para arrepentimientos, y tampoco era el momento de llorar por la necesidad. Sí, lo deseaba. Pero en ese momento, su amiga la necesitaba más.

Jo miró a su alrededor en el pasillo antes de ver una puerta ligeramente entreabierta a unos pocos pasos de distancia. Se acercó, asomó la cabeza y escuchó sollozos provenientes del interior.

Entró.

—¿Selena?

—¿Quién está ahí? —preguntó la voz asustada de Selena.

—Solo soy yo, Jo.

—Oh —respondió Selena con suavidad.

Jo avanzó más en la habitación y encontró a Selena sentada junto a la ventana, secándose la cara con un pañuelo. Jo se sentó a su lado en silencio, luego colocó su mano sobre la de Selena. La vista desde la ventana daba al patio. Desde el ángulo de la ventana, no podía ver a las personas que estaban allí, pero sabía que estaban presentes.

—Lo siento mucho —dijo Jo en voz baja.

—¿Por qué? —El tono de Selena era helado.

—Mick. Lamento mucho no haber visto cómo tus sentimientos hacia él iban creciendo.

Selena se secó las mejillas.

—No sé qué fue eso, Jo. No fue amable conmigo. No fue... agradable. Pero, por alguna razón, sentí emoción ante la idea de que me eligiera a mí.

Jo frunció el ceño.

—Lo entiendo. —Y era cierto.

Selena levantó la vista bruscamente, su mirada llena de sorpresa.

—¿Lo entiendes? ¡Pero lo detestas!

Jo soltó una risa suave.

—Sí, lo detesto. Pero entiendo lo que se siente al anhelar la atención de un hombre que no es bueno para ti.

Selena la estudió en silencio, luego sorbió por la nariz y volvió a secarse la cara. Dobló su pañuelo y se sonó la nariz.

—Es el sentimiento más extraño, ¿verdad? No me hacía sentir bien. De hecho, siempre sentía vergüenza después de que fuéramos íntimos. Pero, hum... No sé. Ahora me siento peor que

antes.

—¿Te hizo daño? —preguntó Jo con sospecha.

Selena negó con la cabeza.

—No a propósito.

—Esos moretones en tu brazo —dijo Jo con la mayor suavidad posible.

—Me sujetó... con fuerza —confesó Selena—. Intenté apartarme de él. Te dije que no quería... al principio.

A Jo le hervía mientras su rostro se calentaba.

—¿Te obligó?

—¡No! —Selena soltó una risa nerviosa—. Quiero decir... me abordó cuando estaba sola y al principio dije que no. Pero luego insistió e insistió de nuevo, y era más fácil aceptar que pelear con él.

—Selena...

—Lo sé, soy horrible...

—¡No! ¡Ni se te ocurra decir eso! —exclamó Jo con pasión—. ¡Dijiste que no! ¡Ese cerdo debería haber aceptado un no por respuesta y, en cambio, te forzó!

—No digas eso, Jo —Selena sacudió la cabeza—. Mi cuerpo reaccionó ante él. Él pudo sentirlo.

—Mi cuerpo a veces reacciona cuando voy en un carruaje sobre adoquines —dijo Jo con enojo, y Selena estalló en carcajadas. Estaba angustiada, pero al menos Jo logró hacerla reír.

Selena se volvió a secar las lágrimas.

—Él era... No fue malo. Y la siguiente vez fue solo un momento de pura pasión.

Jo soltó un suspiro tembloroso. Entendía algo sobre momentos de pasión. Ella misma había sucumbido a uno, ¿verdad?

—Y luego pensé que tal vez él me quería. A mí. —Selena tragó saliva y sacudió la cabeza —. Pero ahora veo que solo fui una distracción temporal.

Jo miró por la ventana con tristeza. Una distracción temporal. Al menos el vizconde había sido sincero sobre sus intenciones. Mientras que Mick... Bueno, él era solo un cerdo.

En realidad, era un insulto para los cerdos compararlos.

Jo no le dijo nada de eso a su amiga. Eso no era lo que necesitaba escuchar. Aunque todo empezaba a tener sentido: la ropa rasgada, las noches ausentes de la habitación. Selena estaba teniendo una aventura secreta. Pero ¿por qué Mick? No era más que un pomposo sinvergüenza.

¿Y por qué Richard?

Jo frunció el ceño. ¿Alguna vez el hombre abandonaría sus pensamientos?

—Creo que voy a irme de la fiesta antes de tiempo —dijo Selena, sonando derrotada.

—No. No puedes. No puedes mostrarle cuánto te ha dolido. No puedes...

Selena apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Él ya lo sabe. No le importa. Si encuentro a otro hombre o me quedo llorando por su pérdida. Si vivo o muero. No le importa.

—Él es un imbécil, y no merece tus lágrimas. Por favor, no tomes decisiones precipitadas ahora.

—¡No puedo verlo desfilar con una fila de mujeres delante de mis ojos, Jo! —exclamó Selena, con los labios temblorosos.

A Jo se le encogió el corazón por su amiga. No había nada más doloroso que cuando la persona que elegías no te correspondía.

—¿Le amas? —preguntó Jo con suavidad.

Selena soltó una risa amarga.

—No. Pero aun así duele.

—Ojalá pudiera hacer desaparecer ese dolor —dijo Jo—. Te mereces un hombre mucho mejor que ese canalla. Necesitas a alguien que sea delicado contigo, que se dé cuenta del tesoro que eres.

Un lado de la boca de Selena se curvó en una sonrisa.

—¿Y hasta entonces?

Jo frunció los labios.

—Hasta entonces, me tendrás a mí para apoyarte. —Y Jo lo decía en serio. A través de cada desamor y desgracia, no permitiría que su amiga sufriera sola. Decidida, asintió para sí misma—. Y si estás segura de que quieres irte de la fiesta, entonces me voy contigo.

Selena frunció el ceño.

—Pero te lo estás pasando bien aquí. No te vayas por mí.

Quizá no era así. Quizá ella también intentaba escapar de algo. Escapar antes de quedar demasiado enredada con cierto vizconde.

—Selena, no te voy a dejar sola. Así que o te quedas o nos vamos las dos.

Selena masculló algo ininteligible.

—¿Qué has dicho? —preguntó Jo, frunciendo el ceño.

—He dicho que eres una buena amiga —respondió Selena con tono tenso.

Jo soltó una carcajada.

—¡Algo me dice que no era eso lo que decías!

Selena le sonrió suavemente.

—Pero lo pensaba. Gracias por estar aquí para mí.

Jo apretó los dedos de Selena.

—Te quiero, querida. No hay necesidad de agradecerme por eso.

Después de unos minutos de silencio, ambas mujeres se levantaron y subieron a su habitación. Pasaron toda la noche charlando, riendo y soñando con un mañana mejor.

Selena le contó a Jo todo sobre su romance—aunque Jo no estaba segura de que esa fuera la palabra adecuada para describir su relación—con Mick, y Jo compartió sus aventuras con el vizconde. Con todos los secretos al descubierto, parecía que respirar se volvía más fácil. Les dio espacio para comunicarse con libertad, para contarse historias tontas y sueños frívolos.

No se dieron cuenta de que el amanecer había llegado hasta que ambas se quedaron dormidas justo después de que Selena decidiera que se quedaría en la fiesta unos días más.

—Quieres viajar al continente y dejarme a cargo de mis propiedades solo —repitió Richard las palabras de su hermano dos días después mientras estaban sentados en el despacho del marqués de Vane. El hombre le había permitido a Richard usarlo de vez en cuando para sus asuntos durante la fiesta—. Te juro que todo el mundo está intentando irse de este maldito lugar. Primero Alan, y ahora tú.

Adam se removió en su asiento frente a Richard.

—Nunca tuve la oportunidad de viajar. Estudié duro y luego busqué de inmediato un puesto en la Secretaría de Guerra para estar cerca de Benedict. Después de que él murió... Me tomó un tiempo encontrar el valor para buscar otra cosa. Pero incluso entonces, elegí una ruta segura y me quedé en casa. Ahora quiero experimentar algo más.

—Entonces cásate —dijo Richard con tono sombrío.

Llevaba varios días de mal humor. Después de la noche en que Jo lo dejó para consolar a su amiga, apenas la había visto. No se unía a los invitados en las comidas y apenas salía de su habitación. Richard había preguntado por su salud en las notas que le había enviado, pero ella solo le había dicho que se sentía un poco indispuesta, aunque no era nada serio, y que se uniría a la fiesta pronto.

Bueno, pronto ya había pasado. Llevaban más de dos días y Richard estaba cada vez más inquieto. Además, ahora Adam quería dejarlo para viajar por el mundo.

—Sí, gracias. Si me caso, nunca podré explorar esta vida. Quiero hacer algo significativo antes de atarme a una esposa y a hijos.

—Estás haciendo algo significativo. Me estás ayudando.

—Ah, ¿y ese es mi destino? —respondió Adam con un suspiro cansado.

Richard se pasó una mano por el cabello.

—Adam, nuestras propiedades son vastas. Necesito ayuda.

—Tienes un administrador, encargados. —Adam minimizó el problema con un gesto.

—Y prefiero tenerte a ti a mi lado.

Adam soltó una carcajada.

—Eso no es lo que quiero.

Richard tamborileó con los dedos sobre el escritorio. Adam llevaba tiempo inquieto, lo había notado. Pero esperaba que su hermano se asentara en su papel y, tarde o temprano, abrazara la vida de terrateniente.

Aparentemente, no. Pero había más de una manera de curar la inquietud.

—Nuestras hermanas encontraron su pasión en el matrimonio, y tú también puedes. Hay muchas damas bajo este techo en este momento. ¿Por qué no ves si alguna es de tu agrado? —Richard buscó por el escritorio una lista de invitados. La había visto hace un momento—. ¡Ah! Aquí está la lista de invitados, incluso puedes mirarla y...

—No hace falta. —Adam entrecerró los ojos hacia su hermano, su mirada calculadora—. Si crees que el matrimonio es lo que necesito, tal vez haya una dama que me guste.

—¿De veras? —Richard dejó caer la lista y estudió los rasgos de Adam. No le gustó la expresión en el rostro de su hermano.

—Sí, una hermosa y exótica actriz llamada Jos...

—Ni siquiera termines esa frase —gruñó Richard.

Adam soltó una carcajada.

—Oh, hermano. No sabía la profundidad de tu enamoramiento.

—Eso no es asunto tuyo —replicó Richard entre dientes—. Pero no es como si pudieras casarte con una actriz, de todos modos. Así que...

—¿Por qué no? —Adam se encogió de hombros.

Richard levantó los ojos al cielo.

—Sabes por qué no. No podemos invitar al escándalo a nuestra familia. Y un escándalo es lo que una actriz seguramente traería —Richard tragó saliva, sin respirar durante unos momentos mientras pronunciaba esas palabras condenatorias.

Adam lo observó a través de los ojos entrecerrados.

—Así que vas a casarte con una respetable señorita inglesa, y yo debería quedarme a tu lado y ayudarte con tus propiedades. ¿Todo el mundo menos nosotros tiene derecho a ser feliz?

Richard frunció los labios, conteniendo una sonrisa.

—Encuentra a tu respetable señorita inglesa, y te veré feliz también.

—Lo haces sonar muy simple, hermano —dijo Adam con un suspiro.

—Es simple. Una familia es lo que hace feliz a un hombre.

Adam volvió a suspirar, como si esta conversación lo estuviera envejeciendo.

—No estoy seguro de estar listo para establecerme con una familia y media docena de niños. Además, tú no te estás casando. Estás perdiendo el tiempo con una deliciosa actriz. ¿Por qué debería ser yo el primero en casarme?

Richard observó a su hermano con los ojos entrecerrados antes de relajarse en su silla.

—Me voy a casar, hermano. Voy a anunciar mi compromiso durante el baile de clausura de la fiesta.

La mandíbula de Adam se cayó.

—¿De veras? ¿Quién es la dama?

Richard hizo una mueca.

—La señorita Beatrice Fowley. He oído que también tiene hermanas. Así que tal vez te sientas cautivado por una de ellas.

Adam cerró la boca por un breve momento, su mirada inquieta.

—¿Y tú te sientes cautivado por ella?

Richard se encogió de hombros.

—Estoy cumpliendo con mi deber. Y tú deberías hacer lo mismo.

Adam frunció el ceño.

—¿De verdad solo quieres que seamos miserables?

—Quiero lo mejor para ti, Adam —gruñó Richard—. Fuiste bastante exitoso en la Secretaría de Guerra. Quizás deberías considerar el trabajo diplomático de nuevo. Eso serviría a tu propósito y te permitiría viajar. Pero preferiría que te casaras, te establecieras y me ayudaras con mis propiedades —terminó con una sonrisa.

Adam puso los ojos en blanco.

—Solo contrata a más gente. Puedes permitirte hacerlo.

—Sé cómo te sientes, hermano. Créeme. Me sentía igual. No sabía cuál era mi propósito y...

—Eres un vizconde —dijo Adam con sequedad—. Tu propósito te lo asignaron el día en que naciste. Literalmente.

Richard tragó saliva.

—Sí, y no tuve oportunidad de perseguir ninguna otra pasión que pudiera haber tenido en la vida. No puedo andar por el mundo y disfrutar de numerosos amoríos porque tengo una propiedad que cuidar, y necesito asumir mis responsabilidades por completo al casarme. Y estoy haciendo todo eso. Pero ¿y si muero? No está fuera del ámbito de posibilidad. ¿Qué entonces? Con tu ausencia en el continente, ¿quién estará preparado para tomar las riendas? ¿Alan? Apenas ha salido del colegio y no es mi heredero presunto. No estoy tratando de ser difícil, hermano, pero tengo que pensar en el futuro. Siempre tuve que hacerlo. —Se levantó—. ¿Hemos terminado? Porque hay cierta actriz a la que necesito ver.

Adam lo observó con un ceño profundo en su rostro.

—Adelante, hermano —dijo al fin—. Yo me quedaré justo donde estoy.

Richard se detuvo, observando el semblante pensativo de Adam. Odiaba ser duro y tajante con sus hermanos. Pero siempre tenía que ser así. Alguien tenía que ser así, y ese deber siempre recaía en él.

Pero, tal vez, si Adam encontrara una esposa, no estaría tan desanimado y aceptaría su

deber. Por supuesto, una vez que Richard tuviera un hijo, este asunto sería irrelevante. Pero, hasta entonces…

Richard suspiró profundamente. Le dolía siquiera pensar en la posibilidad de tener herederos con su nueva esposa. Si su primer hijo resultaba ser un varón, Adam podría ser libre de irse. Pero ¿y si tenían siete niñas? ¿Y si su esposa no era complaciente en el lecho matrimonial? Richard se estremeció. De alguna manera, cuando decidió casarse, pensó que cumplir con este deber aliviaría su carga. Pero el peso sobre sus hombros se hacía cada vez más pesado hasta el punto en que estaba seguro de que pronto se convertiría en un anciano encorvado. Caminaba lentamente y sin rumbo por el pasillo, sin tener claro hacia dónde se dirigía. Pasó junto al balcón, pero rápidamente retrocedió y se detuvo a contemplar la impresionante vista. Josephine estaba de pie, con las manos en la barandilla, la espalda arqueada y el rostro alzado hacia el cielo mientras disfrutaba del sol. Richard sonrió. Se acercó a ella en silencio, asegurándose de no alertarla de su presencia, luego apoyó su hombro en el marco de la puerta y simplemente la observó. Su mirada recorrió su cuello esbelto, expuesto a su vista, y su rostro encantador, con una sonrisa indulgente en sus carnosos labios rojo cereza. Sus ojos estaban cerrados, y sus pestañas arrojaban sombras sobre sus sonrojadas mejillas.

«Magnífica…».

Como si sintiera su presencia, ella bajó la cabeza y lo miró.

—Milord —dijo ella, sin que la sonrisa abandonara sus labios.

—Querida.

Jo frunció los labios para contener la risa.

Richard sonrió y salió al balcón, mirando a su alrededor.

—¿Estás sola?

Ella lo observó a través de sus pestañas.

—Ya no.

—Hm... No hemos tenido oportunidad de pasar tiempo a solas en estos días. Siento que me estás evitando.

—¿Y por qué haría eso? —Su voz era entrecortada.

—Quizá tienes miedo de la ardiente pasión entre nosotros. Temes que queme todas tus inhibiciones.

Ella soltó una risita.

—Tienes una muy alta opinión de ti mismo, milord. No creo que despiertes sentimientos tan intensos en mí.

—¿No? —Richard tocó con su dedo la piel desnuda de su brazo, entre el guante y la manga, y sus labios se entreabrieron, su mirada se oscureció de pasión. Su pulso se aceleró en la base del cuello, delatándola como una mentirosa.

—Quizás te equivocas —dijo ella mientras su mirada caía sobre los labios de él—. Tal vez simplemente no me gustas.

Richard sonrió, su mirada recorriendo su voluptuoso busto hasta los rizos de su cabello. Su respiración se aceleró aún más.

—No, no creo que sea eso —susurró. —Pero tal vez debería intentarlo con más ahínco.

Él bajó la cabeza y capturó sus labios en un beso fugaz. En el momento en que la soltó, ella le agarró el rostro entre las manos y le dio un beso exigente y ardiente. Richard sonrió antes de tomarla por las caderas y acercarla, inclinando su boca sobre la de ella con hambre.

Dios, cómo había echado de menos su sabor. ¿Cómo había sobrevivido sin él durante dos

días? Se sentía como un animal sediento después de una sequía severa. Deslizó su lengua dentro de su boca, y ella la chupó con avidez. Sus brazos viajaron hasta su cintura, y la inclinó ligeramente, llevando su boca hacia su barbilla, su cuello.

Se oyó un carraspeo, y Jo se apartó de él como si se hubiera quemado. Richard lanzó una mirada amenazante hacia la puerta, solo para ver a su hermana, Isabel, de pie en el umbral. El humor de Richard pasó de la ira a la molestia. ¿Tenía que entrometerse siempre?

—Jo —dijo Isabel con una sonrisa tensa hacia su hermano—. Estábamos a punto de tomar el té con las damas. ¿Nos acompaña?

Jo se limpió discretamente la boca. Tenía los húmedos. Suaves y brillantes. Richard solo quería devorarla por completo.

—Sí, gracias —respondió ella mientras lanzaba una mirada tímida en dirección a Richard. Luego pasó junto a él y salió del balcón sin mirar atrás.

Capítulo 11

—Usted desaprueba mis relaciones con el vizconde —dijo Jo después de que ella e Isabel caminaran la mayor parte del trayecto en silencio.

Isabel le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No es por lo que piensa. Desaprobaría cualquier relación de mis hermanos con mujeres a las que no tengan intención de desposar.

Jo sonrió.

—Pero conozco sus intenciones. Él no me ha mentido ni engañado. Soy una adulta y creo que debería poder decidir por mí misma.

Lady Vane detuvo sus pasos.

—Así es —dijo—. Pero su relación con mi hermano será efímera. Y cuando termine, no veo cómo podría continuar relacionándose de manera amistosa con ninguno de nosotros. Usted me gusta, Jo. Y a mi hija también. Preferiría no verla sufrir. Y preferiría que las acciones irreflexivas de mi hermano no me costaran una amiga.

Jo quiso protestar diciendo que eso no ocurriría, que no saldría lastimada. Pero ya no estaba tan segura. Tal vez lady Vane tuviera razón y ella debiera proteger su corazón.

Llegaron al salón de la marquesa y se unieron a las pocas personas que ya estaban allí. Como era de esperar, lady Ashbury y la duquesa ya estaban compartiendo confidencias y riendo.

—¡No le dijiste eso! —la duquesa le dio a su amiga un golpecito juguetón en el brazo.

—Lo hice. Y si él cree que puede impedirme visitar a mi amiga cuando quiera, ¡le diré mucho más!

—¿Quién? ¿Ashbury? —preguntó lady Vane al acomodarse en el círculo de sillas.

—Sí —respondió lady Ashbury, todavía riendo.

—Bueno, no se lo digas a Richard. O pensará que su esposo la está reteniendo prisionera —dijo lady Vane, y lady Ashbury se echó a reír a carcajadas.

—No te burles. Él pensó que Milly intentó matarme cuando lanzó a Button contra mí por accidente.

Todas las damas volvieron a reír.

—¿Tan protector es? —preguntó Jo, incapaz de contenerse.

—Sobreprotector —afirmó lady Vane con énfasis.

—Y autoritario —confirmó lady Ashbury.

—Entrometido —añadió la duquesa de Somerset con una risita.

—Solo añade «sobre» a cualquier adjetivo y ese es Richard —dijo lady Vane riendo.

Jo también se rio. Disfrutaba de sus bromas. Estaba claro cuánto se querían en esta familia. Incluida la duquesa, que era miembro honorario de la familia Lewis.

A veces Jo deseaba tener una familia propia... Sacudió el pensamiento de su cabeza. Eso nunca ocurriría.

—Ni que decir tiene, voy a ir a la celebración del cumpleaños de Mary —dijo lady Ashbury.

—¡Eso es maravilloso! Gabriel sabe que es mejor no negarme nada —intervino la duquesa. Acarició su vientre ligeramente abultado—. Aunque viajar nunca me gustó, y menos ahora. Pero no me perderé el cumpleaños de Mary. Y quiero ver el progreso que han hecho en el asilo. Hace tiempo que no lo visito... Desde que falleció el abuelo, en realidad.

—¡Oh, Josephine! ¡Debe acompañarnos! —Lady Vane se volvió hacia ella.

—¡Qué buena idea! —añadió la duquesa—. Y puede representar una de sus obras. Pero una con final feliz, a Mary no le gustan las tragedias.

—Me encantaría, aunque no creo que esté invitada —dijo Jo con una risita.

Lady Ashbury agitó una mano de forma despreocupada.

—No invitan a muchas personas. Solo a unas pocas seleccionadas. Pero le aseguro que será más que bienvenida.

—Sí, escribiré una carta a Julie después del té. Es mi prima, la condesa de Clydesdale —explicó la duquesa—. Y le encantaría tenerla usted allí. Eso sí, quizá debería ser selectiva con los miembros de su compañía teatral. Selena debe venir, por supuesto. ¿Dónde está, por cierto?

Selena y algunas otras damas habían salido a cabalgar hacía unas horas. Jo pensó que el aire fresco le vendría bien a Selena después de haber estado encerrada en la casa los últimos dos días.

Jo había querido consolarla y disfrutar de actividades divertidas, pero le había llegado el periodo dos días antes y, como resultado, había sido una compañía aburrida para su amiga. Quizá los días tranquilos en la casa eran lo que Selena necesitaba mientras sanaba su corazón roto. Pero al tercer día, esta se puso inquieta y decidió aventurarse a salir a cabalgar.

Jo habría ido con ella con gusto. Y aunque ya no se sentía dolorida, no era una buena idea salir a montar. Así que se quedó atrás.

Jo abrió la boca para responder a la pregunta sin entrar en demasiados detalles, pero fue interrumpida cuando el mayordomo apareció en la puerta y llamó discretamente.

—Perdón por la interrupción —dijo el hombre con una reverencia—. Hay un mensaje urgente para Su Gracia.

La duquesa se levantó.

—Oh, puede que sea de Julie. No sé de quién más podría recibir mensajes urgentes.

Tomó la carta y se giró hacia sus amigas.

—¿Os importa si la abro aquí? No quiero esperar hasta llegar a mi habitación y...

—Oh, claro que no. —Lady Vane restó importancia con un gesto.

La duquesa se acercó a la mesa lateral y abrió el sobre. Sus ojos recorrieron unas pocas líneas de texto y, justo cuando la conversación se reanudaba, soltó un jadeo, mientras las lágrimas asomaban en sus ojos.

Lady Ashbury se levantó de inmediato y se acercó a su amiga.

—Evie, ¿qué ocurre?

Jo y lady Vane también se pusieron en pie.

—Mary... —fue la única palabra que escapó de los labios de la duquesa antes de que un terrible sollozo la desgarrara.

Lady Ashbury la envolvió en un abrazo y le entregó la carta a lady Vane. Lady Vane la leyó; su rostro se volvió pálido. Era evidente que estaba conmocionada y no podía moverse. Entonces, alzó sus ojos suplicantes hacia Jo.

—¿Puedes pedir...? —Aclaró su garganta, su voz tornándose ronca—. St. Clare, por favor, pide a alguien que busque a St. Clare.

Jo asintió y salió corriendo de la habitación, con el corazón acelerado. Podría haber llamado a una criada, pero no quería perder tiempo. La duquesa parecía muy angustiada y, en su estado, Jo no quería arriesgarse a nada. Pero también sentía que cualquiera que fuera la tragedia que había caído sobre la duquesa, se trataba de un asunto muy privado, así que dejó a las mujeres solas.

Pasó junto a uno de los lacayos y le preguntó dónde podía encontrar al vizconde St. Clare. Él la dirigió hacia la sala de billar, y ella se apresuró en esa dirección.

Jo entró en la sala, llena de humo, bromas y risas. Sus ojos le ardían, ya fuera por el humo o por las lágrimas, no lo sabía. No sabía cuál sería la razón para llorar, pero se sentía extremadamente molesta.

—Milord —llamó desde la puerta.

Todos los hombres en la sala se volvieron hacia ella.

Richard la alcanzó en dos zancadas.

—¿Qué ocurre?

Ella negó con la cabeza.

—St. Clare. Necesito hablar con el vizconde St. Clare.

—St. Clare —bramó Richard, aún a su lado.

El vizconde apareció junto a ella, con su habitual sonrisa afable oculta tras un semblante preocupado.

—La duquesa... —comenzó Jo, pero titubeó.

—¿Dónde está? —El vizconde ya se dirigía hacia la puerta.

—Está en las habitaciones de la marquesa. —Jo se apresuró tras él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él por encima del hombro.

—Recibió una noticia angustiosa, no sé... —No terminó su frase. El vizconde ya estaba subiendo al segundo piso, subiendo los peldaños de tres en tres, y ella no podría seguirle el ritmo, aunque no le molestasen las enaguas.

Cuando Jo finalmente llegó a las habitaciones de la marquesa, el vizconde ya tenía a su esposa entre sus brazos. Lady Ashbury y lady Vane salieron de la habitación en silencio, tratando de no molestar a la pareja.

El vizconde, sin embargo, no parecía preocuparse de si alguien estaba en la habitación. Apretaba a su esposa contra su pecho y le susurraba palabras tranquilizadoras al oído.

A pesar de la tragedia de la escena, Jo no pudo evitar sentir una punzada de envidia. Ella deseaba eso.

No. No la tragedia. Sino el inmenso amor de la pareja ante ella. Quería tener a alguien que corriera a su lado sin saber qué la angustiaba y que la sostuviera en sus brazos sin importarle quién los mirara. Quería un amor tierno, no solo encuentros apasionados.

Lady Vane se acercó a Jo y la condujo fuera de la habitación en silencio.

—Mary, la prima de Evie, de la que estábamos hablando... ha muerto.

Jo lanzó una última mirada horrorizada hacia la pareja abrazada y siguió a .. Vane. No podía creerlo. Estaban hablando alegremente sobre su celebración de cumpleaños hacía apenas unos momentos. Era evidente que la duquesa apreciaba mucho a su prima. Pero la mujer ya había muerto. A Jo se le encogió la garganta.

—¿Qué edad tenía? —preguntó Jo con la voz ronca.

Lady Vane tragó saliva.

—Iba a cumplir veintiséis dentro de unas semanas.

Jo soltó un suspiro.

—Tan joven.

Lady Vane asintió.

—Evie la amaba profundamente. Pero ella... tenía problemas de salud desde que nació. Enfermedades del corazón. Los médicos no esperaban que llegara a vivir tanto. Esperaban lo peor hace ya una década.

Jo seguía conmocionada por la noticia y no sabía bien cómo reaccionar. ¡Veintiséis años!

—Espero que esto no afecte la condición de Evie —dijo lady Ashbury, limpiándose las lágrimas.

La duquesa estaba en los primeros meses de su embarazo. Y el estrés por la muerte de su pariente no podía ser bueno para ella. Lord Ashbury y lord Vane entraron al pasillo, con ceños fruncidos de preocupación. Las damas les contaron lo sucedido y el silencio se impuso en el grupo.

—Evie querrá asistir al funeral —dijo lady Ashbury, sollozando en el chaleco de su esposo —. No sé si llegaremos a tiempo, pero quiero acompañarla de todas maneras.

Lord Ashbury asintió.

—Por supuesto, querida.

—No te importa que me vaya, ¿verdad? —Lady Ashbury se volvió hacia su hermana.

—En absoluto —respondió lady Vane con una triste sonrisa—. Evie te necesita más ahora mismo. Y estoy segura de que los Clydesdale agradecerán todo el apoyo.

—Sí —respondió lady Ashbury, con un sollozo.

—No nos quedemos en el pasillo —ofreció lady Vane—. Ordenaré té y galletas a mis habitaciones y podemos... simplemente hablar.

De repente, Jo se sintió incómoda, como si estuviera entrometiéndose de nuevo en un momento privado.

—Os dejaré —dijo.

—¿Estás segura? No nos molesta tu compañía, Jo —insistió lady Vane.

Jo sonrió.

—Estoy segura. Esto es un asunto familiar. Iré... a buscar a Selena.

Con una rápida reverencia, dejó a la familia afligida y se encontró vagando por los pasillos vacíos.

No quería ir a su habitación aún. Se sentía de repente sola, y su cámara vacía solo acentuaría esa soledad.

Se sentía triste por la joven a la que nunca había conocido y por la familia que lamentaba su pérdida con tanta intensidad. Y quizá estaba siendo demasiado emocional con toda la situación, pero las lágrimas empezaron a asomarse en sus ojos.

—Jo —llamó Richard desde detrás de ella.

Ella se volvió lentamente hacia él, y él se apresuró al ver su rostro.

Le sujetó la barbilla entre el pulgar y el índice, con el ceño fruncido.

—¿Estás mal? ¿Qué ocurre?

Las lágrimas comenzaron a aparecer en sus ojos, y ella se derrumbó en sus brazos. No sabía por qué estaba llorando. Pero la presencia de Richard, su fuerza tranquilizadora, permitía la debilidad en ella. Se apartó de él y se secó las lágrimas con las muñecas.

Richard le apartó las manos del rostro y rebuscó en sus bolsillos. Sacó un pañuelo y le limpió suavemente las mejillas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Ella soltó algo entre un sollozo y una risa. Estaba realmente en un estado lamentable.

—No lo sé. Yo... ver a la duquesa tan angustiada... oír que una joven de veintiséis años ha muerto... yo solo... no lo sé. Lo siento, no tiene sentido lo que digo.

Richard esbozó una pequeña sonrisa, una sonrisa tranquilizadora.

—No todo tiene que tener sentido siempre.

Ella se rio y se acurrucó de nuevo en su abrazo.

—¿Es así como justificas nuestra relación?

Él le frotó la barbilla con la suya y trazó círculos tranquilizadores en su espalda.

—Tú, querida, eres lo único que tiene sentido en mi vida ahora mismo.

Jo frunció el ceño. Su voz sonaba tensa. Se apartó de él y miró su mirada preocupada. ¿Había algo que le inquietaba?

Él se había lanzado de lleno a su aventura, al igual que ella. Pero estaba tan envuelta en sus propios sentimientos e inseguridades que nunca se había molestado en preguntar qué era lo que él intentaba escapar.

—Ven —dijo él antes de que pudiera recoger sus pensamientos y formular una pregunta coherente—. No quiero que nos interrumpan de nuevo.

Jo se lamió los labios secos y negó con la cabeza.

—No puedo. Tengo... Eh... Tengo molestias femeninas.

Él alzó una ceja condescendiente.

—Eso no me importa. Quiero decir, si no te duele de verdad, no veo la razón para usarlo como excusa.

—¡Richard! —Jo le dio una palmada ligera en el pecho, con las mejillas ardiendo.

No podía estar hablando en serio, ¿verdad? Quizá solo quería sorprenderla.

—Eso es… no seas desagradable.

Él se rio, le besó la muñeca y tiró de su brazo.

—Ven —repitió con una sonrisa—. Prometo no escandalizarte. Podemos simplemente… hablar.

—¿Hablar? —Ella no le creyó ni por un segundo.

—Sí. —Le dio otro tirón a su brazo.

—¿Dónde? —preguntó ella mientras lo seguía a regañadientes.

Él se encogió de hombros.

—En mis habitaciones.

Jo se detuvo en seco, obligándolo a hacer lo mismo.

Richard se volvió hacia ella y se rio mientras sus dedos recorrían la piel de su mejilla y después su barbilla. Jo se inclinó hacia él como un gato, buscando más de su contacto.

—Solo hablar, lo prometo —susurró él. Luego su sonrisa se volvió traviesa—. Y tal vez un beso.

—¡Richard!

Él la besó rápidamente en la boca.

—Confía en mí —dijo.

Jo frunció los labios, pero cedió y dejó que él la guiara.

Si Jo pensaba que él la llevaba a su habitación, estaba muy equivocada. Claro, esa era su intención inicial, pero rápidamente cambió de idea.

Richard la guio de la mano por la entrada de servicio y subieron la escalera de caracol. Ella lo siguió a ciegas, sin cuestionar las interminables escaleras.

Richard quería alejarse lo más posible de la gente. Y sabía de un lugar perfecto para ese propósito. Lo había descubierto antes, cuando buscaba un escape.

Esta mansión, aunque no era suya, le recordaba la finca de los Gage. Le recordaba el pasado. Su infancia feliz, aunque ocasionalmente solitaria.

Sus padres los habían amado a todos con devoción, no había duda de eso. Pero él era el heredero. Siempre lo trataban de manera diferente. Tenía que ser más fuerte que los demás; tenía que cuidar de sus hermanos; tenía que aprender los asuntos de la finca. Tenía que ser diplomático, pero también implacable en ocasiones.

Tenía que ser el hombre de la casa cuando solo quería ser un niño.

Y no, su infancia no fue dura. Nunca sería tan insensible como para quejarse. Pero a veces, siendo un niño, solo quería escapar de todo el bullicio de abajo y observarlo todo desde arriba.

Llegaron al último rellano, y Richard sacó una vieja escalera de un rincón y con ella abrió la trampilla del techo. Luego empujó la puerta trampa, apoyó la escalera y le hizo un gesto a Jo para que subiera primero.

Jo se acercó a la escalera y estiró el cuello para ver qué la esperaba arriba.

—No pienso subir ahí —dijo con una risa nerviosa.

—¿Dónde está tu espíritu aventurero? —la tranquilizó él.

—Oh, soy bastante aventurera, pero no me gustan las alturas.

—Sujetaré la escalera, así que, si te caes, me aplastarás a mí. ¿No encuentras algo de consuelo en eso?

Jo soltó una carcajada.

—Por mucho que debería... Curiosamente, no. —Se volvió hacia él por completo, sus ojos suplicantes, sus dientes mordiendo nerviosamente su labio inferior—. Richard, ¿no podemos ir simplemente a tu habitación?

Él negó con la cabeza.

—¿No confías en mí?

Ella frunció los labios y lo miró con ojos entrecerrados. Después de unos segundos, se acercó de nuevo a la abertura y echó un vistazo. Tomó una profunda respiración y puso las manos en la escalera.

—Muy bien —murmuró y empezó a subir.

Richard sostuvo la escalera para que no temblara contra el suelo. Tan pronto como ella subió, Richard la siguió rápidamente.

Se impulsó hacia arriba y la ayudó a ponerse de pie. Cuando ella se levantó, Richard la llevó más cerca del borde.

—¿Ves? No es tan aterrador, ¿verdad?

Jo se pegó a su costado.

—Habla por ti. Estamos en el tejado de un edificio de cuatro pisos.

Richard rio y la envolvió con su brazo, apretándola contra él.

—Vayamos más lejos del borde.

—Aún sé que estamos muy alto —se quejó ella.

Él la condujo hacia el centro del tejado.

—Solo mira al frente. No es tan aterrador si miras a lo lejos.

Su pecho se movió en una profunda inhalación. Richard rio.

—Estás aterrada.

—No. No diría tanto. —Ella negó con la cabeza, pero su mirada preocupada desmentía sus palabras.

Richard se detuvo, pensando en cómo podría hacerla sentir más cómoda. La tomó por los brazos y la giró para que lo enfrentara.

—¿Qué tal si nos tumbamos?

Ella miró hacia abajo, horrorizada.

—¿Aquí?

Richard rio.

—Sí. —Él se quitó el abrigo con rapidez y lo extendió delante de ellos—. ¿Qué te parece?

Jo levantó una ceja mientras mordía su labio. Esta era una idea terrible, y su refinada actriz la odiaba. Él lo podía ver.

En lugar de gritar horrorizada, Jo se aferró a sus manos con fuerza y se dejó caer al suelo del tejado. Luego se tumbó de espaldas, dejándole espacio en el abrigo para que él se uniera.

Richard sonrió y se tumbó cuidadosamente a su lado, con la espalda en el tejado, mirando directamente al cielo.

—Me encantan las nubes esponjosas del campo —dijo Jo.

Richard la miró con una sonrisa burlona.

—¿No hay nubes esponjosas en Londres?

—Las hay —admitió ella—. Pero con todo el humo y el polvo de la ciudad, creo que la belleza de la naturaleza simplemente se pierde.

Richard gruñó. Su mano se movió hasta que sus nudillos encontraron la suave piel de Jo. Se detuvo, luego rozó sus dedos de nuevo. Su interior se convirtió en lava fundida mientras un cosquilleo se extendía por su cuerpo.

Solo un gesto simple. Apenas un roce. Y encendió todos sus sentidos.

De repente, podía sentir todo de ella con cada fibra de su ser. Su costado derecho ardía por la mera cercanía de ella. Sus fosas nasales se ensancharon para inhalar más de su dulce aroma a agua de rosas. No necesitaba girarse para verla, porque en su mente, ella estaba tan clara como si la estuviera mirando.

Inhaló profundamente su aroma y lo retuvo. Si pudiera embotellarlo y llevarlo bajo su nariz todo el tiempo, lo haría. Y no solo su perfume... sino a ella. Solo a ella.

—Háblame de tu infancia —la instó.

—Crecí en el teatro —dijo ella con una brillante sonrisa mientras se giraba hacia él—. El director del teatro me crio como si fuera su hija. Estaba enamorado de mi madre, así que cuando ella murió, él me acogió. No tenía hijos propios y murió poco después. Pero el tiempo que pasé con él fue probablemente el más feliz que recuerdo.

Él levantó una ceja.

—¿No cuando estabas con tu madre?

Ella frunció los labios y negó con la cabeza.

—El teatro era su vida. Así que pasaba la mayor parte de mis días viendo obras, escribiendo obras, actuando.

Él notó que ella había evitado su pregunta sobre su madre, pero decidió no insistir.

—Hm... ¿No tenías tiempo para mirar las nubes?

Ella rio.

—Tenía mucho tiempo libre. El teatro no funciona todo el tiempo. Y cuando no había una

producción, podía hacer lo que quisiera, siempre y cuando no saliera del teatro y los jardines. Me imagino que tenía más libertad que tú, milord vizconde.

—No te lo discuto, señorita Claremont —sonrió él—. ¿Cuántos años tenías entonces?

—Hum... —Su agradable zumbido resonó en el alma de él—. Tenía unos once años cuando me acogió. Pero no recuerdo días en los que no estuviera en el teatro. Siempre ha sido mi pasión. Murió unos años después, pero para entonces ya podía cuidarme sola y ganarme la vida. Estoy muy agradecida por lo que hizo por mí. No tenía ninguna obligación conmigo. Y, sin embargo, me dio todo lo que ahora tengo.

Richard estudió sus rasgos preocupados.

—Debiste de amar mucho a tu madre.

—Mucho —asintió Jo.

—¿Te pareces a ella?

Jo lo miró de forma extraña, luego esbozó una sonrisa cautivadora.

—¿Y tu infancia? —le preguntó en lugar de responder.

«Eso es un no, entonces», pensó Richard.

—Bueno, como habrás notado, vengo de una familia numerosa —declaró.

—¿De veras? —Jo fingió sorpresa.

Él se rio.

—Teníamos otro hermano, Benedict. Murió en la guerra... o eso decía la nota que recibimos. Nunca vimos el cuerpo. Pero supongo que muchas familias inglesas nunca se despidieron adecuadamente de sus hijos, hermanos... esposos.

—Lo siento —dijo ella con suavidad.

Él sacudió la cabeza.

—Pero antes de eso, éramos una gran y ruidosa familia. Todavía lo somos, supongo. Pero mis padres murieron de pena tras la noticia de la muerte de Ben... —Carraspeó—. Isabel siempre fue la tranquila, la racional. Sam era la alborotadora. Siempre trepaba a los árboles y corría con Adam y Ben. Alan estaba más interesado en sus estudios. Siempre estaba leyendo libros, incluso cuando salíamos de viaje. —Richard sonrió y sacudió la cabeza al recordar.

Ella lo observó con curiosidad.

—¿Y tú?

Él levantó las cejas.

—Y yo... solo estaba allí.

Su rostro se suavizó, y una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—¿Haciendo qué?

Él carraspeó y volvió la vista al cielo.

—Preparándome para heredar las fincas. Aprendiendo sobre mis deberes como vizconde.

Ella frunció el ceño y se acercó un poco más a él.

—¿No jugabas con los demás?

Él se encogió de hombros.

—Era el mayor. Sus actividades no me interesaban tanto... Además, ya asistía a la escuela cuando ellos alcanzaron la edad apropiada para que pudiéramos participar en las mismas actividades. Ben era el más cercano a mi edad, pero siempre estaba corriendo con los más pequeños, cuidando de los pequeñines. —Rio—. Yo iba de caza con mi padre, pescaba, pasaba las mañanas revisando libros de contabilidad y aprendiendo sobre diferentes técnicas y tecnologías agrícolas... Tenía mucho que hacer.

—Hm... —Ella se lamió los labios, luego lo miró con picardía—. ¿No tenías tiempo para mirar las nubes?

Él rio.

—Eso siempre encontraba tiempo para hacerlo. El tejado solía ser mi lugar favorito cuando era niño. Claro, a veces miraba a mis hermanos jugar o a los sirvientes trabajar, pero la mayor parte del tiempo me tumbaba así, mirando el cielo. El tejado era el único lugar que me permitía simplemente estar. No se me requería hacer nada ni pensar en nada.

—¿No pensabas en nada en absoluto? —El brillo travieso en sus ojos lo desafió.

—En nada en absoluto.

—¿Ni siquiera en las formas de las nubes?

Él frunció el ceño.

—¿Qué formas en las nubes?

—Bueno, mira. —Ella señaló una nube blanca y esponjosa—. Esa se parece a Button, el perro de Millie.

Richard soltó una carcajada.

—Esa nube es demasiado pequeña y elegante para parecerse a Button.

Ella lo empujó con el hombro.

—¡Button es elegante!

—Ha derribado a Isabel al menos tres veces desde que se conocieron. Un perro elegante nunca haría eso a una joven refinada como Isabel.

Ella rio.

—Me encanta lo protector que eres con tus hermanas.

Richard gruñó, sin encontrar nada que decir al respecto.

—Muy bien. Es tu turno —dijo Jo—. ¿No ves ninguna forma en las nubes?

Richard frunció el ceño, tratando de encontrar algo familiar en ellas.

—La de la izquierda. Esa parece una bailarina. Pero esa nube sí es ciertamente elegante. Me recuerda a ti.

Ella levantó las cejas.

—¿Crees que soy elegante?

Él rio.

—Sabes que sí. Y también la actriz más hermosa de Londres.

Jo sonrió y lo miró con intensidad.

—¿Cree que soy hermosa, milord?

Richard se volvió hacia ella con los ojos entrecerrados.

—Creo que eres la mujer más elegante, talentosa, bella y deseable que he conocido jamás.

Se quedaron tumbados así, mirándose a los ojos sin hablar. Hasta que él no pudo contenerse por más tiempo y la besó.

Capítulo 12

Su beso fue suave y tierno. No se parecía a ninguno que Richard le hubiera dado antes. Era como si, después de revelarle un pedazo de su alma, él quisiera ahora sellarlo con el más dulce de los besos.

Sus labios se presionaron contra los de ella con delicadeza, apenas tocándolos, luego su lengua rozó sus labios, con un toque casi fantasmal. Abrió la boca y simplemente inhaló, absorbiendo su esencia sin invadir su espacio.

No la estaba tocando en ninguna otra parte que no fueran sus labios y, sin embargo, todo su cuerpo se encendió con chispas y fuegos artificiales. A Jo le hervía la sangre, y su alma quería saltar de su piel y acercarse más a él.

«¿Qué le estaba haciendo…?».

Richard levantó la mirada hacia ella como si hubiera escuchado su pregunta silenciosa. Sus ojos se clavaron en los de ella, ardiendo de deseo y algo más… algo inefable.

Jo gimió ante las emociones abrumadoras que inundaban su ser.

Un beso.

Una mirada.

Eso fue todo lo que hizo falta.

Si él la hubiera tocado, seguramente habría perdido la razón.

Por suerte, Richard se apartó lentamente de ella.

Su mirada se volvió distante, su expresión, arrepentida. Se recostó de nuevo y se quedó mirando las nubes.

Jo hizo lo mismo, sintiéndose de repente fría y sola.

Algo había cambiado entre ellos durante ese beso. Algo esencial. Algo que Jo nunca sería capaz de entender.

Pero Richard sí lo comprendió.

Y en ese momento, él se apartó de ella.

Jo se estremeció, sintiendo frío de repente, cuando hacía solo un momento estaba ardiendo de calor.

—Tienes frío —dijo él con un leve ceño fruncido.

Ella asintió.

—Se ha puesto un poco fresco.

Richard sonrió y se incorporó.

—Ven entonces. Regresemos.

Jo miró las nubes. Su pecho subía y bajaba con respiraciones frenéticas. De repente, sintió pánico.

De alguna manera, pensó que, si se iban, nunca regresarían. Y no solo a ese techo. Sino a ese momento entre ellos, que había florecido en ese lugar. Mientras tanto, Richard se levantó de un

salto y le tendió las manos.

Jo colocó sus manos en las de él, y él la ayudó a ponerse de pie.

—Aquí estás. No fue tan aterrador, ¿verdad? —bromeó, como si nada hubiera pasado, como si su mundo no hubiera dado un vuelco.

¿Estaba siendo demasiado dramática? Los artistas siempre eran criticados por ser excesivamente emocionales. Y quizás solo era eso. Tal vez sus cosas tenían que ver con sus pensamientos ansiosos. O quizás era algo completamente diferente.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

Richard se acercó y la envolvió en un abrazo. Pasó una mano por sus brazos en un intento de calentarla. Pero su toque ya no tenía el mismo efecto en ella. Sus movimientos eran mecánicos, y su mirada no tenía calidez.

Y esa era la diferencia.

Cuando se habían mirado a los ojos antes, ella pensó que podía ver hasta su alma. Y eso la había reconfortado.

Pero él se había cerrado rápidamente. Porque al mirar en su alma, él también lo sintió.

Jo se estaba enamorando de él.

Y él se había apartado inmediatamente de ella.

Porque él no la amaba.

Porque no podía.

Jo corrió a su habitación después de que Richard la acompañara desde el techo. Cerró la puerta y se apoyó en ella. Miró sus manos, solo para darse cuenta de que estaban temblando.

¿Qué demonios estaba pasando?

La última vez que algo así le había sucedido fue cuando tuvo que debutar como protagonista en una obra de teatro y temblaba como una hoja, sintiéndose fría y febril al mismo tiempo, antes de que el director la empujara al escenario y se viera obligada a actuar frente a miles de personas.

Ansiosa.

Asustada.

—¿Estás mal? —La voz de Selena la sobresaltó.

Jo dio un salto y miró hacia la cama, donde su amiga levantó la cabeza de la almohada para mirarla.

—Sí, yo… —Su voz estaba entrecortada. Jo se apartó de la puerta y avanzó tambaleándose hacia la cama con piernas que sentía de lana—. Selena, estoy en un lío.

Selena se incorporó, frunciendo el ceño.

—¿Qué sucede?

Jo hizo una mueca.

—Creo… Creo que me he enamorado del vizconde.

Selena levantó una ceja y luego frunció los labios. Se acercó a Jo y tomó sus manos frías y temblorosas entre las suyas, firmes y cálidas.

—¿Y por qué eso es un problema?

Jo levantó la vista hacia ella.

—Sabes por qué. Sabes lo que pasó la última vez que sucedió.

Selena sonrió y apretó las manos de Jo.

—Eras joven entonces. Ahora eres una mujer experimentada. Sabes cómo protegerte. ¿Por qué esconderse del amor? Es una de las alegrías de la vida. Sin él, ¿quiénes somos?

Jo soltó una risa.

—Eres toda una romántica, Selena. Y después de tu escandalosa aventura con Mick, eso es sorprendente.

—Tenemos una ventaja sobre esas jóvenes aristócratas. Ellas tienen que elegir a una persona para casarse y conformarse con esa persona para el resto de sus vidas. Nosotras podemos enamorarnos de tantas personas como queramos. Y podemos disfrutar de esos romances con felicidad. Así que aprovecha esta libertad.

Un suspiro escapó de los labios de Jo en una respiración entrecortada. No estaba de acuerdo con Selena. Jo no era de las que se enamoraban y desenamoraban fácilmente. Y esa era la razón de su duda y confusión.

—No puede ser amor, ¿verdad? La gente no se enamora tan rápido. ¡Conozco a Richard desde hace menos de dos semanas!

—Sí, y hay personas que no se enamoran en toda su vida. Llevo años buscando el amor y fracasando. Tú… simplemente te has topado con él. Acéptalo.

Jo bajó la mirada. Su respiración comenzaba a estabilizarse.

—Sabes que no puedo.

—¿Quién lo dice? —Selena soltó una carcajada—. Escucha, querida. Personas como nosotras… no conseguimos matrimonios felices. Quiero decir, ¿con quién te vas a casar? ¿Con Mick?

—¡Uf! —Jo hizo una mueca y no pudo evitar el sonido de asco.

Selena soltó una carcajada.

—Pero ¿quién necesita un matrimonio cuando podemos tener romances felices? Ese hombre te adora. Es bastante obvio. Y sí, quizás no dure mucho, pero no tiene por qué hacerlo. Al menos habrás sido feliz. Y dentro de unos años, al recordar tus días felices, ¿los lamentarás?

Jo frunció el ceño. Lamentaba al último hombre que amó… Lamentaba muchas cosas del pasado. Pero con Richard, de alguna manera, se sentía diferente.

Sí, él era arrogante y engreído. Era dominante y exasperante. Y, sin embargo, se sentía atraída por él. Quería pasar cada minuto de cada día en sus brazos. Y si eso es lo que recordaría, ¿acaso lo lamentaría?

Selena le apretó los dedos.

—Cuida de tu cuerpo, querida. Pero no controles tu corazón. Podrías estar alejándote de una gran felicidad.

Quizás Selena tenía razón. Quizás Jo necesitaba considerar la posibilidad de extender su acuerdo…

No aceptaría una casa de él; no se convertiría en su propiedad. Pero si él quería continuar con su relación por un período más largo, más allá de la fiesta en la casa, entonces quizás podría prolongar esta felicidad efímera que había encontrado.

—¡Richard, muchacho! ¡Te has convertido en un hombre hecho y derecho! Oh, tus padres estarían tan orgullosos. —El señor Fowley le dio una palmadita en el hombro a Richard, sacó un pañuelo y se limpió las gafas empañadas.

Richard sonrió.

—Tome asiento. ¿Quiere un poco de té? ¿Café? ¿Whisky?

El hombre rio, se acomodó las gafas en el puente de la nariz y se sentó frente a Richard.

—Un chorrito de whisky bastará, gracias.

Richard fue a servirle una copa al anciano, con la mente turbada. Una parte de él pensaba —no, esperaba— que su prometida se echara atrás en el último momento, pero la naturaleza jovial de la llegada del señor Fowley destrozó sus esperanzas.

Colocó el vaso de whisky frente al hombre, quien lo sorbió con deleite.

—No he probado un buen whisky en años —dijo el hombre—. Demasiado caro.

Richard carraspeó.

—Sabe que siempre es bienvenido en mis tierras —dijo.

—Oh, por supuesto, por supuesto. Pero no es fácil viajar. Especialmente con cuatro niñas a cuestas. Ahora que te casarás con mi Beatrice, sin duda nos visitaremos más a menudo.

Richard contuvo una mueca. Lo que el hombre quería decir, por supuesto, era que, sin el lujo de la riqueza, no podía permitirse el lujo de viajar solo por el placer de un buen whisky. Viajar a una fiesta en una casa requería un gasto considerable. Así que probablemente habían vaciado sus arcas para este viaje.

Pero una vez casada con el título de los Gage, podrían confiar en la generosidad de Richard.

—Tus padres estarían tan orgullosos de ti. El que no te hayas olvidado del viejo amigo de tu padre y hayas pensado en ayudarnos en nuestro momento de necesidad dice mucho de tu carácter y del de tu corazón.

—Espero que sepa que, de haber sabido de su situación, habría venido antes —dijo Richard con sinceridad—. Y no me refiero al matrimonio. Habría ayudado con gusto en cualquier otra necesidad.

—Oh, lo sé, lo sé. —El hombre se ajustó las gafas en el puente de la nariz—. Pero no es tu carga que llevar. Como el hombre de la casa, tenía que confiar en mí mismo. Sabes cómo es. Pero estoy feliz de entregarte a mi hija en matrimonio. Estoy seguro de que estará en buenas manos.

Richard tragó saliva. Sentía que la confianza del anciano estaba muy mal depositada. Y sí. Desafortunadamente, Richard sabía exactamente cómo era. Los aristócratas y la nobleza local eran demasiado orgullosos para pedir ayuda. Preferían morirse de hambre antes que hacerlo. Por eso, la oferta de Richard de casarse con la hija del señor Fowley debió de parecerle un milagro.

Solo que la confianza del anciano en Richard le había provocado un nudo en el estómago.

Hace apenas un momento, Richard esperaba que el hombre se echara atrás. Ahora que cualquier posibilidad de que eso sucediera había sido descartada, Richard se sentía arrepentido y bastante perdido.

«Estoy seguro de que estará en buenas manos».

No había sido muy atento con Jo. Y no había pensado en la hija del señor Fowley en absoluto durante el tiempo que había estado manteniendo un romance con la tentadora actriz.

El hombre estaba completamente equivocado sobre el carácter de Richard. Solo había estado pensando en sí mismo. Y si su padre hubiera vivido para presenciarlo, Richard no estaba tan seguro de que se habría sentido orgulloso.

Richard se pasó los dedos por el cabello, sin saber muy bien qué decirle al jovial anciano que creía con todo su corazón que estaba haciendo lo correcto para su hija. Así que dijo lo único que no rompería su alma.

—¿Más whisky?

El anciano sonrió y le entregó el vaso vacío.

Jo se puso su vestido más bonito para la cena. Era del color de frambuesa fresca, con encaje

dorado debajo del pecho y en los bordes. El escote era casi indecentemente bajo y la silueta abrazaba su cuerpo perfectamente, acentuando todas sus curvas.

Completó el conjunto con guantes dorados y un chal a juego. Su cabello estaba recogido en la parte superior de su cabeza en una colección de rizos intrincados. Dejó algunos sueltos aquí y allá, asegurándose de que rebotaran con cada paso que daba.

Estaba feliz, estaba jubilosa y estaba enamorada.

Había sabido antes que lady Ashbury y la duquesa de Somerset se habían marchado de la fiesta para asistir al funeral de la prima de la duquesa, y esta noticia fortaleció su determinación con respecto a Richard. La vida era demasiado corta para ignorar la felicidad que había encontrado.

Mary, la prima de la duquesa, tenía solo un año más que Jo cuando falleció. Había sido una chica enfermiza, si lo que Jo había escuchado era cierto, pero nadie estaba a salvo de accidentes y enfermedades. Si Jo muriera en un año, ¿habría lamentado el romance con el vizconde, o habría lamentado perder la felicidad efímera que podría haber tenido?

Jo optó por vivir experiencias en lugar de arrepentimientos. Experiencias de felicidad.

Jo tomó una respiración fortificante y pasó su brazo por el de Selena.

Selena estudió a su amiga con una alegre sonrisa.

—Vamos a conseguir que tu hombre se enamore de ti.

Jo soltó una risita, y ambas mujeres se dirigieron hacia el salón.

Cuando entraron, toda la atención de la sala se volvió hacia ellas. Jo esbozó una amplia sonrisa mientras caminaba entre los invitados. Los caballeros las rodearon de inmediato, compitiendo por invitarlas a cenar.

Era una ocasión informal. Y cualquier caballero podía invitar a cualquier dama que deseara a sentarse junto a él.

Cualquier caballero.

Incluso el anfitrión. Sin mencionar al hermano del anfitrión.

Jo escaneó la habitación y de inmediato se encontró con la oscura mirada de Richard. Estaba frunciendo el ceño mientras la miraba, como si desaprobara su comportamiento. La sonrisa de Jo titubeó por un momento, pero luego levantó la barbilla en señal de desafío. Si él quería reclamarla, ahora sería un buen momento para abrirse paso entre la multitud y sentarla a su lado durante la cena.

En su lugar, Richard se dio la vuelta.

Los labios de Jo temblaron y su sonrisa se desvaneció.

Bueno… esa no era la reacción que esperaba. Forzó una sonrisa educada en sus labios y aceptó la primera invitación para acompañarla a cenar. Si Richard no quería que se sentara junto a él, se vería obligado a verla disfrutar al máximo rodeada de otros hombres.

Pero al llegar a la mesa, resultó ser lo contrario. Richard no la miró ni una sola vez. Estaba enfrascado en una animada conversación con un anciano que acababa de llegar con lo que parecía ser su tímida hija con gafas.

Y esa mujer pálida y tímida, con cabello ratonil, era la que Richard había sentado a su lado.

Jo apartó la vista por lo que debió ser la milésima vez. No era justo para la joven que había sido sentada junto a Richard. No era su culpa que él la hubiera elegido para sentarse a su lado y no a Jo.

¿Por qué no había elegido a Jo? ¿Había perdido interés en ella tan fácilmente? Después de perseguirla sin descanso durante días, justo cuando ella empezaba a pensar que se estaba

enamorando de él, él se apartó.

La conversación fluía a su alrededor, pero Jo no podía concentrarse. No podía comer ni beber. Todo parecía quedarse atascado en su garganta. Tenía una mala sensación en el fondo del estómago. Algo había cambiado con Richard, y temía que no volviera a ser como antes.

Jo se obligó a no desesperarse.

Richard era un hombre obstinado. Su corazón probablemente era aún más terco que su mente. Pero Jo se aseguraría de romper los muros helados que él había erigido y llegar a su corazón.

Capítulo 13

Richard observó a Jo durante toda la noche.

Por supuesto, fingió que no lo hacía. Intercambió viejas historias sobre sus padres con el señor Fowley, sonrió a su futura prometida, pretendiendo estar de buen humor mientras su alma moría un poco por dentro.

Jo parecía completamente perdida.

Era actriz. Su trabajo consistía en ocultar sus emociones o interpretarlas de otra manera. Y, sin embargo, parecía incapaz de esconder el corazón herido que llevaba a flor de piel.

Richard sentía cómo su mirada lo atravesaba cada vez que él reía. Percibía su confusión cada vez que no le devolvía la sonrisa.

Jo estaba deslumbrante con su vestido rojo claro que se ceñía a su cuerpo a la perfección. El escote era un poco demasiado revelador, lo que le hacía desear eliminar a cualquiera que la mirara. Sus hermosos rizos castaños enmarcaban su rostro de tal manera que rebotaban coquetamente cada vez que ella reía.

Era una visión. Y si fuera por él, nunca apartaría la vista de ella. Pero, dadas las circunstancias, se conformaba con robar miradas discretas cuando nadie lo veía.

Había insistido en un romance fugaz que duraría lo que la fiesta en la casa. Pero nunca tomó en cuenta el hecho de que su prometida residiría bajo su techo durante parte de ese tiempo. Era fácil contemplar la idea de continuar con su aventura y desatender los sentimientos de su misteriosa novia hasta que ella se sentó a su lado.

Y ahora que había intercambiado historias familiares con su futuro suegro, ahora que su futura novia estaba sentada junto a él, se dio cuenta de lo insensible que había sido con Jo.

No le había hecho promesas. Eso era cierto. Pero la había arrastrado descaradamente a esta relación, sabiendo perfectamente que el final se acercaba. Y más temprano que tarde.

Parecía fácil continuar así hasta que vio el dolor en sus ojos.

De alguna manera, en algún momento en medio de esa tumultuosa relación, empezaron a importarse el uno al otro.

No quería herir a Jo. No quería que se sintiera humillada frente a los invitados de la fiesta y la familia de Richard, que ahora la consideraban una amiga. Pero tampoco podía defraudar al amigo de su padre, cuya única esperanza de salir de la pobreza era casar con éxito a una de sus hijas.

Nada de esto era fácil. Pero el péndulo había oscilado, poniendo las cosas en movimiento, y no había forma de salir de esta situación sin consecuencias. Alguien saldría herido, hiciera lo que hiciera. Así que lo único que podía hacer era minimizar el daño... si es que todavía podía.

Después de que las damas dejaron a los caballeros con su oporto y sus cigarros, después de que los caballeros terminaron sus discusiones políticas y estuvieron listos para reunirse con las damas en el salón, el señor Fowley se inclinó hacia Richard.

—Bueno, muchacho. Hemos pasado todo el día de hoy hablando del pasado. ¿Qué tal si hablamos del futuro?

El corazón de Richard empezó a latir con fuerza dentro de su pecho. Sentía como si fuera a estallar.

—Por supuesto. Esta es la razón principal por la que estás aquí, ¿no?

El anciano asintió.

—Creo que es hora de que firmemos el contrato.

Richard tragó saliva. El señor Fowley tenía razón. No había razón para retrasar lo inevitable. Iba a casarse con la señorita Beatrice Fowley de una forma u otra. No había vuelta atrás.

Y si se negaba, ¿qué pasaría entonces? No podía pasar su vida en una relación ilícita con Jo. No sería justo. Ni para ella, ni para él, ni para su deber. Y en el proceso, estaría condenando a la ruina al amigo de su padre.

Richard necesitaba casarse. No con una actriz, sino con una dama respetable.

Y cuanto antes lo hiciera, menos se torturaría con esto.

Aclaró la garganta.

—Tienes razón. Vamos a ello, ¿te parece?

El señor Fowley sonrió de oreja a oreja y saltó de su asiento. El hombre estaba tan feliz de que su hija se casara con un acaudalado vizconde que Richard se preguntó si le importaba que la unión fuera sin amor y temida por parte de Richard.

Richard ni siquiera sabía cómo se sentía la señorita Fowley respecto a la unión. Se había sentado junto a ella durante toda la velada y ella no había dicho más de dos palabras. Demonios, ni siquiera se había fijado en cómo era físicamente. ¿Lo temía ella también?

Se levantó lentamente.

—Vamos al despacho del marqués.

Richard no se reincorporó a la fiesta después de la cena. Todos los hombres habían regresado al salón excepto él. Incluso el anciano con quien había pasado la mayor parte de la noche charlando entró en el salón, con el pecho hinchado y una sonrisa indulgente en los labios, pero Richard no aparecía por ninguna parte.

Jo caminó por el salón, ideando un plan. Le quedaban dos días para encantar al vizconde antes de que terminara la fiesta. Y si fallaba, ambos regresarían a sus vidas normales, excepto que habría un vacío en su corazón donde actualmente residía el vizconde.

Y quizás eso estuviera completamente bien para Richard. Tal vez la razón por la que había comenzado a evitarla era precisamente esa, para sacarla de su mente antes de que se separaran. Pero Jo no era de las que se rendían sin luchar.

No esperaba matrimonio, por supuesto. Pero, al menos, podrían disfrutar de un año o dos de felicidad en su amor. Lo que ocurriera después, ocurriría después.

Pero Jo merecía al menos un año o dos de felicidad. ¿No?

Se volvió hacia Selena.

—Creo que me retiraré temprano esta noche.

—Veo que tu vizconde no está por ninguna parte. ¿Vas a buscarle? —preguntó Selena sin mirar a Jo.

Jo se mordió el labio.

—No. Creo que simplemente voy a esperarle.

Selena levantó las cejas.

—¿Estoy percibiendo un plan?

Jo dejó escapar una suave risa.

—Tenías razón, Selena. Solo porque somos de mundos diferentes y nuestros caminos se separarán tarde o temprano, no significa que tenga que ser ahora. ¿Por qué tengo que sufrir en la vida solo porque no tendré un final feliz? Al menos puedo tener un intermedio feliz.

—Estoy segura de que tu vizconde se encargará de que tu intermedio sea muy feliz —Selena movió las cejas de manera sugerente, y Jo no pudo evitar reír.

—¿Estarás bien sola el resto de la noche? —Jo no había dejado a Selena sola por mucho tiempo desde aquella noche en que quiso abandonar la finca.

—No soy una niña, Jo. Ve a por tu hombre. Átalo si es necesario —añadió Selena con un guiño.

Jo rio, le apretó la mano y luego salió corriendo del salón. Por muy emocionante que le pareciera la idea de atar a Richard, decidió hacer lo contrario.

Iba a eliminar todas las barreras entre ellos y a obligarlo a enfrentar sus sentimientos.

Quizás después de eso, podrían turnarse para atarse el uno al otro mientras disfrutaban de sus cuerpos.

Richard permaneció en el despacho del marqués hasta altas horas de la noche. No quería ver a nadie ni socializar con nadie. No quería responder preguntas de su familia, y, sobre todo, no quería ver la mirada confundida de Jo mientras trataba de evitarla.

Era un cobarde.

Tendría que hablar con ella y terminar su relación más temprano que tarde. Pero quería hacerlo en privado. Y no quería sacarla del salón, porque sabía que eso invitaría a más chismes.

Así que simplemente se sentó en el oscuro despacho, luchando consigo mismo.

¿Cuándo se había afianzado Jo tan firmemente en su mente? Nunca se había dejado arrastrar emocionalmente a una relación. Rara vez interactuaba con sus amantes fuera de sus encuentros y, sin embargo, con Jo no podía tener suficiente de ella.

No podía tener suficiente de sus sonrisas o de ese brillo en sus ojos cuando se enfrentaba a él. Y no podía tener suficiente de sus besos.

Richard apuró el vaso de whisky y lo estampó contra la mesa. Mañana la encontraría y le diría que su relación había terminado. Rezaba para no ver cómo se apagaba la luz en sus ojos. Rezaba para que su relación fuera solo un juego para ella y que el dolor que había visto en sus ojos fuera solo orgullo herido. Porque el orgullo se podía reparar fácilmente. Los corazones, por otro lado, eran mucho más frágiles.

Caminó lentamente hacia su habitación, escuchando los sonidos de la alegría en el salón. Parecía que los invitados estaban jugando a algún tipo de juego. ¿Estaría Jo jugando con ellos? ¿Se estaría divirtiendo? Probablemente estaba rodeada de caballeros ansiosos por tenerla en sus camas. Los dedos de Richard se cerraron en puños.

No tenía derecho a sentirse así. No tenía derecho a Jo. No más.

Soltó un suspiro y aceleró el paso. Cuanto más rápido llegara a su habitación y hundiera la cabeza en la almohada, antes se dormiría y se libraría de Jo en su mente.

Aunque ella invadiría sus sueños nuevamente, de eso estaba seguro. Al menos en sus sueños, podría deleitarse con ella sin culpa.

Richard llegó a su habitación y giró con desgana el pomo de la puerta. Últimamente odiaba entrar en la oscura y vacía habitación. Odiaba tener que dormir solo y no con Jo acurrucada a su lado.

Nunca sabría lo que era esa sensación.

Entró y se detuvo en el umbral. Por un breve momento, se preguntó si había entrado en la habitación equivocada.

No estaba a oscuras; todas las velas de la habitación estaban encendidas, iluminando la estancia con un resplandor dorado. Tampoco estaba vacía...

Jo estaba de pie junto a la ventana, vestida con una bata de noche semitransparente. La tela era tan fina y ligera que se ceñía a sus curvas, destacando su hermosa figura. Richard podía ver la hendidura de su ombligo, sus pechos redondos y sus pezones endurecidos.

A Richard se le hizo la boca agua y olvidó lo que había estado pensando antes de entrar en ese paraíso. ¿Estaba soñando?

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí, Jo? —preguntó él con voz ronca.

—Dijiste que la puerta de tus habitaciones siempre estaba abierta —dijo ella suavemente.

Richard tragó saliva antes de levantar la vista hacia su rostro.

Los encantadores y suaves labios de ella estaban curvados en una sonrisa coqueta. Sus ojos brillaban con picardía mientras se acercaba a él. No podía negar su atracción y caminó a su encuentro como si estuviera hechizado. No deseaba nada más que capturar sus labios con los suyos y saquear su boca con su lengua.

Ella era condenadamente seductora, llevara lo que llevara. Pero viéndola así, bajo el suave resplandor de las velas, Richard no pudo evitar imaginarla en su cama, con su cabello esparcido sobre las almohadas, sus ojos llenos de pasión mientras se retorcía bajo él. Sus miembros desnudos, expuestos a su mirada.

Entonces, de repente, ya no tuvo que imaginarlo. Porque en ese momento, ella dejó caer lentamente la bata de noche de sus hombros, y la fina tela resbaló contra su piel, quedando amontonada en el suelo a sus pies.

Allí estaba, completamente desnuda ante él, excepto por sus medias de seda atadas a sus muslos con ligas rojas. Su mirada descendió hasta el vello entre sus piernas, luego subió por su plano vientre y se detuvo en sus hermosos pechos redondos. Sus pezones se endurecieron aún más contra el aire fresco o, quizás, debido a su mirada ardiente.

A Richard se le hizo la boca agua al recordar el sabor de ella. Oh, cómo quería chupar sus pechos. Sus dedos se contrajeron con agonía, deseando desesperadamente tocarla, entrar en su núcleo caliente y húmedo. Su miembro creció y se endureció, tensándose contra las restricciones de sus pantalones.

Maldita sea. Era demasiado condenadamente tentadora.

De repente, la puerta se abrió y su ayuda de cámara entró sin ceremonias.

—Milord...

Jo soltó un chillido agudo y el ayuda de cámara se quedó congelado, con los ojos muy abiertos.

Richard saltó y cubrió el cuerpo de Jo con el suyo. Volvió la cabeza hacia su insolente sirviente y le ladró:

—¡Lárgate!

Su ayuda de cámara murmuró algo en tono de disculpa y salió corriendo.

Richard se agachó, recogió la bata de noche del suelo y la arrojó sobre los hombros de Jo. Ella temblaba mientras reía en silencio contra su pecho. Richard la abrazó con fuerza y le dio un beso seco en la parte superior de la cabeza.

—No te preocupes, es un sirviente discreto. No dirá nada —la tranquilizó.

Jo lo miró, con los ojos brillando de risa.

—De alguna manera, ese no fue mi primer pensamiento.

—¿Cuál fue tu primer pensamiento? —Richard extendió la mano y apartó un mechón de cabello suelto detrás de su oreja, sus dedos rozando su piel. Aprovechó la oportunidad para acariciar su mejilla, su mandíbula, antes de retirar la mano.

—Mi primer pensamiento fue que había visto mis pechos... y más.

Richard hizo una mueca, sintiendo cómo la ira crecía en su interior.

—¿Quieres que lo mate? Porque, francamente, estoy a punto de hacerlo.

Jo soltó una risita y colocó una mano en su mejilla sin afeitar.

—Cosquillea —dijo mientras acariciaba su barba incipiente. Richard le tomó la mano, luego se volvió y besó su palma.

Solo un beso. Se permitiría eso.

Luego se apartó.

—Debes irte.

El rostro de Jo pasó de la dicha a la confusión en un segundo.

—¿Perdona?

Richard tomó una respiración profunda.

—Debes irte, Jo.

—¿Por qué? —Ella cubrió su cuerpo con la bata de noche y cruzó los brazos debajo de sus pechos en un gesto protector.

Se sentía vulnerable con él. Eso era lo último que él deseaba. Pero no tenía elección. No podía continuar con esta relación y mantener la conciencia tranquila. Tenía que detenerse.

Richard se aclaró la garganta.

—Sé que dije que nuestra relación duraría hasta el final de la fiesta... Pero he cambiado de opinión. Es hora de que termine.

Los ojos de Jo se agrandaron y su boca se abrió por un breve momento antes de que soltara una risa.

—Debes estar bromeando.

Richard negó con la cabeza.

—Lo siento, Jo. No debería haber insistido en esta relación en absoluto. Quería perderme en unas pocas noches de pasión sin preocuparme por ti ni por tus sentimientos. Pero tenías razón desde el principio. Esto fue un error.

La mirada de Jo se perdió. La confusión marcaba sus facciones. No sabía cómo reaccionar sin perder su orgullo, y Richard vio las emociones luchando en su interior. Quería envolverla en sus brazos y pedirle perdón, borrar esa expresión incierta de su rostro con besos. Pero eso solo empeoraría las cosas.

Necesitaba terminarlo. Ahora. Porque, a partir de hoy, era oficialmente un hombre comprometido.

Jo miró alrededor de la habitación, incapaz de centrarse en nada en particular.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—¿Importa?

Ella cerró los ojos.

—Vi la emoción en tus ojos aquel día en el tejado. No lo niegues. Quizás no fuera amor, pero era algo similar. Y te asustó, ¿verdad?

Era tan valiente, su pequeña actriz. Tan fuerte. Allí de pie, atreviéndose a desafiarlo. Pero no

podía darle ni una pizca de esperanza. Esto era el final.

—Yo no tengo emociones, Jo. Nunca me dejo llevar tan lejos en una relación. Así que, sea lo que sea que creíste ver en mí, probablemente fue el reflejo de tus propios sentimientos.

Ella retrocedió, su pecho subiendo y bajando con sus respiraciones frenéticas.

—¿Así que eso es todo? ¿Tú decides que nuestra relación ha terminado?

Richard asintió.

—Eso es todo.

Sabía que la estaba lastimando. Sabía que hubiera sido mejor si le hubiera dicho la verdad. Me importas, Jo. Eres la única mujer en mi mente. Pero estoy comprometido con otra.

Abrió la boca para decir exactamente eso, pero luego la cerró. ¿Habría sido mejor? ¿Torturarse mutuamente con sus sentimientos prohibidos? Quizás sería mejor si ella simplemente lo odiara. Quizás sería mejor si se fuera antes de que se anunciara el compromiso.

—Creo que sería mejor si te fueras —dijo con la voz entrecortada—. De la fiesta. Porque si no lo haces, tal vez nunca tenga la fuerza para seguir adelante con mi compromiso.

Jo apretó los labios para evitar que temblaran. No funcionó. Había confusión y dolor en sus ojos, y Richard deseó poder arreglarlo. Pero no sabía cómo.

Era inepto en situaciones como esta. Había roto media docena de relaciones antes, pero siempre lo hacía sin remordimientos ni dudas. Nunca sentía nada cuando lo hacía. Y las mujeres solían marcharse en un arrebato de furia.

Esto era nuevo. Jo trataba de mantenerse calmada y fuerte contra la tormenta que se desataba en su interior. Y él sentía su tormenta. Porque las mismas emociones se agitaban en su corazón.

Finalmente, ella asintió, pasó junto a él y salió corriendo de su habitación.

Capítulo 14

Jo entró precipitadamente en su habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella. Las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras un sollozo desgarrador salía de sus pulmones.

«¿Cómo he podido ser tan tonta?».

Se quitó los pendientes, caminó hacia su tocador y los lanzó en su joyero. Alzó la vista hacia el espejo y se quedó mirando su reflejo. Había estado tan feliz solo unas horas antes, tan segura de sí misma y de su futuro.

Tan enamorada.

—¡Uf! —Se giró bruscamente alejándose del espejo y se dejó caer en la cama, llorando con fuerza su dolor.

La puerta se abrió y cerró detrás de ella, pero Jo ni siquiera se volvió. Pasos suaves se acercaron a la cama, y luego el colchón se hundió y una mano suave presionó su espalda.

—¿Qué ha pasado, querida? —le preguntó Selena.

Jo negó con la cabeza.

—¡Lo ha terminado! —gritó contra la colcha, con la voz amortiguada. Jo no sabía si Selena entendió sus palabras, pero no le pidió que las repitiera.

Jo se giró de lado, y un mechón de pelo se soltó de su peinado cubriendo la mitad de su rostro.

—Quiero irme —dijo mientras apartaba el mechón rebelde—. No quiero quedarme aquí más tiempo.

Selena sonrió tristemente.

—¿Qué fue lo que me dijiste cuando yo quería irme antes? No dejes que él gane.

—No me importa —murmuró Jo mientras miraba la colcha, manchada en dos lugares por sus lágrimas. Tragó saliva—. Pensé que estaba enamorada de él, Selena. Por segunda vez en toda mi vida, me enamoré de nuevo. Bueno, ambos me demostraron que soy una idiota, ¿verdad?

—No eres una idiota por enamorarte —dijo Selena con vehemencia—. Eres una mujer. Y esos pobres hombres no merecen tus lágrimas.

Jo se incorporó y abrazó a Selena. Se quedaron así, encontrando consuelo en la compañía mutua, sin hablar. Ambas habían pensado que habían encontrado algo especial durante esta fiesta. Y ambas estaban muy equivocadas.

—¿Qué te dijo exactamente? —preguntó Selena finalmente, cuando la respiración de Jo se calmó.

Jo se apartó de su amiga y puso una mueca. No quería recordarlo. Era doloroso y humillante.

—Dijo que él no se implica emocionalmente. Y que debería haber terminado nuestra relación antes de que yo empezara a tener sentimientos por él.

La boca de Selena se abrió, y su rostro mostró una mueca de confusión.

—¿De verdad quiere que creas que no se implicó emocionalmente? Porque he visto cómo te

mira cuando piensa que nadie lo está viendo y...

—Por favor, Selena —suplicó Jo mientras su corazón latía desbocado—. Por favor, no me des falsas esperanzas. Me dijo que no tiene sentimientos por mí y que quiere que me vaya. No voy a buscar un significado más profundo que ese.

Selena asintió.

—De acuerdo. Pero no te vas. No vamos a permitir que un par de hombres groseros nos hagan huir. Te pondrás tu mejor vestido y esbozarás una sonrisa mientras coqueteas con todos los demás caballeros de la fiesta, justo delante de sus ojos. Porque si de verdad no le importas, a ti no debería importarte lo que él piense.

Jo hizo una mueca. No quería seguir jugando a ese juego. No quería fingir y coquetear con otros mientras veía a Richard hacer lo mismo. Pero la fiesta terminaría en dos días de todos modos. Le llevaría un día recoger sus pertenencias y despedirse. No podía simplemente irse sin decir una palabra.

Además, iba a pasar mañana con Millicent. Le había prometido a lady Vane que ocuparía el tiempo de Millie ahora que sus tías favoritas se habían ido al funeral. No podía simplemente marcharse en mitad de la noche como una cobarde porque el exasperante vizconde le había dicho que se fuera.

Porque él le había roto el corazón.

No era su fiesta. Y lady Vane no perdonaría a Jo si se fuera sin despedirse.

Jo solo tendría que endurecer su corazón y evitar al vizconde hasta el final de la fiesta. Recogería sus pertenencias, arreglaría el transporte y se iría justo después del baile de clausura de la fiesta.

Jo se aseó para la noche y luego ella y Selena se metieron en la cama y compartieron historias de sus antiguos amores, riendo de las veces en que pensaron que el cielo se caía y el fin estaba cerca solo porque un caballero no correspondía a su amor.

Jo comenzó a sentirse gradualmente mejor.

Esto también pasará.

Estaba agradecida de tener a Selena a su lado esta vez. La última vez no tuvo a nadie, y la situación fue diez veces peor. No dejaría que Richard y sus acciones imprudentes la derrotaran. Lloraría en su almohada durante unos días más, por supuesto. El corazón no sana tan fácilmente.

Quizás estaría melancólica durante algunas semanas. Y al mirar al público mientras actuaba, vería su rostro en todas partes, pensando en los días que habían pasado juntos, pero, en algún momento, el dolor cesaría.

Su corazón se encogió y sangró un poco, deseando que el tiempo pasara rápido hasta llegar al momento en que ya no doliera tanto.

Miró a la solitaria luna, parcialmente cubierta por una nube esponjosa que estaba delineada con un resplandor plateado.

¿Alguna vez podría mirar una nube sin pensar en él? Cerró los ojos con fuerza, tratando de alejar esos pensamientos.

La fiesta terminaría en unos días, y ella volvería a su vida normal y todos esos sentimientos que Richard había despertado en ella simplemente... volverían a dormirse.

Richard no había hablado con Jo en más de dos días.

Ella no dejó la fiesta como él esperaba... como él deseaba. En su lugar, volvió a dirigir su atención a coquetear con todos los demás hombres en los alrededores con renovado vigor.

Y habría sido una cosa si ella lo hubiera ignorado, o lo hubiera despreciado, mostrando su enojo, pero no lo hizo. Simplemente le sonreía cortésmente cada vez que lo veía y luego se volvía hacia la persona que le interesaba más en ese momento.

Era como si no le hubiera importado en absoluto.

Richard se dio cuenta de lo hipócrita que estaba siendo. Le había dicho que no tenía sentimientos hacia ella, y, sin embargo, esperaba que ella caminara con el corazón en la mano.

No. Su pequeña actriz tenía más orgullo que eso. Esa era una de las razones por las que lo fascinaba tanto. Era terca, era fuerte, y no aceptaba órdenes de nadie. Ni siquiera de un vizconde.

Pero por mucho que le encantara su espíritu rebelde, también le molestaba que se quedara hasta el final de la fiesta.

Su molestia no tenía nada que ver con ella, en sí misma. Sino todo que ver con él. Porque hoy era el baile de clausura de la fiesta. Lo que significaba que hoy era el día en que iba a anunciar su compromiso con otra mujer.

Y por mucho que intentara decirse a sí mismo que tenía que hacerlo, su corazón le gritaba que no lo hiciera. Y ver los ojos de Jo mientras hacía el anuncio probablemente lo mataría en el acto.

Habría sido más fácil si ella se hubiera ido antes. Habría sido más fácil si él no tuviera que ver ahora sus ojos vulnerables.

Habría sido más fácil si hubiera sido sincero con ella desde el principio.

Bueno, ya era demasiado tarde para eso.

No había nada que pudiera hacer al respecto.

¿O sí?

—Gracias —dijo a su ayuda de cámara mientras terminaba de atarse el pañuelo del cuello.

Richard se miró en el espejo. Estaba perfectamente vestido, todo de negro salvo por el chaleco azul, las mangas de la camisa inmaculadamente blancas y el pañuelo.

Su cabello estaba peinado hacia atrás con la ayuda de una pomada. Parecía perfectamente respetable y listo para anunciar su compromiso durante el baile más importante de la fiesta.

Lo que su reflejo no mostraba era que su estómago estaba hecho un nudo. Sus manos sudaban debajo de los guantes, y su corazón latía rápidamente contra su pecho como si intentara escapar.

¿O era su corazón el que le instaba a escapar?

Tomó una respiración profunda. El tiempo de los pensamientos tontos había terminado. Ahora era el momento de anunciar su compromiso.

Richard salió de la habitación y se dirigió lentamente al salón de baile. Se ajustó la corbata, porque la habitación era sofocante. O quizás no era la habitación el problema, sino él mismo.

Se quedó en el abarrotado salón de baile, con la mirada desenfocada, el ruido de las conversaciones zumbando a su alrededor. Y, sin embargo, no veía ni oía nada. Era como si estuviera rodeado de niebla.

Isabel se acercó a él, empujándolo fuera de la bruma. Miraba a la multitud mientras hablaba.

—¿Estás seguro de que quieres seguir adelante?

Richard aclaró la garganta.

—No es como si tuviera elección. Los papeles ya están firmados.

Isabel hizo una pausa.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Richard tragó saliva. Isabel conocía la profundidad de su relación con Jo mucho más que

cualquier otra persona en el salón. Y estaba agradecido por su intervención. Si tan solo hubiera algo que pudiera hacer….

—Lo sé —dijo él, sonando derrotado incluso para sus propios oídos.

—Podemos soportar cualquier escándalo, Richard, solo... Por favor, tienes que estar seguro. —Isabel volvió sus ojos suplicantes hacia él. Era como si suplicara por ella misma. O tal vez suplicaba en nombre de Jo.

¿Habían hablado de él? Y si es así, ¿qué le había dicho Jo a su hermana que no le había dicho a él mismo?

¿Lo despreciaba? ¿O podía él tener aún esperanzas de que todo pudiera arreglarse?

¿Cómo podría ser así? Incluso si Richard detuviera el proceso ahora y no anunciara el compromiso, ¿cómo sería su futuro?

Seguía siendo un vizconde. Aún necesitaba una esposa respetable. Necesitaba engendrar herederos.

Se ajustó el pañuelo del cuello una vez más y asintió con firmeza.

—Estoy seguro.

Unos cabellos castaños espesos captaron su atención, y se volvió. Jo estaba bailando con lord FitzWalter. Richard apretó los dientes. Pronto sería un hombre casado. Y una vez que lo fuera, nunca más podría bailar con Jo. No sin provocar un escándalo. Y Jo estaría para siempre fuera de su alcance.

Bueno, todavía no era un hombre casado.

Tan pronto como la música cesó, se abrió camino a codazos hasta llegar al lado de Jo.

Ella sonreía ampliamente a uno de los caballeros cuando Richard se interpuso entre ellos con brusquedad.

Jo levantó sus ojos preocupados hacia él.

—¿Qué estás haciendo? —susurró.

Richard extendió su mano.

—Pidiéndote un baile.

Jo miró a su alrededor, con los dientes apretados.

—Todos nos miran.

Richard esbozó una reverencia.

—Sí, y lo notarán si te niegas.

Jo frunció los labios, pero puso su mano en la de él. Sonrió a las personas a su alrededor mientras se dirigían a la pista de baile. Los primeros compases de un vals sonaron, y Richard la rodeó con sus brazos. La mano de Jo temblaba en su hombro mientras él la acercaba más a él. Podía sentir el pulso acelerado de ella bajo sus dedos mientras sostenía su mano.

Su pecho subía y bajaba frenéticamente y sus labios estaban ligeramente entreabiertos. Estaba agitada en sus brazos, mientras él disfrutaba de la sensación de tenerla bajo su toque.

Disfrutaba la forma en que se deslizaban juntos por la sala. Ella era una bailarina excepcional. La guiaba sin esfuerzo entre otras parejas, y era como si fueran uno solo. Sin necesidad de comunicación, sus cuerpos se movían al unísono.

La mirada de Richard descendió por su rostro, se deslizó hacia su cuello suave y sedoso, y luego más abajo, hacia sus redondeados pechos que asomaban de su escote. Era hipnotizante de contemplar, encantadora cuando sonreía, y si hicieran el amor siquiera una vez, con sus cuerpos fundiéndose en uno, estaba seguro de que nunca podría recuperarse de esa experiencia que alteraría su mente.

—¿Por qué me has pedido que baile contigo? —preguntó ella bruscamente.

La mirada de Richard volvió a sus profundos ojos marrones.

—Quería hablar contigo.

—Entonces, ¿por qué estás en silencio? —Su voz era firme, sin emociones.

Richard la hizo girar, luego la atrajo hacia su pecho. Los ojos de ella se cerraron al contacto, sus labios se entreabrieron. Se obligó a alejarse a una distancia más segura.

—Quizás estaba tomando aliento.

—Bueno, el baile no durará para siempre, milord.

Milord. Odiaba cuando ella lo llamaba así. Los dedos de Richard se apretaron alrededor de su mano. No quería soltarla.

—Sé que estás enfadada conmigo —comenzó torpemente.

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—¿Acaso no debería estarlo?

—Sabías de antemano que esto era temporal.

—Y tú también. Acordamos los términos.

—Y te estabas apegando demasiado. —La hizo girar nuevamente, sosteniéndola contra su pecho, quizás más fuerte de lo que era adecuado.

El dolor destelló en sus ojos color chocolate oscuro.

—¿Y tú no?

—Por eso lo detuve. ¿Por qué otra razón? —gruñó él.

Jo contuvo la respiración y luego miró hacia otro lado. Continuaron bailando en silencio durante unos momentos más.

Richard soltó un suspiro de frustración. Sabía que no podía arreglarlo. Entonces, ¿por qué siquiera lo intentaba?

Sabía por qué. Quería experimentar tenerla en sus brazos de nuevo, inhalar su maravilloso aroma a agua de rosas, mirar en sus profundos ojos color chocolate.

Solo una vez, gritaba su corazón. Aunque sabía que nunca sería suficiente.

—Sabes que no hay futuro para nosotros.

—Lo sé, Richard. —Ella se detuvo y, justo en ese momento, la música se acalló—. Así que deja de buscarme.

Capítulo 15

Jo corrió al tocador. Se acercó al lavabo y se echó un poco de agua en la cara. Sentía calor, y su pulso retumbaba en sus oídos. Necesitaba un momento de paz.

¿Por qué Richard le había pedido bailar? ¿Por qué torturarla con su cercanía cuando no la quería en su vida?

—¡Maldita sea! —murmuró con frustración. El impulso de golpear o lanzar algo era abrumador.

—Eh... ¿no te encuentras bien? —preguntó una voz tímida desde algún lugar detrás de ella.

Jo se quedó paralizada antes de darse la vuelta lentamente, intentando esbozar una sonrisa. Allí, en uno de los mullidos asientos, escondida en un rincón, estaba sentada una joven con gafas. Era la misma que había llegado tarde a la fiesta. Como resultado, Jo ni siquiera sabía su nombre.

—Perdona —dijo Jo con una risa suave—. Es solo que... hace mucho calor ahí dentro. Me temo que me frustré un poco. No sabía que había alguien aquí.

—Los eventos como este pueden resultar bastante agobiantes —dijo la joven—. Aunque nunca lo habría imaginado en ti. Es decir, te vi antes. Siempre pareces tan segura de ti misma. Como si nada pudiera alterarte.

Jo dejó escapar una risita.

—Soy actriz. La mayor parte de eso es solo una actuación.

La joven soltó una risa contenida y luego se cubrió rápidamente la boca con un pañuelo.

—Perdona. Bastante poco propio de una dama por mi parte.

Jo se encogió de hombros.

—Bueno, entonces tienes suerte. Porque yo no soy una dama. —Hizo una reverencia—. Josephine Claremont. Pero puedes llamarme Jo.

La joven se rio.

—Oh, sé quién eres. No he asistido a ninguna de tus obras, pero tendría que estar ciega y sorda para no conocerte. Soy Beatrice.

Los labios de Jo se curvaron en una sonrisa. Estaba segura de que la joven tenía un título. Parecía una dama, o tal vez parte de la nobleza local. Pero, en cualquier caso, el hecho de que se presentara solo con su nombre de pila era bastante entrañable.

—Por lo general, me esfuerzo por aprenderme los nombres de todos en la fiesta. Pero llegaste bastante tarde...

—Oh, sí —respondió Beatrice con timidez—. Llegamos muy tarde. Nuestra carreta se estropeó en el camino... Es... bastante vieja. Temí que no pudiéramos llegar a tiempo. No puedo imaginarme perder el anuncio de mi propio compromiso. —Mientras hablaba, jugueteaba con su falda, pero en la última frase, levantó la vista hacia Jo y soltó una risita.

—¿Estás comprometida? ¡Enhorabuena! —Jo sonrió sinceramente.

—¡Gracias! Estoy tan contenta... No tengo dote, ¿sabes? Temía que mi única perspectiva fuera lord Lansdowne, que me ha estado persiguiendo sin descanso.

Jo hizo una mueca.

—¿Ese viejo sapo lascivo?

Beatrice se tapó la boca con la mano y soltó una risa contenida.

—Oh, perdona por ser tan poco delicada.

Jo hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Por favor. Soy yo quien ha sido poco delicada aquí. Pero, en serio, creo que Lansdowne debería resignarse a un destino sin herederos. Ha enviudado dos veces, lo cual es bastante sorprendente porque creo que tiene más de cien años.

Beatrice soltó una risita.

—En realidad, tiene casi setenta. Y bueno, yo tengo veinticuatro. Puede que sea demasiado joven para Lansdowne, pero demasiado mayor para el mercado matrimonial. Sin dote, sin belleza ni refinamiento, él era la única perspectiva que imaginaba... o más bien temía. ¡Nunca imaginé atrapar a un vizconde! ¡Y además uno joven y vigoroso!

¿Un vizconde? El corazón de Jo empezó a latir con fuerza en su pecho.

—Oh, mírame, soltándolo todo en el tocador. Debes pensar que no tengo modales en absoluto. Esa es una de las razones por las que sigo soltera, supongo. Y estoy robando tu tiempo...

Jo se humedeció los labios resecos, ignorando la perorata de la mujer.

—¿Un vizconde? —repitió débilmente.

Beatrice asintió con entusiasmo.

—Sí. El vizconde Gage. No busco un matrimonio por amor. Pero al menos con él, la vida no será tan horrible, ¿verdad?

Jo se puso pálida, un ruido agudo le perforaba los oídos.

—¿El vizconde Gage es tu prometido?

La sonrisa de Beatrice se apagó.

—Sí. ¿Te encuentras mal? Pareces... indispuesta.

Jo intentó sonreír.

—No, yo... acabo de recordar algo. —Se dio la vuelta, sus manos aferrándose al lavabo.

Está comprometido.

—Te dejaré entonces —la voz de Beatrice sonaba como si estuviera muy lejos—. A menos que quieras que me quede. ¿O debería llamar a alguien?

Richard está comprometido.

—No. Estoy bien —respondió Jo en voz baja, aunque su visión se estaba nublando y sus rodillas apenas podían sostenerla.

Richard estaba comprometido. Y lo había estado todo este tiempo.

Su corazón latía con fuerza en su pecho, las palmas de sus manos sudaban y todo su cuerpo se sentía pegajoso.

No sabía cuánto tiempo permaneció en el tocador, simplemente respirando y tratando de controlar sus emociones. Pero cuando volvió a entrar en el salón de baile, Richard estaba en el centro de la sala, con la mano de Beatrice en la suya.

El marqués de Vane anunció algo en voz alta, probablemente el compromiso, y todo el salón estalló en aplausos y exclamaciones de alegría.

Jo observó las facciones pétreas de Richard, su respiración era el único sonido que podía

distinguir en medio del ruido.

Entonces él se volvió hacia ella, y su expresión se quebró. No estaba segura de si era dolor o remordimiento, pero no importaba.

Jo giró sobre sus talones y salió del salón de baile.

Richard podía ver el dolor en los ojos de Jo incluso desde el otro extremo del salón de baile.

Traición, ira y agonía se reflejaban en su rostro.

Richard se volvió para correr tras ella, pero una mano fuerte lo agarró del brazo y lo mantuvo en su lugar.

—No lo hagas —gruñó Adam—. Provocarás un escándalo.

—No me importa —Richard se sacudió el brazo de su hermano y alisó la manga de su abrigo.

—Puede que a ti no te importe, pero al menos preocúpate por la dama a la que has ofrecido la protección de tu nombre.

La mirada de Richard se dirigió a la tímida joven con gafas que estaba a unos pasos de distancia.

¿Qué he hecho?

No había nada que pudiera hacer en ese momento, sin embargo. Adam tenía razón. Si corría tras Jo, los murmullos solo dañarían a la señorita Fowley.

No quería hacerle eso. Ella no lo merecía. Pero tampoco quería que Jo estuviera enfadada con él.

—Es mejor que la dejes ir, hermano —dijo Adam.

Richard asintió en silencio.

Las primeras notas de un vals sonaron, y Richard maldijo. Se suponía que debía invitar a su prometida a su primer baile.

—No puedo casarme con ella —susurró en su lugar.

—¿Qué? —rugió Adam, antes de acercarse a Richard para que nadie pudiera oírles.

—No puedo casarme con ella —repitió Richard.

—¿No podías haber decidido eso antes de anunciar al mundo que estabas comprometido? —gruñó Adam entre dientes.

—Adam... —Richard miró a Adam, suplicante—. Siento que me estoy asfixiando. No puedo hacerlo ahora —susurró.

—Tienes que hacerlo. Este es tu primer baile como pareja.

Richard negó con la cabeza.

—No puedo. —Se apartó.

Adam maldijo por lo bajo, luego miró a la señorita Fowley y finalmente se acercó a la dama.

—¿Me concedería el honor de este baile, futura cuñada?

Ella sonrió tímidamente y colocó su mano en el brazo de Adam. Adam lanzó una mirada oscura hacia Richard.

Richard asintió con firmeza, su respiración se estabilizó.

Gracias a Dios por Adam.

Se alejó, acercándose sigilosamente a las puertas mientras la gente lo rodeaba, felicitándolo por sus nupcias. De repente, deseó haber bailado con su prometida en su lugar. La luz parecía haberse atenuado, y el aire lo asfixiaba.

No sabía si esto era porque estaba ansioso y fuera de lugar. O quizás, sin Jo, todo parecía

apagado, como si con su salida, ella se hubiera llevado todo lo hermoso de la habitación. Y con su hermosa e imponente ira silenciosa, le había arrancado el corazón.

¿Qué he hecho?

No podía casarse con Jo. Una actriz traería escándalo al título que su padre había construido desde cero. Sus hermanas y sus hijos serían evitados y considerados escandalosos. Sus propios hijos serían objeto de burla por tener una actriz como madre. Y si tuvieran hijas, serían marginadas y ridiculizadas. Una actriz como madre condenaría a sus hijos a ser percibidos como rameras.

¿Qué estoy pensando?

No podía casarse con Jo, y necesitaba desechar esa idea de su mente. Incluso si las cosas mencionadas no fueran ciertas, él estaba comprometido. El contrato matrimonial había sido firmado, el anuncio se había hecho, y ahora solo la novia tenía la opción de retractarse.

Richard tragó saliva.

¿Qué he hecho?

Jo salió corriendo del salón de baile y se dirigió al jardín, con Selena pisándole los talones.

—¡Está comprometido! —gritó Jo mientras se secaba los ojos con las muñecas.

—Sí, lo vi —dijo Selena detrás de ella.

Jo se giró hacia ella, con los ojos desorbitados y la respiración entrecortada.

—Este tipo de cosas no se deciden en un día, Selena. ¡Ha estado comprometido todo este tiempo!

Selena se acercó, con los brazos extendidos como si Jo fuera un animal salvaje al que intentaba calmar. Y Jo, en ese momento, se sentía como un animal salvaje.

—No lo sabes —dijo Selena en tono tranquilizador.

—¡Maldita sea si no lo sé! —exclamó Jo, sin preocuparse por mantener su compostura. No era una dama. Y nunca lo sería.

—¿Por qué importa? —razonó Selena—. De todas formas, el romance ha terminado.

Las lágrimas volvieron a asomar en los ojos de Jo.

—Importa porque me mintió —dijo en voz baja—. No me importa que nuestra breve relación haya terminado tan bruscamente. Sí, hirió mi corazón. Pero justo cuando empezaba a confiar de nuevo, él tuvo que venir y arruinarlo. —Sacudió la cabeza y se sentó en el banco de piedra. El mismo banco en el que habían hecho el amor hace solo unos días—. Nunca volveré a confiar en otro hombre.

Selena se acercó lentamente al banco y se sentó junto a Jo.

—Quizás no deberías.

Jo se volvió y enterró su rostro en el hombro de Selena mientras sollozaba. De repente, deseó haberse marchado de la fiesta antes. Él le había pedido que se mantuviera alejada. ¿Era esa la razón?

Jo deseó no haber escuchado a Selena. Deseó no haber permitido que Richard se acercara a ella.

Permanecieron así durante unos minutos. Justo cuando sus sollozos se calmaron y se secó las lágrimas, unos pasos fuertes sonaron a la vuelta de la esquina. Y entonces Richard llamó:

—¿Jo?

Jo levantó la mirada interrogante hacia Selena.

—Bueno, no soy yo quien te está llamando —dijo Selena, encogiéndose de hombros.

—Jo, ¿estás aquí?

Jo hizo una mueca de irritación. No quería responder. Quería estar en cualquier lugar menos allí.

Pero Richard dobló la esquina justo en ese momento y se detuvo, mirándola con una expresión salvaje.

Jo se levantó y se dio la vuelta para marcharse, pero Richard la alcanzó en dos zancadas y le puso una mano en el hombro.

—¡Espera! Por favor, escúchame.

Jo sacudió su mano y se volvió hacia él, con la mirada desafiante.

Richard miró hacia Selena, que seguía ocupando el banco de piedra, y levantó una ceja.

—Señorita Bromley. —Hizo una reverencia—. Esperaba poder hablar con la señorita Claremont en privado.

—Entonces me iré —dijo Selena, empezando a levantarse, pero Jo levantó una mano para detenerla.

—No, Selena, no te muevas. Tenemos el derecho de estar aquí tanto como el vizconde. Y preferiría que él se fuera en su lugar. Lo que significa que el único intruso aquí es el vizconde.

Richard frunció el ceño.

—Jo, entiendo que estés enfadada, pero si me dejas explicar...

—Explica —Jo agitó la mano, dándole permiso.

—Yo solo... —comenzó Selena, pero Jo la interrumpió de nuevo.

—No, quédate. Si el vizconde tiene algo que decir, puede hacerlo en tu presencia.

Selena hizo una mueca, pero volvió a acomodarse en el banco.

El músculo en la mejilla de Richard se tensó al apretar la mandíbula.

—De acuerdo —dijo entre dientes—. Yo...

—¿Lo sabías? —Jo lo interrumpió, incapaz de controlarse.

—¿Qué?

—¡Sabes de lo que estoy hablando! —gritó Jo—. ¿Sabías que te ibas a comprometer con ella cuando... durante nuestra relación?

Richard tragó saliva.

—Sí.

La mano de Jo se disparó, y antes de que sus pensamientos alcanzaran sus acciones, le dio una bofetada en la mejilla.

Richard se giró hacia un lado, su mejilla enrojeciéndose. Jo lo miró, con los ojos muy abiertos.

Selena soltó un grito ahogado.

Richard se giró lentamente hacia Jo.

—Supongo que me lo merezco —dijo con calma—. Debería haberte contado mis planes de matrimonio. Lo siento.

Jo lo miró fijamente durante un minuto entero, sin poder encontrar las palabras para responder. Finalmente, dijo:

—¿Y eso es todo? ¿Debería simplemente perdonarte?

Richard soltó un suspiro.

—Nuestro acuerdo siempre fue solo por la duración de la fiesta. Nunca pensé que iría más allá. Nunca pensé que... desarrollaríamos un apego.

Jo se tensó.

—En nuestro acuerdo, nunca mencionaste que estabas comprometido o nunca habría aceptado.

—¡No lo estaba! —exclamó, pasándose una mano por el cabello y girándose. Cuando se volvió, sus ojos estaban llenos de desesperación—. Hice un arreglo con un viejo amigo de la familia. Firmé los papeles la noche en que... esa noche cuando rompí nuestra relación.

Las lágrimas quemaban en la parte posterior de sus ojos.

—Me hiciste sentir despreciable esa noche, Richard. En cambio, podrías haberme dicho la verdad.

—Lo sé —respondió él con los dientes apretados.

Jo tragó saliva.

—Bueno, te deseo suerte en tu matrimonio. Porque Dios sabe que tu esposa la va a necesitar. —Cruzó los brazos sobre su abdomen, sintiéndose fría y ligeramente enferma. Se dio la vuelta, esperando que él se fuera.

—Esto no tiene por qué ser el final para nosotros —dijo Richard desde detrás de ella.

—Oh, no —susurró Selena desde el banco.

Jo se volvió bruscamente hacia él.

—¿Qué has dicho?

—No tiene por qué ser el final —repitió él tontamente. Extendió el brazo hacia ella y dio un paso adelante—. Podemos continuar...

—¡No termines esa frase! —advirtió Jo, con lágrimas rodando libremente por sus mejillas.

Él tragó saliva.

—Jo, no hay otra manera para nosotros. Seguramente sabes que no puedo casarme contigo.

Más lágrimas resbalaron por sus mejillas, pero todo dentro de ella ardía.

—Nunca te pedí que me convirtieras en tu esposa. ¡Pero sí te pedí que no me insultaras ofreciéndome convertirme en tu amante!

Sus faldas crujieron cuando Selena se levantó y caminó hacia ellos.

—Soy un vizconde, Jo. Necesito una esposa respetable.

Jo retrocedió como si él la hubiera golpeado. Y preferiría que lo hubiera hecho antes de escuchar esas palabras.

—Puede que no me consideren respetable en tus círculos, pero tengo amor propio. No voy a ser la amante de un hombre casado, no importa lo que digas.

Selena apareció a su lado y la abrazó por los hombros.

—Creo que es hora de que se vaya, milord —dijo Selena con firmeza.

Richard la miró y luego fijó su mirada en Jo.

—No descartes la idea con tanta facilidad —insistió él.

Ella soltó una risa histérica.

—Pensé que eras diferente —dijo con tristeza—. Pensé que eras mejor que eso. Estaba equivocada.

Él apretó la mandíbula. Luego se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 16

«Richard estaba en medio del salón de baile, con una expresión pétrea. Sus labios se movieron, pero Jo no escuchó las palabras. Algo sobre una novia resonó en su mente. Todos a su alrededor vitoreaban y aplaudían. Pero su visión estaba nublada. Entonces, Beatrice se unió a Richard a su lado, con una tímida sonrisa en el rostro. Se ajustó las gafas en la nariz y puso su mano en la palma de Richard.

Él levantó sus manos unidas y le besó los nudillos.

Luego se giró hacia Jo y habló con una claridad que parecía como si estuviera justo a su lado.

—¿De verdad creíste que te amaba? Eres una actriz. Eres indigna de mí.

El ruido se apagó de repente, dejando a Jo en completo silencio. La oscuridad envolvió el salón de baile. Solo estaban Jo y una luz brillante que le iluminaba la cara. Entrecerró los ojos solo para darse cuenta de que la gente estaba sentada en sus sillas, mirándola con las facciones congeladas.

Jo miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba sobre el escenario.

¿Cómo había llegado hasta aquí?

—¡Canta! ¡Canta! —gritó Selena desde detrás de las cortinas.

Jo abrió la boca para cantar y, en su lugar, comenzó a toser.

—¡Ni siquiera sabe cantar! —gritó alguien desde el público. Todo el teatro comenzó a abuchearla mientras se levantaban y lanzaban sombreros y zapatos al escenario.

Jo quiso gritar, pero tenía la garganta atenazada».

Se despertó de golpe en su cama. Tenía la respiración agitada y el cabello pegado a la frente. Estaba en la pequeña habitación alquilada junto al teatro. Estaba de vuelta en casa.

Jo se frotó los ojos y luego se alisó el cabello hacia atrás.

Era la cuarta semana consecutiva que soñaba con el espantoso anuncio de compromiso de Richard. No podía sacárselo de la cabeza. No podía sacárselo a él de la cabeza. A veces soñaba que se besaban y disfrutaban de la compañía del otro. A veces él la perseguía y le pedía su mano en matrimonio. Pero siempre había una parte del sueño en la que lo veía eligiendo a otra mujer sobre ella.

Y luego, la razón.

Era una actriz. Y, por lo tanto, estaba por debajo de él.

Las lágrimas afloraron a sus ojos, y se enterró de nuevo bajo las mantas.

Maldito Richard y su mundo. Nunca debería haberse permitido enamorarse de un caballero. Lo sabía. Solo traían desilusiones. Se movió en la cama, tratando de encontrar una posición más cómoda, pero fue inútil. Ya no podría volver a dormir.

De todos modos, no importaba. Necesitaba levantarse y prepararse para el día de ensayos. El

teatro había programado una nueva obra, y tenían que estar listos para la temporada.

Una temporada en la que ella pasaría su tiempo actuando mientras Richard se sentaría en su palco con su nueva prometida, que en poco tiempo sería su esposa.

Jo se sentó y se frotó la cara. ¿Pasaría pronto esa sensación que le desgarraba el corazón y el alma? ¿Cuánto tiempo tardaba en sanar un corazón roto?

Se apartó el cabello de la cara y miró al vacío. Era mejor mantenerse ocupada. Con permanecer en la cama no lograría nada. Si mantenía su mente ocupada, tal vez los pensamientos sobre Richard dejarían de acosarla.

Jo llegó al teatro muy temprano, antes que nadie. Reorganizó los trajes y los muebles en su camerino, se cepilló el cabello y luego leyó el guion de la nueva obra. Su mente vagaba una y otra vez, impidiéndole concentrarse, hasta que finalmente Selena entró en su camerino.

Estaba pálida, quizás incluso más que Jo.

Esta se volvió hacia ella y la observó con el ceño fruncido.

—Selena, ¿te encuentras bien? Pareces enferma.

Selena hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Ayer lo estaba. Probablemente, volver a la sucia Londres y a mis diminutas habitaciones después de la lujosa estancia en la fiesta me ha sentado mal. Me desperté hoy sintiéndome mejor, pero de camino a verte, he visto a Mick y he estado a punto de vomitar.

Jo soltó una carcajada.

—Oh, lo siento mucho, querida. Ven, siéntate. —Jo hizo que Selena se sentara en su silla. Acto seguido, esta miró a su alrededor con el ceño fruncido.

—¿Has vuelto a cambiar los muebles de sitio?

Jo asintió.

—Sí... Pensé que no era lo bastante acogedor.

Selena levantó una ceja.

—Ah, veo que también estás lidiando con tu desamor.

Jo suspiró, tomó otra silla y se sentó junto a Selena.

—Al menos no tengo que ver a mi desamor en el trabajo todos los días.

Selena arrugó la nariz.

—Nunca estuve enamorada de Mick. Me convencí a mí misma de que tenía sentimientos tiernos por él para hacer soportable el romance, supongo.

—No creo que eso haga menos doloroso el hecho de verlo.

—No. —Selena sorbió por la nariz, luego observó de nuevo la habitación—. Este lugar es tan pequeño... ¿Cómo puedes mover tanto los muebles?

Jo rio.

—Simplemente deslizo todo diez pulgadas a la derecha cada día. Así, va cambiando poco a poco, hasta que vuelve a estar como antes.

Selena frunció los labios.

—¿Y tu esperanza es que todo en tu vida también vuelva a ser como antes?

Jo se encogió de hombros.

—Tiene que ser así, ¿no?

—¡Oh, no corras, querida, te atraparé! —La voz de Mick sonó al otro lado de la puerta, seguido por el grito de una pobre mujer mientras corría.

Jo hizo una mueca y Selena puso los ojos en blanco.

—¿Por qué dejamos que esos canallas influyan en nuestro estado de ánimo?

—No lo sé. —Jo negó con la cabeza—. Pero acordemos que no dejaremos que controlen nuestro estado de ánimo y nuestras mentes nunca más.

Selena asintió con determinación, y ambas mujeres se levantaron y se dirigieron hacia los ensayos.

Sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo. La mente de Jo continuó vagando, pensando en Richard durante todo el día, mientras veía a Selena mirando melancólicamente al estúpido de Mick.

¿Cómo podía la dulce y encantadora Selena encontrar algo atractivo en ese individuo repulsivo y arrogante?

Bueno... Tal vez Jo entendía la atracción hacia un hombre arrogante, el placer de enfrentarse a él y la satisfacción de que este apreciara el desafío. Y luego estaba el momento en que ese hombre engreído se abría a ella y solo a ella, mientras mantenía una fachada con todos los demás, mientras se tumbaban en el tejado de su casa de campo tratando de encontrar formas en las nubes.

¡Argh! ¿Cuándo dejaría a un lado esos pensamientos?

—¿Disfrutando de la vista? —preguntó Mick levantando una ceja de manera.

Jo no se dio cuenta de que había estado mirando a Mick todo este tiempo mientras soñaba despierta con otro hombre.

—Todo lo contrario —dijo ella con frialdad.

Él se acercó con paso lento y calculador.

—Porque ciertamente puedo darte lo que deseas —dijo, bajando la voz a un susurro sugestivo.

Un escalofrío desagradable recorrió su cuerpo, y para empeorar las cosas, él levantó la mano y deslizó un dedo por su brazo. Jo se quedó paralizada, su cuerpo temblando. Se obligó a concentrarse y encontrar palabras para replicar, pero lo mejor que pudo hacer fue apartar el brazo.

—Mmm, veo que tienes la piel de gallina —sonrió Mick con lascivia.

—Eso es por la repulsión —dijo Jo y finalmente logró dar un paso atrás.

Él solo se encogió de hombros.

—Sé que me deseas, Jo. Y tarde o temprano, acabarás en mi cama. O inclinada sobre mi escritorio. Como prefieras. —Guiñó un ojo y se alejó.

—¿Qué ha dicho? —Selena apareció a su lado.

Jo se estremeció.

—Solo cosas viles y repugnantes. Y ahora también sufro de náuseas, querida.

Richard regresó a Londres unas semanas después de la fiesta, y su familia le siguió.

Sam era la única que faltaba en su procesión, ya que aún estaba visitando a los Clydesdale, aunque había prometido unirse a todos en Londres pronto. No arriesgaría perderse la boda de Richard, dijo en su carta.

Todos estaban emocionados por las próximas nupcias.

Isabel se ofreció a organizar todo el evento. Pero Richard estaba seguro de que no había nada que organizar. Familiares y amigos cercanos asistirían a la ceremonia, el banquete matutino se llevaría a cabo después, y luego partirían hacia la finca de los Gage.

Por supuesto, aún debían leerse las amonestaciones. Richard estaba demorando todo lo relacionado con la boda. Ni siquiera había visto a su prometida desde la fiesta en la casa. Ella

había regresado a su hogar por el momento, pero después se uniría a Richard en Londres para preparar el ajuar.

Richard había insistido en pagar su ajuar y su estancia en Londres porque sabía que su familia no tenía los fondos necesarios. El señor Fowley había intentado protestar.

No era lo habitual, por supuesto. Y si alguien se enteraba de este arreglo, los rumores no tardarían en surgir.

A Richard no le importaba.

¿Qué más daba? La dama se convertiría en su esposa en poco tiempo.

«Mi esposa...».

No quería pensar en eso.

Dejaría que Isabel y Sam acompañasen a su prometida a las tiendas y modistas una vez que todas lleguen. Parecían entusiasmadas con la perspectiva de la boda. Que ellas se encarguen de los detalles.

Además, ¿qué sabía él de todo eso, en realidad?

Mientras no lo molestaran, podían hacer lo que quisieran.

En cuanto a él, bueno, Richard pasaba sus días haciendo... nada. Absolutamente nada.

Y eso era tan inusual que incluso sus sirvientes no ocultaban su sorpresa. Richard siempre estaba en movimiento, siempre ocupándose de personas y de sus numerosas propiedades. Y ahora simplemente no le importaba.

Se tumbaba en su cama, mirando el dosel y sintiéndose patéticamente desolado. La vida parecía haber perdido su sentido.

Sus únicos pensamientos eran sobre Jo. Sus sueños—cuando lograba conciliar el sueño—también la ocupaban. Y el miedo que le impedía dormir estaba siempre presente en lo más profundo de su estómago.

Sabía que estaba haciendo lo correcto para su título y para el honor de su familia. Estaba seguro de que su padre lo habría aprobado.

¿Lo habría hecho?

Richard se levantó de la cama, se puso la bata y se dirigió a la galería.

Esta casa en Londres no tenía una gran galería con todos los retratos de sus antepasados como la que había en la finca de los Gage. Pero lo que sí tenía era una pequeña habitación con unos pocos retratos de su pequeña y feliz familia.

En este momento, la sala estaba cerrada con todo cubierto con sábanas blancas para que no acumularan polvo. Pero cuando sus hermanos residían en esta casa, solían abrir la puerta y mirar los cuadros.

Richard abrió la puerta de la galería y entró.

Todo estaba igual que siempre. La sala estaba vacía, salvo por los cuadros. Todos estaban cubiertos con sábanas. Y el olor de la pintura vieja y seca aún impregnaba el aire.

Richard se acercó a los lienzos y comenzó a descubrir los cuadros uno por uno.

Primero, el retrato del difunto vizconde Gage y su esposa cuando eran jóvenes.

Los padres de Richard.

La vizcondesa estaba sentada en el diván, y el vizconde estaba de pie detrás de ella, con una mano en su hombro. Su cabeza estaba ligeramente girada hacia él, sus rodillas apuntando en esa dirección también. Era como si quisiera mirarlo. Tal vez estaban conversando durante la sesión de pintura y, para pintar el rostro de la vizcondesa, el artista le había pedido que lo mirara.

El difunto vizconde siempre le había dicho a Richard que su unión fue un matrimonio por

amor. Le había contado que había buscado a la vizcondesa perfecta, una mujer inteligente, capaz, con las conexiones adecuadas en la sociedad, que nunca avergonzaría su título ni se vería envuelta en un escándalo. Pero también le había dicho a Richard que se enamoró de la madre de Richard en el momento en que la vio.

Entonces, ¿cómo lo supo? ¿Cómo supo que estaba tomando la decisión correcta al casarse con la hermosa joven de la que se enamoró?

Siempre sonaba algo mágico cuando Richard escuchaba a sus padres hablar de su unión. Era como si las estrellas se alinearan, y simplemente lo supieran.

Richard nunca cuestionó eso. Cuando era niño, pensaba que así sucedía. Uno simplemente lo sabía.

La realidad era mucho más complicada que eso, sin embargo.

Richard había esperado que ese mismo sentimiento lo abrumara cuando era joven e ingenuo. Había asistido a eventos de la sociedad en busca de una joven que conquistara su corazón, y, sin embargo, nunca sucedió.

Entonces, tal vez su padre no había contado toda la verdad. A veces el amor se presentaba de manera diferente. Quizás uno no simplemente lo sabía. Quizás se colaba en su vida mientras estaba ocupado planeando su boda con otra…

¿Era eso? ¿Amaba a Jo?

Eso explicaría la sensación de vacío en el estómago, los sueños con ella y su renuencia a casarse. Pero ¿podía hacer algo al respecto? Esa era una pregunta mucho más complicada.

Porque, aunque sus padres tuvieron un matrimonio por amor, también tuvieron un matrimonio respetable. Y casarse con una actriz no era en absoluto respetable. Esto incluso antes de considerar el hecho muy real de que ya estaba comprometido. Y no había nada que pudiera hacer al respecto sin causar un gran daño.

Richard avanzó y descubrió el siguiente cuadro. Sus padres sentados en el mismo diván, pero esta vez con un bebé en brazos de su madre.

Richard.

Ella miraba al bebé como si estuviera encantada, mientras su padre miraba hacia fuera del retrato, con el rostro serio, pero con un destello travieso en sus ojos.

¿Cómo logró el artista captar ese brillo? ¿Estaba su padre riendo cuando el artista lo captó? El cuerpo del vizconde estaba girado hacia el artista, en lugar de hacia su familia, pero su mano estaba en el brazo de la vizcondesa.

Richard se preguntaba si el artista le había pedido a su madre que lo mirara de nuevo, y ella simplemente se resistió. Porque, a medida que avanzaba en la galería, ya no había retratos en los que su madre mirase al frente. Siempre estaba sonriendo, mirando a uno u otro miembro de su creciente familia, al igual que su padre y, en el último retrato, la única persona que miraba de frente era Richard.

Richard miró el retrato de todos sus hermanos dispuestos caóticamente alrededor de sus padres: Alan sosteniendo un gato, Adam empujándolos a ambos, con los ojos riendo, frunciendo el ceño hacia ellos, y Sam, como siempre, sosteniendo a Ben por el antebrazo, mirándolo como si fuera la única persona en la sala.

Richard se preguntaba cómo el pintor logró capturar tal caos.

Y probablemente por eso era el único que estaba allí como una estatua, mirando hacia fuera. Porque seguramente sus padres habían intentado calmar a sus hermanos varias veces. Seguramente los habían reprendido una y otra vez, y el pobre artista, exhausto, había suspirado

más de una vez. Así que, por supuesto, Richard, el adulto responsable, el futuro vizconde, estaba allí, tratando de hacer la vida más fácil para todos. Seguía las reglas y trataba de facilitar las cosas, mientras dejaba que sus hermanos corretearan a su antojo.

Como resultado, sus hermanos crecieron viviendo un poco más libremente, y él se alegraba por eso. No era un logro suyo en absoluto, pero si había contribuido a ello, estaba contento.

Richard frunció el ceño al escuchar ruidos desde el piso de abajo. Era bastante inusual oír algún tipo de ruido en su casa de Londres en estos días. Parecía como si incluso los sirvientes caminaran de puntillas por la casa.

Cubrió cuidadosamente los cuadros de nuevo, cerró la puerta con llave y descendió las escaleras.

—¿Cómo que no sabe dónde está, señor Doyle? ¿No está siempre en su estudio? —preguntó Isabel en voz alta a su mayordomo medio sordo.

—No lo he visto abajo aún, milady —respondió el pobre mayordomo.

Richard bajó lentamente las escaleras.

—¿Has terminado de intimidar a mis sirvientes, Isabel? —preguntó con una ceja levantada.

Isabel se giró hacia él de golpe.

—¡Oh! —Y luego lo miró de arriba a abajo y repitió, pero con menos entusiasmo—: ¡Oh! ¿Qué llevas puesto? ¿Te has…? —Se volvió hacia Doyle, que solo se encogió de hombros, y luego volvió a mirar a Richard—. ¿No te has vestido todavía?

Richard miró hacia su bata.

—¿Estoy desnudo? Lo siento, no me había dado cuenta.

—¡Sabes a lo que me refiero! —Isabel agitó una mano—. Es casi mediodía. ¡Deberías estar vestido y listo para recibir visitas!

Richard se encogió de hombros.

—Aún no es la hora de recibir visitas, y como vivo solo, nadie me molesta ya. —Hizo una pausa—. Excepto los hermanos entrometidos. ¿Querías algo?

Ella miró alrededor del vestíbulo, con los labios fruncidos, como hacía su perro, Button, cuando olfateaba algo sospechoso.

—¿Cuánto tiempo llevas sin salir de casa?

Richard se encogió de hombros.

—Salgo de casa todos los días.

Su mayordomo tosió, de manera poco convincente. Isabel levantó una ceja.

—Está bien, tal vez no todos los días, pero tengo mucho trabajo que hacer.

Otra tos. Isabel cruzó los brazos sobre el pecho.

Richard apretó los labios en una fina línea.

—¡Le aconsejo que se haga revisar esa tos, Doyle! —gruñó. Luego se dirigió a Isabel—: Hablaremos sin distracciones en mi estudio.

Isabel sonrió al insolente mayordomo antes de seguir a Richard.

—Preferiría hablar con testigos presentes. Alguien que impida que me mientas.

—¿Por qué iba a mentirte? —refunfuñó Richard mientras entraban en su estudio.

—Esa es una muy buena pregunta.

Ambos se acomodaron junto al hogar mientras Richard pedía té.

—¿A qué debo el placer? —preguntó Richard.

Isabel se tomó su tiempo para arreglar los pliegues de su falda antes de finalmente levantar la vista hacia él.

—Tu boda.

Richard contuvo una mueca.

—¿Qué pasa con mi boda?

—Bueno, necesitamos fijar una fecha. La novia tendrá que llegar a Londres para las pruebas de vestuario y preparar su ajuar. Todos sabemos que su familia carece de los fondos necesarios, así que tendrás que proporcionar todo eso.

—No tengo ningún problema con eso —dijo Richard, haciendo un gesto con la mano.

—Entonces, ¿con qué tienes problemas?

Richard parpadeó.

—¿Perdón?

—¿Con qué tienes problemas? —repitió ella lentamente esta vez.

—Con nada —Richard se encogió de hombros.

Su ama de llaves entró en ese momento con una bandeja de té.

—Señorita Isabel, ¡qué alegría verla! —dijo la mujer amablemente—. Oh, perdóneme, quiero decir… lady Vane —se corrigió mientras comenzaba a servir el té.

—Gracias, señora Whiston. Me alegra verla también.

—¿Cómo va la vida de casada? ¿Todo bien? Porque hemos oído rumores de que el personal no la trataba muy bien. Y si eso es cierto…

—Gracias, señora Whiston —interrumpió Richard—. Eso será todo.

La mujer entrecerró los ojos hacia él y luego sonrió a Isabel.

—Disculpe, no quiero distraerla de su conversación.

—Oh, no, no se disculpe. Mi hermano parece haber despertado con el pie izquierdo hoy —dijo Isabel, con un tono vivaz—. Todo está bien. No hay necesidad de preocuparse, se lo aseguro. Estaré encantada de hablar con usted sobre esos rumores, pero más tarde —puntuó sus palabras con una mirada molesta hacia Richard.

Él puso los ojos en blanco.

—Siempre fuiste demasiado familiar con los sirvientes.

—Y tú siempre fuiste demasiado rudo con... bueno, con todos.

Richard apretó los labios.

—¿Cómo están las cosas en tu hogar? ¿No ha habido más… accidentes?

Isabel levantó una ceja.

—Oh, ¿qué pasa? ¿James ya no te informa de nada?

Richard se encogió de hombros.

—Nada que sea de interés, en cualquier caso.

Isabel dejó escapar un suspiro de irritación.

—No estoy aquí para hablar de mi vida. Estoy muy felizmente establecida, pero no puedo decir lo mismo de ti.

—¿Cómo sabes que no soy feliz? —Extendió las manos.

Isabel bebió su té lentamente mientras lo observaba.

—Porque te conozco, Richard. Contrario a lo que puedas pensar, siempre te he conocido. Puedo ver cuando uno de mis hermanos está sufriendo, y eso es lo que te está ocurriendo ahora.

Richard soltó una carcajada.

—Lo que sea que creas saber… estás equivocada.

Ella se recostó en su silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Entonces, ¿no estás enamorado de Jo?

Richard tomó un sorbo de té en ese preciso momento y casi se ahoga por la sorpresa. No esperaba que su hermana fuera tan directa. Sam, tal vez. Pero no Isabel. Siempre había sido cautelosa y muy educada. Quizás el matrimonio la había cambiado.

Richard tosió, luego sacó su pañuelo para limpiar la superficie manchada.

—¿Por qué preguntas eso?

—Creo que es una pregunta justa, considerando que te sorprendí en un apasionado abrazo más de una vez.

—Solo fue un romance pasajero —dijo Richard, tomando otro sorbo. Esta vez, pudo mantenerlo en su boca.

Isabel frunció el ceño.

—En primer lugar, eso es algo terrible de decir sobre cualquier mujer, y mucho menos sobre una mujer de la que realmente creo que estás enamorado. Es una persona amable, cariñosa y maravillosa que no hizo más que alegrar nuestros días en la fiesta. Incluso si no la amabas, ¿cómo pudiste tratarla así?

Richard se levantó de golpe.

—Eso no es asunto tuyo, Isabel. Así es como funciona. Los caballeros no se casan con actrices.

Isabel se estremeció visiblemente ante sus palabras, y él cerró los ojos. No había querido perder los estribos. Pero más que eso, no había querido decir esas palabras tan feas. Su corazón dolía al oírlas, y su cabeza dolía solo de pensarlas.

—¿Por qué no? —preguntó Isabel en voz baja.

—Sabes por qué no. —Richard se volvió a sentar—. La gente hablará. Las actrices son casi sinónimo de cortesanas ahora. —Y por mucho que le doliera decir esto, tenía que hacerlo. Si no por el bien de Isabel, al menos por el suyo propio. Para recordarse por qué no podía tener a Jo. Ciertamente, algunas actrices evitaban la imagen de cortesanas, e incluso algunas se casaban respetablemente. Pero no con la nobleza—. La sociedad evitará cualquier relación con nosotros y, cuando tengamos hijos… no será agradable. —Concluyó con un movimiento de cabeza. La sociedad no perdonaba tales conductas.

Isabel lo estudió en silencio durante unos momentos.

—Cuando Sam se vio envuelta en un escándalo, le dijiste que no necesitaba casarse con un hombre al que no amaba. Que te encargarías de todo. Le dijiste que podríamos soportar la ruina mientras ella fuera feliz. Sin embargo, se casó con él, pero solo porque lo amaba. Y cuando él la lastimó, aunque involuntariamente, estabas dispuesto a soportar el escándalo de nuevo para mantenerla a salvo.

Richard negó con la cabeza.

—Eso es diferente.

—Cuando yo me vi envuelta en un escándalo, literalmente, me dijiste que hiciera lo que quisiera. ¡A pesar de que perdiste a una novia debido al escándalo! ¿Lo has olvidado? Porque yo no.

—Isabel...

—No. —Isabel levantó una mano—. Déjame terminar, por favor. Si crees que puedes soportar cualquier escándalo por nosotros, pero que no podemos hacer lo mismo por ti, estás equivocado. Sam y yo, hemos encontrado el amor sin importar las circunstancias. Tus hijos, cuando crezcan, harán lo mismo. ¿A quién le importa lo que piensen los demás?

Richard soltó un bufido.

—Cuando te viste envuelta en un escándalo, ¿recuerdas los comentarios maliciosos? ¿Recuerdas cómo la gente desviaba la mirada y retiraba sus invitaciones? No me digas que la opinión pública no importa cuando te casaste voluntariamente con un hombre que no te agradaba solo para evitar ese destino.

Isabel frunció los labios.

—Tienes amigos poderosos. Tienes una familia que te apoyará mientras seas feliz. No estaba enamorada de otro hombre cuando me casé con Rhys. No tenía nada que perder. Pero tú sí.

Richard bajó la mirada a sus manos e Isabel se levantó.

—Seguiré adelante con los planes de la boda. Sin embargo... no empezaré a enviar las invitaciones todavía. Esperaré a que apruebes la fecha. —Hizo una pausa hasta que él levantó la cabeza para mirarla—. Y el nombre de la novia.

Capítulo 17

Normalmente, el escenario del teatro era el único lugar donde Jo podía relajarse, olvidar su vida cotidiana y simplemente actuar. Era un espacio donde Jo podía dejar de lado todos sus problemas y vivir una vida diferente, conectando con el corazón de sus personajes.

En el escenario, se sentía segura. Libre.

Excepto hoy.

Varias cosas contribuían a su malestar.

Primero, Selena llegó tarde al ensayo y parecía bastante enferma. Estaba pálida, débil y con continuos ataques de náuseas. Y como si no fuera suficiente preocuparse por la salud de su amiga, Mick no dejaba de observar a Selena con los ojos entrecerrados, comportándose de una manera extraña y bastante aterradora. ¿Le había hecho algo?

¿Era él la causa de su malestar?

Jo le había preguntado a Selena, pero ella lo había minimizado, aunque a medida que avanzaba el día, aunque la salud de Selena mejoró, las preocupaciones de Jo no disminuyeron.

En segundo lugar, cuando terminó el ensayo, el director del teatro, el señor Hart, anunció que estaba buscando obras nuevas e ideas frescas para revitalizar su teatro.

Y esto podría haber sido una buena noticia. Jo se animó, corrió a su camerino a por sus guiones y se los llevó con orgullo. Sí, él los había rechazado antes, pero ahora ella tenía más experiencia, y era una actriz respetada.

Sin embargo, el señor Hart, un hombre mayor y regordete, se rio, le dio una palmadita en la cabeza y le dijo que las mujeres no eran buenas dramaturgas y que debería concentrarse en sus puntos fuertes y actuar.

Sus palabras exactas fueron: “Vuelve a jugar”. Y en un tono notablemente condescendiente.

Sin embargo, esto no fue el final de su terrible día. Cuando Jo terminó de hablar con el director, Selena ya se había ido a casa, por lo que ni siquiera pudo hablar con ella sobre sus preocupaciones.

Llegó a su camerino de mal humor y con el ánimo por los suelos, y, por supuesto, ese fue el momento exacto en que Mick apareció ante ella.

¿Podía empeorar el día?

—Escuché tu conversación con el señor Hart —dijo Mick, bloqueando la entrada a su camerino.

—Gracias por confirmar mi suposición de que siempre has sido un entrometido. Ahora, déjame pasar.

Jo intentó avanzar, pero Mick se apoyó despreocupadamente en el marco de la puerta y se puso a examinarse las uñas, como si no hubiera escuchado su petición.

—Él no está equivocado, ¿sabes? ¿Alguna vez has oído hablar de mujeres dramaturgas?

—Eliza Haywood, Charlotte Charke y Mary Robinson, por nombrar algunas —gruñó Jo

entre dientes.

—Mary Robinson fue amante del rey. Esa es la única razón por la que se publicó su basura. Charlotte Charke vivió como un hombre, y Eliza Haywood... Bueno, pasó su vida siendo ridiculizada.

Jo frunció los labios.

—Ah, así que has oído hablar de ellas.

—Esa no es la cuestión. La cuestión, Jo, es que son conocidas por lo malas que eran. Las mujeres simplemente no están hechas para esto.

—¿Y qué hay de Jane Smith? —Jo levantó una ceja al mencionar a una dramaturga contemporánea popular, que dirigía con éxito un teatro, el Incomparable, por sí sola.

Mick solo se rio.

—Es terrible. Y lo es también su padre, que por cierto, es quien realmente dirige el teatro. No ella.

Esta discusión era inútil. Mick nunca cambiaría de opinión, sin importar lo que Jo dijera. Solo estaba perdiendo su valioso tiempo y dándole a Mick una excusa para ridiculizarla.

Jo forzó una sonrisa.

—Gracias por esta encantadora discusión. Pero prefiero irme ahora.

Él hizo una mueca.

—Pero verás, si tuvieran a alguien que las ayudara... Quizás serían mejores. Supón que una de ellas tuviera un amigo. Un hombre. Que decidiera ayudarles a reescribir esa basura femenina. Entonces, quizás habrían tenido éxito.

—Lo lograron. Sin ninguna ayuda. Ahora, por favor, apártate.

Él no se movió. Ni siquiera un músculo.

—Puedo ser ese amigo para ti, Jo. Por supuesto, tendré que ser nombrado el autor de tus obras, pero tú recibirás la mitad del dinero.

Jo soltó una risa amarga.

—Qué oferta tan maravillosa. Pero tengo otra idea. Si crees que eres tan bueno, ¿por qué no escribes tu propia obra y se la presentas al señor Hart? Y así no tendrás que rebajarte a leer y editar mi... basura femenina.

Jo se deslizó bajo su brazo y abrió la puerta de su camerino.

Mick finalmente se apartó.

—Piénsalo, Jo. Necesitas un amigo. ¿Qué pasaría si alguien descubre tu verdadero pasado, Josephine? Entonces todo el teatro se iría al traste. No querrás que eso ocurra, ¿verdad?

Jo se giró hacia él, con las fosas nasales dilatadas.

—¿Qué sabes tú sobre mi pasado, Mick?

—Todos en el teatro lo saben. Pero guardan silencio porque ¿a quién le importa si la actriz es una ramera? Todas lo sois. Pero ¿una dramaturga? —Se encogió de hombros con una mueca de asco—. Sí. Tal vez la gente veía las obras escritas por la amante del rey, pero ¿la hija de una vulgar prostituta? Poco probable.

Jo apretó el pomo de la puerta con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Quería darle un puñetazo a Mick en la nariz. En cambio, le cerró la puerta en la cara.

—Piénsalo —dijo él desde el otro lado de la puerta.

Jo se dio la vuelta en su camerino, sintiéndose más derrotada que antes.

Entonces, de repente, algo sorprendente llamó su atención.

Un ramo de hermosas flores estaba sobre su tocador.

Caminó lentamente hacia él, sintiendo algo cálido florecer en su pecho antes incluso de ver de quién eran las flores.

Sacó la tarjeta y la leyó:

«Por favor, perdona mi comportamiento grosero. Fui un necio al no decirte toda la verdad. Fui un imbécil al proponerte lo que te propuse. Y voy a pasar el resto de mi vida intentando que me perdones».

Durante las dos semanas siguientes, Jo siguió recibiendo flores, dulces y hasta poemas de Richard.

Nunca respondió.

Sabía que sus intenciones eran sinceras, pero eso no justificaba lo que había hecho, y tampoco resolvía ninguno de sus problemas.

Ella seguía siendo una actriz. Él seguía siendo un vizconde.

Y, que ella supiera, él seguía comprometido.

Jo revisaba diligentemente los periódicos en busca de noticias sobre la boda, pero no había nada. Tampoco había nada sobre la disolución del compromiso.

Por mucho que Jo disfrutara de la atención, por mucho que sonriera y se riera como una niña pequeña con cada regalo que recibía, una parte de ella también moría un poco cada día. Porque las cosas no eran acciones. Las palabras en poesía no eran promesas.

Así que mientras eso fuera verdad, no se derretiría ante él ni le perdonaría todo.

Y luego, un día, todo se detuvo.

Cuando Jo entró en su camerino esperando otro regalo, no había nada.

Quizás Richard había decidido que era una pérdida de tiempo, lo cual era cierto. Quizás había visto la futilidad de sus acciones y se dio cuenta de que esa no era la forma de volver al corazón de Jo.

Jo estaba de acuerdo.

Pero aún así, dolía.

Como resultado, cuando Jo fue a unirse al elenco para una reunión especial a la que el señor Hart los había invitado, estaba de mal humor. Y su estado de ánimo solo empeoró cuando se enteró de la razón de la reunión.

El director del teatro presentó con orgullo una nueva obra que iban a representar ese año. Una nueva obra escrita por su propio Michael Kenworthy.

Excepto que la obra no era suya. Era de Jo.

Era la obra que Jo había escrito para la fiesta en la casa de lady Vane.

Cuando la multitud se dispersó, Jo se acercó a Mick, con los dedos cerrados en puños.

—¿Puedo hablar contigo?

Mick se giró lentamente hacia ella, la miró de arriba abajo y luego sonrió.

—Por supuesto, querida.

—Ven conmigo. —Jo lo condujo a su camerino, lejos de las miradas curiosas. No quería armar un escándalo. No frente a sus compañeros actores y, especialmente, no frente al director del teatro, que ya pensaba tan poco de ella.

En cuanto entraron en la habitación, Mick se acercó, acorralándola en el estrecho espacio.

—¿Qué querías, cariño? —preguntó mientras apoyaba el pie en una silla, encerrándola entre él y el tocador.

Jo empujó su pierna.

—Primero, no ensucies mi silla. —No logró moverlo más de un centímetro.

Él mantuvo su postura, adelantando la entrepierna hacia ella. Luego colocó su codo en la rodilla y apoyó la barbilla.

—¿Y en segundo lugar? —preguntó burlonamente.

—Solo después de que cumplas con mi primera petición. —Jo intentó mostrarse asertiva, pero su voz tembló un poco mientras su mirada se dirigía hacia la puerta cerrada.

—Entonces estaremos aquí para siempre. No es que me importe.

Jo apretó los dientes.

—Sabes por qué te llamé aquí. Robaste mi obra.

Él se encogió de hombros.

—¿Lo hice? Me parece que es mía.

—Todos saben que no es cierto.

—¿De veras? —Miró a su alrededor con burla—. Porque según recuerdo, todos en la fiesta de la casa saben que la obra es mía.

—Cierto. ¿Y el señor Hart sabe que la obra no es nueva? ¿Que ya la representamos?

—Con un elenco limitado y un guion pobre, sí. Pero la expandiremos y la haremos más grandiosa.

—¡No tenías derecho! —exclamó Jo, y Mick se rio en su cara.

—Pruébalo —dijo, acercándose más a ella, su aliento fétido golpeándole la nariz.

La ira subió en Jo hasta que no pudo controlarla más. En una fracción de segundo, empujó a Mick con todas sus fuerzas, y él cayó al suelo.

La boca de Jo se abrió al darse cuenta de lo que había hecho, y luego una risa escapó de sus labios. Se tapó la boca con la mano y siguió riendo, incapaz de contenerse.

Mick estaba sentado en el suelo, con los ojos muy abiertos y la boca abierta en shock. Luego levantó la mirada hacia ella, frunciendo el ceño. Se levantó lentamente del suelo y se acercó a ella, con la mirada amenazante.

—Oh, te parece gracioso, ¿verdad? —Su voz bajó y se le escapó un poco de su acento del norte.

Jo levantó la cabeza y le sostuvo la mirada.

—Creo que está bien merecido.

—¿De veras? —La agarró del cabello y tiró hacia arriba, obligando a Jo a ponerse de puntillas.

—¡Suéltame, lunático! —Jo agarró su brazo con ambas manos, tratando de apartarlo de ella, sin éxito.

Él acercó su rostro aterradoramente al de ella. Un poco más y sus narices se habrían tocado.

—Creo que me deseas. Tal vez tu amiga Selena te contó lo bueno que soy y quieres probar por ti misma.

—¡Suéltame o gritaré!

Mick la empujó hacia abajo, sus rodillas raspando contra el suelo de madera. Ella se agarró a su brazo para mantener el equilibrio, clavando los dedos en su piel.

—No podrás gritar, querida —dijo mientras su otra mano iba a desabrocharse la bragueta de los pantalones—. Tendrás la boca llena de mi polla.

—¡Déjame ir! —gimió Jo, retorciéndose en su agarre y tratando de empujarlo.

Las lágrimas asomaron a sus ojos y la sangre subió a su rostro mientras el pánico la dominaba, dificultándole la respiración.

De repente, Mick la soltó y, al momento siguiente, voló contra la pared. Jo miró con los ojos desorbitados mientras él caía sobre una caja llena de accesorios que Jo usaba para fiestas en casa, rompiéndola en el acto.

Jo intentó ponerse de pie, pero en su lugar cayó torpemente sobre su trasero y retrocedió a gatas hasta que se topó con las patas de su tocador.

Unas botas altas y oscuras aparecieron ante ella. Se acercaron a Mick y se detuvieron.

Jo no se atrevió a levantar la vista.

—Tócala de nuevo y te mataré —gruñó el hombre.

¿Richard?

Jo levantó la cabeza y tuvo que parpadear dos veces para creer lo que estaba viendo.

Richard.

Mick se levantó de un salto y se lanzó hacia él, pero Richard lo tomó por las solapas de su abrigo y lo empujó hacia la otra pared. Mick chocó contra la pared con la cara, y se dio la vuelta, su boca ensangrentada se torció en una mueca. Richard no esperó a que el hombre reaccionara. Le plantó un puñetazo en la cara.

La sangre brotó de su nariz, y Mick se cubrió la cara con las manos.

—¡Maldito seas! —Su voz sonaba extrañamente nasal—. ¡Pagarás por esto en los tribunales!

—¿Yo? ¿Un vizconde? Lo dudo mucho —escupió Richard. No parecía agitado. Tampoco parecía temer las amenazas de Mick.

Mick tambaleó, luego miró a Jo y escupió un bocado de sangre.

—¡Ambos se arrepentirán de esto! —gruñó antes de salir.

Jo seguía sentada acurrucada contra su tocador, temblando mientras Richard se acercaba a ella. Tenía el ceño fruncido, las fosas nasales dilatadas, la boca apretada en una línea dura. Pero cuando sus ojos se encontraron, su mirada se suavizó de inmediato.

Extendió el brazo, esperando pacientemente mientras Jo recuperaba la compostura.

Ella aún temblaba cuando colocó ambas manos en la suya, grande y cálida, y él la ayudó a ponerse de pie.

—¿Estás herida? —ladró él. Y hasta su brusca pregunta sonó como música para sus oídos.

Jo dio un paso inestable antes de derrumbarse en sus brazos.

Sus brazos la rodearon de inmediato, sosteniéndola, anclándola contra su pecho. Las lágrimas le rodaron por las mejillas y los sollozos brotaron de sus pulmones mientras se aferraba a él, clavando los dedos en su capa.

—Shh… —la calmó él—. Estoy aquí. Ya estás bien.

Jo lloró desconsolada en su abrigo, su cuerpo temblando, aferrándose a él como si fuera lo único que la mantenía en pie. Y probablemente lo era.

Él pasaba sus manos arriba y abajo por su cuerpo, susurrándole palabras tranquilizadoras al oído.

Se quedaron así durante lo que pareció una eternidad.

Y luego él la besó en el cabello, y eso fue lo que la sacó del trance.

Ella se apartó de él y se secó las lágrimas.

Richard le tendió un pañuelo, y ella lo aceptó agradecida, secándose la humedad del rostro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, sin apartar la vista del pañuelo, incapaz de enfrentarse a él todavía.

—Vine a sacarte de todo esto.

Jo levantó la cabeza de golpe. Tenía la boca abierta por la sorpresa, y se humedeció nerviosamente los labios. Estaban salados por sus lágrimas.

Richard tragó saliva, su rostro adusto.

—No respondiste a ninguno de mis mensajes… Entendí que significaba que o no los habías recibido o no me habías perdonado. Así que vine a… vine a disculparme personalmente por ser un cabezota. No puedo casarme con nadie más, Jo. Es… solo tú. Siempre has sido tú.

Jo tuvo que pellizcarse para asegurarse de que no estaba soñando, porque parecía y se sentía muy parecido a uno de sus sueños.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo… —Él tomó sus manos y la miró a los ojos—. Estoy diciendo que solo hay una mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida. Y eres tú.

Jo lo miró con incredulidad, sin saber qué decir.

—Di algo —pidió él con una risa ahogada—. Di que sientes lo mismo y… podemos fugar.

—¿Fugar? —Ella frunció el ceño—. ¿Y qué hay de la dama con la que estás comprometido?

Él hizo una mueca.

Una risa escapó de sus labios. Jo apartó las manos de las suyas y caminó de regreso a su tocador. Colocó una mano en su cabeza para evitar que estallara por el dolor de cabeza que amenazaba con aparecer.

Hoy era un día lleno de revelaciones emocionales, y no sabía cómo reaccionar ante ninguna de ellas.

Él quería fugarse. Con ella. Vino aquí para pedirle perdón y tomarla como su esposa. Excepto que lo estaba haciendo todo mal. De nuevo.

—¿Ni siquiera has hablado con tu prometida?

Richard aclaró la garganta.

—No lo he pensado bien, lo admito. Pero tenía que saber si tú sentías lo mismo...

—¿Y si no lo siento? Entonces, ¿volverás con la mujer con la que estás realmente comprometido? ¡Tienes que saber lo mal que está esto, lo… lo insultante que es!

—No quería insultarte. Ni a ti ni a ella. Solo estoy… —Se frotó la cara—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que rompa mi compromiso primero? ¡Sabes que no puedo hacer eso! La única manera en que puedo detener el compromiso es no presentándome en la boda o casándome con otra persona. Ambas opciones son crueles y horribles, lo sé. Pero dado que el compromiso ha sido anunciado y los papeles han sido redactados, ella es la única que puede romper nuestro compromiso.

Jo negó con la cabeza.

—¿Cómo… por qué has decidido de repente que me quieres a mí en su lugar?

—No en su lugar —tragó saliva—. Jo, fui un necio arrogante… quizás aún lo soy. Pero no me di cuenta cuando lo tenía frente a mí. No me di cuenta de que era feliz. Contigo. Que te amo.

Su corazón dio un vuelco.

La amaba.

¿Era esto cierto? ¿O era uno de sus sueños?

Su mente seguía nublada, pero su alma la empujaba hacia él.

—Tan pronto como estemos casados, haré todo lo posible para mitigar el escándalo para que la señorita Fowley no sufra las consecuencias.

—No creo que eso sea posible —protestó Jo.

—Es posible. Lo haremos posible, Jo. No podemos negarnos la felicidad por consideración a

otros. Cometí errores, lo admito. Pero no quiero que tengas que pagar por ellos el resto de tu vida. Dime que te casarás conmigo, y pasaré el resto de mi vida asegurándome de que seas feliz.

Jo soltó una carcajada.

—No será fácil. Habrá un gran escándalo. ¿Una actriz casándose con un vizconde? —¿Estaba realmente considerando esto?

—Es cierto —él tomó sus manos y las apretó—. Pero con el tiempo, el escándalo se desvanecerá.

—¿De veras? —Jo dio un paso hacia él, como hechizada, tirada por un hilo invisible hacia él.

—Sí. Y tan pronto como dejes de actuar, estoy seguro de que la gente...

Jo se quedó helada.

—¿Dejar de actuar?

Richard frunció el ceño.

—Bueno, sí. Una vez que dejes de actuar, el escándalo seguramente pasará. La gente tendrá menos motivos para cotillear.

Jo dejó escapar un suspiro indignado y apartó las manos de su agarre.

—Perdón, pero no voy a dejar de actuar.

—¿Qué quieres decir con que no vas a dejarlo? —Él parecía completamente desconcertado, el pobre hombre.

—Justo eso —dijo Jo.

—No seas ridícula —se burló—. ¡No puedes ser actriz y vizcondesa!

Jo lo miró con incredulidad.

—Entonces no quiero ser vizcondesa. —Su voz no tembló. Como si su mundo no se estuviera desmoronando.

Richard retrocedió.

—No puedo creer lo que estoy escuchando. No puedes estar hablando en serio.

Jo se humedeció los labios.

—Richard… Es quien soy. No puedo renunciar a todo por mi vida contigo. ¿Qué pasaría si te pidiera que renunciaras a tu título? ¿Lo harías?

—Tú y yo sabemos que eso no es posible. —Su respuesta fue inmediata, despectiva.

—Pero ¿y si lo fuera? Si pudieras renunciar a tu título, ¿lo harías?

—Esta es una contemplación inútil. —Richard se pasó una mano por el cabello, paseándose como un tigre enjaulado.

—¿Y si pudieras pasárselo a Adam? ¿Lo colgarías y viajarías conmigo? —insistió Jo.

—¿Y qué sería de mí entonces? —finalmente rugió.

—¿Y qué sería de mí?

—¡Serías una vizcondesa, mi esposa! —Dio un paso hacia ella de nuevo, extendiendo la mano.

Ella le lanzó una mirada compasiva.

—No sería la misma persona de la que dices haberte enamorado. ¿Qué me quedaría si renunciara a todo por ti?

—Me tendrías a mí.

Jo tragó saliva para contener el nudo en la garganta.

—¿Y qué te quedaría a ti por amar? ¿Qué quedaría de mí?

Él tiró nerviosamente de su corbata.

—Entonces, ¿qué quieres? No quieres ser mi amante, y no quieres ser vizcondesa. ¿Qué demonios quieres entonces?

Las lágrimas asomaron a los ojos de Jo.

—Quiero vivir en un mundo donde no sea vergonzoso amarme por quien soy.

—No hay vergüenza en quién eres —gruñó él.

—¿No la hay? Entonces, ¿por qué no puedes aceptarme como soy?

—Puedo, pero los demás no lo harán.

Jo lo miró fijamente, obligándolo en silencio a reconocer las contradicciones en sus palabras. Él la miró de vuelta.

Se quedaron así durante un largo momento antes de que Jo finalmente rompiera su conexión. Desvió la mirada, su vista cayendo sobre la caja de madera que Mick había roto antes con su caída. Caminó hacia ella en silencio y recogió una corona que había usado para un juego en la finca de los Vane.

Su primer encuentro.

—Es como el juego que jugamos con el rey y el campesino —dijo finalmente mientras volvía hacia él—. Estás esforzándote tanto en atraparme y aún así aferrarte a tu corona… Pero tendrás que elegir. Y creo que ambos sabemos que no vas a perder esa corona. —Le entregó la corona, y él la tomó, con los ojos vidriosos.

Richard giró la corona en sus manos.

—Así que preferirías estar con él. —Señaló con la cabeza hacia la caja rota—. Bajo las órdenes de hombres como él, que conmigo.

—No tiene nada que ver con él y todo que ver conmigo.

Richard asintió.

—Si tu… trabajo, esta vida, es más importante para ti que yo, entonces quizás estás equivocada en tus afectos. —Su voz era ronca.

Ella se detuvo, observándolo mientras él permanecía allí, con la espalda recta, el cabello peinado hacia atrás. Un vizconde perfecto.

—Entonces, los dos somos unos necios.

Capítulo 18

Richard giraba la pequeña corona en sus manos mientras su carruaje se detenía frente a la diminuta cabaña en Kent.

Se había torturado durante más de dos meses desde que terminó la fiesta en la mansión, sin lograr nada. Primero, intentó ser un vizconde responsable y un hombre honorable, encerrándose en su casa en la ciudad, sintiéndose miserable por su boda inminente. Luego, quiso fugarse con Jo y maldecir las consecuencias. Ahora, finalmente, comprendía una verdad simple.

No iba a casarse con la señorita Beatrice Fowley, pasara lo que pasara.

Richard amaba a Jo. Ese hecho estaba ahora firmemente arraigado en su corazón. Había pasado las últimas semanas siendo una sombra del hombre que había sido, y no había duda de que el enorme vacío en su corazón se debía a la ausencia de Jo.

Pero antes de poder empezar a arreglar las cosas con la mujer que amaba, necesitaba dejar de huir de sus problemas. No podía seguir ignorando los asuntos incómodos.

La verdad era que había creado un buen lío al comprometerse. Y arreglar ese desorden era su prioridad en ese momento. No importaba lo que sucediera entre él y Jo después de eso. Ese ni siquiera era el punto.

El punto era que, con todos los errores que había cometido, no se merecía a ninguna de las mujeres en cuestión.

Por supuesto, su plan podría fracasar rápidamente. Su prometida podría negarse a ayudarle en su causa. Y en ese caso, tendría que vivir con las consecuencias y esperar que Jo encontrara a un hombre mejor, más digno que él.

Sería más fácil simplemente fugarse, cargar a Jo sobre su hombro y llevarla a Gretna Green. Pero eso no le haría justicia a ella. No le haría justicia a su amor. Tampoco sería lo correcto para su prometida y su familia.

No. Si iba a hacer esto, lo haría bien.

Fue recibido en la pequeña y desgastada sala de estar por una de las hermanas de la señorita Fowley. Ella llamó a ese lugar un salón, aunque era estrecho, más parecido a una despensa, con solo tres sillas junto al hogar y vacío por lo demás.

El corazón de Richard se encogió y empezó a tener dudas.

Su pequeña cabaña necesitaba reparaciones importantes. Las tablas del suelo crujían, las ventanas eran corrientes y había moho en las paredes. Su mobiliario necesitaba una renovación o, quizás, ser reemplazado por completo.

Su situación debía de ser realmente desesperada. Richard casi dio media vuelta y olvidó toda su determinación por la que había venido aquí. ¿Qué estaba haciendo? Estaba condenando a esta familia a la ruina.

Pero no podía marcharse. Por primera vez desde que conoció a Jo, iba a ser completamente honesto. Con él mismo y con las personas que lo rodeaban.

La señorita Fowley no merecía estar en suspenso. Tampoco merecía un imbécil como Richard por esposo. Ni Jo tampoco.

Pasara lo que pasara después, necesitaba dejar de esconderse tras las puertas de su casa y enfrentarse a sus problemas de frente.

El primer paso era hablar con la señorita Fowley.

Unos momentos después, su prometida entró en la sala. Llevaba un vestido viejo, de un marrón oscuro, con un delantal sucio en el frente. Hizo una reverencia, luego miró su delantal y rápidamente se lo quitó, colgándolo en el respaldo de la silla. Luego se quedó de pie frente a él, con las manos entrelazadas, su vestido modesto rozando sus tobillos, sus gafas bien colocadas en su nariz.

—Perdón, milord —dijo—. Me ha sorprendido mientras estaba en el jardín. —Se ajustó las gafas en el puente de la nariz, recordándole a su padre.

—No es necesario que se disculpe. Debería haberle advertido de mi visita.

Ella hizo un gesto hacia las sillas.

—¿Le gustaría sentarse?

Richard miró la puerta abierta del salón. ¿Nadie se uniría a ellos?

Bueno, como pareja comprometida, podían conversar libremente sin la presencia de una chaperona.

Muy bien.

Asintió y la ayudó a sentarse en una silla antes de tomar asiento frente a ella.

—Gracias. —Ella jugueteaba con los pliegues de su falda y parecía extremadamente nerviosa.

—Debo disculparme por mi prolongado silencio. —Richard carraspeó—. Después de que se anunció el compromiso, me temo que desaparecí por completo. Y no se merecía ese trato.

Ella soltó una risa suave.

—Mi padre temía que se hubiera echado atrás.

Richard hizo una mueca.

—No puedo —dijo con una pequeña sonrisa—. Solo una dama puede romper un compromiso, me temo.

—¿Le gustaría un poco de té? —preguntó nerviosa—. Estoy segura de que mis hermanas pueden preparar...

Richard negó con la cabeza.

—No. Pero gracias. —Carraspeó—. Señorita Fowley, si ha notado alguna reticencia por mi parte... es porque estoy renuente.

Ella frunció los labios.

—Ya veo.

—Esto no tiene nada que ver con usted, se lo aseguro. Es usted una joven muy agradable. Cualquiera estaría feliz de llamarla su esposa... —Carraspeó de nuevo—. Verá, estaba completamente decidido a casarme con usted sin siquiera haberla visto. Y con gusto me habría casado con usted aún. Excepto que... me he enamorado.

Ella lo miró parpadeando. Richard hizo una mueca mientras pasaba una mano por su cabello.

—Sé que es una excusa inadecuada, pero es la verdad, sin embargo. No esperaba que sucediera. De hecho, estaba convencido de que nunca encontraría el amor. Y por eso estaba listo para un matrimonio amistoso. —Tomó una profunda bocanada de aire—. Perdón por divagar.

Ella miró el suelo durante un rato antes de levantar la vista directamente hacia él.

—Entonces, ¿quiere que lo libere de su obligación de casarse conmigo para que pueda casarse con la mujer que ama?

Eso sonaba bastante extraño en sus oídos, y no era algo que un caballero honorable pediría. Pero él no era honorable en absoluto.

—Sí —respondió con voz ronca—. Estoy dispuesto a hacer lo que desee. No escatimaré en gastos. Si desea que la presente en sociedad... O tal vez a sus hermanas. Será un gran escándalo, pero estoy seguro de que podemos encontrar una solución viable.

La señorita Fowley miró hacia abajo, a sus manos.

—Háble me de ella.

—¿Perdón?

Ella lo miró con una chispa triste en los ojos.

—Háble me de la mujer que ama.

Una risa salió de sus labios, pero Richard no podía quedarse quieto. Se levantó, tiró de su corbata y comenzó a pasear de un lado a otro por la sala.

—Ella... Ella es la mujer más problemática que he conocido. Es terca. Mucho más terca que cualquiera en mi familia, y eso es decir mucho, porque somos una familia de mulas. Es muy obstinada y argumentativa, y nunca veré la luz del día sin que ella me ponga en mi lugar. Pero también ilumina la habitación con su sola presencia y su sonrisa... —Sacudió la cabeza, asombrado—. Experimentar su sonrisa es como debe ser cuando un ángel te sonríe. Su voz es como el canto de un ruiseñor. Es hipnotizante, y se merece mucho más que un arrogante como yo. Perdón por mi lenguaje. Pero, lamentablemente para ella, lucharé con todas mis fuerzas para mantenerla a mi lado. Incluyendo ofrecerme a usted. Cualquier cosa que desee es suya. Solo diga el precio.

La señorita Fowley se levantó y comenzó a pasear por la habitación, paralela a su trayectoria. Luego, de repente, se detuvo y lo enfrentó.

—De acuerdo. Le liberaré de nuestro compromiso.

Richard parpadeó. Sonaba fácil. Demasiado fácil.

¿Estaba tan ansiosa por romper el compromiso como él? Trató de no sentirse ofendido.

Cuando emprendió este viaje, no pensó ni por un segundo que su prometida lo dejaría tan fácilmente. Tal vez no era tan buen partido como pensaba. Tal vez la dama tenía a otro pretendiente en mente.

—Con dos condiciones —agregó ella.

—Lo que sea —respondió Richard con rapidez.

—Primero, me gustaría que organizara un viaje a Londres para mí y mi tía, quien actuará como mi chaperona, tal como acordamos antes. Como si estuviera preparando mi ajuar. Pasaremos un mes en Londres en el alojamiento que usted nos proporcione. Pero sea discreto, no quiero ningún escándalo.

Richard frunció el ceño. Esa era una petición interesante.

—¿Desea un viaje a Londres y pasar un mes allí a mi costa?

Ella frunció los labios, y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Sí. Nunca he estado en Londres, ¿sabe?

El ceño de Richard se profundizó mientras su corazón se apretaba.

—No necesita explicarse. Solo quería asegurarme de haber entendido bien su petición. Considérelo hecho. ¿Qué más?

—La segunda condición es que yo decida cuándo y cómo romper nuestro compromiso. Y cuando lo haga, no quiero que lo cuestione. De hecho, no quiero su interferencia después de eso.

Esto sonaba vagamente ominoso.

—Necesito que me cuente un poco más de su plan antes de que esté de acuerdo —protestó Richard.

Ella sonrió.

—Le prometo que no haré daño a nadie.

—¿Y su reputación, su persona, también saldrán indemnes?

Ella tragó saliva.

—Lo prometo.

La estudió con atención.

—Señorita Fowley, puede que no desee casarme con usted, pero no quiero que sufra ningún daño, ni usted ni su familia. Preferiría estar al tanto de...

—¿Preferiría estar al tanto de mis planes, o preferiría romper nuestro compromiso? —Alzó una ceja—. No puede tener ambas cosas.

Bueno, su novia no era la jovencita tímida que él había pensado que era. Estudió a la mujer con la que había prometido casarse, pensando en cómo ni siquiera se había molestado en aprender nada sobre ella.

Había resultado ser una mujer decidida y bastante valiente. Habrían formado una pareja amistosa si las cosas hubieran sido diferentes, supuso.

—Muy bien —aceptó—. Como desee.

Un frenético golpe en su puerta despertó a Jo de un sueño inquieto. ¿Era el golpe parte de la terrible pesadilla? ¿O era real?

Desde su encuentro con Mick, Jo tenía pesadillas todas las noches. No había vuelto al teatro desde entonces. Probablemente aún lamiéndose las heridas y curando su orgullo roto. O quizás tramando algo más siniestro.

Jo no podía seguir trabajando con él después de lo que había sucedido. Se preguntaba cómo Selena había sido capaz de hacerlo todo este tiempo. Jo necesitaba dejar el teatro y llevarse a Selena con ella.

Ese no era el único problema que la inquietaba. Recientemente, Jo había notado a un hombre que la observaba desde las sombras del teatro. Al principio, pensó que debía ser un nuevo guardia, o alguien que el gerente había contratado. Pero últimamente, tenía la sensación de que la seguía.

Intentó desechar sus temores. Y quizás solo estaba volviéndose paranoica por el miedo. Pero una mujer en su posición no tenía el lujo de ser inconsciente de los hombres que la rodeaban.

El miedo constante la había empujado a reunir el coraje y enviar sus obras a Covent Garden. Su gerente de teatro no las quería, pero quizás, alguien más lo haría.

Había pensado que se sentiría mejor después de esto, más libre. Pero solo empeoró.

Ahora estaba ansiosa y cada pequeño ruido la asustaba.

Y el incesante golpeteo en medio de la noche no ayudaba en absoluto. Echó un vistazo hacia la ventana tratando de adivinar la hora. La luz de la luna entraba en la habitación, indicando que era pasada la medianoche, pero aún no era de mañana.

Jo deslizó la mano debajo de su almohada y tomó un pequeño puñal. Siempre lo tenía con ella, y lo mantenía a su lado en todo momento. Lo agarró ahora y se acercó de puntillas hacia la

puerta.

—Jo, ábreme, soy yo —dijo la voz frenética de Selena.

Un suspiro de alivio escapó de los labios de Jo. Abrió la puerta y Selena entró apresuradamente.

—¿Pasa algo? —preguntó Jo mientras dejaba el puñal en la mesita de noche.

—Todo está mal —susurró Selena furiosa mientras intentaba desatarse la capa con manos temblorosas.

—Déjame a mí. —Jo se acercó a Selena y cubrió sus frías manos con las suyas.

Selena levantó su mirada angustiada, asintió levemente y soltó la capa. Jo la desató con facilidad y luego la guio hacia la pequeña zona de estar junto al hogar. Cuando ambas se acomodaron en los sillones una frente a la otra, preguntó:

—¿Te preparo un té?

—No, no quiero té. —Selena levantó la vista hacia Jo, y finalmente vio su rostro a la luz del fuego moribundo. Sus ojos estaban rojos e hinchados, sus mejillas surcadas de lágrimas.

—Cuéntame —la instó Jo.

—No sé qué hacer —susurró Selena. Las lágrimas brillaron en sus ojos nuevamente y luego cayeron libremente por sus mejillas—. Mi estómago... los problemas que he tenido últimamente... —Negó con la cabeza y gimió con angustia—. Estoy embarazada.

Los ojos de Jo se abrieron de par en par.

No se dio cuenta de que se había movido, pero de alguna manera estaba sentada en el sillón de Selena, sosteniéndola en sus brazos mientras ella lloraba en su hombro.

—No sé qué hacer —repitió Selena con un sollozo.

—¿Quién... quién es el padre? —preguntó Jo.

Selena solía tener un protector, un marqués o un conde. No conocía los detalles de su arreglo, pero no lo había visto ni oído hablar de él desde antes de la fiesta en la mansión.

Selena había estado callada y retraída desde su regreso. Y Jo había atribuido su melancolía a su corazón roto por el imbécil que era Mick, pero al parecer, había más en la historia.

Jo se reprendió por no haber indagado antes, por dejar que su amiga sufriera sola. Estaba demasiado preocupada por su propio corazón roto para darse cuenta.

—Sabes quién es —dijo Selena entre sollozos.

Jo hizo una mueca. Mick.

—¿Se lo has dicho?

Selena soltó una risa histérica.

—No. ¡Dios, no! ¿Quieres darle una cosa más que pueda usar en mi contra? —Sacudió la cabeza frenéticamente—. No.

Jo tragó saliva. Si Mick supiera que Selena llevaba a su hijo en su vientre, no había manera de saber lo que él haría. Selena tenía razón. No se podía razonar con un hombre que abusaba rutinariamente de las actrices con las que trabajaba.

Jo recordó su encuentro en el camerino y se estremeció.

Selena cubrió su rostro con las manos y sollozó. Jo la abrazó más fuerte, pasando sus manos por sus brazos en un gesto tranquilizador.

Después de unos minutos de sollozos contra el pecho de Jo, finalmente levantó la cabeza. Jo tomó un pañuelo de su armario y se lo entregó a Selena. Se limpió y se sonó la nariz antes de hablar.

—Recuerdo esa noche tan claramente como si hubiera ocurrido ayer. Estábamos hablando

de la actuación, y él se quejaba de lo fácil que era para nosotras, las damas, encontrar protectores, mientras que él, con todo su encanto, era visto como un sirviente. Y aunque tuviera relaciones con las damas, nunca sería instalado en una casa como nosotras. Y además, tenía que responderte a ti... —Sacudió la cabeza—. Estaba lleno de odio, pero de repente comenzó a besarme. No sé cómo sucedió ni qué giro en la conversación lo provocó. Le dije que no quería. Le pedí que me soltara, pero no lo hizo. —Su voz se entrecortó con otro sollozo.

—Selena... No tienes que contármelo —dijo Jo, sintiendo que su corazón se apretaba.

Recordaba los intentos viles de Mick por seducirla. Recordaba cómo la empujó de rodillas e hizo una mueca, sacudiendo esos pensamientos de su mente.

—Pero él siguió besándome, tocándome de todas las maneras posibles, haciendo que mi cuerpo reaccionara. Cuando sintió que estaba excitada, se rio y me dijo que sabía que estaba mintiendo. Que sabía que lo deseaba. Así que... cerré los ojos y me obligué a disfrutarlo porque sabía que de otra manera dolería.

La bilis le subió a Jo por la garganta y apartó la mirada de Selena. No podía soportarlo. No podía seguir escuchándola. No podía imaginar lo que ella habría hecho en su lugar. Selena tuvo que convencerse de que tenía sentimientos por ese monstruo porque, de lo contrario, sería demasiado doloroso admitir que la habían forzado... utilizado... violado.

Jo recordó el vestido desgarrado y la marca en el brazo de Selena, y se maldijo a sí misma por no haber preguntado antes. Por no haber forzado a su amiga a confiar en ella. Pero ¿y si lo hubiera hecho? ¿Qué habría hecho Jo?

No podía responder a esa pregunta.

—Siempre me protejo, con una esponja. Siempre soy cuidadosa, pero esa vez... Mick no me dio tiempo a... —Selena hizo una mueca y desvió la mirada—. Usé todos los otros remedios después de nuestro encuentro, pero al parecer, ninguno de ellos funcionó.

Jo no pudo evitar fruncir el rostro por el dolor. Pobre, pobre Selena. Y todo por la arrogancia y vileza de ese hombre, Selena ahora se enfrentaba a la ruina. Corría el riesgo de perder su trabajo y, con ello, su sustento, mientras que él no arriesgaba nada.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Jo en voz baja.

Selena levantó la cabeza.

—No puedo tener un hijo, Jo. Y mucho menos el hijo de ese monstruo. No puedo —dijo con pánico en la voz, sus ojos llenos de lágrimas contenidas—. Y una vez que sea obvio y mi vientre comience a hincharse, no me permitirán subir al escenario. No puedo perder mi ingreso. ¡Moriré de hambre!

—No, no lo harás. —Jo le pasó una mano tranquilizadora por la espalda—. Nos ocuparemos de esto. Yo te ayudaré.

—Conoces el destino de las mujeres en nuestra profesión —continuó Selena con la mirada vidriosa, como si no escuchara las palabras de Jo—. Si fuera una actriz famosa de Covent Garden o si tuviera un protector rico, quizás mi destino sería diferente. Pero sabes lo que les sucede a mujeres como nosotras. En el momento en que nazca el niño, no tendré a dónde ir. No tendré un lugar donde trabajar, excepto en un burdel, y no puedo… —dijo entre lágrimas.

A Jo se le encogió el corazón y se le revolvió el estómago. «Lo sé».

«Lo sé»; quería gritar a todo pulmón, pero no serviría de nada.

Eso era exactamente lo que le había sucedido a la madre de Jo. En cuanto la gran actriz quedó embarazada, lo perdió todo: su protector, la adoración de los hombres, su trabajo. Y luego, todo empeoró.

Pero esa no era la única razón por la que Jo sabía que Selena tenía razón. La propia Jo casi lo había perdido todo también.

Cerró los ojos con fuerza. No permitiría que eso le sucediera a su amiga.

—¿Y tu protector? ¿No puede ayudarte?

Un sollozo crudo escapó de la boca de Selena, y ella sacudió la cabeza.

—¡Oh, Jo! —Selena levantó la cabeza y se secó las lágrimas—. Terminó nuestra relación antes de la fiesta en la mansión. Incluso si el niño fuera suyo, no me ayudaría. Nadie quiere un hijo de su amante. Tú sabes eso mejor que nadie.

Jo tragó saliva. Las palabras de Selena abrieron una herida fresca en su corazón. Ningún hombre quiere un hijo bastardo. Tenía razón. Y Jo había pasado por el infierno aprendiendo esa lección. No dejaría que Selena sufriera lo mismo.

—¿Has notado ya si se mueve? —preguntó Jo.

Selena respiró hondo.

—No… no lo sé.

Jo miró a su amiga, pensando. Si el niño era realmente el resultado de esa noche sórdida entre Selena y Mick en la fiesta, entonces todavía estaban a tiempo de buscar una solución.

—Necesitas un médico —declaró Jo.

Selena soltó una risa amarga.

—No tengo dinero para un médico. Por eso estoy aquí.

Jo asintió.

—Yo tengo algo de dinero. Puedo… Estaba ahorrando…

Selena colocó su mano en el brazo de Jo para calmarla.

—No, querida. No aceptaré ni un centavo tuyo. No eres mucho más rica que yo.

—Pero tengo unos ahorros… —repitió Jo, pero Selena la interrumpió.

—Esperaba que tú… —dijo Selena—. Pensé que podrías darme la receta. De la vez que la necesitaste...

Jo parpadeó, hasta que al fin comprendió a qué había venido Selena.

—No. —Sacudió la cabeza con rapidez—. No, Selena, esa no es la forma.

El pánico se apoderó de Jo y los amargos recuerdos le provocaron náuseas.

Cerró los ojos y se cubrió los oídos con las manos como si quisiera bloquear los sonidos que estaban dentro de su cabeza.

—Esa no es la forma —dijo una y otra vez. El olor a sangre penetró en sus sentidos, y reprimió las ganas de vomitar.

—¿Jo? —La voz de Selena le llegó como si estuviera lejos. Jo sacudió la niebla de su mente y agarró a Selena por el brazo.

—Por favor. No hay otra manera —suplicó esta.

Jo trató de recuperar la compostura. Este no era el momento para ceder al pánico y a los horrores del pasado. Selena la necesitaba ahora más que nunca, y no se derrumbaría. No todavía.

—Está bien —suspiró—. Yo… Iré mañana a comprar los ingredientes.

—¿Lo harás?

Jo asintió, manteniéndose lo más tranquila posible.

—Lo haré —mintió.

Ayudaría a Selena. Pero no de esa manera.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de su amiga mientras la miraba con gratitud.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? No quiero estar sola.

—Por supuesto. —Jo asintió—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

Unos minutos después, Jo y Selena se acomodaron en la cama y charlaron de asuntos triviales. Jo trató de mantener la mente de Selena alejada de lo que sucedería al día siguiente. Quería calmarla lo suficiente para que pudiera dormir.

En cuanto oyó la respiración uniforme de Selena, Jo se deslizó fuera de la cama, se metió el puñal en el botín, se puso la capa y salió sigilosamente.

Cerró la puerta con llave para que Selena no escapara antes de su regreso, rezando para poder volver antes de que despertara.

No iba a permitir de ningún modo que Selena usara el brebaje venenoso que un curandero le había dado a Jo tiempo atrás. Necesitaba un buen médico. Un médico competente. El tipo de médico que no encontraría en la parte de la ciudad donde ambas vivían.

Necesitaba la ayuda de alguien poderoso. Y, aunque no habría pedido ayuda para sí misma, carecía de orgullo cuando se trataba de rogar por sus amigos.

Capítulo 19

Richard se estaba preparando para irse a la cama cuando un frenético golpeteo en la puerta de la casa llegó a sus oídos. Normalmente, los visitantes usarían el llamador, y este caería un par de veces antes de que el mayordomo, medio sordo, tuviera la oportunidad de oírlo.

Pero la insistente llamada a la puerta no podía atribuirse a un visitante frustrado que hubiera sido ignorado por Doyle tras un par de golpes corteses.

No, este visitante estaba desesperado por entrar en la casa de Richard y, dado que era plena noche, dedujo que el asunto debía ser de suma importancia.

El mayordomo respondió, y se produjo una conversación amortiguada pero alarmante. Una mujer —a juzgar por el tono agudo de la voz— estaba suplicando a Doyle que la dejara entrar o que la ayudara, Richard no alcanzaba a oír cuál de las dos cosas.

No importaba. Alguien estaba en apuros. ¿Una de sus hermanas?

Richard se echó un batín sobre su cuerpo semidesnudo, salió corriendo de la habitación y bajó las escaleras a toda velocidad. Solo cuando llegó al final se dio cuenta de que probablemente sus hermanas no tendrían conversaciones frenéticas con su mayordomo. Simplemente pasarían de largo y se dirigirían directamente a él. Pero eso ya no importaba, porque ahora vio exactamente quién había aparecido en su puerta.

Jo.

Ella levantó la mirada en ese momento, con los ojos llenos de pánico.

—Adelante. —Richard llegó hasta ella en tres zancadas y la tomó del brazo. El mayordomo cerró la puerta detrás de ellos mientras Richard la guiaba más adentro del vestíbulo—. ¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

Jo lo miró, y una sonrisa amenazó con asomarse a sus labios, pero los apretó. Sin embargo, sus ojos todavía sonreían. Estaba feliz de verlo.

Él también estaba feliz de verla.

—Necesito tu ayuda. ¿Podemos hablar en privado? —preguntó ella, inclinándose hacia él.

El aroma a agua de rosas impregnó sus fosas nasales, y él respiró hondo.

—Por supuesto. Ven.

La llevó a su despacho y la ayudó a sentarse en una silla junto al hogar. Le ofreció whisky porque ella estaba temblando, pero lo rechazó. En su lugar, se acurrucó en su capa, con los dientes castañeteando. Richard llamó para que trajeran té y se acomodó frente a ella.

—Cuéntame qué ha pasado —la instó.

—Necesito… —Ella se lamió los labios. Su mirada captó el movimiento, y su cuerpo casi gritó de agonía. Su mente sabía que no era el momento para pensamientos lascivos, pero tener a Jo en la misma habitación con él de nuevo, respirando el mismo aire, hacía que su corazón cantara—. Esto es un asunto de extrema urgencia, pero también muy delicado. Necesito que se haga con absoluta discreción.

Richard frunció el ceño.

—Lo que necesites.

Ella tragó saliva.

—Necesito un médico. Uno que pueda practicar un aborto.

El corazón de Richard se detuvo por un largo momento, su mente enloquecida. ¿Un aborto? ¿Estaba ella…?

—Deber ser muy bueno. Y muy discreto. No tengo mucho dinero, pero no escatimaré en gastos...

—¿Estás embarazada? —La voz de Richard se volvió ronca. ¡¿Se trataba de su hijo?!, le gritó el corazón. Las palabras se escaparon de su boca antes de que tuviera tiempo de pensar—. ¿Nuestro hijo?

Un rubor cubrió las mejillas de Jo.

—¡Oh, no! Nosotros no… —Sacudió la cabeza, su rostro adquiriendo un tono aún más rojo —. Si recuerdas lo que hicimos, no habría...

Richard soltó una risa ronca.

—Claro. Por supuesto. Es solo que… supongo que me asusté.

Jo se mordió el labio inferior, tratando de reprimir una sonrisa.

—Siento no haberlo aclarado. Sé que no tengo derecho a pedirte nada después de nuestra última conversación...

Richard levantó una mano para detenerla.

—No necesitas darme explicaciones. —Y él tampoco las necesitaba. Haría cualquier cosa por ella. Sin importar de quién fuera el bebé.

¿Hubo alguien antes que él? ¿Importaba eso? Intentó convencerse de que no. Pero necesitaba saber el nombre del culpable para poder romperle la cara. ¿Era ese bastardo de Mick? La sangre le comenzó a hervir, pero se obligó a calmarse.

No. Jo le necesitaba ahora. Que ella hubiera acudido a él y no a otro hombre, significaba el mundo para él. Y no la decepcionaría.

Richard tomó las frías manos de Jo y las frotó con los pulgares.

—Jo, te ayudaré a hacer lo que deseas. Pero si quieres quedarte con el bebé, también puedo ayudarte con eso.

«Podríamos criar al bebé juntos», pensó él, sin atreverse a decirlo en voz alta. Su futuro era demasiado incierto.

Jo lo miró como si intentara evaluar sus pensamientos, y al fin una leve sonrisa asomó a su rostro.

—Richard —dijo ella lentamente—. No estoy embarazada.

Él le soltó las manos y se echó hacia atrás.

—¿No lo estás? Pensé que habías dicho… —Se pasó una mano por el cabello.

—No se trata de mí —dijo ella, tragándose una risa.

—Oh. —Richard hizo una mueca. ¿Acaso acababa de hacer el ridículo por completo?—. Pero has dicho que… Y no has querido probar el whisky...

Ella se lamió los labios y su gesto se ensombreció.

—Es Selena. No quiere tener el bebé y tampoco puede permitirse criarlo. Incluso si quisiera, perdería su trabajo.

—¡Oh! —El alivio inundó a Richard, pero enseguida frunció el ceño. Recordó a la amiga de Jo. Era joven, bonita y llena de talento. Muchos hombres la persiguieron durante la fiesta en la

mansión. Parecía una amiga leal. No era de extrañar que Jo hubiese atravesado media ciudad y apareciera en su puerta. Había venido aquí para salvar a su amiga.

Había acudido a él.

Richard no pudo evitar sentir calidez ante ese pensamiento. Pero si Jo lo tenía a él, parecía que Selena no tenía a nadie. ¿O sí?

—¿Y el padre?

Jo negó con la cabeza.

—Es Mick. Y sabes que...

Richard se levantó con brusquedad.

—¡Ese bastardo!

—¡No! —Jo se levantó también y colocó una mano tranquilizadora en el pecho de Richard. Su contacto le quemaba la piel a través de las capas de ropa—. Por favor, no intervengas. Selena nunca me lo perdonaría. Solo quiero que tenga un procedimiento seguro. Más seguro que… —Respiró hondo y desvió la mirada.

Richard cubrió su mano con la suya con el corazón acelerado bajo su roce.

—¿Más seguro que qué?

Jo tragó saliva.

—Más seguro que el que yo tuve. —Su voz apenas fue un susurro, pero estaba cargada de tanto dolor que a Richard le partió el alma.

¿Por qué miserias había pasado su querida actriz? ¿Cómo había sido su existencia antes de que él la conociera?

Ella le había hablado de un breve período en su juventud en el que había sido feliz, pero Richard no sabía nada de su vida de antes o después. Se maldijo a sí mismo por no preguntarle. Se maldijo por haberla tratado tan cruelmente y haber contribuido a su dolor.

Pero este no era el momento para hacer preguntas. Ni siquiera era el momento para consolarla. Tampoco era el momento para abrazarla como él deseaba.

No. Este era el momento de actuar. Ella necesitaba su ayuda.

Ella lo había rechazado abiertamente, y ahora estaba de vuelta en su puerta. Suplicando.

Y eso le decía a Richard todo lo que necesitaba saber sobre la gravedad de la situación.

—Es muy reciente —continuó Jo—. Lo que significa que no es ilegal ni tampoco un pecado. El médico no debería tener problemas para ayudarla. Pero no quiero que sufra con tónicos peligrosos… —Su respiración se entrecortó—. Quiero que esté a salvo.

Richard no pudo resistirse a levantar su mano hasta sus labios y besar sus dedos.

—Conozco a un buen médico. Haré que lo vayan a buscar de inmediato. Y no tienes que preocuparte por los gastos.

—Tengo el dinero —protestó ella con un adorable fruncimiento entre las cejas. Richard deseó inclinarse y besarle la frente.

—Lo sé. Pero te debo más que eso.

Ella negó con la cabeza.

—No me debes nada, Richard. Y yo tampoco quiero deberte nada cuando todo esto termine. —Bajó la mirada, evitando mirarlo a los ojos.

Richard reconoció que su mensaje era muy claro. Esto no cambiaba nada entre ellos. Puso un dedo bajo su barbilla y le levantó el rostro con suavidad.

—Nunca te pediría que me lo devolvieras. Viniste aquí en busca de mi ayuda y voy a ayudarte. Además, no lo hago por ti. —Se encogió de hombros—. Lo hago por Selena.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Jo mientras lo observaba con una expresión desconcertada, que luego se transformó en alivio y, finalmente, en gratitud.

Richard no necesitaba su gratitud. Solo quería que ella estuviera segura y en paz.

—Ve a buscar a tu amiga. Yo me encargaré de traer al médico lo antes posible.

Jo asintió y estaba a punto de darse la vuelta, pero él la detuvo.

—Espera. Toma la carroza. Pediré al cochero que te lleve.

Ella negó con la cabeza.

—No. Tu carroza llamará demasiado la atención. Quiero que todo se haga de la manera más discreta posible.

Richard asintió.

—Entonces usa la salida de servicio. Haz lo mismo cuando vuelvas.

Jo lo miró con una expresión insondable durante un largo momento. Luego, se puso de puntillas y lo besó en la barbilla. Antes de que él pudiera responder, ella giró sobre sus talones y se alejó con paso firme.

El doctor Alexander Blair era joven —al menos en comparación con la mayoría de sus colegas de profesión—, inteligente y ambicioso. Pertenecía a una generación de médicos, y un antepasado fue el primer profesor de anatomía y cirugía de la Universidad de Edimburgo. Sin embargo, el doctor Blair no se dedicó a la enseñanza, sino que dejó esa tarea a su hermano mayor.

En su lugar, después de estudiar en Edimburgo, Londres y más tarde en París, se alistó como médico del ejército cuando estallaron las guerras napoleónicas. Desde entonces, había decidido permanecer cerca de la gente y curarla en lugar de continuar con sus estudios.

Seguía siendo un hombre curioso y un investigador científico. Richard estaba seguro de que estaba sobrecualificado para el trabajo que le habían pedido hacer en medio de la noche. Pero era el mejor en su campo, y Richard no aceptaría menos.

—Restaurar el ciclo menstrual es un procedimiento sencillo. No debe preocuparse por nada —dijo el doctor antes de entrar en la habitación de huéspedes donde Selena ya lo esperaba.

Salió, dejando a Richard y Jo esperando pacientemente en la habitación contigua.

Bueno, Richard estaba sentado pacientemente en su silla, mientras Jo caminaba de un lado a otro, con el ceño fruncido y los labios apretados.

—El doctor dijo que tardaría unas horas —comentó Richard.

Jo se sobresaltó, como si hubiera olvidado por completo que él estaba en la habitación con ella.

—Sí —dijo ella finalmente—. No necesitas quedarte aquí conmigo.

Richard se levantó y fue a su encuentro, deteniéndose a solo un paso de distancia.

—No hay ningún otro lugar en el que preferiría estar.

Jo cerró los ojos y asintió.

—Gracias. Gracias por ayudarme.

—No necesitas darme las gracias, Jo. —Él tomó sus manos entre las suyas—. Solo con estar a tu lado y sostener tu mano es un privilegio.

Jo hizo una mueca.

—Richard… Espero que no pienses que esto significa algo. No… no tenía a quien acudir. Y no podía poner a Selena en peligro...

Richard le apretó los dedos. Por supuesto, ella temía que él esperara algo a cambio. No se

ofendió. Se merecía su desconfianza. Pero solo el hecho de que hubiera acudido a él significaba el mundo para él.

—Siempre me tendrás. Siempre puedes venir a mí si necesitas ayuda.

Jo bajó la mirada y luego sorprendió a Richard dando un paso hacia él y envolviéndolo en un abrazo. Richard estaba tan asombrado que tardó un momento en corresponder. Finalmente, la rodeó con sus brazos y la apretó con fuerza contra su corazón. Bajó la cabeza y hundió la nariz en su espeso cabello castaño.

Permanecieron así durante unos minutos, luego Richard la tomó de la mano y la llevó hacia la cama.

Él se sentó en el borde, y Jo se acurrucó a su lado, con la cabeza en el hueco de su hombro. Richard la rodeó con sus brazos y frotó su barbilla contra su cabello, sintiéndose calmado y relajado por primera vez en semanas.

—¿Puedes contármelo? —preguntó, su voz retumbando en su pecho.

—¿Contarte qué?

—Tu aborto.

Jo se apartó de él y lo miró a los ojos. El calor de ella lo abandonó, y Richard empezó a arrepentirse de haber preguntado, pero Jo buscó algo en su rostro. No sabía qué. Como si, al encontrar lo que buscaba, se volviera a recostar contra él. Richard tomó su mano y comenzó a frotar círculos suaves en el dorso de su palma. No lo hacía por ella. Solo quería tocarla. Eso le traía paz.

—Tenía diecisiete años —comenzó Jo—. Era ingenua, con los ojos brillantes y llena de vida. Debería haber sido más desconfiada. Por la forma en que vivía mi madre… —Se aclaró la garganta—. Mi madre también era actriz. ¿Lo sabías?

Richard negó con la cabeza.

—No.

—No era una actriz muy popular, pero era hermosa y los pretendientes hacían fila en su puerta. Hasta que un día se quedó embarazada. De mí. Su protector prometió cuidar de ella y del bebé. Ella decía que él estaba tan feliz... —Sacudió la cabeza—. Sin embargo, no duró mucho. Finalmente, él cambió de opinión.

—¿Tu padre?

Jo asintió contra su pecho.

—Nunca lo conocí. Era un noble, un marqués, dos veces mayor que mi madre. Eso es todo lo que sé. Y también sé que la echó a la calle cuando yo tenía solo dos o tres meses.

Las entrañas de Richard se retorcieron, y sintió cómo la ira crecía en su interior.

—¿Abandonó a su hija como si fuera basura?

—Y mi madre se quedó sola para mantenernos. Nadie te habla de esto cuando empiezas a actuar. Nadie te advierte… Pero, como actriz, la vida glamorosa de flores y adoración no dura mucho. Tenemos que buscar la forma de mantenernos de alguna manera. Y a menos que seas una actriz famosa y solicitada, la única forma de ganarse bien la vida es convertirse en amante de algún caballero. Pero luego la juventud se desvanece y… —Hizo una pausa—. Mi madre era Tessa Brimmings. Nunca llegó a ser una actriz famosa, pero se convirtió en una cortesana muy popular...

Richard se echó hacia atrás y miró a Jo con los ojos muy abiertos.

—¿Tessa Brimmings? ¿La cortesana más notoria de Londres? —Richard hizo una mueca—. Perdona… No quise...

—¿La conocías? —El rostro de Jo se volvió pálido como la ceniza.

—Sí. —Él asintió vigorosamente—. Todo el mundo la conocía.

Y era muy cierto. Ella estaba en la cima de su popularidad cuando Richard llegó a Londres recién salido de la escuela. Muchos de sus amigos se jactaban de haber sido introducidos a las artes sensuales por la mismísima Tessa Brimmings.

Jo parpadeó, mirándolo con suspicacia, y Richard adivinó lo que ella estaba pensando.

—¡No! —dijo él con rapidez—. Eso no… No la conocí personalmente. ¡Solo había oído hablar de ella!

—¡Oh! —La expresión de Jo se relajó—. ¡Gracias a Dios! —dijo con una risita.

Richard hizo una mueca.

—¿Pensaste que…?

Jo asintió mientras seguía riéndose.

—Sí.

—Gracias a Dios, por supuesto… —refunfuñó Richard y agradeció al cielo no haberse cruzado nunca con la célebre cortesana—. ¿Cómo es que nunca me lo dijiste?

Jo soltó una carcajada.

—Nunca se lo conté a nadie. Algunos trabajadores veteranos del teatro lo saben, algunos compañeros actores, pero… Me cambié de nombre antes de conseguir mi primer gran papel. Cuando era más joven, tendría unos doce o trece años, los hombres siempre me perseguían. Y cuando se enteraban de quién había sido mi madre, asumían de inmediato que yo estaba disponible para su diversión.

Richard cerró los ojos con fuerza. No quería imaginarlo. Pero una joven, inocente y hermosa con cabello castaño apareció en su mente, tratando de defenderse de los avances de hombres adultos y lascivos.

—Cuando adopté un nombre nuevo, la situación mejoró. Dejé de estar asociada con mi madre. Pensé que podría hacerme un lugar en el teatro por mí misma. —Jo miró a lo lejos—. Pero cuando tenía diecisiete años, conocí a un hombre. Un barón joven y apuesto. Y olvidé mi resolución de no ser como mi madre. Él me cortejó de manera maravillosa. Me traía flores y me escribía poemas.

—Eso no tiene nada de especial —bufó Richard.

Jo le sonrió con tristeza.

—Pero fue muy especial para mí. Era tan joven e inexperta... Me prestaba tanta atención que pensé… ¿Qué tiene de malo disfrutar un poco? Me instaló en una hermosa casa, me compró joyas y vestidos caros. Me llevó a lujosos bailes. Me sentía como una princesa. Solo más tarde… Mucho, mucho más tarde, me di cuenta de que nada de eso era para mí. La casa estaba cerca de la suya, para que tuviera acceso a mí cuando quisiera. Los vestidos hermosos y las joyas eran para presumir de su generosidad y riqueza ante los demás. Y yo, bueno… solo era un accesorio en su brazo. Una adición decorativa a todas sus riquezas. Un trofeo de su estatus. —Jo hizo una pausa y luego añadió con voz carente de emoción—: Se casó unos meses después. Y yo terminé de nuevo en la calle.

—¿Cómo se llama? —gruñó Richard, con la intención de hacer pedazos a ese hombre.

Jo lo miró con calma.

—¿Qué importa? Nunca iba a casarse conmigo. Ninguno de esos caballeros lo haría.

Un agudo dolor atravesó el pecho de Richard. Sí, él era un bastardo que estaba dispuesto a hacer lo mismo. ¿No era así?

Él nunca dejaría a Jo, intentó razonar, pero sus protestas sonaban vacías en su propia mente. ¿No estaba dispuesto a mantenerla al margen, como a un objeto cualquiera, mientras se casaba con otra mujer?

Entonces, ¿en qué era él mejor que ese malnacido?

—Me quedé encinta unas semanas después —continuó Jo—. Yo no lo sabía, pero mis compañeras actrices notaron los síntomas. Me llevaron a un médico que lo confirmó. Y luego me condujeron a un boticario que me preparó una infusión para que volviese mi menstruación. Pero no funcionó. Estuve enferma durante unos días, pero no pasó nada. Luego regresé a por otra infusión. Y otra más… A la tercera vez, el boticario me miró como si fuera una criatura vil. Me acusó de mentir. Dijo que, si su infusión no funcionaba, entonces debía de haber mentido y que mi embarazo ya estaba demasiado avanzado. —Un sollozo escapó de sus labios. Se secó las lágrimas y luego miró a Richard con un destello de preocupación en sus ojos—. No estaba mintiendo —susurró.

Él le acarició la mejilla y le limpió las lágrimas con el pulgar.

—No tienes que contármelo si no quieres —dijo con voz ronca.

Ella negó con la cabeza.

—Necesito hacerlo. Nunca se lo he contado a nadie.

Richard hurgó en sus bolsillos y sacó un pañuelo. Le limpió el rostro y le entregó el pañuelo.

—Entonces, te escucharé.

Jo bajó la vista al pañuelo blanco y pulcro que tenía en la mano mientras hablaba.

—Me dio un brebaje al que llamó «un asesino de bastardos». —Jo tomó aire, con las lágrimas brillando de nuevo en sus ojos—. Yo solo debía poner unas gotas en un vaso de agua y beberlo. Y me dijo que, si eso no funcionaba, tendría que buscar a un abortista, como la pecadora que era. Las personas en su tienda lo escucharon y me miraron como si fuera un demonio. Pero el boticario no se detuvo. Dijo que, si nada funcionaba, entonces seguramente estaba cometiendo un pecado. Después de todo, Dios no permitiría que un alma sufriera tanto si no tuviera un buen motivo para ello. Pero yo no estaba mintiendo. Estaba asustada y confundida, pero no mentía.

Richard deseaba abrazarla con fuerza y no soltarla jamás. Pero quería que ella terminara su historia. No quería interrumpirla. Ella dijo que necesitaba contárselo. Y tal vez él necesitaba escucharlo.

—Vi lo que mi sola existencia le hizo a mi madre, y no quería el mismo destino. ¿Qué se suponía que debía hacer? —Jo se mordió el labio para detener el temblor, visiblemente afectada por revivir sus recuerdos—. Solo tenía diecisiete años. Estaba tan asustada por las palabras del boticario que… usé más gotas de la poción de las indicadas. Lo que ocurrió después no puedo recordarlo sin horror. La bilis, la sangre, el dolor… Fue terrible. Pensé que me estaba muriendo, y tal vez era cierto… Y estaba completamente sola, sin nadie que me ayudara.

Richard no pudo seguir escuchando. La envolvió en sus brazos, con el corazón sangrando por la joven que había enfrentado tanta adversidad y dolor debido a las acciones de un canalla. Ella había sufrido entonces y había seguido sufriendo, mientras aquel hombre no sufrió en absoluto. Probablemente continuó viviendo como si nada hubiera pasado, siendo considerado un pilar de la sociedad. Mientras que Jo, junto con otras mujeres que sin duda él había arruinado, tuvieron que replantearse toda su existencia y fueron vistas como prostitutas y pecadoras.

«No me involucro con caballeros».

Y no debería. Muchas cosas empezaron a tener sentido sobre su querida actriz. Su nombre elegante no era solo por vanidad, sino para protegerse de avances no deseados. Su insistencia en

no ser una amante no era solo su orgullo, sino un intento de no repetir los errores del pasado.

Jo sollozaba contra su pecho, llorando con todo su corazón. Y ahora había vuelto corriendo al hombre que la había tratado mal para que su querida amiga no sufriera el mismo destino.

Qué valiente, pero qué valiente era...

La sostuvo con fuerza contra su pecho, recorriendo su espalda con círculos reconfortantes. Al cabo de un momento, ella dejó de sollozar y su respiración se fue calmando poco a poco.

¿Se estaba quedando dormida? Richard la miró, pero ella tenía la vista fija en un punto indeterminado con una mirada perdida. Él quiso aligerar el ambiente, pero, después de que ella le hubiese hablado de la parte más terrible de su vida, ¿cómo podía hacerlo?

—¿Cuál era tu nombre? —le preguntó él al fin.

Pareció funcionar, porque ella le sonrió al mirarlo, aunque las lágrimas aún brillaban en sus ojos.

—Hattie. Pero hace años que nadie me llama así.

—Hattie. Hm… —Richard le acarició el cabello mientras saboreaba su verdadero nombre en su boca—. Creo que Josephine te queda mejor.

Jo soltó una risita y se acurrucó de nuevo en sus brazos.

—Yo también lo creo.

Capítulo 20

Cuando Jo abrió los ojos por primera vez, le costó entender lo que estaba ocurriendo. Estaba acostada en la cama, cómodamente arropada con una manta, y un fuego ardía a pocos metros de ella. Se giró y miró hacia la silla junto al hogar.

Richard estaba sentado allí, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta. Estaba dormido. Ambos debían de haberse quedado dormidos mientras esperaban a que terminara la intervención de Selena.

No era de extrañar, en realidad, dado que ya había amanecido. El sol se filtraba por la rendija de las cortinas, y Jo podía escuchar el canto de los pájaros.

No recordaba haberse quedado dormida ni cómo había llegado a la cama, pero apreciaba el comportamiento caballeroso de Richard al haber elegido la silla en lugar de la cama.

No le habría importado despertarse junto a él. De hecho, lo habría preferido. Pero, dada la situación entre ellos, se alegró de que no fuera así.

Jo se incorporó y se recostó contra las almohadas, observando las facciones relajadas de Richard. Parecía tan joven cuando dormía, sin cargas. Jo se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía así. Y deseaba desesperadamente que no fuera la última.

Apartó la mirada y vio un vaso de agua junto a la cama. Tomó un sorbo y se levantó. Quería saber cómo estaba Selena. ¿Habría acabado ya todo? ¿Estaría también dormida? Jo no sabía qué esperar, ya que su situación había sido muy diferente.

Apenas había llegado a la puerta cuando esta se abrió y el médico entró en la habitación. Era joven, quizás de la misma edad que Richard, y Jo había temido que no tuviera suficiente experiencia. Pero Richard le había asegurado que era el mejor médico de la ciudad, y Jo se inclinaba a creerle.

El doctor echó un vistazo al vizconde dormido antes de inclinarse hacia Jo.

—Está despierta. Todo ha salido bien. Puedes verla ahora.

El corazón de Jo dio un brinco en su pecho.

—Oh, ¡gracias a Dios! No, gracias a usted, doctor. —Jo se giró para salir corriendo de la habitación, pero se detuvo—. Perdone. Quería hablar con usted sobre el pago por sus servicios.

El doctor frunció el ceño y luego miró al vizconde.

—¿Gage no se lo dijo? Le debo un favor. No acepto pagos de él.

Jo parpadeó, mirando del médico a Richard, antes de asentir. No entendía lo que estaba pasando. ¿Por qué no se lo había dicho Richard? Pero agradecía su suerte. No tenía mucho dinero y no tenía idea de cuánto costarían los servicios de un médico cualificado como el doctor Blair. Mientras no estuviera endeudada con Richard...

Oh, ¿a quién estaba tratando de engañar? Estaría en deuda con él de todos modos. Él acababa de salvar a su amiga. Jo le dedicó una sonrisa al doctor, le agradeció de nuevo y corrió al lado de Selena.

Selena estaba acostada en la cama, pálida y con aspecto enfermizo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Jo mientras se sentaba en la cama y envolvía los dedos de Selena con los suyos.

Selena la miró con los ojos llenos de lágrimas y una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Me siento... aliviada —dijo con voz ronca—. ¿Tú sentiste alivio cuando lo hiciste?

Jo negó con la cabeza y tragó el gran nudo que tenía en la garganta.

—No —susurró—. Sentí tristeza. —Al menos eso fue lo que sintió después de que pasaran el shock y el horror de la terrible experiencia. Después de limpiar la sangre y la bilis del suelo, se había sentado y llorado durante horas. Sí. Se había sentido triste.

—Yo no me siento triste —dijo Selena—. ¿Soy una mala persona por sentir alivio? —Sus ojos imploraban.

—No. —Jo apretó sus dedos—. No, Selena. Sabes muy bien que esto no fue un pecado. No has hecho nada malo. —Las lágrimas quemaban los ojos de Jo, y ella tragó saliva. No debía llorar frente a Selena. No ahora—. Sentir alivio es una reacción muy adecuada. El único culpable aquí es Mick. Y debería pagar por haberte forzado a pasar por esta situación desde el principio. Por haberte obligado a soportar todo esto.

Selena hizo una mueca.

—No me importa lo que le pase. Solo quiero no volver a verlo nunca más.

Jo reprimió una mueca. Ojalá pudieran hacer algo respecto a Mick. Ojalá pudiera hacerlo sufrir y que sintiera el miedo a perderlo todo, tal como lo había sentido Selena. Pero no quería agobiar a Selena con sus pensamientos. No ahora. Quizás nunca. Pero la verdad era simple. No había nada que pudieran hacer para deshacerse de Mick. A menos que dejaran el teatro. Y con cada día que pasaba, pensaba que eso era cada vez menos posible.

—¿Podemos irnos a casa ya? —preguntó Selena de repente.

Jo asintió.

—Si te sientes capaz, sí. Por supuesto.

Selena asintió mientras miraba a su alrededor.

—Me gusta aquí. —Hizo una pausa antes de mirar a Jo—. Pero no pertenecemos a este lugar.

Jo bajó la mirada. No tenía nada que decir a eso. Sabía que Selena tenía razón. Y, sin embargo, su corazón lloraba ante ese conocimiento.

No le importaban las habitaciones ricamente decoradas, ni las camas suaves y las chimeneas encendidas. Nunca anheló las riquezas del mundo. Pero su corazón anhelaba al hombre en la habitación contigua. Y con él, realmente deseaba haber pertenecido a ese lugar.

Cuando entraron en la habitación contigua, Richard ya estaba despierto, hablando animadamente con el doctor. Se detuvo y dirigió toda su atención a Jo en el momento en que entraron.

—Nos vamos a ir —dijo Jo simplemente.

Richard dio un paso más cerca.

—Pueden quedarse el tiempo que quieran. Ambas.

Selena entrelazó su mano con la de Jo.

—Gracias por ayudarme. Pero de verdad deberíamos irnos.

—Voy en dirección a Covent Garden —ofreció el doctor—. Puedo acompañarlas si no tienen cómo regresar a casa.

—Sería maravilloso —aceptó Jo.

Todos salieron por la puerta de servicio y se dirigieron hacia el carruaje del doctor. Era un coche negro sencillo, y era perfecto en el sentido de que no llamaba la atención. El reluciente carruaje del vizconde habría destacado en las primeras horas de la mañana en la ciudad.

El doctor ayudó a la aún débil Selena a subir al carruaje y le ofreció su mano a Jo.

—Espera un momento —dijo Richard, llevándola unos pasos más allá del carruaje. Su mandíbula estaba tensa, y sus cejas fruncidas—. Dime —dijo mientras le tomaba las manos—. ¿Qué tengo que hacer para recuperarte?

Los ojos de Jo se abrieron con sorpresa, y su corazón comenzó a latir violentamente contra su pecho.

—Eso es imposible —susurró con esfuerzo.

—Nada es imposible —dijo él con vehemencia—. Si pudieras pedir cualquier cosa, ¿qué sería?

—Sigues estando prometido —protestó ella.

—Solo dime —suplicó él—. ¿Qué tengo que hacer para que vuelvas a mi vida?

Jo exhaló y desvió la mirada, pero él presionó su dedo contra su barbilla, obligándola a mirarle. Ella se humedeció los labios.

—Solo te pedí dos cosas. La primera es que me aceptes tal como soy, sin condiciones ni requisitos.

—Está bien —respondió él de inmediato.

Ella dejó escapar una risita.

—¿Está bien? ¿Me aceptarás como actriz en activo, con mi horario, mis viajes y todo lo que conlleva?

—¿Cuál es la segunda cosa? —preguntó él, sin responder a su pregunta.

Jo respiró hondo.

—Tienes que estar desligado de cualquier otra mujer. De cualquier forma.

Una pequeña sonrisa secreta apareció en sus labios mientras él asentía.

—Muy bien.

Ella le dirigió una mirada compasiva.

—No puedes prometerme eso. Eres un vizconde. Necesitas herederos.

Él se encogió de hombros.

—Puedo tener mis herederos contigo. —Su mirada se endureció—. A menos que tu primera condición signifique que no quieras tener hijos.

¿Nunca? No. Ella sí quería hijos. Pero esta discusión era inútil.

Él era un vizconde, y ella, una actriz. No podía casarse con ella sin causar un enorme escándalo, y eso, sin contar que todavía estaba comprometido con otra.

Ella se humedeció los labios nuevamente. Estaban extremadamente secos.

—Cuando puedas decir con confianza que esas dos cosas son ciertas, podemos hablar sobre nuestro posible futuro.

Él se enderezó, sus ojos brillaban con algo incomprensible, luego la acompañó hasta el carruaje y la ayudó a subir.

—Entonces te veré pronto.

La nariz de Mick había sanado bien, aunque le había quedado torcida. Unos días después del incidente de Selena, apareció en el teatro por primera vez después de que Richard le golpease.

Ahora que estaba de vuelta, observaba a Jo con una mirada amenazante.

No se había acercado a ella en todo el día. Y, aunque tenían escenas juntos, él simplemente interactuaba con ella como un personaje en una obra de teatro y no de ninguna otra manera. Pero esa mirada en sus ojos no había abandonado su rostro.

Jo intentó no preocuparse. Intentó actuar como si nada estuviera mal, pero en verdad, Mick le inspiraba miedo.

Solo recordar cómo la había sujetado del cabello mientras la empujaba hacia abajo, y el hecho de que nunca sería capaz de defenderse de él por más que lo intentara, la hacía temblar.

No era una niña asustada. Pero tampoco era tonta. Un hombre con la complexión de Mick podría hacerle lo que quisiera en un pasillo estrecho o en su pequeño camerino.

Y si lo hacía, nadie haría nada al respecto.

Richard lo haría, le recordaba su corazón.

Sí, lo haría. Pero Richard ya había hecho suficiente. No podía seguir corriendo hacia él con el rabo entre las piernas cada vez que algo la molestaba.

Siempre se había enorgullecido de poder cuidarse sola. Tendría que lidiar con este problema por su cuenta.

Además, ¿qué haría Richard excepto golpear al hombre hasta dejarlo medio muerto? Por más satisfactorio que fuera imaginar algo así, solo empeoraría las cosas.

Rezaba para que sus obras fueran aceptadas en el teatro Covent Garden. Entonces, podría alejarse de este lugar espantoso.

Jo se dirigió a su camerino y vio otro ramo de flores en su tocador.

Richard había reanudado el envío de flores con notas románticas dentro desde su último encuentro. Flores diferentes, y un mensaje diferente en cada una, pero todos decían lo mismo. Le importaba. Quería recuperarla.

No hacía nada más. No venía a verla, ni le suplicaba que volviera a él, pero Jo sentía que su corazón empezaba a ceder.

Lo amaba. Era difícil mantenerse enfadada para siempre con el hombre al que amaba. Especialmente después de que ayudara a su amiga.

Pero también sabía que él seguía comprometido, y mientras eso fuera cierto, sin importar sus sentimientos, no podría ir en contra de sí misma y buscarlo.

Le había dicho sus condiciones. Si decidía que quería recuperarla, las cumpliría.

Jo no sabía exactamente cómo funcionaría su relación. Él no se casaría con ella mientras actuara. Demonios, incluso si dejaba de hacerlo, eso traería un enorme escándalo a su título. ¿Una actriz casándose con un vizconde?

¡Eso era inaudito!

Y si él no la instalaba en una casa cerca, ¿cómo podrían siquiera mantener una relación?

¿Vendría él a la pequeña habitación que alquilaba en casa de la señora Digby? Eso sí que quería verlo. Una risita escapó de sus labios mientras acariciaba los pétalos de la flor entre sus dedos. Richard era tan alto y de hombros anchos que probablemente ocuparía todo el espacio en sus diminutas habitaciones. No habría lugar para nada más.

Y eso si la señora Digby siquiera lo dejaba entrar. Solo se permitían mujeres en su pensión, y, vizconde o no, Richard no era una mujer. Por lo tanto, probablemente se le negaría el acceso.

Jo se rio, imaginando la confrontación entre la diminuta señora Digby y el formidable vizconde. Luego vio los periódicos en la mesa. No había tenido tiempo de leerlos aún.

Seguía revisando los periódicos en busca de alguna mención del matrimonio de Richard o la falta del mismo. Esa pequeña sonrisa en sus labios cuando prometió venir a ella la próxima vez

sin estar ligado a otra mujer aún la perseguía hasta el día de hoy.

Le había creído. De nuevo. ¿Era una tonta?

Pasó las páginas del periódico sin ver nada destacable.

El Incomparable estaba a la venta, leyó Jo con interés. La señorita Jane Smith vendía su teatro. Al parecer, la famosa dramaturga se iba a casar.

Jo sonrió. Las mujeres de su profesión sí encontraban la felicidad, después de todo. Aunque era triste que vendiera el teatro. ¿Había insistido su esposo en ello?

Jo suspiró, y luego otro artículo llamó su atención.

Se quedó boquiabierta al leer el titular: «La señorita Beatrice Fowley elige a lord Archibald Lansdowne en lugar de su apuesto prometido, el vizconde Gage».

Los ojos de Jo se agrandaron mientras leía las líneas una y otra vez, sin acabar de creer que fueran ciertas. Luego aparecía una caricatura mordaz de un joven vizconde de rodillas, ofreciendo su corazón sangrante a una dama que miraba hacia un hombre viejo y gordo que le ofrecía dinero.

Jo tragó saliva, entumecida por la sorpresa. Sus emociones fluctuaban entre la euforia, la culpa y el horror mientras intentaba decidir qué sentía realmente sobre la situación.

¿Cómo había sucedido esto?

¿Y qué pasaría ahora?

Sabía que, después de romper el compromiso, Beatrice no tenía otra opción. Era o la ruina o Lansdowne.

Jo se sintió enferma.

Necesitaba ver a Richard. Necesitaba entender esto.

Richard había pasado todo el día paseando de un lado a otro en su estudio y bebiendo café hasta el punto de que le temblaban las manos.

No le ayudó a sentirse mejor. No le ayudó a resolver el problema que había causado. Así que, una vez que terminó con el inútil deambular, se subió a su carruaje y se dirigió al teatro Gilded Rose, donde ahora estaba sentado, aún dentro del carruaje, al lado de la carretera, esperando a que Jo terminara sus ensayos.

Su corbata estaba arrugada de tanto tironearla, su cabello estaba despeinado, y aunque no podía ver su reflejo, estaba seguro de que sus ojos debían estar rojos.

No quería entrar. No quería distraer a Jo, y no quería llamar la atención sobre sí mismo. Además, no se veía presentable en ese momento, y no quería que la gente viera a Jo con un vizconde nervioso al que habían dejado plantado por un viejo lujurioso.

Ah, sí. La razón de su agitación.

Desde que leyó el periódico matutino con el anuncio del compromiso de la señorita Fowley con lord Lansdowne, había sentido náuseas, inquietud y, para ser franco consigo mismo, bastante culpabilidad.

Si no le hubiera prometido matrimonio, si no le hubiera pedido que rompiera el compromiso, ella estaría felizmente recluida en su casa, cuidando del jardín y velando por sus hermanos.

Podría haber ayudado al señor Fowley con sus negocios en lugar de proponerle matrimonio a su hija.

Claro, no tenía razones para creer que se enamoraría en el ínterin... Pero luego una cosa llevó a la otra y ahora había un problema que no podía solucionar.

Pero había algo que estaba claro como el agua.

A partir de hoy, era oficialmente libre. Libre para buscar a Jo.

Sí, las circunstancias no eran ideales. Necesitaba salvar a la señorita Fowley del viejo lujurioso al que ahora estaba prometida, y no tenía idea alguna de cómo iba a hacerlo. Pero primero, necesitaba ver a Jo.

Así que estaba sentado dentro de su carruaje, en una posición bastante incómoda, con las extremidades torcidas, la cabeza presionada contra el asiento y los pies en el suelo. Si alguien lo veía así, definitivamente pensaría que había perdido la cabeza por ser abandonado o que estaba con el corazón roto. Cuando en realidad, estaba lidiando con su conciencia culpable.

Hubo un golpe en el costado del carruaje, y Richard se levantó de un salto y miró por la ventana.

Jo estaba allí, tan hermosa como la luna y tan desconcertada como un cervatillo recién nacido.

Richard abrió la puerta de un empujón y la ayudó a entrar antes de que el lacayo tuviera la oportunidad de bajar el estribo.

Jo miró por la ventana antes de acomodarse en el asiento frente a él. Lo examinó de arriba abajo antes de levantar una ceja.

—Tienes un aspecto horrible —dijo sin rodeos.

Richard sonrió.

—Yo también te eché de menos.

Sus ojos se suavizaron.

—Me alegra verte aquí. No solo por eso, sino porque... —Se inclinó hacia adelante y susurró —: Creo que alguien me está siguiendo.

Richard frunció el ceño, sus sentidos agudizándose. Fue una suerte que hubiera ido a verla entonces. Golpeó el techo del carruaje y el vehículo se puso en marcha de inmediato.

—¿Viste quién era?

—¿Adónde vamos? —preguntó Jo, mordisqueándose el labio inferior.

—A casa. A mi casa. Allí podemos hablar con más libertad. Especialmente si te están siguiendo, creo que es esencial que abandonemos esta zona. Así que... ¿Viste quién era?

Ella asintió y luego negó con la cabeza.

—¿Cuál de las dos? —Richard entrecerró los ojos, su corazón acelerándose. Si alguien estaba persiguiendo a Jo, ¿Garret no se lo habría informado? A menos que hubiera comenzado justo hoy y el lacayo simplemente no hubiera tenido tiempo de reportarlo.

—Vi a un hombre... Pero no pude distinguir sus rasgos. Era alto y vestía ropa oscura. Lo vi por primera vez en el teatro, y pensé que era uno de los guardias, pero luego me siguió por la calle... ¿Qué? —preguntó al notar su mueca—. ¿Qué pasa?

Richard sintió una punzada de vergüenza.

—¿Llevaba una capa negra y un sombrero alto?

—Sí —respondió ella con cautela.

—¿Unos seis pies de altura? —Richard extendió la mano hasta su ceja para mostrar la altura aproximada.

Ella asintió.

—Podría haber sido mi lacayo, Garret —confesó Richard con una mueca.

—Tu... —Jo se detuvo mientras visiblemente intentaba comprender—. No llevaba tu librea.

—Sí, lo sé. Pensé que sería demasiado obvio...

Y entonces, finalmente, ella lo comprendió, porque sus facciones se oscurecieron mientras

lo acusaba:

—¡Le ordenaste que me siguiera!

—Por supuesto. —Richard bufó.

—¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué estaba tan sorprendida? No había querido asustarla, pero seguramente sabía que no la dejaría desprotegida.

—¿Crees que te dejaría pasear sola después de lo que presencié en el teatro? ¿Crees que dormiría tranquilamente sabiendo que ese monstruo sigue suelto? No. —Sacudió la cabeza y se recostó contra el asiento del carruaje.

—Pero... ¿por qué no me lo dijiste? —Todavía parecía bastante confundida.

Él suspiró.

—Estabas muy centrada en la independencia cuando hablamos después de aquello. No iba a poner a prueba tu paciencia con esta tontería.

—Así que lo hiciste a mis espaldas.

—¿Qué querías que hiciera? —Richard explotó—. ¿Discutir contigo al respecto? ¿O dejarte caminar sin protección? Si piensas que voy a quedarme de brazos cruzados mientras tu vida está en peligro, te equivocas de cabo a rabo.

—¡Estaba aterrada! —gritó ella—. ¡Y no de Mick, sino del hombre que tuviste siguiéndome durante semanas!

El rostro de Richard se calentó.

—Se suponía que debía ser discreto. Pero él es solo un lacayo, no un investigador privado. La próxima vez, contrataré a uno de esos.

—¿La próxima vez? —Jo soltó una risa nerviosa, aunque parecía que quería llorar—. Así es como va a ser contigo, ¿no? Decidirás que algo es mejor para mí y lo harás, ya sea que yo lo apruebe o no.

Él no respondió.

Ella levantó una ceja.

Richard dejó escapar un suspiro cansado.

—No soy un hombre que deje a las personas que me importan a su suerte. Te guste o no, creas que es necesario o no... Si es una cuestión de tu seguridad, tomaré precauciones.

Jo dejó escapar un suspiro dolido. Tragó saliva, su delicada garganta se movió, atrayendo su atención. Luego miró hacia sus manos.

—Está bien.

—¿Está bien? ¿Está bien... en el sentido de que estás de acuerdo?

—No. Quiero decir... No puedo cambiarte, ¿verdad? —Sonaba bastante derrotada—. Pero eso no es lo importante ahora. Yo... hum... en realidad iba a verte después del ensayo. Antes de tropezarme contigo, claro.

—¿De veras? —Richard de repente se animó.

Ella se lamió los labios. La mirada de Richard cayó sobre esos labios carnosos y humedecidos, y deseó probarlos. ¿Había venido a él para hacer justo eso?

—¿Has leído los periódicos hoy?

El rostro de Richard se contorsionó en una mueca dolorosa.

—Sí. Y antes de que digas nada, ese no era mi plan. Quiero decir, sí. Fui a verla y la persuadí para que me dejara. Pero ¿Lansdowne? —Sacudió la cabeza.

—Ella no lo quería —dijo Jo suavemente—. Cuando hablé con ella durante la fiesta en la

casa, estaba claramente asustada y repugnada por la perspectiva. No podemos dejarlo así. No podría vivir con ello si ella sufre por esto. Tienes que ir a verla.

Richard se frotó la cara.

—No puedo —logró decir con voz ronca.

—¿Qué quieres decir con que no puedes?

—Llegué a un acuerdo con ella. El día que fui a pedirle que terminara nuestro compromiso, hice un trato. Sus únicas dos condiciones fueron que la trajera a Londres y que no interfiriera con su plan para dejarme. Dijo que no quería que me entrometiera.

—¿No es ese el trato de tu vida? —murmuró Jo entre dientes. Luego levantó sus ojos brillantes hacia los de él—. Te pidió que no te entrometieras. Pero ¿dijo algo sobre mí?

Richard la observó durante un momento, sin comprender, antes de que una sonrisa curvara sus labios. Golpeó el techo del carruaje e indicó a su cochero que cambiase de dirección.

Capítulo 21

Jo dejó a Richard en el carruaje y caminó lentamente hacia la hermosa casa que él había preparado para su antigua prometida. ¿Haría lo mismo por ella? ¿Cómo progresaría su relación?

Se obligó a detener la carrera de sus pensamientos. Un problema a la vez. Y el primero en resolver era asegurarse de que la señorita Fowley no sufriera las consecuencias de sus acciones.

Llamó a la puerta y fue recibida por un cortés, aunque joven, mayordomo. Inmediatamente la acompañaron al hermoso salón y le ofrecieron té y galletas.

El personal que Richard había contratado era extremadamente competente. Richard no debió escatimar en gastos.

Beatrice apareció en el umbral y le ofreció una sonrisa tímida.

—Señorita Claremont —dijo mientras avanzaba hacia el interior de la sala—. Qué sorpresa. No esperaba verla.

—Creo que quedamos en que me llamarías Jo —replicó ella.

—Oh, sí. Claro. —Beatrice sonrió, luego empujó las gafas sobre el puente de su nariz y miró a su alrededor—. Por favor, siéntate. No estoy acostumbrada a recibir visitas, me temo. ¿Te apetece un poco de té?

Jo se acomodó en un sofá y esperó a que Beatrice se uniera a ella.

—En realidad, tu personal ya está preparando una bandeja.

—¿No son maravillosos? —exclamó ella con una amplia sonrisa—. Lo saben todo. Aunque fui criada como una dama, todas estas reglas de etiqueta me resultan bastante ajenas. Nunca tuve una temporada, ni mis hermanas. Y raramente recibíamos visitas en nuestra pequeña cabaña. Así que temo cometer un desliz cada vez que salgo de mi habitación. —Se inclinó hacia Jo y susurró —: Me temo que estos maravillosos sirvientes también me juzgan. Estoy segura de que esperaban una ama más diestra que yo.

Jo rio.

—El mundo aristocrático es bastante confuso. No te culpo por preocuparte. Pero dudo que alguien te esté juzgando. —Hizo una mueca—. Bueno, algunas damas de la alta sociedad lo harán. Pero no creo que Richard, milord Gage, contrataría a sirvientes si pensara que serían condescendientes contigo.

Beatrice tragó saliva y asintió.

—Fue muy amable. —Luego mordisqueó su labio mientras jugaba con sus faldas—. Eres tú, ¿verdad?

Jo parpadeó.

—¿Qué soy yo?

—Tú eres la mujer de la que está enamorado el vizconde —dijo Beatrice suavemente.

Jo miró a los ojos de Beatrice, tratando de evaluar su estado de ánimo.

—Sí —dijo con cautela.

Los ojos de Beatrice brillaron con una sonrisa sincera.

—De hecho, me di cuenta de que algo sucedía entre ustedes dos cuando nos conocimos en la sala de descanso y te pusiste pálida cuando mencioné que era su prometida.

Jo hizo una mueca.

—No pretendía ser tan transparente.

—Te sorprendiste —continuó Beatrice—. Pero si te sirve de consuelo, creo que él realmente te ama. Y nosotros nunca tuvimos un vínculo. De hecho, nunca prometió nada antes del baile de compromiso. Todas las interacciones fueron a través de mi padre. Así que no tienes por qué preocuparte.

—Beatrice —dijo Jo lentamente—. No es por eso por lo que estoy aquí.

—Oh. Supuse... Lo siento. —Continuó jugueteando nerviosamente con sus faldas.

—Estoy aquí por el anuncio en los periódicos. Sobre tu compromiso con lord Lansdowne.

La reacción de Beatrice fue algo que Jo nunca habría esperado. Se rio. Las criadas llegaron en ese momento y prepararon una bandeja de té. Mientras Beatrice servía el té, Jo frunció el ceño pensando en su reacción. Parecía bastante complacida consigo misma.

—Cuando nos conocimos por primera vez —dijo Jo mientras aceptaba una taza de té de Beatrice—, estabas bastante horrorizada ante la perspectiva de casarte con el anciano Lansdowne. ¿Pero ahora te comprometes voluntariamente con él?

Beatrice encogió de hombros.

—Pensé que era bastante astuto. Ahora, en lugar de ser una novia arruinada y abandonada, soy la mujer que dejó a un joven y viril vizconde por un barón viejo y arrugado. —Soltó una risa —. ¿Viste las caricaturas? Ahora están tratando de especular si Lansdowne es quizás más acaudalado que milord Gage y si esa fue la razón de mi deserción. Supongo que puedo vivir con el mote de oportunista adjunto a mi nombre.

Jo lamió sus labios.

—¿Pero puedes vivir como la esposa de un anciano barón? ¿Puedes ser feliz con un hombre que temías casarte?

Beatrice soltó el aire.

—Tampoco sería feliz con milord Gage. No mientras él esté tan obviamente enamorado de ti. Él también sería miserable. Y tú también. De esta manera, tres de las cuatro personas involucradas en esta situación serán felices, suponiendo, por supuesto, que no haga miserable a lord Lansdowne. Y conseguiré lo que siempre quise. Un mes de libertad en Londres. Además, Lansdowne es viejo. Podría morir pronto, y yo sería una viuda rica. —Terminó riendo.

Una risa sorprendida escapó de los labios de Jo. Debajo de la tímida fachada con gafas, se escondía una dama bastante pícara.

Una vez más, Richard se encontró sentado desordenadamente en su carruaje. Instruyó al conductor para que moviera el carruaje más lejos de la casa de la señorita Fowley porque no quería invitar a un escándalo.

Si su carruaje era visto cerca de su casa después de su ruptura tan pública, las especulaciones no tardarían en surgir. No es que hubiera nada de malo en visitar a la señorita Fowley durante el día, pero Richard no quería correr ningún riesgo.

Ya habría suficiente escándalo para él y Jo. No quería arrastrar a la señorita Fowley a más desgracias de las que ya le había causado.

Richard observó por la ventana mientras Jo salía de la casa y ahora estaba de pie en la acera, esperando que Richard la recogiera. Richard golpeó el techo del carruaje y este se dirigió hacia Jo.

Tan pronto como Jo se acomodó en el interior del carruaje, levantó las manos.

—No quiere nuestra ayuda. De hecho, parece que lo pensó todo con cuidado. Y, podría añadir, de manera bastante brillante. Ella está más preparada que cualquiera de nosotros. Y quizás, al rechazarla, cometiste un error. —Mordisqueó su labio, obviamente aún preocupada por la señorita Fowley. O quizás había algo más que la inquietaba.

Richard se inclinó hacia adelante y tomó sus manos en las suyas. Sus ojos se cerraron brevemente por el contacto. Dios, la había echado tanto de menos.

—He causado un buen lío, ¿verdad?

Ella tragó un amargo suspiro y lo miró, su mirada implorante.

Richard apretó sus manos.

—No dejaré a la señorita Fowley en problemas. No te preocupes.

La expresión de Jo se tornó molesta.

—Vas a hacer que la sigan, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él con una leve sonrisa.

—¡Richard! —Jo rio, y él tiró de sus brazos.

—Ven aquí.

La atrajo hacia su regazo y le acarició el rostro.

—Te he echado tanto de menos —susurró, mirándola a los ojos.

Ella tragó saliva.

—Yo también te he echado de menos.

Él se inclinó hasta que sus labios casi se tocaron, pero no avanzó más. Simplemente cerró los ojos, inhalando su fragancia.

Fue Jo quien se inclinó hacia él y presionó sus labios contra los suyos, pero fue él quien convirtió ese beso inocente en puro fuego.

La devoró con su boca, hambriento de su sabor. Se regocijó con cada pequeño gemido y con la presión de sus labios en respuesta. Cuando ella deslizó su lengua más adentro, Richard no pudo controlarse más.

Se inclinó para tener mejor acceso, moviendo su lengua en su interior, frotándola contra la de ella, y recogiendo su sabor de cada rincón. Sus manos recorrieron su cuerpo, tirando de su vestido, deseando tocar su piel desnuda.

Ella se apartó de repente, respirando con dificultad, pero él continuó besando su rostro, su cuello, luego deslizó su lengua contra el lugar sensible donde su pulso latía con fuerza bajo la piel.

—Richard, para —susurró Jo, pero sus dedos se hundieron en su cabello, manteniéndolo cerca.

Richard depositó un suave beso en la base de su garganta. No podía alejarse. No podía obligarse a apartarse de ella. Pero lo hizo.

Ella retrocedió y lo miró a los ojos, aún llenos de pasión.

—Tus besos… —susurró Richard, mirándola como si quisiera adentrarse en lo más profundo de su alma—. Estaría dispuesto a morir por ellos.

Jo sonrió lentamente y negó con la cabeza.

—Preferiría que vivieras.

Ella se apresuró a levantarse de su regazo, y Richard la ayudó a regresar a su asiento frente a él. Se reajustó los pantalones, soltando un siseo por el dolor que sentía en la entrepierna. Si sus besos no lo mataban, el deseo que sentía por ella seguramente lo haría.

Jo se acomodó la ropa, devolviéndola a una apariencia decente, y luego lo miró con los ojos llenos de vulnerabilidad.

—Richard… ¿Dónde nos deja esto?

Richard frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Nuestra relación —aclaró ella despacio—. Me prometiste que no interferirías con mi carrera de actriz. Y yo insistí en que no iba a ser tu amante. Entonces, ¿dónde nos deja eso exactamente?

—Pensé que era obvio —dijo él, manteniendo el ceño fruncido—. Nos vamos a casar.

—¿Qué? —La voz de Jo fue apenas un susurro.

Richard dejó escapar una suave risa.

—¿Qué creías que iba a pasar, Jo? Me pediste que te aceptara tal como eres. Lo he hecho. Me dijiste que me mantuviera libre de compromisos. Lo estoy.

—Sí, y también dije que después hablaríamos.

—Entonces hablemos. Pero no voy a dejarte ir esta vez. No te pediré que renuncies a la actuación si eso es lo que te preocupa. Te animaré con orgullo desde el público. Ya hablé con mi familia y todos te aceptan sin reservas. Y sí, dijiste que no querías ser propiedad de ningún hombre. Pero podemos poner todas tus condiciones en nuestro contrato matrimonial.

Jo apartó la mirada.

—¿Ahora de repente te parece bien casarte con una actriz? ¿Traer un escándalo a tu familia?

Richard apretó los labios.

—El escándalo es inevitable. Pero me ayudaste a darme cuenta de algo muy importante. Algo que no había comprendido en mis treinta y seis años de vida. El amor no es perfecto. Es desordenado y complicado. A veces es doloroso. Pero también es el sentimiento más hermoso del mundo. Y las personas que me aman, las personas que quieren que sea feliz, no se preocuparán por el escándalo. Y a mí tampoco me importa, siempre y cuando pueda tenerte a mi lado. No me malinterpretes. No va a ser fácil. Para ninguno de los dos. Pero estoy dispuesto a… —Tagó saliva—. Estoy dispuesto a atravesar el infierno si es necesario, solo para estar junto a ti. Para siempre.

Los ojos de Jo se humedecieron mientras dejaba escapar una suave risa.

—Desde luego, va a ser un infierno.

Él negó con la cabeza.

—Así será.

Jo parpadeó para contener las lágrimas.

—¿Entonces? —preguntó, mirándolo expectante.

Richard no estaba seguro de lo que ella esperaba, así que tomó un rumbo al azar.

—Entonces… supongo que puedo conseguir una licencia especial esta semana. No es que tenga prisa —aclaró, al ver la expresión confusa de ella—. Aunque, por supuesto, la tengo. Es solo que, dada nuestra diferencia de rango social, no creo que quieras pasar por el espectáculo de la lectura de las amonestaciones. Podemos hacerlo, si lo prefieres, por supuesto. No me avergüenza casarme contigo.

Jo hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—No, nada de amonestaciones. No me entusiasma la idea de anunciar mi verdadero nombre.

Richard sonrió y se relajó en su asiento.

—Bien. Entonces conseguiré una licencia especial, si te parece bien.

Jo levantó una ceja.

—¿Si me parece bien? ¿Eso es todo?

Esta vez fue el turno de Richard de estar confundido.

—Perdona. Pensé que habías dicho que no se leerían las amonestaciones.

—¡No! —exhaló ella con frustración—. Quiero decir, sí. Claro que no quiero que se lean las amonestaciones. Pero ¿así es como vas a proponerme matrimonio? «¿Si te parece bien?» —Jo imitó la voz de Richard de manera bastante divertida.

Bueno, ya que se iba a casar con una actriz, él decidió seguirle el juego.

Richard se deslizó de su asiento de forma brusca y dramática, y luego hincó una rodilla en el suelo.

—¡Oh, mi querida Josephine! —exclamó mientras tomaba la mano de ella—. Corazón de mi corazón. Amor de mi vida. Mi Julieta. ¿Me sacarías de mi miseria y viajarías al paraíso conmigo, dando una respuesta favorable a mi propuesta?

Jo soltó una risita y también se dejó caer de rodillas frente a él.

—No eres lord Byron —dijo ella con su hermosa sonrisa—. Pero, por suerte, no necesito un poeta. Tú servirás.

Él levantó una ceja.

—¿Que serviré? ¿Esa es tu aceptación de mi pro...?

—¡Oh, basta ya! —Rio ella, luego le rodeó el cuello con los brazos y plantó un beso en sus labios.

Justo en ese momento, el carruaje se detuvo de golpe, lo que hizo que ambos se tambalearan. Cuando la puerta se abrió, estaban tumbados en el suelo del carruaje, con sus cuerpos enredados, y las faldas de ella cubriéndolos.

El lacayo farfulló una disculpa y cerró la puerta de inmediato.

Jo rio.

—¡Ha creído que estábamos haciendo el amor!

Richard levantó una ceja.

—Bueno, no lo decepcionemos entonces.

Capítulo 22

A pesar de la sugerente oferta de quedarse en el suelo del carruaje y sucumbir a un abrazo apasionado para no decepcionar al lacayo, ella insistió en bajar.

Cuando estuvieron de pie frente a la reluciente casa de Richard, Jo vaciló.

No estaba lista para comenzar a pasar las noches con él.

Sí, ella quería hacerlo. Más de lo que estaba dispuesta a admitir ante sí misma. Pero las dudas la asaltaban y sus viejos miedos volvieron a surgir.

No estaban casados aún. Las cosas podían cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

—Creo que debería irme a casa —dijo Jo.

Richard la tomó de las manos.

—Esta es tu casa ahora.

Ella negó con la cabeza e intentó sonreír con coquetería, aunque sus labios temblaban.

—Aún no.

Él la miró, frunciendo el ceño, pero luego suavizó su expresión.

—Muy bien. Pero me debes un beso.

Jo arqueó una ceja.

—¿Te debo un beso?

—Sí. Exactamente. Te he propuesto matrimonio con todo mi ardor y, a cambio, exijo un beso.

Ella miró a su alrededor. No había mucha gente, pero había algunas personas cerca. Jo entrecerró los ojos.

—¿Aquí?

Richard se encogió de hombros.

—Aquí. O puedes entrar. Por supuesto, si lo haces, tendrás que quedarte a tomar el té. Y después...

Jo rio, se puso de puntillas y le plantó un beso rápido en los labios. Antes de que pudiera apartarse, él enmarcó su rostro con las palmas de las manos y pasó lentamente la lengua por sus labios.

Richard la soltó de repente. Tan de repente que ella tropezó y tuvo que agarrarse de su brazo para estabilizarse.

Él le acarició la mejilla con una sonrisa de satisfacción.

—Eres lo más dulce que he probado nunca —susurró Richard, mientras sus ojos se oscurecían al inclinarse hacia ella—. No puedo esperar a probar mucho más de ti.

El lacayo de Richard ya no se ocultaba, al menos no de Jo. Caminaba unos pasos detrás de ella cuando andaba por la calle y se sentaba entre el público durante los ensayos.

El director del teatro no protestó, lo que hizo que Jo se diera cuenta de que Richard le había

pedido permiso.

¿Qué le habría dicho? ¿Que estaba cuidando de su amante, o de su futura esposa?

Cuando Garret había comenzado a seguirla, Richard estaba comprometido con otra.

Todo esto, este capricho de un hombre rico, incomodaba a Jo. Y luego, por supuesto, estaba el hecho de que pronto todos conocerían su relación con Richard.

Ella nunca había querido ser tratada de manera diferente a los demás. Sabía que convertirse en vizcondesa —aunque causara un gran escándalo— probablemente le abriría puertas en su carrera. La gente empezaría a arrodillarse frente a ella, o al menos a hacerle reverencias profundas. La influencia de su esposo le permitiría vender sus obras...

Jo se convertiría en la próxima Mary Robinson. La mujer que todos asumían que era popular solo por su estatus como amante del rey. A Jo le dolía tener que renunciar a su autonomía para casarse con Richard. Pero tampoco iba a permitir que su carrera arruinara su felicidad.

No era una tonta.

Durante un descanso en el ensayo, Jo se acercó a Selena para compartir las noticias con su amiga, pero también para ver cómo estaba.

Selena parecía más saludable y feliz que nunca. El color había vuelto a sus mejillas, y estaba riendo.

Mick ni siquiera le dirigió una mirada a Selena, mientras que le lanzaba miradas asesinas a Jo. Lo cual ella supuso que era algo bueno.

Que el hombre estuviera enfadado con ella y olvidara la existencia de Selena sería mejor para todos.

—Parece que algo te preocupa —dijo Selena cuando Jo llegó a su lado.

—Muchas, muchas cosas —respondió ella con una pequeña sonrisa—. ¿Y tú? ¿Qué hay de ti?

Selena se encogió de hombros.

—Estoy deseando que empiece la nueva temporada. Sé que no actuamos hasta la primavera, pero no puedo esperar tanto. ¿Puedes conseguir una actuación en alguna de esas casas aristocráticas mientras tanto? Necesito un protector. No sé cómo has vivido en una pensión toda tu vida. No puedo aguantar más de unos meses.

Jo negó con la cabeza.

—No he recibido ninguna invitación después de la fiesta en la casa.

Jo se sentía bastante culpable por eso. Estaba demasiado absorta en su relación como para organizar actuaciones para ellas. Y con Mick acaparando toda la atención, Jo había pasado su tiempo siendo mezquina en lugar de resolutiva. Y ahora que iba a convertirse en vizcondesa, ¿qué iba a ocurrir? Jo no era la única que dependía de esas pequeñas obras entre temporadas.

El Gilded Rose tenía licencia para presentar las obras solo en primavera. Y aunque se realizaban diferentes actuaciones durante el resto del año, no pagaban tanto.

Y ahora ella no podía evitar sentir una gran culpa por su futuro matrimonio.

¿Estaba siendo egoísta?

Jo se mordió el labio, luego tomó a Selena por las manos y la apartó un poco.

—Richard me ha pedido que me case con él —dijo en voz baja para que nadie las oyera.

En lugar de inclinarse y susurrar como Jo, como ella pensó que haría su amiga, Selena soltó un fuerte grito, y luego se lanzó hacia ella y la envolvió en un abrazo.

—¡No puedo creerlo! —gritó, con una gran sonrisa en el rostro mientras se apartaba—. ¿Es eso cierto? No estás bromeando, ¿verdad?

Selena parecía tan emocionada que todas las dudas de Jo desaparecieron, aunque solo por un momento. Selena negó con la cabeza y rio junto a Jo.

—No estoy bromeando. Richard ha prometido conseguir una licencia especial para nosotros esta semana.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Selena mientras volvía a abrazar a Jo.

—¡Estoy tan feliz por ti!

Se quedaron así, abrazadas, mientras toda la compañía las miraba como si se hubieran vuelto locas.

—Estoy muy contenta de saber que no has saboteado tu propia felicidad, querida —dijo Selena mientras se alejaba una vez más y se secaba las mejillas—. ¡Estaba un poco asustada de que dijeras que no!

Jo sonrió.

—Debo decirte que aún tengo dudas.

Selena puso los ojos en blanco.

—¡Oh, basta ya! ¿No puedes relajarte y disfrutar de tu buena suerte por una vez en la vida?

—No creo haber tenido mucha buena suerte en mi vida —dijo Jo—. Pero ¿cómo no voy a tener dudas? Esto cambiará todo para mí.

—Sí, para mejor. La gente dejará de despreciarte a ti y a tus ideas. ¡Quizás al fin puedas vender tus obras!

Jo hizo una mueca.

—Sí, gracias al estatus de mi nuevo esposo.

Selena soltó una carcajada.

—¿Y? Tú y yo sabemos que la falta de estatus es lo único que te ha frenado. Nacer mujer fue un obstáculo para tu talento. Es una cuesta arriba que hay que superar. Ahora tienes la oportunidad de nivelar el terreno. No dudes ni por un momento de esta decisión, Jo. Y no pienses que esto te dará una gran ventaja. Solo te dará la misma oportunidad que tienen los hombres. Hombres como Mick o el señor Hart.

—¿Y qué será de ti? ¿Qué será de las mujeres de nuestra compañía, e incluso de los hombres, que dependen de ese dinero extra de las fiestas en las casas?

Selena tomó sus manos y la miró a los ojos.

—Primero que nada, te mereces actuar de manera egoísta de vez en cuando. Te mereces ser feliz solo por tu propio bien y no por el de los demás. Nosotras no somos tu responsabilidad.

Jo estaba a punto de interrumpir, pero Selena le apretó las manos y continuó.

—En segundo lugar, conociéndote, encontrarás una mejor manera de ayudarnos a todas. ¡Serás vizcondesa!

—Sí, la más escandalosa. Dudo que la mayoría de las mujeres me reciban en sus casas.

Selena le sonrió.

—Si todas estamos atrapadas en un hoyo profundo, ¿nos será más fácil salir si tú estás dentro con nosotras? ¿No será mejor que tú seas libre y puedas lanzarnos una cuerda?

Jo miró a Selena con el ceño fruncido.

—¿Cómo es que nadie se da cuenta de que eres la persona más inteligente de aquí?

Selena rio de nuevo con ganas.

—Eso es porque soy una mujer humilde y plebeya. ¡Pero quizá, cuando sea la mejor amiga de una vizcondesa, empiecen a darme más crédito!

—Serían unos tontos si no lo hicieran —dijo Jo con una sonrisa. Se secó los ojos, dándose

cuenta de que había estado llorando. Qué extraño, ni siquiera lo había notado. Pero lo más importante era que, por una vez, estas habían sido lágrimas de alegría—. Gracias, querida. No sé qué haría sin ti —añadió, apretando las manos de Selena. Y lo decía de corazón. Tal vez Selena no siempre daba los mejores consejos. Ambas habían cometido su buena dosis de errores. Pero Selena siempre había tenido en mente el bienestar de Jo. Y esta le estaba eternamente agradecida por ello.

—Por suerte, nunca tendrás que averiguarlo —respondió Selena, guiñando un ojo antes de alejarse dando saltitos.

Jo volvió a secarse las lágrimas y suspiró. Necesitaba arreglarse. No podía ensayar con huellas de lágrimas en la cara. Así que se dirigió a su camerino.

Se tomó su tiempo. Usó el orinal, se recogió el cabello y, con una última mirada en el espejo, salió de la habitación con paso animado.

No llegó muy lejos. En cuanto abrió la puerta, casi chocó con Mick, que estaba en el umbral con el rostro sombrío.

Jo miró a su alrededor. A pocos pasos, Garret estaba de pie, observando a la pareja con atención. Jo se sintió un poco mejor al saber que no estaba sola.

—¿De qué os reíais tanto ahí dentro? —preguntó Mick en voz baja.

Jo le sostuvo la mirada.

—¿Por qué asumes que tienes derecho a saberlo?

Mick soltó un bufido.

—Pareces bastante valiente después de la última visita de tu galán. No creas que te saldrás con la tuya. —Se tocó el puente de la nariz con los dedos.

Jo echó otra mirada hacia Garret, que ya estaba más cerca que antes, obviamente escuchando la conversación.

—Oh, ya vi a tu perro guardián —dijo Mick entre dientes—. Pero no podrá protegerte para siempre.

Se inclinó y la besó en la comisura de los labios antes de que ella pudiera reaccionar.

Jo se limpió la boca con el dorso de la mano con disgusto, y cuando levantó la vista, él ya se había ido.

«Maldito cerdo…».

Capítulo 23

Conseguir que el arzobispo de Canterbury firmara la licencia especial no fue una tarea fácil.

Richard había utilizado todo su ingenio y astucia para cautivar al anciano. Había pedido, instado y finalmente suplicado, todo de manera bastante educada, hasta que Su Gracia accedió a considerar que casarse con una actriz era, efectivamente, una circunstancia que justificaba prescindir de las amonestaciones y la ceremonia pública en la iglesia.

Por lo tanto, tres días después, Richard se encontraba en el salón del marqués de Vane, con las manos de Jo entre las suyas, mientras el ministro los declaraba marido y mujer.

Los invitados a la boda eran pocos. Solo los hermanos de Richard habían sido invitados —Sam había llegado de la finca de Clydesdale justo a tiempo—, además de Selena.

Y el pequeño y discreto matrimonio fue el comienzo perfecto para su unión, que ya era bastante escandalosa.

Pronto serían el centro de atención. Y Richard se alegraba de haber podido evitar la farsa de una gran ceremonia en la iglesia.

Richard quería celebrar su boda en su propia casa, pero Isabel insistió en que la dejara encargarse ella misma. Tenía razón.

Isabel había decorado el salón y preparado un magnífico banquete de bodas en el comedor, cosas que a Richard ni siquiera se le habría ocurrido.

Mirando a los brillantes ojos de Jo, sabía que a ella no le importaba la ceremonia en absoluto, pero él estaba contento de haber podido darle una celebración. Aunque solo fuera una pequeña.

Al salir del salón, Millie arrojó semillas y arroz a sus pies, mientras Button ladraba con entusiasmo. Jo se rio, abrazó a la niña, y luego acarició al perro en la cabeza.

Estaba feliz.

Mientras Richard observaba a su esposa charlando animadamente con los miembros de su familia, se dio cuenta, asombrado, de que ella era ahora su familia.

Él tenía su propia pequeña familia.

El pensamiento llenó su corazón de calidez y sonrió, pensando que sus padres lo estaban viendo desde el cielo. Sabía que aprobarían a Jo. Ellos también la habrían amado.

Después de que el banquete de bodas hubo terminado, Richard condujo felizmente a su nueva esposa hasta su carruaje.

—Por fin… —murmuró él cuando se acomodaron en sus asientos y el carruaje se puso en marcha.

Jo se despidió de los presentes agitando la mano y luego se volvió hacia él.

—¿Ha sido muy pesada? —preguntó, con expresión vulnerable—. La ceremonia, quiero decir.

Richard negó con la cabeza y le acarició la mejilla con un dedo.

—No. Pero estaba bastante impaciente por tenerte solo para mí. En cuanto crucemos el umbral de nuestra casa, te tomaré en el mismo vestíbulo.

Jo se rio.

—¿Delante del mayordomo?

Richard se encogió de hombros.

—Nadie se interpondrá en mi camino.

Jo levantó una ceja y luego puso su mano en el pecho de él.

—¿Por qué esperar?

Richard parpadeó. El trayecto hasta su casa no sería largo. De hecho, en unos minutos estarían allí. Pero la mano Jo se deslizó hacia abajo y comenzó a desabrocharle los calzones.

Richard le sujetó la mano y negó con la cabeza.

—Querida —dijo mientras la miraba a los ojos risueños—. Te amo. Y te deseo mucho. Con gusto te levantaría las faldas aquí mismo. —Hizo una pausa para soltarle la mano y abotonarse de nuevo los pantalones, que ahora estaban tensos sobre su miembro erecto—. Pero mereces que nuestra primera vez sea en nuestro lecho nupcial. Eres mi vizcondesa.

Justo entonces, el carruaje se detuvo. La puerta se abrió y Richard ayudó a Jo a bajar. La condujo lentamente por los escalones.

En el momento en que llegaron a las puertas, estas se abrieron, como por arte de magia—en realidad, por su fiel mayordomo.

Los sirvientes estaban alineados, sonriendo de oreja a oreja, observando cómo Richard conducía a su esposa más adentro del vestíbulo. Jo lo miró, con la mirada llena de pánico.

Richard cubrió su mano con la suya y la apretó mientras se dirigía al personal de la casa.

—Permítanme presentarles a mi esposa, mi vizcondesa y su señora, lady Gage.

La ama de llaves, la señora Whiston, presentó a todos los sirvientes, y la sonrisa de Jo se hacía más tensa al escuchar cada nombre que probablemente no podría recordar.

Richard se inclinó hacia ella y susurró:

—No te preocupes, querida, tendrás toda una vida para aprenderte sus nombres.

Ella lo miró agradecida, pero la vulnerabilidad brillaba en sus ojos. Richard no podía entender lo que sentía en ese momento, pero en cuanto terminaron las presentaciones, se alegró de poder llevar a su esposa a su dormitorio.

El pánico apretaba la garganta de Jo con un nudo implacable.

Era una vizcondesa.

Y como tal, se esperaba que supiera qué hacer como nueva señora de la casa. Pero no lo sabía. ¡Demonios, ni siquiera podía recordar los nombres de los sirvientes! ¡Acababa de conocerlos y ya estaba fallando!

¿Qué esperaba que pasara?

No lo sabía. Por alguna extraña razón, la vida doméstica de una vizcondesa, con todas sus responsabilidades y deberes, no era algo en lo que había pensado. Hasta ahora.

Sus manos temblaban mientras Richard la guiaba hacia su dormitorio. «¿Su dormitorio?».

Richard se detuvo en la puerta y la miró, extrañado.

—¿Te sientes mal?

Jo negó con la cabeza, pero era mentira.

Richard le dedicó una sonrisa tranquilizadora y abrió la puerta.

—Bienvenida a su alcoba, milady —dijo.

Jo entró lentamente, y sus ojos se agrandaron de asombro. Había estado en esa casa antes. Había pasado la noche allí cuando había traído a Selena para su aborto. Pero la alcoba en la que había pasado la noche no era ni de lejos tan espectacular como esta. ¡Solo la cama era la mitad del tamaño de aquella habitación de invitados! Y toda la habitación era al menos cinco veces mayor que su antiguo cuarto de la casa de la señora Digby.

Y era hermosa. Oh, qué hermosa era… Decorada lujosamente en colores rojos y dorados, parecía una alcoba real.

Jo caminó más adentro de la habitación y dio una vuelta.

—¿Esto es mío?

Richard sonrió, apoyado en el marco de la puerta.

—Sí. Es tuya.

Jo mordió su labio.

—¿Dónde está tu habitación?

Él pasó por delante de ella y abrió una puerta al otro lado de la cama.

—Aquí —dijo, mientras sostenía la puerta abierta de par en par.

Jo se apresuró a ir a su lado y asomó la cabeza en el interior. Era incluso más grande, aunque solo un poco. Pero tenía una decoración sobria y masculina. Y olía a la colonia de Richard.

—Mañana te enseñaré la casa —dijo Richard mientras observaba el rostro asombrado de Jo.

—¿Por qué no hoy? —preguntó ella, todavía estudiando la habitación de él.

—Hoy tengo otros planes para ti —dijo Richard, luego la tomó rápidamente en sus brazos y la llevó a su cama.

Jo gritó cuando la depositó sobre el colchón, y después extendió los brazos mientras se recostaba en la enorme y suave cama con dosel, deslizando las palmas de las manos por la colcha de seda.

Richard se inclinó sobre ella, desatándose el pañuelo del cuello.

—Aún no te he asignado una doncella —dijo casualmente—. Lo que significa que tendré que actuar como tu doncella esta noche.

Jo se rio, luego se puso de rodillas en la cama.

—Entonces, ¿yo tendré que hacer de tu ayuda de cámara esta noche?

Jo comenzó a desabotonarle el chaleco sin esperar a que él respondiera.

Richard tragó saliva.

—Si así lo deseas… —dijo en voz baja, haciendo que un escalofrío recorriera la piel de Jo.

Ella deslizó las manos por su pecho y le quitó el chaleco. Richard gimió y capturó su boca con sus labios.

Jo sonrió mientras deslizaba su lengua dentro, saboreando el vino y su sabor masculino. Sostuvo su rostro entre sus manos, sus dedos rozando su cabello.

Richard la envolvió con sus brazos y la atrajo hacia sí.

Jo sonrió de nuevo, antes de soltar un grito cuando él cayó sobre la cama, atrapándola con firmeza. Ella rio mientras aterrizaba sobre él, pero los labios de Richard atraparon los suyos y su lengua invadió la profundidad de su boca.

Jo se aferró a él, luchando por acercarse más.

Tenía la mente nublada, su cuerpo estaba en llamas, y todo lo que deseaba era él. Todo lo que necesitaba era a él. Así que luchó por deshacerse de la ropa que se interponía entre ambos, desesperada por alcanzar su piel desnuda. Y cuando lo hizo, se detuvo para admirar la belleza de su cuerpo.

Estaba esculpido como un dios griego. Musculoso, esbelto, alto. Su virilidad se alzaba orgullosa entre los rizos de su vello más íntimo, de un rojo oscuro. Sus muslos eran poderosos y fuertes. Jo no podía esperar a envolver sus piernas alrededor de esos muslos y cabalgar su magnífico miembro.

Pero primero quería probarlo. Se humedeció los labios y descendió hasta alcanzarlo. Cerró los ojos mientras sus dedos lo rodeaban, apretándolo, a la vez que sentía con su lengua el acero bajo la piel aterciopelada.

Ella no podía creer lo que estaba ocurriendo. Él era suyo. Sin ninguna duda.

Su esposo.

Jo besó la suave punta redondeada y Richard gimió, extendiendo sus manos para acariciarle la cabeza. Jo sonrió sin detenerse.

—Pretendes provocarme, bribona, ¿verdad? —gruñó Richard.

Jo se apartó para mirarlo y alzó una ceja con gesto coqueto.

—Así es.

—Bien. Entonces, tendré que actuar en consecuencia.

Antes de que Jo tuviera tiempo de responder, Richard se lanzó hacia ella.

La tomó por la cintura y la giró, colocándola sobre su rostro.

—¡Richard! —gritó ella antes de caer hacia adelante por el movimiento. Consiguió sujetarse con las manos a ambos lados de las caderas de él mientras su rostro estaba peligrosamente cerca de su miembro hinchado.

A Richard no parecieron importarle sus protestas. La tomó por la cintura, la giró y la acomodó sobre su boca, y enseguida comenzó a acariciar con su lengua el centro de su femineidad.

Jo gimió, tensándose. ¿Así era como pensaba provocarla? Bueno, ella sería una rival formidable, decidió.

Jo se dejó caer hacia delante y descendió hasta la pelvis de Richard. Luego se inclinó sobre él y envolvió el extremo de su miembro con la boca. Los dedos de una de sus manos se hundieron en su nalga mientras con la otra rodeaba la base de su verga, apretando, sintiendo el fuego que emanaba de él.

¡Cuánto había ansiado este momento! Poseerlo por completo... El pensamiento, combinado con las sensaciones sensuales, hizo que un escalofrío le recorriera la columna.

Jo movió la lengua a su alrededor, saboreando más de su esencia salada. Richard gimió de nuevo antes de reanudar sus jugueteos con su lengua, mientras le clavaba los dedos en la carne de sus muslos.

Continuaron dándose placer mutuamente con sus roces húmedo e íntimos. Ambos estaban embriagados por los estímulos recíprocos. Desde su posición, podían sentir cada pequeño movimiento y saber lo que el otro ansiaba.

Ella dejó escapar un pequeño quejido y continuó aprisionando su masculinidad con su boca, acelerando el ritmo al compás de sus caderas, que Richard sujetaba para que Jo no perdiese el equilibrio.

Los picos rosados de sus senos se endurecieron dolorosamente, y una necesidad incómoda se acumuló en su interior.

Richard, el arrogante vizconde, ¡tenía su boca entre sus piernas! La idea la hizo reír y se apartó de pronto. Richard bufó en protesta contra sus pliegues, y Jo sintió cómo todo su cuerpo vibraba con el sonido. Él le dio una palmada en el trasero, como si la estuviera reprendiendo.

Jo sonrió y envolvió con su mano una vez más el miembro de Richard.

—Eres magnífico —susurró, antes de bajar la cabeza hasta él y depositar suaves besos a su alrededor.

Justo en ese momento, la lengua de Richard siguió su camino hasta el oculto botón rosado de placer de Jo. Ella sacudió las caderas y lo abarcó más con su boca, queriendo tomar toda su longitud. Richard soltó un gruñido ahogado que le provocó una oleada de deseo. Jo se movió contra su boca, suplicándole que no parara. Quería que él continuara hasta que las piernas no pudieran sostenerla.

En lugar de eso, él redobló sus atenciones, excitando todos sus sentidos, volviéndola loca. Estaba tan cerca de tocar el cielo…, lo sabía. Unas pocas caricias más de esa lengua lasciva y...

Por fin, una explosión de placer como jamás había sentido la atravesó. Sin poder contenerse, Jo se enderezó con un grito.

No estaba segura de qué ocurrió después. Unas estrellas brillantes estallaron detrás de sus párpados y su cuerpo se agitó con una emoción deliciosa.

Cuando volvió a abrir los ojos, yacía de espaldas, con las piernas abiertas. Tenía la respiración entrecortada, y todo su cuerpo estaba mojado por el goce compartido.

Richard se alzaba sobre ella, con su miembro —aún erecto— en su mano. Lo bombeaba lenta, sensualmente, haciendo que Jo palpitara de necesidad.

Él se inclinó y le susurró al oído.

—¿Pensabas que había terminado contigo?

Ella se estremeció.

—Esperaba que no.

Richard no iba a ponérselo fácil a Jo en su primera noche juntos. Había esperado esta noche desde el día en que la conoció. La había deseado desde la primera vez que la vio. Y ahora que la tenía en sus brazos, no iba a dejar que se escapara.

No hasta bien entrada la mañana. Quizás ni siquiera entonces.

Podrían comer en sus habitaciones. Demonios, podría alimentarse solo de ella, y eso le bastaría.

Era lo más dulce que había probado en su vida. Y solo recordar su sabor en los labios, el aroma que flotaba hasta su nariz, lo volvía loco.

Se inclinó y besó su cuello. Luego lo mordió, antes de deslizar su lengua sobre la mordida y calmar su piel.

Jo se arqueó contra él, frotando sus pezones contra su pecho, su húmedo centro rozando su muslo. Richard colocó una mano sobre su vientre y la empujó hacia abajo.

—Todavía no —gruñó.

—¡Ahora! —exigió ella.

Richard chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Pequeña impaciente —murmuró mientras bajaba la cabeza una vez más.

Esta vez, tomó su pezón en la boca y lo succionó suavemente. Demasiado suavemente, apenas una caricia. Ella gimió de nuevo, tomó su mano y la presionó contra su pecho redondo y suave, su pezón juguetón pinchando su palma.

Richard rio y se llevó su otro pezón a la boca.

—¡Richard! —gritó ella, frustrada, mientras se arqueaba, obligando a que más de su glorioso pecho entrara en su boca.

Cedió. Quizás no la torturaría mucho la primera vez. Quizás no era tan paciente como creía.

Richard succionó más de ella mientras su mano jugaba con el otro pecho, rodeando y acariciando su tenso pico.
Tenía un cuerpo magnífico, su encantadora actriz. Su físico era atlético, probablemente el resultado de moverse por el escenario todo el día. Pero estaba redondeada en los lugares adecuados, con curvas suaves y deliciosas. Y el sabor de ella... Tan solo pensar en ella le hacía la boca agua, pero solo un pequeño bocado lo llevaba a rincones de paraíso que no había visitado antes.
Se retorcía debajo de él, su cálido cuerpo invitándolo a entrar. Sus gemidos de placer prometían envolverlo en el éxtasis.
—Por favor —suplicó, levantando las caderas.
Y eso fue la gota que colmó el vaso. No podía negarle el placer, como no podía negarle nada.
Pero cuando ella le rogaba, con los ojos oscuros de pasión, los labios hinchados por sus besos, las mejillas enrojecidas y el cabello desordenado sobre el cobertor, ya no tenía fuerza de voluntad alguna.
Se inclinó sobre ella mientras colocaba su miembro en su centro. Ella inmediatamente alzó las caderas, permitiendo que su punta entrara.
Richard dejó escapar una mezcla de risa y suspiro. Estaba impaciente. Pero él también se moría por estar dentro de ella.
Con una embestida fuerte, Richard se adentró en su calidez aterciopelada. Ella gritó por el impacto, sus dedos clavándose en la carne de su espalda. Sus ojos se entrecerraron con pasión, su boca entreabierta.
Lo instaba a continuar, pero él se detuvo y frunció el ceño. La necesidad abrumadora de culminar dentro de ella en ese mismo momento casi lo venció. Apretó los dientes, obligando a su mente a pensar en algo menos erótico, cualquier cosa que no fuera su nueva esposa tendida frente a él, desnuda y…
¡Maldita sea! No estaba funcionando.
Se retiró un poco antes de embestir de nuevo, sus entrañas ardían al borde del éxtasis. Richard se obligó a distraerse una vez más. Intentó contar del diez al uno en griego, logrando finalmente distraer su mente.
Respiró hondo mientras la sensación cedía un poco.
Entonces abrió los ojos y observó la mirada llena de pasión de Jo.
—Maldita seas, Jo —dijo con voz ronca, plantando un beso intenso en su boca—. Eres demasiado condenadamente tentadora. No puedo aguantar mucho.
Jo deslizó sus manos hasta sus glúteos.
—No quiero que dure mucho —susurró—. Lo quiero duro.
Richard soltó una carcajada. Luego la besó de nuevo.
—Enróllame las piernas alrededor, querida —susurró contra sus labios.
Cuando ella obedeció, Richard empezó a moverse sin tregua, penetrándola profundamente, retirándose y volviendo a embestir. La cama temblaba con cada embate, y Jo soltó un pequeño grito. Entrelazó sus manos detrás de su espalda, sus dedos clavándose en su piel, sus uñas arañándole.
La sensación de dolor solo añadió más excitación mientras la penetraba como una bestia salvaje, alimentando las llamas de su pasión hasta que no quedó más que puro éxtasis.
La duda asomó en su mente, así que se retiró en el último segundo y derramó su semilla sobre su vientre.

Sus brazos temblaban mientras se inclinaba sobre ella, su cuerpo cubierto de sudor, su respiración agitada.
Jo también respiraba con dificultad, un mechón de su cabello pegado a su frente y mejilla. Richard lo apartó suavemente antes de bajar la cabeza y besar sus labios.
Era tan dulce. Tan deliciosa. No podía apartar su boca de ella. Era como si estuviera hechizado y no tuviera voluntad propia.
Ella sonrió contra sus labios y acarició su piel húmeda por el sudor. Con un gruñido, Richard se apartó de ella y fue a su vestidor. Se limpió y luego trajo una toalla húmeda para ella. Le limpió los restos de sus fluidos compartidos, tiró la toalla y luego se tumbó junto a ella.
Jo inmediatamente se acercó a él y apoyó su cabeza sobre su pecho. Richard la envolvió contra su costado y le besó el cabello.
Ella pasó un dedo por su abdomen, haciéndole cosquillas. Richard rio y le atrapó la mano.
—No. Aún no. Déjame descansar un poco.
Ella levantó la mirada hacia él.
—¿Te ha gustado? —preguntó coquetamente.
—Me gusta cuando me tocas. No importa dónde —dijo, besando sus dedos.
Ella frunció el ceño antes de apartar la mirada.
—¿Qué ocurre? —le preguntó, obligándola a mirarlo de nuevo al sujetar su barbilla.
Sus ojos volvieron a posarse en su abdomen.
—¿Por qué… te retiraste? —sus mejillas se sonrojaron.
Richard rio y la abrazó más fuerte.
—A veces olvido que no eres tan experimentada como pareces.
Ella alzó una ceja inquisitiva.
Richard le acarició la mejilla con un dedo.
—Todavía te sonrojas —susurró—. En cuanto a por qué me retiré… —tomó aire—. No estaba seguro de si estabas dispuesta a que terminara dentro de ti. Y con eso, me refiero a la posibilidad de tener hijos. Nunca hablamos de ello.
Ella se movió hasta quedar encima de él, apoyando sus manos en su pecho, su barbilla descansando sobre ellas.
—Oh. Asumí que... Bueno, necesitas herederos. Asumí que no me preguntarías.
Ahora fue el turno de Richard de levantar una ceja.
—Nunca te obligaría a tener hijos, Jo. Soy un vizconde, pero tengo hermanos. Sé que retirarse no es una solución a largo plazo, pero hay otras maneras de evitar el embarazo. Si es lo que quieres.
—¿Harías eso por mí? —sus cejas se fruncieron, sus labios formaban un puchero.
Richard sonrió.
—Haría cualquier cosa por ti, querida. Espero que lo sepas ya.
Su ceño no se desvaneció. Al contrario, se profundizó.
—¿Quieres? —preguntó Richard suavemente—. Tener hijos, quiero decir.
Su expresión no cambió en absoluto. Daría todas sus riquezas por saber qué estaba pensando en ese momento.
—Siempre quise hijos —dijo en voz baja—. Una familia. —Sacudió la cabeza, pero finalmente una sonrisa iluminó sus labios—. Y definitivamente quiero eso contigo. Pero quizás no ahora mismo. No sé qué hacer con mi carrera todavía. No lo he decidido. Todo es tan incierto. Quiero formar una familia contigo. Solo déjame resolver primero mi vida como actriz. No quiero dejar atrás a mis amigos de repente. Ni quiero abandonar ese mundo sin la posibilidad de volver.

Richard asintió pensativo.
—Sabes que puedo usar mi influencia para facilitarte las cosas.
—Lo sé —dijo ella con una sonrisa—. Pero déjame hacerlo por mi cuenta. Por favor…
—Nunca tendrás que rogarme, mi amor. —La besó en los labios—. Soy tu esclavo.

Capítulo 24

Jo se levantó temprano, como de costumbre. Pero eso era lo único que sentía como parte de su rutina. No era la primera vez que se despertaba en la cama de Richard. Pero los dos últimos días y noches se habían fundido en uno solo, ya que había pasado la mayor parte del tiempo en su habitación. Ni siquiera salían a comer, preferían hacerlo en el dormitorio para no tener que vestirse.

Habían elegido un sábado para casarse precisamente por eso: para poder disfrutar juntos de dos días sin preocupaciones. Pero llegó el lunes, y con él, todos los problemas. Jo gimió y se acurrucó más en la cama.

Un brazo se enroscó a su alrededor y Richard la atrajo hacia su pecho. Él le acarició los senos mientras su miembro presionaba contra sus nalgas.

—Ahora no, querido —murmuró ella—. Debo ir al teatro.

—Solo uno rápido —susurró él contra su hombro, antes de depositar allí un beso.

—Llegaré tarde —gimió Jo, a la vez que separaba las piernas para dejarlo entrar.

Richard empujó su longitud contra los labios de su feminidad, frotándose contra ella, incitándola a ceder.

Como si necesitara hacerlo.

En el momento en que su miembro rozó su piel, ya estaba húmeda y lista para él. No hacía falta que la sedujera; él ya lo había hecho.

La mano de Richard descendió hasta el punto donde se unían sus muslos y empezó a jugar con su hinchado clítoris mientras la penetraba de un solo y rápido movimiento. Seguía balanceándose contra ella, sus malvados dedos girando sobre su clítoris.

Jo mordió sus nudillos, pero él acercó los labios a su oído y susurró:

—Quiero oírte gritar.

Sus embestidas se volvieron más fuertes, su dedo más insistente, sus labios jugueteaban con su lóbulo y luego bajaron hasta su cuello.

No pudo contenerse más. Su pasión estalló en un grito ardiente cuando alcanzó el clímax y sus músculos se contrajeron alrededor del duro miembro de Richard.

Él aceleró el ritmo, hasta que se retiró con un gruñido, derramando su semilla sobre sus nalgas.

Se levantó de la cama y volvió con una toalla. Después de limpiar a Jo, esta se giró hacia él con una sonrisa.

—¿Armadura?

Él miró con desdén las fundas de piel de animal usadas junto a la cama.

—Necesitan lavarse. O bien, necesito conseguir unas veinte más. Al parecer, tres no son suficientes para una noche de placer.

Jo escondió una sonrisa.

—Y la mañana.

Se escabulló de la cama y fue a realizar sus abluciones matutinas. Salió del vestidor de Richard vistiendo una de sus camisas. Ni siquiera había desempacado su ropa aún. ¿Había alguien que lo hiciera por ella? Ahora tenía un ejército de sirvientes, pero no había estado en su propia habitación, ni en ningún lugar realmente, excepto en la cámara de Richard desde que llegó.

—Entonces, ¿quieres desayunar aquí o prefieres ver la sala de desayunos y el resto de la casa? —preguntó Richard.

Jo sonrió, se acercó a su marido, a medio vestir, y pasó sus manos por su pecho antes de besarle el cuello. Marido. Le gustaba cómo sonaba eso.

—Me temo que hoy no podré desayunar contigo —dijo, y él frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Ya llego tarde para los ensayos.

Richard gruñó y le acarició el hombro con la nariz.

—¿Así será siempre?

Jo rio entre dientes.

—Te casaste con una actriz trabajadora, ¿qué esperabas?

Él la miró con el ceño fruncido, su boca formando un pequeño puchero.

—Al menos una luna de miel.

—Lo siento, milord —dijo suavemente—. Aún no.

Richard gruñó, luego la levantó y la hizo girar en el aire. Jo soltó una risita mientras se aferraba con fuerza a su cuello. La soltó, pero no antes de plantarle un beso demandante en los labios.

—¿Por qué no puedo saciarme de ti? —le preguntó antes de apartarse.

Jo lo miró con una expresión melancólica.

—Quizás por la misma razón por la que yo no puedo.

Él le acarició la mejilla con el pulgar.

—¿Y cuál es esa razón?

Ella se encogió de hombros antes de morder juguetonamente su pulgar.

—Amor.

Richard insistió en acompañarla al teatro. Antes de irse, le recordó que debían asistir al baile de la condesa de Supe esa noche. Y esa fue la principal razón por la que Jo pasó el día preocupada e inquieta.

Todo lo demás marchaba espléndidamente. Los ensayos eran animados, y Selena estaba de buen humor. Todos felicitaban a Jo por su ventajoso, aunque apresurado, matrimonio. Ya no estaba preocupada por Mick, porque Garrett, como siempre, permanecía a su lado.

Pero la idea de enfrentarse a cientos de aristócratas en un salón de baile, siendo presentada como la nueva vizcondesa, la paralizaba.

Richard no parecía preocupado en absoluto cuando le dio esa información. Al contrario, parecía bastante complacido consigo mismo al saber que presentaría a su esposa con tanta rapidez.

Jo suponía que debía sentirse contenta de que él no quisiera ocultarla de las miradas ajenas como si se avergonzara de ella, pero deseaba que al menos estuviera un poco preocupado por cómo reaccionaría la sociedad ante esa noticia.

Él no parecía inquieto en lo más mínimo. Por eso, Jo se sorprendió al ver a Richard entrar en el teatro unas horas después.

Llevaba el ceño fruncido y, al principio, ni siquiera reconoció la presencia de Jo.

Fue directamente hacia el director del teatro. Incapaz de concentrarse en nada más, Jo bajó del escenario y se acercó a la pareja que susurraba.

Antes de que pudiera decir algo, Richard se volvió hacia ella.

—Aquí estás —dijo con una sonrisa tensa—. Ven conmigo. Nos vamos.

Los labios de Jo temblaron mientras vacilaba entre reír o preguntarle si se había vuelto loco.

No tuvo la oportunidad de decir nada. Él tomó su mano y la apretó.

—Vamos, querida. Te lo explicaré de camino a casa —dijo con un guiño tranquilizador, tirando de su brazo y llevándola consigo.

Jo se despidió de Selena y apresuró el paso para seguir las zancadas rápidas de su marido. El tono suave de su voz y el guiño coquetón no hicieron nada por aliviar sus preocupaciones. Al contrario, era evidente que algo lo inquietaba profundamente, y simplemente no quería alterarla frente a sus compañeros.

Subieron al carruaje, que se puso en marcha, pero el silencio ensordecedor seguía reinando. Richard miraba tranquilamente por la ventana, mientras sus dedos jugaban con su bastón.

—Richard —dijo finalmente Jo—. O hablas, o grito.

Richard la miró, con la expresión cansada.

—Creo que es mejor si llegamos a casa primero.

—Me volveré loca antes de que lleguemos a casa. ¿Qué sucede?

Él soltó un suspiro.

—No has leído los periódicos hoy, ¿verdad? Quiero decir, es obvio que no lo has hecho, porque estás ajena a los problemas.

—¿Qué problemas?

Richard se quitó el sombrero y se pasó una mano por el cabello antes de volver a ponérselo.

—Preferiría mostrártelo...

—Y yo preferiría que me lo dijeras. Ahora.

—Muy bien. —Richard aclaró la garganta—. Hoy salió un artículo sobre ti en el periódico.

Jo parpadeó, abriendo la boca mientras pensamientos tumultuosos pasaban por su cabeza, pensando en todas las cosas terribles que ese artículo podría haber dicho sobre ella. Pero nunca habría imaginado lo que Richard dijo a continuación:

—Habla sobre tu pasado, con un fuerte énfasis en tu madre.

Jo se quedó congelada y el pulso le retumbaba en los oídos, ahogando incluso el ruido del carruaje. Su madre, una famosa actriz, una cortesana y, más tarde, una famosa prostituta.

A Jo se le encogió el corazón, y las lágrimas le escocían en los ojos. Ni siquiera después de su muerte su pobre madre podía encontrar la paz. Y ahora todo esto estallaría en un gran escándalo.

Porque lo único peor que casarse con una actriz era casarse con la hija de una prostituta.

Jo permaneció en silencio el resto del trayecto. No insistió en pedir más explicaciones ni preguntó nada más sobre la columna, solo se quedó allí, con una expresión de shock en el rostro, sacudiendo la cabeza de vez en cuando, como si intentara alejar pensamientos no deseados.

Llegaron a casa poco después, y Richard la ayudó a bajar del carruaje. Ella tenía las manos frías, y la mirada todavía vidriosa.

Richard pensó que debería habérselo dicho con más suavidad, que debería habérselo explicado poco a poco. Pero él mismo aún estaba desconcertado. No quería contárselo en el carruaje. Quería sentarla junto al fuego, con una taza de chocolate en las manos o quizás un vaso de whisky, y entregarle el periódico.

Pero tampoco estaba seguro de que eso hubiera sido mejor. ¿Quizá habría ayudado tenerla entre sus brazos mientras leía?

Maldita sea, Richard no tenía ni idea de cómo hacer que esto le resultara más fácil a su esposa.

¡Llevaban casados solo dos días!

El vil individuo que había remitido esta noticia a la prensa, ¿no podía haber esperado al menos un mes? ¿No podían haber dejado que Jo disfrutara un poco más de su recién adquirida posición como vizcondesa?

No. Quienquiera que lo hubiera hecho, lo había hecho justo después de la boda, a propósito.

Richard acompañó a Jo hasta su habitación, pero ella se detuvo antes de cruzar el umbral.

—¿Dónde está el periódico? —preguntó.

Fueron sus primeras palabras desde que subieron al carruaje.

—En mi habitación.

—Entonces quiero ir allí. Quiero leerlo ahora.

—Por supuesto. —Richard cerró la puerta y la condujo a su cuarto.

Jo fue directamente a la mesita de noche y cogió el periódico. Lo ojeó con rapidez hasta que su mirada se detuvo y comenzó a leer el artículo con lentitud, moviendo los labios y con los ojos húmedos.

Cuando terminó, ella no lo arrojó a un lado como Richard había esperado. Ella no se enfureció ni gritó ante la injusticia. Simplemente lo dejó sobre la mesita con mano temblorosa.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Jo.

Richard dio un paso hacia ella, pero Jo retrocedió.

—Nada —respondió él—. Dejemos que pase el tiempo. No creo que debas ir al teatro, ya que es allí donde espero que haya más represalias...

—¿Por qué? —Ella lo miró, pero era como si no lo viera.

—Porque la gente puede ser cruel sin motivo. Los aristócratas... Por muy incivilizados que podamos ser, lo máximo que harán será ignorarnos. Y eso lo puedo soportar. Pero si alguien te hace daño...

Sus dedos se cerraron en puños, la ira subiendo solo con imaginarlo.

Jo negó con la cabeza.

—No tengo miedo.

—Pues quizá deberías tenerlo.

—Las personas del teatro son como yo. Aunque haya represalias en mi lugar de trabajo, no vendrán del pueblo llano. Vendrán de quienes piensan que no merezco el título de vizcondesa. Y tendrían razón.

—¡Tonterías! —Richard se acercó a ella de nuevo—. Déjame a mí encargarme de esas personas. De hecho, creo que deberíamos ir al baile de lady Supe esta noche.

Ella soltó una carcajada amarga.

—Debes estar bromeando.

—No bromeo.

—No deberías estar asistiendo a bailes ahora, Richard. Deberías estar planeando una anulación.

Richard frunció el ceño.

—¿Por qué haría yo eso?

—¿No se te ha pasado por la cabeza esa idea? —preguntó Jo, con una mirada vulnerable.

—Nunca. ¿Y por qué lo haría?

—Richard. —Ella negaba con la cabeza y retrocedía otra vez. No le creía.

—¿He sido tan bruto que todavía dudas de mí?

—No tiene nada que ver con nuestro pasado. —Ella dudó—. Pero te mostraste reticente a casarte conmigo por mi origen humilde. Y ahora está claro para todo el mundo que soy la hija de una vulgar prostituta.

—Eres mi esposa —gruñó Richard—, mi vizcondesa. No quiero oír ese lenguaje dirigido a ti. Ni siquiera de ti misma. Y si los demás no pueden aceptarlo, es su problema.

—Richard. —Finalmente, ella dio un paso hacia él—. Aún no es tarde. Podemos obtener una anulación.

—¡Sí es tarde! —exclamó—. ¡Por lo que sé, podrías estar embarazada!

—No lo estoy. Lo sabes.

Richard se humedeció los labios mientras se acercaba aún más y la tomaba por los brazos. ¿Por qué siquiera discutía sobre una idea tan absurda? Su mente estaba demasiado revuelta. La despejó.

—Escucha, querida esposa. Eres mi mujer. Siempre lo serás. Puedes intentar encontrar mil razones para anular nuestro matrimonio o para divorciarte, pero nunca voy a dejarte ir. ¿Lo entiendes? Nunca. Te amo. Juré ante Dios amarte, honrarte y cuidarte en la salud y en la enfermedad; y renunciar a todos los demás. Pues bien, ¿acaso esto —dijo, señalando el periódico con la mano— no forma parte de esos votos?

Jo alzó sus ojos llenos de lágrimas hacia él.

—No quiero causarte sufrimiento.

—No puedes. Lo único que me das es alegría y paz.

Ella soltó una carcajada, aunque las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿Esto es lo que llamas paz?

Él tomó su mano y la puso sobre su pecho.

—¿Lo oyes? —preguntó—. Mi corazón es fuerte y constante. Contigo, estoy en paz. No importa lo que ocurra a nuestro alrededor. La única vez que mi corazón late más rápido contigo es cuando me vuelves loco de deseo. —Le secó las lágrimas de las mejillas—. No te preocupes, querida. Ahora tienes una familia. Y nunca te fallaré.

Jo asintió y se abrazó a él, sus lágrimas empapando su chaleco.

—Pero ¿tenemos que ir al baile?

Él le acarició el cabello y luego la besó en la coronilla.

—Sí. Quiero presumir de mi esposa ante el mundo entero. Y quiero que todos sepan que no me avergüenzo.

—Me odiarán —susurró ella.

Richard negó con la cabeza, su barbilla rozando la parte superior de la cabeza de ella.

—No lo harán. Y aquellos que lo hagan… Que se vayan al diablo —la voz de Richard se endureció—. Pero al menos sabrán que no voy a esconder a mi hermosa esposa. Y que no voy a desaparecer de la sociedad. Y tú tampoco.

Capítulo 25

—No voy a actuar como un caballero contigo —dijo él, mordiéndole el hombro.

Le llevó unas cuantas horas más persuadir a Jo para que fuera al baile. Ella se resistió, le suplicó e incluso trató de seducirlo para que cambiara de idea, pero al final, ahí estaba, vestida de gala y lista para asistir al temido evento.

Su cabello estaba recogido en rizos intrincados, y el vestido se ceñía a sus curvas a la perfección. Richard entró en la habitación con una zancada decidida, pero enseguida se detuvo en seco.

—Estás deslumbrante, querida —dijo él con voz ronca. Luego bajó la vista y dio un paso más hacia Jo—. Esto —añadió mientras alzaba su mano para mostrarle un hermoso collar de rubíes— será perfecto para ti.

Richard se colocó tras ella, le colocó el collar en el cuello y se lo abrochó.

Jo palpó las gemas con sus dedos de forma instintiva. Se acercó al espejo y observó la preciosa joya.

—Es una reliquia familiar —dijo Richard, mirando su reflejo—. Y ahora pertenece a la vizcondesa Gage. Te pertenece a ti.

Jo cerró los ojos y tragó saliva. Nunca había tenido reliquias familiares. Bueno, tal vez sí, pero su madre había vendido cualquier cosa de valor mucho antes de que Jo supiera lo que significaba la palabra «reliquia».

Su madre había hecho todo lo posible por mantener a su hija, a pesar de que la sociedad la había condenado a llevar una vida mísera y vender su cuerpo por dinero. Y esa misma sociedad era la que ahora repudiaba a Jo por ello.

Quizás Richard tenía razón. Deberían ir al baile. Él no se avergonzaba de ella. Y Jo tampoco se avergonzaba de su madre. La alta sociedad podía ahogarse en su indignación, por lo que a ella respectaba.

Iba a ir al baile. Iba a bailar con su marido. Y lo haría en honor a su madre.

Un golpe en la puerta la hizo sobresaltarse. No estaba tan tranquila y segura de sí misma como pensaba. Bueno, era actriz; podía apañárselas.

—Probablemente sean mis hermanas —dijo Richard con una sonrisa.

Jo asintió. Richard había enviado una nota a sus hermanas para que se reunieran allí para ir juntos al baile. Quería que Jo tuviera compañía femenina. Además, estar rodeada de un marqués y un barón podía suavizar el golpe.

Los hermanos de Richard también se reunirían con ellos en el baile. Pero no había nadie más que pudiera acompañarlos.

Jo estaba segura de que la duquesa de Somerset también estaría a su lado. Pero ella seguía aún en la finca de su primo, recuperándose del duelo por la muerte de su querido pariente.

Todo le parecía irreal a Jo. Sus poderosos amigos. Ese baile. El periódico. Le parecía que

esta no era su vida. Quizás fuera un sueño. Pero luego miraba a Richard y rezaba para que todo fuera real.

Nada más le importaba. Nada, mientras él estuviera a su lado.

Él la besó en el hombro desnudo y le dedicó una tierna sonrisa.

—Vamos. Saludemos a mis hermanas.

Jo asintió, tomó su brazo y bajaron juntos a recibir a sus invitados.

—¡Estás maravillosa, querida! —dijo Isabel con una amplia sonrisa al ver a Jo, que se acercaba del brazo de su esposo.

—¡Absolutamente! —repitió Sam.

Sus esposos hicieron una reverencia educada.

—Pasemos al salón —dijo Richard.

Una vez allí reunidos, les ofreció a todos una copa de vino.

—Entiendo que estés ansioso por presentar a Jo en sociedad, pero ¿crees que hoy es el día más adecuado para hacerlo? —preguntó lord Vane, tras despachar los cumplidos de rigor.

—Sí. De lo contrario, la alta sociedad pensará que nos estamos escondiendo con el rabo entre las piernas.

—Diría que esa es la mejor opción en este momento —declaró lord Ashbury.

Richard le lanzó una mirada desdeñosa. Era evidente que no sentía mucho aprecio por sus cuñados, y sin embargo, allí estaban, dispuestos a ayudarle cuando lo necesitaba.

—No lo desprecies, Richard —dijo Sam—. Tú y yo sabemos que sería mejor contar con más apoyo. Si Evie estuviera aquí... La aprobación de una duquesa solucionaría las cosas más rápido que cualquier otra cosa que podamos hacer.

—Sí, y estoy segura de que los Clydesdale se unirían a nosotros —añadió Isabel—. Su casa sigue de luto, pero viajarían a Londres por esto. Saben mejor que nadie lo que es que la sociedad les dé la espalda.

—Y lo sobrellevaron bastante bien, ¿no es así? —preguntó Richard, aunque la pregunta era claramente retórica, y su tono no admitía réplica—. Sí, sería agradable tener más gente apoyando a Jo, pero si no aparecemos ahora, la gente asumirá que me avergüenzo de ella. De *ella*. Y eso solo alimentará los rumores y empeorará las cosas al final. No voy a esconderme en las sombras. Voy a bailar con mi esposa en el baile. Aunque tengamos que hacerlo solos y en silencio.

El grupo intercambió miradas silenciosas, y luego lord Vane dejó su copa de vino sobre el aparador.

—¿A qué estamos esperando, entonces? Vamos.

Jo estaba aterrorizada, y los nervios la obligaron a bloquear todo a su alrededor. Como resultado, no recordaba el trayecto hasta la casa de los Supe. No pudo ver cómo era el lugar, y no podía decir el color de la alfombra en la que había fijado la vista justo antes de que el mayordomo los anunciara como el vizconde y la vizcondesa Gage.

Lo primero que penetró en su subconsciente fue el silencio ensordecedor tras el anuncio.

Cientos de rostros se giraron para mirarlos, y la orquesta dejó de tocar.

Anunciaron a continuación al marqués y la marquesa de Vane, así como al barón y la baronesa de Ashbury, pero nadie les prestó atención. Todas las miradas estaban puestas en Richard y Jo.

Jo apretó los dedos en la manga de Richard, sus pies temblaban y se sentía débil. Pero

mantenía una sonrisa firme en su rostro. Era actriz. El pánico escénico no era nuevo para ella, y había aprendido a enfrentarse a su público incluso en medio del caos interior.

Pero su audiencia nunca había sido tan fría y despectiva. Las jóvenes la miraban con desprecio, pero también con una envidia evidente en sus ojos. Porque, ¿cómo se atrevía ella, una donnadie, a casarse con un joven y poderoso vizconde?

Los hombres, tanto jóvenes como mayores, le lanzaban miradas lascivas. Mientras que las mujeres de mayor edad la observaban, sin duda intentando adivinar si la madre de Jo había sido una de las antiguas amantes de sus maridos.

Esa misma pregunta pasó por la mente de Jo. ¿Cuántos hombres en este salón, que ahora fingían desdén, habían tenido algún vínculo con su madre en el pasado?

¿Estaba su padre presente en la sala? ¿Qué estaría pensando en ese momento? ¿Temía que ella revelara a todo el mundo quién era su verdadero progenitor?

No es que ella lo supiera, ni le importaba. Sabía que era un marqués, con el doble de edad de su madre, y eso era todo.

¿Seguiría vivo y en buena salud mientras su madre yacía en la tumba después de haber pasado sus últimos años sufriendo la enfermedad y la pobreza?

Jo levantó el mentón mientras la ira le hervía en la sangre.

Richard cubrió su mano con la suya y le sonrió. Sentía su enfado, y trató de calmar su dolor. Con solo una mirada, un simple toque. Pero eso fue suficiente para tranquilizarla.

Entonces la anfitriona del baile, la condesa, se giró deliberadamente, dándoles la espalda. Todos los demás la imitaron, y pronto el bullicio del salón regresó y la música reanudó su melodía, dejando a Richard, Jo y sus allegados como una isla solitaria al pie de la escalera.

Richard ya había aprendido a interpretar las señales sutiles del rostro de Jo para entender cuándo estaba a punto de estallar de furia. Para los que la observaban desde fuera, ella sonreía dulcemente, su porte era impecable y mantenía la cabeza bien alta. Pero sus ojos estaban fríos como el hielo, sus fosas nasales se ensanchaban ligeramente y su mano se tensaba aún más en su brazo.

No sabía por qué se había enfadado de repente —al menos dudaba conocer todas las razones —, pero la multitud que se extendía ante ellos provocaba la ira de su nueva esposa.

Richard cubrió su mano con la suya y la apretó. Luego la miró con una suave sonrisa. Quería comunicarle con esa sonrisa: *Estoy aquí. Estoy a tu lado. Y vamos a superar esto juntos.*

Los dedos de Jo se relajaron sobre su manga, y su mirada se suavizó. *Eso era mejor*.

Entonces, la anfitriona se dio la vuelta, y el resto del salón la imitó. Lo cual resultaba bastante irónico, ya que la anfitriona era Justine Thornton, lady Supe, una mujer de dudosa reputación, con quien Richard había tenido un breve romance al inicio de la fiesta.

De alguna manera, estaba bien que ella actuara como una cortesana. Pero la hija de una prostituta era demasiado para su delicada sensibilidad. Cualquiera pensaría que las viudas atrevidas serían las que apoyaran a los marginados de la sociedad. No tenían nada que perder.

Sin embargo, no fue el caso.

Algunas personas seguían mirándolos con curiosidad, tal vez aquellos que no estaban al tanto de las novedades. Un par de viejos conocidos de Richard inclinaron la cabeza en señal de saludo, pero la gran mayoría evitaba deliberadamente el contacto visual con ellos.

La temporada aún no había comenzado por completo. La mayoría de los presentes eran recién llegados o viejas matronas que permanecían en Londres todo el año. Así que no sorprendía a Richard que nadie se acercara realmente a saludar a la familia arruinada, excepto

sus hermanos, que los esperaban al pie de las escaleras.

Quizás sus hermanos tenían razón. Deberían haber esperado a que más amigos regresaran a Londres. Al menos, eso habría hecho que Jo se sintiera menos incómoda y fuera de lugar. Probablemente ya temía unirse a la escena londinense antes del escándalo. ¿Y ahora?

Bueno, ahora lo único que podían hacer era aceptar su entorno y disfrutar de la incomodidad de los demás.

—¿Y ahora qué? —murmuró Vane entre dientes. No parecía perturbado, solo curioso, quizás incluso aburrido.

Jo miró a Richard con una mirada suplicante.

—¿Podemos irnos a casa ya?

Richard tomó su mano y le besó los nudillos.

—¿Qué te parece si bailamos primero?

Jo vaciló.

—Esta idea me gusta bastante —intervino Ashbury, guiñando un ojo a Sam—. ¿Me concedes este baile?

Sam soltó una risita y puso su mano en la de él, y la pareja se unió a los demás en la pista de baile.

Lord Vane ofreció su mano a Isabel, y ella sonrió ampliamente.

—Por supuesto.

Richard se volvió hacia Jo y alzó una ceja.

—¿Y bien? ¿Me harías el honor?

Jo vaciló.

—Solo estamos empeorando las cosas. Nunca quise esto para ti... Nunca quise que sacrificaras tu posición en la sociedad por mí.

Richard tomó su brazo y lo entrelazó con el suyo antes de dirigirse a la pista de baile.

—Mi esperanza, Jo, es que un día dejes de ver nuestra unión como un sacrificio de mi parte. Mi esperanza es que dejes de sorprenderte cuando esté a tu lado, pase lo que pase. Y que dejes de siquiera pensar que estaría mejor sin ti. Mi esperanza para nosotros, Jo, es que sepas, sin ninguna duda, que siempre, siempre seré tu fortaleza.

Se detuvo y se giró hacia ella, y comenzaron a bailar.

—Lo sé, pero…

—¿De verdad lo sabes? —Sus miradas se cruzaron, ajenos a todo lo que los rodeaba excepto ellos mismos—. Porque siento que no. Percibo tu incertidumbre y tus dudas. Y sé que soy yo el culpable. Aunque te casaste conmigo, tengo la sensación de que no me has perdonado por mi comportamiento atroz en la fiesta y en las semanas posteriores. Ni deberías hacerlo.

Jo tragó saliva, siguiendo los pasos del baile y mirándolo directamente con una expresión vulnerable.

—Esa punzada de traición y rechazo no desaparece fácilmente, pero tampoco lo hacen los sentimientos que tenías. Y aún así, te he perdonado. Y aún así, no quiero causarte dolor.

Richard la hizo girar, dándose cuenta por primera vez de que la multitud en la pista de baile se estaba reduciendo. Luego volvió a encontrar su mirada, y olvidó su entorno.

—Tienes razón. No he cambiado, y mis sentimientos tampoco. Solo que ahora, por fin, entiendo lo que significan esos sentimientos.

—¿Qué significan?

La música se detuvo, y un silencio absoluto siguió. No, el baile no había terminado todavía.

Pero probablemente la anfitriona había pedido que la orquesta dejara de tocar. Probablemente por Richard y Jo.

A Richard no le importaba. Miró profundamente a los ojos de su esposa, luego la atrajo hacia su pecho.

—Que te amo. Y que ya no tengo miedo de ese amor.

Bajó la cabeza y la besó suavemente. Un tipo de beso que nunca había dado a nadie. Un tipo de beso que esperaba transmitiera su adoración por ella.

Se escucharon suspiros y murmullos de indignación.

Richard levantó la cabeza y dijo en voz alta:

—Esta función es bastante aburrida, querida. ¿Qué te parece si seguimos esto en casa?

Jo soltó una risita de felicidad, luego puso su mano en la de él, y juntos salieron apresuradamente del salón de baile, dejando a los escandalizados invitados sumidos en su indignación.

Capítulo 26

Antes de casarse, Jo no tenía ni idea de que la parte más difícil del día sería salir de la cálida cama —y de los aún más cálidos brazos de su marido— en las primeras horas de la mañana.

Normalmente, se apresuraba a ir a su trabajo antes del amanecer, porque amaba actuar. Puede que no amara todo lo relacionado con el teatro, pero el hecho de subir al escenario la emocionaba. Esa había sido siempre la pasión de su vida.

Ahora, la pasión de su vida yacía cómodamente en la cama, roncando con suavidad, suplicándole en silencio que se acurrucara junto a él. La respiración de Richard era tranquila, sus facciones estaban relajadas, y el cabello le cubría un lado de la cara. Jo no pudo evitar alzar la mano y apartarle un mechón. Él ni siquiera se inmutó. El granuja afortunado... En su estado de reposo, sus labios —que por lo general apretaba en una fina línea durante el día— parecían carnosos y tentadores. Sus espesas pestañas proyectaban una sombra sobre sus mejillas.

Su formidable marido parecía tan inocente… Tan puro....

«Mi marido».

Aún no se acostumbraba a la idea. Ni siquiera comprendía del todo lo que significaba. Ahora que no eran bienvenidos por la alta sociedad, ¿su vida cambiaría tanto en realidad?

No asistirían a los bailes ni a otros eventos sociales. Los invitados no se agruparían frente a la puerta de su casa. Quizá, aparte de haber cambiado su pequeña habitación por una enorme casa en la ciudad, su vida seguiría siendo la misma.

¿Eso era algo bueno, o todo lo contrario?

No tenía tiempo para pensar en ello. Una cosa era segura: si seguía observando a Richard así todas las mañanas, resistiéndose a dejarlo, nunca llegaría a tiempo a los ensayos.

Jo se inclinó y le dio un suave beso en la mejilla. La barba matutina le pinchó en los labios.

De repente, los brazos de Richard se enredaron a su alrededor y la atrajeron hacia su pecho. Él gruñó y se estiró, con un brazo aún sosteniéndola cerca de su cálido y firme cuerpo. Jo rio y le besó el cuello antes de intentar levantarse.

—No —dijo Richard con voz ronca, apretándola más contra sí—. No te vayas.

Jo lo miró desde su posición.

—No puedo llegar tarde al trabajo otra vez. Tengo que irme.

Ella no pudo evitar darle un breve beso en los labios antes de escapar de la cama.

Caminó hacia la puerta que conectaba sus habitaciones con un paso ligero. Despertar junto a Richard era, sin duda, la mejor parte de su día, aunque dejarlo allí fuera la peor.

Se aseó, y luego su doncella personal la ayudó a vestirse. Richard le había asignado una joven doncella para esa tarea, y aunque Jo no necesitaba ayuda para vestirse con su ropa de teatro, la chica estaba tan emocionada con su nuevo puesto que Jo no tuvo corazón para protestar.

Richard entró en su habitación justo cuando la muchacha estaba terminando de peinar a Jo. Él ya estaba vestido, solo le faltaba el sombrero, el abrigo y los guantes.

—Le pedí a la señora Whiston que nos preparara el desayuno temprano —dijo Richard.

Jo se giró hacia él.

—No tengo tiempo. No quiero llegar tarde de nuevo.

—Entonces, la próxima vez deberías levantarte antes —respondió él con sequedad.

Jo ahogó un grito de indignación y lo miró con los ojos entornados. Como si él no fuera la razón que la mantenía en la cama hasta que era demasiado tarde. Y como si él no lo supiera.

Jo se volvió hacia su doncella y le sonrió.

—Gracias, Lilian.

La joven hizo una reverencia y se marchó apresuradamente.

—No voy a dejar que salgas de esta casa sin desayunar —continuó Richard con calma—. Puedes negarte a dedicarme un breve encuentro entre las sábanas por las mañanas, y lo aceptaré. Soy un hombre razonable. Puedo esperar hasta la noche. Pero ¿cómo podría, en conciencia, dejar que mi esposa se salte una comida?

Jo abrió la boca para responder, pero luego la cerró. El argumento de Richard era tan absurdo que se quedó sin palabras.

Él sonrió, luego fue a su encuentro y extendió un brazo hacia ella para ofrecerle su mano. Jo la aceptó y él la colocó sobre su propio pecho.

—¿Te he dejado sin habla? —preguntó Richard—. Un logro bastante raro, ¿no te parece?

Jo le dio un golpe juguetón con su mano libre.

—Estoy asombrada por tu uso de la palabra «dejar» —dijo—. Es como si insinuaras que necesito tu aprobación.

—La necesitas. —Él levantó una ceja con arrogancia.

—¿Para comer y hacer el amor?

—Para negarte a comer y negarte a hacer el amor —aclaró Richard con gesto serio.

—Ah —dijo Jo, divertida—. Entonces, eso es muy distinto.

—Sabía que estarías de acuerdo —dijo él con un guiño, tirando de ella hacia las puertas.

—No, Richard, de veras. No tengo tiempo.

—Desayunaremos juntos como una familia. No hay más que hablar.

Antes de que pronunciar las palabras, su significado golpeó a Richard de lleno.

«Familia».

Desde hacía unos días, tenía su propia familia. Ciertamente, era una familia pequeña. Solo Jo y él, pero era suficiente.

La guio por la casa mientras ella miraba a su alrededor con curiosidad. Él no le había mostrado aún la casa de campo, y ella no la conocía. Tenía tanto que enseñarle, tanto que compartir con ella...

Richard se sentía muy impaciente por hacerlo, pero, al mismo tiempo, estaba extrañamente tranquilo.

«Tenía una familia».

—Debería encargar que nos hicieran un retrato —dijo él de pronto.

Jo lo miró con una sonrisa.

—Me encantaría.

—Hay una pequeña galería en esta casa con los retratos de mi familia. Encargaban uno cada

vez que nacía un bebé, lo cual sucedía casi todos los años.

La risa de Jo hizo sonreír a Richard.

—Supongo que esperas lo mismo de mí —dijo ella.

Él le lanzó una mirada de soslayo.

—¿Esperarlo? No. Pero a juzgar por el ansia que tenemos el uno por el otro, probablemente la casa estará llena de niños muy pronto.

Jo estudió su rostro con una mirada dulce e intensa que lo incomodó ligeramente. ¿En qué estaría ella pensando? Le había dicho a Richard que quería hijos, pero ¿cuántos?

Si por él fuera, tendrían media docena o más, pero sabía que tendría que esperar a que Jo estuviera lista. Y por ella estaba dispuesto a esperar para siempre.

La condujo al comedor, y Jo se detuvo para contemplarlo. La larga mesa estaba en el centro de la habitación, llena de comida, mientras los lacayos se alineaban contra la pared.

—¿Sabes? —preguntó ella—. No puedo creer que esta sea mi vida —dijo en voz baja.

—¿Te gusta?

Jo frunció el ceño ligeramente, con los labios apretados.

—No estoy acostumbrada a este derroche. Supongo que me llevará un tiempo habituarme a todo esto. Y no debe de ser fácil mantener una casa tan grande.

Richard asintió mientras la ayudaba a sentarse a su lado. Él se acomodó a la cabecera de la mesa y pidió a los lacayos que les sirvieran café y chocolate.

—Me las he apañado para gestionar los asuntos domésticos estos últimos meses —dijo—. No hay prisa para que te encargues de ello. No será una transición fácil para ti, siendo actriz y al mismo tiempo la señora de varias propiedades... Pero encontraremos la manera de hacer que funcione.

Jo lo miró de forma extraña.

—¿De veras estás de acuerdo con que siga con mi carrera?

Richard la miró a los ojos.

—Me casé contigo para hacerte feliz, no desgraciada. No te voy a pedir que hagas sacrificios por mí. —Frunció el ceño—. Bueno, quizás te pida que llegues tarde al trabajo para que podamos hacer el amor, pero...

—¡Richard! —exclamó Jo, ruborizada, mirando de reojo a los lacayos.

Richard tomó su mano y le besó los nudillos.

—Me encanta hacerte sonrojar.

En ese momento, Doyle entró en la sala e hizo una reverencia.

—Una carta para lady Gage.

Jo sonrió mientras miraba a Richard y movía los labios, repitiendo en silencio «lady Gage...».

Él le sonrió, al parecer, también complacido y le acarició la mano antes de soltarla.

El señor Doyle le entregó a Jo el sobre y ella lo abrió de inmediato.

—¿Es necesario que lo leas ahora? —preguntó Richard, molesto por la interrupción de su momento íntimo—. Estábamos teniendo una conversación muy agradable.

Jo lo miró con severidad.

—Es del teatro Covent Garden. Les mandé mis obras con la esperanza de venderlas. Pero después del escándalo de ayer en el periódico, probablemente esta sea una carta de rechazo.

Jo leyó algunas líneas de la misiva y luego volvió a leerlas, como si no pudiera creer lo que veía.

—¿Qué sucede? —preguntó Richard, arrebatándole la carta de entre los dedos. Él ojeó la nota y luego miró a Jo—. Quieren comprar tus obras —dijo con asombro, aunque lo que más le sorprendía era la reacción de Jo. ¿Por qué estaba tan callada? ¿Por se mostraba tan impactada?

—Quieren comprar mis obras… —repitió ella.

—Pareces confundida. ¿Acaso no es esto lo que querías?

Jo soltó una carcajada.

—No puedo creer que sea real.

Las facciones de Richard se relajaron, y una sonrisa comprensiva apareció en sus labios.

—Tienes un talento excepcional, querida. Claro que quieren comprar tus obras.

Jo sacudió la cabeza.

—El Covent Garden quiere mis obras —dijo ella de nuevo con una risita—. Uno de los teatros más grandes del país quiere reunirse conmigo porque les han gustado mis obras. ¡Esto es increíble! Estaba convencida de que me rechazarían.

—Bueno, dicen que quieren verte lo antes posible —dijo Richard mientras releía la carta—. ¿Significa eso que en lugar de ir hoy al Gilded Rose, iremos directamente al Covent Garden?

—Sí —respondió Jo con aire distraído, pero luego giró la cabeza hacia Richard con brusquedad—. ¿Has dicho «iremos»?

Richard parpadeó con fingida inocencia.

—¿Acaso pensabas que irías sola?

—Sí.

Richard soltó una risa sin humor. ¿En serio creía ella que él iba a perderla de vista mientras no se olvidase el escándalo?

—A veces me asombras, esposa mía. No vas a salir de esta casa sin mí hasta nuevo aviso.

—¿Soy tu prisionera o tu esposa? —Jo alzó la ceja con altivez. Ya estaba asumiendo su papel de vizcondesa.

—Después de lo que han publicado sobre ti, no te dejaré salir sola. ¿Por qué crees que me levanté de la cama tan temprano?

Jo se encogió de hombros.

—¿Para comer?

Richard se frotó la cara.

—Querida, o voy contigo o no vas a ninguna parte.

Jo apretó los dientes, mientras Richard la observaba con calma y una expresión imperturbable.

—Tengo a Garret —declaró Jo—. Además, si insistes en acompañarme a todas partes, ¿cuándo tendrás tiempo para cumplir con tus responsabilidades?

—Me las arreglaré, y tú eres mi principal responsabilidad —gruñó él.

Jo miró al techo para calmarse. Luego miró a Richard y una sonrisa apareció en su rostro.

—Maldito seas, esposo mío. Ni siquiera puedo enojarme contigo. Muy bien, puedes venir. Pero esperarás fuera.

Richard frunció el ceño.

—Fuera de la oficina del gerente del teatro —explicó Jo—. Por favor. No quiero que lo influencies. Quiero ser yo quien negocie mis propios asuntos, no tú.

Era una mujer independiente. Él lo sabía cuando se casó con ella. Era una de las cosas que más amaba de ella. Richard suspiró.

—Sabes que puedo hacerte las cosas mucho más fáciles —dijo.

—Sí, y también sé que me molestaría hasta el infinito.

Richard se rio y sacudió la cabeza.

—¿Sabes que la única razón por la que te saldrás con la tuya es porque mi corazón se derrite cada vez que me llamas esposo?

—Gracias, esposo mío —dijo Jo con gesto coqueto, y luego se inclinó sobre la mesa para darle a Richard un beso en los labios.

Este se rio de nuevo y la atrajo hacia su regazo.

—Ese es el tipo de reacción por el que vale la pena permitirte todo.

Jo ya había estado antes en el teatro Covent Garden, por supuesto. Había soñado con actuar en ese escenario durante más de una década. Era un lugar majestuoso, lleno de maravillas.

La escoltaron a través del encantador recinto hasta la oficina del gerente, actor y propietario del teatro, el señor Harry Thomson.

Richard se quedó fuera pacientemente, tal como había prometido. Y aunque a Jo no le había entusiasmado al principio la idea de que él la acompañase, ahora se alegraba de que él estuviera a su lado.

Jo respiró hondo mientras entraba en la pequeña, pero acogedora sala llena de estanterías. El diminuto escritorio estaba frente a la puerta, y un hombre apuesto de mediana edad, sepultado bajo montañas de papeles, se levantó para saludarla. Ella tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo, de lo alto que era. Tenía el cabello rubio, ya muy mezclado con canas, y su rostro estaba surcado por arrugas causadas, seguramente, por su sonrisa. Jo lo observó mientras él la ayudaba a sentarse, aún sin creer que estaba en la misma sala que el famoso Harry Thomson, uno de los actores dramáticos más populares del momento.

—Me alegra ver que recibió mi respuesta —dijo él al acomodarse de nuevo en su asiento tras el escritorio.

—Gracias por considerar mi trabajo —dijo Jo, sin aliento. Sentía un calor sofocante y las palmas de las manos le sudaban de forma intensa—. Estaba convencida de que ni siquiera lo tendría en cuenta.

El señor Thomson soltó una carcajada; su voz era grave.

—¿Por qué dice eso?

Jo se humedeció los labios.

—La experiencia me ha enseñado recientemente que mi nombre quizá podría ser un inconveniente.

—La experiencia es una gran maestra —respondió el señor Thomson, encogiéndose de hombros—. Sin embargo, también puede equivocarse. Me alegra ser un ejemplo de ello.

—Yo también me alegro. —Jo sonrió.

Él tamborileó los dedos sobre la mesa mientras la observaba con los ojos entornados.

—He leído su trabajo y debo decir que estoy impresionado. Sabe cómo construir una narrativa convincente.

Jo sintió cómo se le encendían las mejillas.

—Gracias. Estoy profundamente agradecida por oírle decir eso.

—Habrá que hacer algunos cambios, por supuesto. Pero le prometo que seremos fieles a su estilo, y no se modificará nada sin su aprobación.

Jo se tensó, pero asintió. Sabía que su trabajo no era perfecto y estaba dispuesta a mejorarlo si era necesario, aunque una idea persistente en el fondo de su mente le impedía continuar la

conversación con naturalidad.

—Antes de seguir adelante —dijo ella después de aclararse la garganta—, quería preguntarle si ha leído los últimos periódicos. En particular, los que mencionan mi nombre.

El hombre se rio.

—Oh, sí. Esa fue la razón por la que empecé a leer lo que me envió. Verá, recibimos muchas propuestas cada mes. La suya habría quedado enterrada bajo esta pila —hizo un gesto con la mano hacia su escritorio—, pero el artículo me la recordó. Eso despertó mi interés en su trabajo desde el principio.

—Entiendo… —Jo intentó reprimir su decepción. No eran sus cualidades personales lo que había llamado la atención del gerente, sino el alboroto ligado a su nombre—. Entonces, ¿no le importa que mi presencia traiga el escándalo a su teatro?

El señor Thomson se recostó en su silla y entrelazó los dedos sobre el estómago.

—Somos un teatro, no el Parlamento —dijo él al fin—. La gente viene aquí a ver obras, claro. Pero también a chismorrear. Y me esfuerzo por darles algo de qué hablar.

Jo no sabía cómo reaccionar. La reunión que había soñado durante tanto tiempo se estaba convirtiendo poco a poco en una pesadilla. Sí, le alegraba que el escándalo no fuera un obstáculo, pero ahora sentía que era su único mérito para estar allí.

El señor Thomson debió de notar su desánimo, porque se apresuró a añadir:

—No me malinterprete. Estoy interesado en sus obras por su talento. Si conoce la popularidad de nuestro teatro, no es el resultado de tener un público vulgar. Trabajamos duro para innovar y estamos en constante búsqueda de autores nuevos y originales. Y usted es uno de ellos.

—Pero, aún así, quiere hacer cambios en mis obras y aprovechar mi notoria reputación —dijo Jo, distraída.

No le hablaba realmente al hombre que tenía delante, sino a sí misma, intentando comprender qué estaba a punto de firmar.

—Yo no lo vería de esa manera —respondió él.

—¿Cómo lo vería usted? —Jo ladeó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Hay algunas cosas que hacen a un buen dramaturgo. Una voz fuerte, la cual usted tiene. Una presencia en la sociedad, y su nueva posición como vizcondesa le ayuda con eso. También necesita un buen gerente —añadió con una sonrisa—. Haré que sus obras brillen. La producción teatral en Covent Garden es excepcional. Usted ya lo sabe, o no se habría dirigido a mí.

Jo asintió.

—En cuanto al reparto, ¿podré hacer sugerencias? —preguntó ella.

—Por supuesto —respondió el señor Thompson sin dudar—. De hecho, esa sería una de mis condiciones. La he visto actuar. Mi trabajo es estudiar a la competencia, y no la he olvidado. Es tan buena actriz como dramaturga, y me gustaría compartir escenario con usted. Su fama, belleza y talento deberían ayudarnos a que sus obras sean un éxito.

Jo se removió incómoda en su asiento.

—¿Quiere actuar a mi lado? —preguntó.

—Por supuesto.

Estar en el mismo escenario que Harry Thomson ya era un privilegio. Ser la protagonista en sus propias obras junto a él era otro tipo de honor completamente distinto. Pero Jo se dio cuenta enseguida de que el director quería aprovecharse de ella tanto como pudiera.

No podía reprochárselo, era de esperar. Sin embargo, por alguna razón, Jo se sentía

incómoda.

—Cuando hablo de reparto, no me refiero solo a mí —dijo ella—. Me gustaría hacer algunas sugerencias sobre algunos actores que podría añadir a su compañía actual. Voy a dejar el teatro Gilded Rose para esto. He hecho amigos allí. Quisiera llevarme a algunos conmigo.

El director se inclinó y comenzó a ordenar los papeles que tenía delante.

—Podemos hablar de ello. Por supuesto. El reparto no es una decisión que tome solo, pero si sus amigos son tan talentosos como usted, y tiene sitio para ellos en sus obras, entonces consideraremos ampliar la compañía.

No era la respuesta entusiasta que ella esperaba, pero sí más entusiasta de lo que podía esperar, siendo realista.

El director esbozó una sonrisa mientras continuaba:

—No creo que le interese el dinero, ahora que es vizcondesa. Pero podría ganar cientos de libras al año, quizás más, dependiendo de la popularidad de sus obras y de su actuación. Juntos podríamos ser un dúo formidable.

Las palabras deberían haberle levantado el ánimo a Jo. Actuar y escribir para el Covent Garden, actuar con Harry Thomson, y tener un salario constante de cientos de libras al año no era algo que se pudiera despreciar. De haber ocurrido esto antes de convertirse en vizcondesa, ¡habría estado extasiada!

Pero el señor Thomson tenía razón. Ahora que su esposo le había asignado una renta anual de unos cuantos miles de libras, esa suma le resultaba algo menos impresionante.

Ciertamente, ella no necesitaba el dinero, y tendría que dejar a Richard cada mañana para ir a un lugar no muy diferente al Gilded Rose y quizás tratar con personas como Mick.

¿Sería el señor Thomson como él? Su primera impresión del gerente había sido positiva. Pero lo mismo había pensado de Mick. Gente como esa sabía cómo ganarse el corazón de los demás antes de manipularlos y usar sus sentimientos a su favor. Jo no quería que Mick definiera todas sus futuras relaciones con otros actores, pero no podía evitar sentirse cautelosa. Si vendía sus obras y firmaba para actuar en el Covent Garden, estaría comprometiéndose a un contrato a largo plazo del que quizás no podría escapar con facilidad.

Antes, habría lanzado la cautela al viento, pero ahora, como esposa de un poderoso vizconde, se podía permitir el lujo de elegir. No tenía que hacer nada que no quisiera hacer.

Pero eso no era lo único que le preocupaba.

Una de sus motivaciones para escapar del Gilded Rose era llevarse a Selena consigo. Y ahora parecía que eso no estaba garantizado. Selena tenía talento, y podría conseguir trabajo en el Covent Garden con un pequeño empujón de Jo, pero había muchos factores que debían alinearse para que eso sucediera. ¿Y qué pasaría con las otras actrices del Gilded Rose? Con su estatus actual de vizcondesa, Jo pensó que podría hacer mucho más. Muchísimo más.

El señor Thomson le había dicho que su escándalo había hecho que se fijara en ella. Dijo que eso ayudaría a su teatro. Entonces, quizás en lugar de huir del escándalo, debería abrazarlo.

Si iba a convertirse en la próxima Mary Robinson, bien podría usarlo para hacer algo mejor que ser simplemente una dramaturga con un salario cómodo.

Decidida, Jo sonrió con amabilidad al señor Thomson.

—Muchas gracias por su generosa oferta. Aprecio mucho que haya leído mis obras y su invitación a venir aquí. Me ha ayudado a darme cuenta de algo que antes no veía. —Jo hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Esto no es lo que quiero.

El señor Thomson parpadeó.

—¿Perdón?

—Disculpe por hacerle perder el tiempo —dijo Jo, levantándose—. Esto no tiene nada que ver con su oferta. Siempre pensé que quería pisar el escenario del majestuoso Covent Garden, pero acabo de darme cuenta de que no es así. Me encantaría seguir manteniendo una relación laboral amistosa con su compañía, y espero que volvamos a vernos. Pero debo despedirme por ahora.

—¿Está segura? —el señor Thomson se puso en pie—. Esta es nuestra oferta final. Si se va de esta oficina hoy...

—No regresaré —dijo Jo con determinación—. Se lo aseguro.

Jo salió de la oficina con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Y bien? —preguntó Richard al acercarse a ella.

Jo rio.

—Los he rechazado.

Richard la miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué? Pensé que esto te hacía feliz.

Jo giró sobre sus talones en el pasillo, deleitándose con la belleza majestuosa del teatro que había adorado durante tanto tiempo.

—Yo también lo creía.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó Richard tomando sus manos.

—Todo —respondió ella con una sonrisa—. Me convertí en la esposa de un rico vizconde. Probé la libertad y la emoción de ser apreciada. Todo este tiempo pensé que quería tener independencia respecto a ti, pero eso no es lo que quiero.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Richard, con una sonrisa en su mirada.

Jo entrelazó su brazo con el suyo y lo condujo hacia la salida.

—Quiero tener independencia respecto a este mundo horrible. Quiero poder crear lo que desee mi corazón sin la censura de los hombres. Quiero poder ayudar a mis amigos. Y quiero poder quedarme en la cama hasta tarde con mi marido.

Richard la miró, sorprendido.

—¿No quieres actuar más?

Jo negó con la cabeza.

—Oh, al contrario. Quiero actuar. Pero también quiero hacer mucho más. Quiero escribir, quiero dirigir producciones, quiero contratar a mi propia compañía de actores y asegurarme de que tipos como Mick no pisen mi escenario.

Richard frunció el ceño, sin entender.

—¿Qué estás diciendo?

Jo reprimió la risa.

—Con tu permiso, querido esposo, quiero comprar un teatro.

—¿Quieres comprar un teatro? —Richard se detuvo en seco, y Jo volvió a reír.

—Sí. El Incomparable está a la venta. Lo leí hace unos días. Su propietaria actual, Jane Smith, se ha casado y lo ha puesto en venta. Quiero comprarlo. Quiero devolverle su belleza original, y quiero dirigir mi propio teatro.

Richard arqueó una ceja.

—Sé que tienes tu propio dinero, pero eso requerirá una inversión considerable. Creía que no querías sucumbir a mis riquezas.

Jo se encogió de hombros.

—No quería. Era orgullosa y estúpida. Esos dos sentimientos van de la mano, ¿no crees? Quería escalar la montaña por mí misma, pero me dominaba mi orgullo, no el sentido común. Esta reunión con el señor Thomson me hizo entender algo. Puedo huir de mi notoriedad o utilizarla. Y si la utilizo, podría hacer algo bueno con ella.

»La gente puede hablar a mis espaldas y decir que el único motivo por el que soy dramaturga es porque mi marido es un vizconde. Puede que incluso tengan razón. Pero, si no tengo talento, ¿quién vendrá a ver mis obras? Tendrán que admitir que tengo talento, o fracasaré. Y no pienso fracasar.

»Además, no se trata solo de mí. Se trata de mi compañía. Se trata de dar oportunidades a mis amigos. Y de pagarles de forma justa para que no tengan que mendigar mientras unos pocos elegidos se enriquecen. Yo no necesito el dinero —añadió con una sonrisa, presionando una mano sobre el pecho de Richard—. Gracias a ti. Así que puedo compartir mis beneficios con quienes trabajen para mí.

Richard sonrió ampliamente y encerró con fuerza la mano de Jo en la suya.

—Entonces, llévame a tu nuevo teatro.

Capítulo 27

—Veo que has vuelto a reorganizar los muebles —dijo Selena desde el umbral, y luego entró en la espaciosa biblioteca que Jo había convertido en su despacho.

A Jo le encantaba trabajar rodeada de libros. Le daban inspiración. Así que, en lugar de convertir una de las habitaciones de invitados en su lugar de trabajo, como Richard había sugerido, optó por despejar una esquina de la biblioteca y colocar allí su escritorio.

Jo sonrió y caminó hacia su amiga, con los brazos extendidos.

—Solo moví las cosas unos centímetros hacia la izquierda.

Tomó las manos de Selena y la estudió de arriba abajo. El color había vuelto a las mejillas de su amiga, sus ojos brillaban con intensidad, y parecía ser la exuberante Selena de siempre, lo cual alegró mucho a Jo.

—Estás radiante —dijo esta.

—Hoy es mi primer día de libertad del Gilded Rose —dijo Selena—. Creo que es motivo de celebración. Sin embargo, prefería venir aquí y ayudarte.

Jo sonrió de oreja a oreja y la condujo hacia su escritorio.

—Es una muy buena noticia, porque tengo que tomar muchas decisiones. ¿Todos han recibido sus invitaciones para unirse a nosotros en el teatro?

—Sí —respondió Selena, acomodándose en una silla frente a Jo—. Todo el teatro está revolucionado con la noticia. Algunos están intentando rescindir sus contratos con el Gilded Rose lo antes posible, como hice yo, y otros están esperando a que expiren. En cualquier caso, seguro que la mayoría de nuestros amigos se unirá a nosotros.

—¡Maravilloso! —Jo aplaudió con entusiasmo.

—Deberías haber visto a Mick cuando se enteró de lo que todos estaban comentando. Estaba absolutamente furioso.

Jo hizo una mueca.

—Ojalá recibiera lo que se merece. Pero supongo que los hombres como él se salen con la suya tras cometer sus atrocidades. Al menos, pasará unos días desagradables cuando toda la compañía lo abandone. Tendré que conformarme con eso.

Selena le sonrió con suavidad.

—Deberías apartarlo de tus pensamientos y concentrarte en tu proyecto. ¿Habías imaginado alguna vez que tendrías tu propio teatro?

Jo negó con la cabeza.

—Ni siquiera en mis sueños.

Técnicamente, el teatro aún no era suyo. El papeleo no había finalizado. Además, Jo esperaba encontrar socios para su proyecto antes de que los documentos fueran redactados y firmados. No quería hacerlo sola. Necesitaba aliados de confianza, además de su esposo y Selena, alguien dispuesto a invertir tiempo y dinero.

El teatro era una parte importante, pero no lo era todo. También quería construir cerca una residencia para las actrices y sus hijos, si los tenían.

Muchas actrices de grandes teatros eran muy populares y estaban bastante bien posicionadas. Pero no se podía decir lo mismo del Gilded Rose ni de otros teatros más pequeños que no tenían patente para representar obras durante el invierno, la temporada más concurrida del año.

Jo había sido la figura estelar en el Gilded Rose y, gracias a los ingresos adicionales de las fiestas privadas, había conseguido ganar suficiente dinero para trajes extravagantes con los que pasearse entre la alta sociedad, y tenía los medios para viajar y alquilar alojamientos respetables. Pero la situación era mucho peor para las actrices con papeles más pequeños.

Jo quería cuidar de sus actores. Quería que ninguno de ellos tuviera que buscar trabajos adicionales. Quería darles a las actrices la libertad de no tener que buscar protectores... a menos que ellas quisieran, por supuesto. Y para eso, necesitaba más socios.

Había enviado cartas a sus cuñadas preguntándoles si querían formar parte de su proyecto y si conocían a más personas interesadas, pero aún no había recibido respuesta.

—Entonces —dijo Selena, al notar el cambio en el ánimo de Jo—, ¿qué estabas haciendo antes de que te interrumpiera de forma tan grosera?

Jo soltó una carcajada.

—No me interrumpiste. Vas a ayudarme. Tenemos mucho que hacer. Como aún no tenemos la compañía formada, no podemos solicitar la patente para representar obras. Y antes de que esa patente sea aprobada, necesitamos planear otras formas de entretener a nuestros visitantes. Tengo ideas para melodramas, comedias y...

Selena rio.

—¿Dijiste que necesitabas mi ayuda para esto? ¿O solo necesitas que alguien escuche tus ideas?

Jo sonrió.

—Necesito que alguien escuche mis ideas y me diga si son una tontería.

—Entonces tienes ante ti a la persona indicada —dijo Selena, orgullosa—. ¿Quién más puede decirte la verdad como yo? Ciertamente, no tu devoto esposo.

Jo frunció los labios. Antes de que tuviera tiempo de responder, el mayordomo apareció en el umbral.

—Milady, tiene visitas —dijo el hombre haciendo una reverencia.

Jo parpadeó. «¿Visitas?». Miró a Selena con una expresión de desconcierto.

Esta se encogió de hombros.

—No se trata de mí. Yo ya estoy aquí.

—Les he pedido que esperen en el salón azul —añadió el mayordomo.

—Bien, gracias —dijo Jo, aún aturdida. Luego, se giró hacia Selena otra vez—. ¿Quién podrá ser? ¡Llevo más de una semana siendo vizcondesa y nunca he tenido visitas! No sé qué hacer… ¿Qué hago?

Selena soltó una risita.

—Respira. Lo harás genial. Solo pon una sonrisa en tu rostro y actúa. Finge que sabes lo que haces.

—Pero no tengo ni idea de cómo desenvolverme...

Las facciones de Selena se volvieron más suaves.

—Entonces, ofréceles algo de beber.

—¿Whisky? —preguntó Jo con el ceño fruncido.

El gesto de Selena se tornó tan exasperado que Jo habría reído si no estuviera tan absolutamente aterrorizada en ese momento.

—Té.

Jo corrió hacia la campanilla de los criados y pidió que llevaran té al salón azul. ¿Quién podrían ser los visitantes? ¿Debería haber preguntado a Doyle?

«¡Maldición!».

Jo respiró hondo, tratando de calmarse. Lo averiguaría pronto.

—Vendrás conmigo, ¿verdad? —suplicó Jo a Selena, quien sonrió.

—¿Cuándo te he dejado sola si hay problemas? —dijo Selena entrelazando su brazo con el de Jo, antes de dirigirse juntas hacia el salón azul.

Ya desde el pasillo, pudieron escuchar un parloteo femenino. «Damas, entonces. Varias damas».

Jo abrió la puerta y una radiante sonrisa iluminó sus rasgos.

Isabel, Sam, la duquesa de Somerset y otra dama estaban sentadas en círculo, charlando animadamente.

Se giraron al escuchar que Jo y Selena habían entrado y se levantaron, sonriendo.

Jo había temido que fueran algunas señoras chismosas que juzgarían cada uno de sus movimientos para luego esparcir cotilleos sobre que la nueva vizcondesa no solo era escandalosa, sino también inepta. Con estas damas a su lado, no tenía nada que temer.

Se saludaron con abrazos y risas. La cuarta invitada resultó ser Julie, la condesa de Clydesdale.

Al parecer, Evie y Julie habían viajado desde la finca de los Clydesdale en cuanto se enteraron del escándalo que rodeaba a Jo y Richard. Ambas seguían de luto, aunque ninguna vestía de negro, y ambas estaban decididas a regresar a la sociedad por el bien de Jo.

—A Mary no le gustaba el negro —dijo Julie con una triste sonrisa—. Odiaría vernos vestidas de colores oscuros. Por eso la recordamos de otra forma: estamos de luto, pero con colores alegres, desafiando las normas de la sociedad. ¿Qué mejor manera de hacerlo que esta?

Evie le tomó la mano y la apretó.

—Totalmente de acuerdo, querida prima.

La conversación fluyó con facilidad de un tema a otro, así que, para cuando llegó el té, ya estaban hablando del progreso de Button en su adiestramiento.

—Sin embargo, Button no es la razón por la que hemos venido —dijo Isabel al fin.

Jo sonrió.

—Pensé que solo veníais a compartir chismes.

—Por supuesto, eso también —dijo Sam con una sonrisa—. Pero también nos ha entusiasmado tu idea de fundar un nuevo teatro.

Jo la miró, sorprendida.

—¿De veras?

—Absolutamente —intervino Evie—. Sé que no he sido invitada a participar...

—¡Oh! —Jo se sonrojó—. Estáis todas invitadas, desde luego. Solo asumí que estabais de luto y teníais otras cosas en la cabeza.

—A Mary le habría encantado formar parte de una empresa como esta. Era la persona más bondadosa que he conocido. Probablemente esté sonriendo desde donde nos mira —dijo Julie, y luego tragó saliva, conteniendo la emoción—. Ahora que Mary ya no está y el asilo está

funcionando a la perfección… tengo espacio en mi vida para un nuevo proyecto.

—Sí —confirmó Evie—. Todas queremos participar en el teatro, en la residencia y en cualquier otro negocio relacionado.

Los ojos de Jo se llenaron de lágrimas, y se mordió los labios para que no temblaran.

—Entonces informaré a mi abogado para que redacte los documentos —dijo.

—Tengo una condición —declaró Julie—. Por favor, añade a Mary Weston como una de las propietarias, si es posible. O al menos, como miembro honorario. Le habría entusiasmado formar parte de esto.

Jo asintió mientras una calidez mezclada con nerviosismo se agitaba en su interior. Nunca en su vida había imaginado que se casaría ventajosamente. Y feliz. Pero mucho menos había esperado encontrar tales amistades y apoyo en el camino.

—¿Qué tal tu día, esposa? —le preguntó Richard mientras se metía en la cama a su lado.
No se habían visto en todo el día, y la había echado terriblemente de menos.
Él tenía sus propios asuntos que atender, y ella los suyos. Últimamente, parecía que solo se veían antes de dormir y al despertar por la mañana. Y esos eran sus momentos favoritos del día.
Jo se acurrucó de inmediato junto a él y se refugió en sus brazos. Richard hundió la nariz en el cabello de ella y aspiró su dulce aroma.

—He encontrado nuevas socias para mi teatro y todas las empresas relacionadas —dijo su esposa con orgullo.

—¿De veras? —Richard la abrazó con más fuerza, sus dedos jugueteando con su vientre a través del camisón—. ¿A quién has logrado convencer?

—A tus hermanas —respondió Jo, coqueta—. Y a la duquesa de Somerset y a la condesa de Clydesdale también.

Richard soltó una carcajada.

—Vaya compañía más escandalosa.

Jo se giró hacia él y levantó una ceja.

—Creo que ese sería el nombre perfecto para nuestra compañía de teatro: «Escandalosa».

Richard volvió a reír y le dio un beso en la sien.

—¿Y qué hay del teatro? ¿Vas a mantener el nombre?

Jo se encogió de hombros.

—Estaba pensando en llamarlo Medusa.

—Hm. ¿Una diosa griega que convertía a los hombres en piedra?

—Quizás —respondió Jo con una sonrisa—. Creo que sería un gran símbolo de la adversidad que aún enfrentan las mujeres hoy en día y del refugio que representaremos para ellas.

Richard la besó de nuevo.

—Me encanta.

Luego, sus besos descendieron hacia su mejilla, su oído, su cuello. La acarició, acomodándola en el hueco de su hombro, y Jo soltó un suspiro de alivio.

—Te he echado tanto de menos… —dijo ella con suavidad.

Entonces, se giró lentamente en sus brazos y lo besó en los labios. Sus caricias y besos se volvieron más intensos. El camisón de Jo se deslizó por su hombro mientras los labios de Richard trazaban un ardiente camino por su garganta. Jo gimió, aferrando la cabeza de él contra su pecho...

Se oyeron unos pasos apresurados en el pasillo antes de que un frenético golpe sonara en la puerta. Jo dio un respingo y miró a Richard, sobresaltada.

Este soltó una maldición mientras levantaba la cabeza.

—¿Quién demonios será? —gruñó, antes de levantarse de la cama y dirigirse furioso hacia la puerta—. ¿Qué? —ladró al abrir la puerta de golpe.

Marcus, el lacayo que había asignado para vigilar a su exprometida, la señorita Fowley, estaba frente a él, empapado por la lluvia y respirando con dificultad, como si hubiera corrido durante varios kilómetros.

—Milord, me dijo que viniera de inmediato si veía algo inapropiado o si la señorita Fowley parecía estar en peligro.

—¿Sí? —El ceño de Richard se transformó en una mueca de preocupación.

—Bueno —dijo el lacayo—, acabo de verla colarse en un lugar al que no he podido seguirla. —Marcus se movía nervioso de un pie a otro, retorciendo el sombrero entre sus manos—. Así que vine aquí tan rápido como pude. Pero ella... Está en el *Hades Hell Masquerade*.

—¡Demonios! —maldijo Richard.

El *Hades Masquerade* era el baile de máscaras más escandaloso de Londres. Probablemente de toda Inglaterra. Richard había olvidado que tendría lugar esa misma noche. Se celebraba una vez cada dos años y daba acogida a las más depravadas actividades que alguien podría imaginar. Por lo general, sería un lugar al que él, sin duda, acudiría. Hoy, sin embargo, prefería pasar la noche en los brazos de su esposa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jo detrás de él.

Richard se giró, con las fosas nasales dilatadas.

—Parece que mi exprometida, esa señorita tímida y sensata, está decidida a arruinar su reputación.

Epílogo

Seis meses después

Jo estaba de pie frente al tocador. Las manos le sudaban y el corazón le latía con fuerza en el pecho. Tenía el estómago revuelto, y se sentía tan nerviosa como si fuera la primera vez que saliera al escenario.

Y, de hecho, lo era. Era la primera vez que iba a subir a su propio escenario.

Era la noche de inauguración del teatro Medusa.

Había logrado mucho en los últimos seis meses. Su compañía, *Escandalosa*, había conseguido la licencia para representar entretenimientos musicales, comedias y *burletta*[1]. Seguía tratando de obtener la patente para representar obras de teatro, y estaba segura de que se la concederían en unos meses.

Pero, por ahora, en la noche del estreno, se habían agotado las entradas y Jo no podía estar más aterrada.

Su camerino estaba lleno de flores enviadas por sus socias, quienes ya se encontraban en sus palcos, esperando entre un público de mil quinientas personas a que comenzara el espectáculo. Solo de pensarlo, Jo se sentía abrumada.

La puerta se abrió, y ella se giró con rapidez para ver a su apuesto marido. Él se apoyó en el marco de la puerta, con los ojos ardiendo de pasión.

Iba vestido completamente de negro, excepto por su chaleco azul favorito, la camisa blanca impecable, el pañuelo del cuello y los guantes.

—Eres hipnotizante —dijo él, antes de entrar en la habitación y cerrar la puerta con llave.

—Espero que esas mil quinientas personas piensen lo mismo y no me lo tengan en cuenta si me quedo paralizada en el escenario —replicó Jo.

Richard llegó a su lado y le pasó las manos por los brazos, tratando de calmarla.

—Estarás increíble. Como siempre.

Jo soltó una carcajada.

—¿Has visto alguna vez una obra mía?

Richard arqueó una ceja con arrogancia.

—¿No recuerdas por qué me enamoré de ti?

Jo se mordió el labio inferior.

—¿Por un encuentro en el jardín?

Richard echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Quizás. Pero aquella obra en la fiesta de mi hermana definitivamente consolidó mis sentimientos. No podía apartar los ojos de ti. Ni siquiera recuerdo la maldita obra, solo recuerdo

tu radiante rostro, tus movimientos gráciles... —Mientras hablaba, se inclinó para besarle el cuello y luego el hombro.

Jo se relajó en sus brazos y se dejó envolver por su calor.

—Ojalá pudiéramos ir a casa y hacer el amor —murmuró.

Richard alzó la cabeza.

—¿Por qué tenemos que esperar a llegar a casa? Podemos hacerlo aquí mismo.

Jo lo apartó con un manotazo.

—¡No podemos! No puedo salir al escenario despeinada y con el maquillaje corrido.

Richard entrecerró los ojos.

Luego, se inclinó de nuevo y besó su garganta.

—Seré muy cuidadoso, lo prometo. Solo levantaré tu falda, ni notarás que estoy aquí.

Jo rio con ganas y se liberó de sus brazos.

—¿No notaré que estás aquí? ¿A quién intentas engañar, querido esposo? —dijo, mirando descaradamente sus pantalones abultados entre las caderas.

Richard frunció el ceño.

—No tenemos que hacerlo. Puedo simplemente... usar mi lengua.

Jo se estremeció y dejó escapar un gemido.

—No me tientes, marido —dijo mientras volvía a refugiarse en sus brazos, alimentándose de su fuerza.

Richard la abrazó y trazó suaves círculos en su espalda para tranquilizarla.

—Está bien, esperaré hasta que termine la función. Pero no esperaré hasta llegar a casa.

Jo se rio.

—Trato hecho —respondió. De alguna manera, esta pequeña charla con su esposo dispersó las mariposas de su estómago. Ya no estaba tan asustada. No le importaba que un millar y medio de personas iban a verla, mientras él fuera una de ellas.

Jo le dio un tierno beso en los labios. Richard dejó escapar un gemido, mientras le acariciaba los brazos con movimientos suaves.

—Tengo que irme —susurró Jo.

Richard la besó por última vez.

Jo se apartó, aún con los ojos cerrados.

—Haces que me resulte tan difícil marcharme...

—¿«Difícil»? Deberías elegir mejor tus palabras, esposa.

Jo sonrió y se alejó de él. Llegó hasta la puerta y, antes de salir, se giró con una sonrisa.

—Te amo.

—Te amo —respondió Richard sin dudar.

El corazón de Jo volvió a acelerarse, pero ya no era a causa de su desasosiego, sino por felicidad. Y la razón de su felicidad estaba justo frente a ella.

Ya no estaba nerviosa por enfrentarse a una multitud que la aclamaba. Mientras él estuviera a su lado, no le tenía miedo a nada.

Fin

Si te ha gustado

La seducción de un vizconde

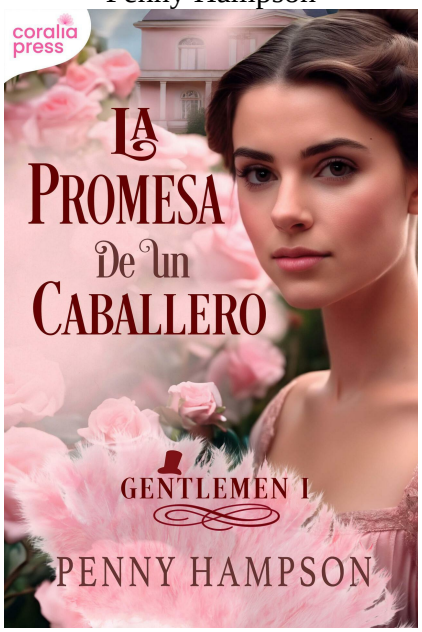
te recomendamos leer

La promesa de un caballero

Primera entrega de la serie *Gentlemen*

de

Penny Hampson



Capítulo 1

Era innegable: alguien lo quería muerto. El detonante había sido seguramente la aparición en la *Gazette* de la noticia de su recién adquirido título. Richard Lacey frunció los labios. ¿Quién le envidiaba tanto el título de vizconde como para intentar matarlo?

Richard observó la deteriorada fachada de Easterby Hall mientras detenía su *curricle*[1] ante la puerta principal. Bien, ya estaba aquí. Con suerte, encontraría la respuesta. Su mirada recorrió los hastiales puntiagudos y las grandes chimeneas. Sin duda, en otros tiempos había sido una casa acogedora. Ahora se respiraba en ella un aire de completo abandono. El sol del atardecer se reflejaba en las ventanas encajadas en los muros de piedra y una solitaria estela de humo salía de una de las chimeneas. Richard suspiró. Tendría que hacer una inspección más detallada antes de tomar una decisión firme respecto a conservar la propiedad, pero al menos, esta parecía habitable.

Los impacientes resoplidos y pisadas de los caballos hicieron que Richard volviera a

centrarse en sus problemas inmediatos. Entregó las riendas a su mozo de cuadra y bajó, dando una palmadita tranquilizadora en el flanco del caballo cercano.

—Tranquilos, chicos. Pronto os cepillarán y os darán agua.

—¿Los llevo a los establos, señor? —preguntó el mozo.

—Sí, dales lo que puedas encontrar.

La puerta principal en la parte superior de los escalones permanecía cerrada. «Tonto». Obviamente, nadie lo esperaba. ¿En qué estaba pensando? Si el interior estaba en muy mal estado, volvería a la posada de Minster Lovell. Aunque no era algo que quisiera hacer. Al igual que sus caballos, ya había tenido suficiente viaje por ese día.

Al flexionar los hombros para aliviar los músculos doloridos, sus esperanzas de disfrutar de un baño caliente, una buena comida y una cama confortable empezaron a desvanecerse mientras miraba la puerta cerrada.

Sonrió para sí y sacudió la cabeza. «Debo de estar atrapado por la rutina si lo único que espero es un baño y acostarme temprano», pensó. Subió los escalones exteriores y luego dio un fuerte tirón a la cuerda del timbre. Unas campanadas resonaron en el interior de la casa. Tras una pausa demasiado larga, oyó uno pasos que se acercaban por el suelo de baldosas. Una llave rechinó en la cerradura. A través de la puerta, ahora entreabierta, se asomó un hombre de avanzada edad, cuya expresión no era nada acogedora.

—Sí, sí, ¿puedo ayudarle? —Su tono quejumbroso indicaba que estaba molesto al haber sido apartado de alguna actividad mucho más agradable que abrir la puerta principal a los extraños que pasaban por allí.

Controlando su temperamento —al fin y al cabo, ahora era su propiedad—, Richard le contestó con otra pregunta.

—¿Quién es usted?

El anciano se enderezó con gesto digno.

—Soy Wrighton, mayordomo del difunto lord Easterby. ¿Y usted quién es, caballero?

—Richard Lacey, vizconde Easterby. Su nuevo señor.

Richard disfrutó de la fugaz mirada de sorpresa en el rostro del mayordomo antes de que el viejo criado recordara su deber y abriera la puerta de par en par.

Con una temblorosa reverencia, el hombre lo saludó.

—Bienvenido, milord. Me disculpo humildemente. No habíamos sido avisados de su llegada. —Wrighton señaló una puerta a la izquierda del vestíbulo—. Si desea pasar a la biblioteca, milord, le prepararé un refrigerio. —El anciano se aclaró la garganta, todavía nervioso —. Sin embargo —añadió—, me temo que la señora Henning no tiene la despensa bien provista en este momento, ya que solo estamos aquí unos pocos miembros del servicio.

Richard, cansado y hambriento, y adivinando el motivo de la ansiedad del mayordomo, decidió ir al grano.

—No importa, no necesito nada elegante. Algo nutritivo bastará. Mi mozo de cuadra ha llevado el coche a los establos. ¿Podrá encontrar allí todo lo que necesita, o será necesario volver a Minster Lovell para atender a los caballos?

—No es necesario, milord. Joe Henning se ocupará de todo. Se alegrará de poder cuidar de nuevo animales de calidad. Joe ha sido el encargado de la granja durante muchos años. Le mostrará a su mozo dónde se guardan todos los aparejos y el forraje y dónde puede dormir el muchacho.

Mientras Richard se dirigía hacia la puerta que le había indicado el mayordomo, observó

con aprobación el reluciente revestimiento de lino de las paredes y el brillante acabado de los muebles de madera. El olor a cera de abeja impregnaba el aire. Estaba claro que alguien amaba este viejo lugar.

—Haré que le preparen un dormitorio y suban agua caliente lo antes posible, milord. Barker, el abogado de la familia, nos notificó que su reclamación del título había sido aprobada, pero me temo que omitió decirnos cuándo llegaría el señor, así que nos encuentra tristemente desprevenidos.

—Bueno, no importa, Wrighton. Ya estoy aquí. Hay una maleta en mi carruaje con mis cosas para esta noche. Mi ayuda de cámara y mi secretario también vendrán dentro de un día o dos. Tengo la intención de revisar los libros de cuentas y ver cómo están las cosas desde el fallecimiento de lord Easterby. Me atrevo a decir que hay algunas cuestiones que necesitan ser corregidas.

La cabeza de Wrighton se movió de arriba abajo.

—Oh, sí, milord. Por desgracia, algunos asuntos han sido descuidados, sobre todo en el exterior, como verá. —El mayordomo se retorció las manos—. No quiero faltar al respeto a nuestro alguacil, pero los tribunales no le permitieron hacer las mejoras necesarias. El personal de la casa y los arrendatarios se sienten aliviados de que todo se haya solucionado al fin.

Richard le dirigió al anciano una sonrisa tranquilizadora.

—No tengo intención de permitir que se produzcan más negligencias en la finca o con su gente. Evaluaré lo que hay que hacer, y todos serán tratados con justicia a cambio de lealtad y trabajo duro.

Richard entró en la biblioteca, la cual resultó ser una estancia de agradables proporciones, según comprobó agradecido mientras admiraba las estanterías. Siempre le había gustado pasar tiempo en una habitación llena de libros. Unas fundas de Holland cubrían las sillas, y una gran chimenea, ya abastecida con leña para ser encendida, dominaba una de las paredes. A pesar del frío reinante, la sala desprendía una sensación de paz y comodidad.

Richard se volvió hacia Wrighton, que se había quedado en la puerta.

—¿Qué personal hay aquí actualmente?

—No mucho, milord. Aparte de mí y de la señora Wrighton, el ama de llaves, están la señora Henning, que es la cocinera, una sirvienta, y una criada que se encarga del resto del trabajo. Un par de muchachas del pueblo vienen una vez al mes para ayudar a limpiar y ventilar todas las habitaciones. —Le dirigió a Richard una mirada significativa—. La señora Wrighton no soporta que la casa esté vacía. Ha trabajado aquí desde que era una niña, y siente un gran cariño por Easterby Hall.

Richard sonrió. Eso explicaba el escrupuloso cuidado del lugar.

—La señora Henning lleva con nosotros casi el mismo tiempo —continuó Wrighton—. Joe, su hijo, es el jefe de los mozos de cuadra, aunque solo nos quedan unos pocos caballos. Y luego está el señor Finch, el jardinero... —Wrighton frunció el ceño.

—Continúe —dijo Richard.

—Bueno... Ya tiene una edad avanzada, pero se las arregla para mantener los jardines en orden. El parque es demasiado para él solo, señor. Verá, el resto del personal fue despedido tras la muerte del viejo vizconde, y su viuda se trasladó a Londres. —Sacudió la cabeza—. Un asunto triste.

Sí, se trataba de un asunto triste, ciertamente. Había habido un gran alboroto por la situación. Richard había descubierto que la familia a la que estaba vinculado había sido

desafortunada en extremo. En primer lugar, el hijo y heredero, el honorable Frederick Smythe —soltero e implacable derrochador, según todos los indicios—, había muerto en un accidente de caza cinco años antes. Lo habían encontrado con el cuello roto tras ser arrojado al suelo por su caballo.

Por la misma época, el hijo menor —un ávido anticuario— había desaparecido sin dejar rastro junto con su esposa e hijos en algún lugar del Imperio Otomano. El anciano vizconde, sacudido por estas desgracias, murió un año después del fallecimiento de su primogénito.

Sin embargo, los tribunales, en su sabiduría, acababan de dictaminar que tanto el hijo menor como su heredero estaban muertos, a pesar de que aún no había transcurrido el plazo habitual de siete años para tal declaración. El título estaba a punto de extinguirse y la finca iba a ser dividida y puesta a la venta cuando, gracias a la diligencia del abogado de Richard, este fue reconocido como heredero universal. Algo que había sido tan sorprendente para Richard como para todos los demás.

Richard observaba complacido cómo Wrighton retiraba las sábanas de los muebles, abría el tiro de la chimenea y encendía el fuego con un pequeño yesquero que se sacó del bolsillo. Enseguida, unos penachos de humo salieron de las ascuas en la base de la leña apilada en la rejilla.

—Dígale a la señora Wrighton que contrate el personal que necesite para la casa. No espero recibir muchas visitas, pero estoy seguro de que le vendría bien más ayuda, en cualquier caso. Veo que ha hecho un gran esfuerzo y la felicito por ello. —Richard ladeó la cabeza. Su estómago empezaba a quejarse por la falta de actividad.

El rostro arrugado de Wrighton se convirtió en una amplia sonrisa.

—Sí, milord, ahora mismo. Y gracias, milord. La señora Wrighton estará encantada de llevar a cabo sus instrucciones.

Acomodado por fin en un gran sillón de cuero frente a la chimenea, y con los pies apoyados en un escabel, Richard sintió que la tensión de los días anteriores había desaparecido por fin. Días extraños y profundamente perturbadores, a decir verdad. La cantidad de sucesos desafortunados había puesto a prueba sus nervios e incluso su ánimo, por lo general sanguíneo y adaptable.

El primero había sido el ataque de dos vagabundos contra él en St. James's dos noches antes. No se trataba de un suceso inusual en sí mismo, ya que era algo sabido que ciertos individuos sin escrúpulos acechaban a los caballeros cuando estos salían de sus clubes. Richard había estado celebrando con George, su cuñado, la inesperada adquisición de su título, publicada esa misma mañana. Ninguno de los dos era un gran bebedor y, por suerte, solo estaban un poco achispados cuando salieron de White's. Lo inusual era el hecho de que los dos bribones hubiesen concentrado sus esfuerzos en Richard e ignorasen a George. Tampoco habían intentado arrebatarle el reloj o la leontina[2], sino que se limitaron a golpearle con insistencia. De alguna manera, Richard supo en ese momento que, si conseguían derribarlo, se asegurarían de que nunca se levantara. Fue únicamente gracias a la rápida acción de George, quien disparó su pistola y alcanzó en la pierna a uno de los asaltantes, que los dos villanos desistieron de su ataque. De no ser por la intervención de George, Richard estaba convencido de que no habría salido vivo.

El día anterior, la cincha de la silla de montar de Richard se había roto de forma repentina durante su paseo matutino por Hyde Park. Las agudas indagaciones realizadas a su angustiado

jefe de cuadras no habían permitido obtener una explicación satisfactoria del incidente. Uno de los mozos de los establos afirmó haber visto a un extraño merodeando cerca del guadarnés[3] a primera hora, un tipo que había salido corriendo al ser descubierto. Como parecía que no se había llevado nada, no se pensó más en ello hasta que Richard volvió de su paseo a lomos de su montura, con un mal humor poco habitual y luciendo varios moratones.

Finalmente, esa misma mañana, estuvo a punto de caer en una zanja por culpa de un jinete que al pasar junto a él hizo sonar su látigo sobre los caballos de Richard, justo cuando este se acercaba a una curva cerrada. Por suerte, Richard era un consumado conductor y logró recuperar el control de los dos caballos, aunque, cuando lo consiguió, el desconocido ya se había perdido de vista.

Ahora que estaba a salvo en Easterby Hall, seguramente no habría más percances... al menos por ahora. Se había arriesgado a venir solo, sin querer admitir que realmente podía estar en peligro y diciéndose a sí mismo que las coincidencias ocurrían. Pero tras un largo día de reflexión, no estaba tan seguro.

Una hora más tarde, después de haberse animado lo suficiente como para lavarse en el frío vestidor anexo a su dormitorio, Richard empezaba a sentirse de nuevo un ser humano. Su cena, servida en el comedor preparado a toda prisa, había sido un abundante guiso de cordero con una gran guarnición de verduras, además de pan recién horneado, un pastel de carne de caza, un queso bastante bueno y un poco de membrillo, todo ello regado con una o dos jarras de la cerveza local. Una vez saciado, Richard volvió a la biblioteca y se acomodó de nuevo en el sillón junto a la chimenea encendida con una jarra de brandy en su mano. Tenía intención de empezar a revisar los papeles de la finca. Sin embargo, el calor del fuego, la luz parpadeante de las velas y el confortable asiento conspiraron contra él. Sintiéndose somnoliento, estaba a punto de retirarse a su dormitorio, el cual esperaba que fuera el menos frío de la casa —tenía una cama tentadoramente suave y amplia, después de todo—, cuando se desató el infierno.

Capítulo 2

Era casi de noche cuando la Honorable Emma Smythe y su hermano James llegaron a la posada de Minster Lovell. Su ritmo se había ralentizado con el paso de las horas, y Emma empezaba a temer que tuvieran que pasar otra noche bajo las estrellas, una perspectiva nada agradable. El cielo del atardecer, sin nubes, era un claro indicio de que se avecinaba una helada.

Solo cuando pasaron por el pueblo empezó a reconocer por fin algunos puntos de referencia.

—Estoy seguro de que las puertas de Easterby Hall están a poca distancia por este camino —dijo Emma—. En algún lugar a la derecha, si no me equivoco.

—Espero que sí —respondió James—. No sé cuánto tiempo más podré caminar.

Ella sonrió y le dio un tirón de manga a su hermano para animarlo.

—No está lejos, Jamie —le dijo—. Estoy segura de ello, querido.

«No te detengas. Tenemos que llegar allí. Tengo que llevar a Jamie a casa y ponerlo a salvo». Las palabras resonaban en la cabeza de Emma una y otra vez. Ignoraría la agonía de sus pies y el agotamiento de su cuerpo hasta que su hermano se encontrase seguro. Era su deber como hermana. A pesar del dolor que la atravesaba a cada paso, sabía que no podía rendirse.

Las menguadas energías de Emma aumentaron de pronto al ver las puertas que recordaba vagamente, pero a medida que se acercaba a ellas, un helado presentimiento le recorrió la espalda. Las puertas estaban apuntaladas e inclinadas sobre sus goznes. El camino de grava, antes impoluto, estaba ahora salpicado de matojos de hierba, y los arbustos que lo bordeaban estaban crecidos y descuidados. La aprensión de Emma creció en intensidad. El abuelo siempre había estado orgulloso de su finca. Ay del jardinero si se veía una mala hierba entre los parterres... Pero el saúco y las zarzas ahora invadían libremente el camino de entrada. Algo no iba bien.

Mientras tanto, Jamie, ajeno a estos signos de abandono, había acelerado el paso y miraba con avidez a través de la penumbra.

—¡Mira aquellas luces! —gritó—. La casa no puede estar lejos y hay alguien allí. ¡Vamos, Emm!

—Sí, ya veo. Por favor, espérame. No puedo ir más rápido.

Jamie frenó un momento su marcha, pero no consiguió reprimir su excitación.

—Oh, Dios —dijo—. Por fin hemos llegado. Pero... —Jamie se detuvo tan repentinamente que Emma casi chocó con su hermano—. ¿Se acordará el abuelo de mí? —preguntó él—. Yo era poco más que un bebé cuando nos fuimos. —Jamie se giró hacia Emma con gesto preocupado—. ¿Crees que el abuelo querrá vernos?

Emma se quedó paralizada ante su pregunta, la misma que ella se había hecho muchas veces. Desde que emprendieron su largo viaje de regreso a Inglaterra, había albergado dudas similares sobre la bienvenida que les esperaba.

—Por supuesto que se acordará. ¡Vaya ocurrencias!

Emma cruzó los dedos a sus espaldas y esperó que sus palabras fueran ciertas. De hecho, hacía años que no tenían noticias de casa. A pesar de que su padre les había asegurado lo contrario, Emma no podía evitar pensar que el abuelo había cortado de manera deliberada la comunicación con su hijo menor y su familia.

—Y claro que querrá vernos. Somos sus nietos —declaró, tanto para convencerse a sí misma como a su hermano.

Jamie ayudó a Emma a subir los amplios escalones que llevaban a la puerta principal. Casi agotada y luchando por mantenerse erguida, Emma cerró los ojos y se apoyó en la pared mientras Jamie tiraba de la cuerda del timbre. La piedra se sentía fría y poco acogedora contra su cuerpo.

Se oyeron pasos, una llave giró y luego la puerta chirriante se abrió, arrojando un rayo de luz sobre su hermano.

—¿Sí? ¿Quién llama a estas horas de la noche? —preguntó un hombre. Parecía mayor. Emma se tensó. Fuese quien fuese, ¿los recordaría?

—Somos James y Emma Smythe, nietos del vizconde Easterby. Por favor, hágale saber que estamos aquí. —La voz temblorosa de Jamie delataba sus nervios.

La puerta se abrió más, iluminando el aspecto desaliñado e indigno de su hermano.

—Tonterías. Vete o llamaré al magistrado. El Honorable Charles y su familia están muertos. ¿Cómo te atreves a venir aquí fingiendo ser alguien que no eres? Fuera ahora mismo te digo.

Las entrañas de Emma se encogieron de miedo. Esto no era bueno; el hombre estaba enfadado. ¿Estarían justificadas las dudas de ella y su hermano?

Por suerte, Jamie se mantuvo firme e insistió.

—No, no, es la verdad. Por favor, déjenos entrar. Por favor, déjeme hablar con el abuelo.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó Emma mientras se deslizaba por la pared hacia el suelo, sin sentir siquiera el impacto cuando su cabeza chocó contra el escalón de piedra.

Al darse cuenta que el muchacho se apartaba, Wrighton abrió más la puerta para asegurarse de que podía verlo regresar por el camino. En lugar de eso, otra visión horrible se materializó ante sus ojos al descubrir a otro pillo tirado en el porche. Incluso con la escasa luz que le proporcionaba su quinqué, era evidente para el anciano que el chico estaba enfermo. Wrighton, que no era un hombre poco amable, decidió que necesitaba el criterio de una mente más sabia que la suya.

—Señora Wrighton, señora Wrighton, ¡venga de inmediato! ¡Señora Wrighton, apúrese!

—¿Qué ocurre, Wrighton? ¿Qué es todo ese ruido? —preguntó una voz masculina detrás de él, haciendo que el viejo mayordomo diese un respingo.

Richard atravesó el pasillo de baldosas. Con un rápido vistazo, advirtió el rostro sorprendido del mayordomo y las dos pequeñas siluetas en el escalón superior de la entrada, una de las cuales parecía estar inconsciente. La otra estaba agachada junto a su compañero tendido, instándole a levantarse y lanzando miradas de miedo al todavía consternado Wrighton. Richard pensó con rapidez. Tenía que hacerse cargo de la situación antes de que las cosas se le fueran de las manos.

—Por el amor de Dios, hombre, contrólese —le dijo al mayordomo—. Tenemos que llevarlos dentro —declaró, arrebatando el quinqué al paralizado Wrighton para colocarla en el suelo. Entonces, Richard apartó con suavidad, pero con firmeza, al chico que estaba agachado y lo empujó hacia el mayordomo antes de levantar el cuerpo inerte en sus brazos.

Por fin, Wrighton reaccionó.

—Milord, ¿puedo sugerir el salón? Allí hay un sofá. Las fundas aún están puestas, así que la tapicería no sufrirá, y pronto podré encender el fuego.

James, pasivo bajo el agarre del mayordomo, observaba agitado cada movimiento de Richard mientras Wrighton se esforzaba por llevarlo hacia el salón. En ese momento, la puerta de las dependencias del personal se abrió de golpe.

—Bien, señor Wrighton, ya estoy aquí. ¿A qué vienen esos gritos? ¡Oh, Dios mío...!

Mejor dotada que su marido para hacer frente a las emergencias domésticas, el ama de llaves se apresuró a abrir la puerta del salón.

—Por aquí, milord —dijo la mujer—. Traeré algunas luces y encenderé el fuego. Este sofá es más grande que el de la biblioteca, y está más cerca de la chimenea.

Richard siguió agradecido a la señora Wrighton, decidiendo que tenía más ingenio que su marido. Una vez depositada su carga, aún inconsciente, en el sofá, Richard extendió sus dedos con cuidado para quitarle al chico el ajado sombrero. En el acto, Richard abrió los ojos de par en par al ver la piel pálida y translúcida del muchacho, la boca en forma de capullo de rosa y las largas pestañas oscuras, todo ello enmarcado por un espeso cabello castaño. Richard frunció el ceño, reflexionando brevemente sobre la identidad del zagal, pero en cuanto notó que un hilillo

de sangre rezumaba por una de las mejillas cenicientas, cualquier pensamiento sobre el origen de su inesperado visitante desapareció por completo.

—Traiga algunos paños y agua limpia, señora Wrighton. Creo que el chico se golpeó la cabeza contra el suelo cuando se desplomó. Mañana tendrá un buen moretón del que presumir.

Lleno de un miedo desgarrador a que el muchacho pudiera morir, Richard mantuvo los nervios concentrándose en un examen más detallado de su ropa. Estaba raída y algo mugrienta, pero era de calidad. Comenzó por quitarle las botas gastadas y sucias. La primera salió con facilidad, así que Richard procedió a desprender la deshilachada media, jadeando ante la sangre seca que cubría la piel y las furiosas ampollas que adornaban el tobillo en carne viva. Le costó un gran esfuerzo reprimir las náuseas y las ganas de vomitar.

—¡Oh, Dios mío, pobrecito! —exclamó la señora Wrighton por encima del hombro de Richard. Deje que yo lo haga, señor, mientras usted habla con el otro muchacho —ordenó, apartándolo de un codazo.

—Sí, por supuesto —respondió Richard, sintiéndose culpable y aliviado. La visión de la sangre siempre le turbaba, pues le traía demasiados recuerdos. Richard se volvió hacia el otro chico, que seguía temblando cerca de la puerta, con la mano firme del mayordomo en su hombro.

—¿Quién eres, muchacho, y por qué has venido aquí a estas horas de la noche?

El joven, con los ojos totalmente fijos en su compañero, permaneció en silencio. Richard se preguntó si lo había oído, y le repitió en voz alta sus preguntas.

El chico parpadeó como si volviera en sí.

—Yo... soy James Smythe, hijo de Charles Smythe y nieto del vizconde Easterby. Quiero ver a mi abuelo. Vive aquí. —Ante la mirada de incredulidad de Richard, el muchacho empezó a rebuscar bajo su chaqueta hecha jirones. Mire, esto era de mi padre. —Sacó un cordón que colgaba de su cuello, y se lo tendió a Richard para que lo cogiera.

Contra la piel de su palma, por el peso y el color, Richard supo que aquel sello grabado solo podía ser de oro. Se había inclinado a pensar que el muchacho le estaba tomando el pelo, pero al mirar el objeto, sus dudas se disiparon. El sello mostraba el escudo de Easterby. Richard lo reconoció de inmediato: una representación de un oso guiando a un toro.

Se lo devolvió al muchacho, recordando la historia de la familia desaparecida. ¿Podría el chico estar diciendo la verdad?

—¿Dónde has estado? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —Richard señaló el sofá—. ¿Y quién es él? ¿Tu hermano pequeño?

—Hemos estado viviendo en el Peloponeso, en el sur de Grecia, con nuestros padres. —El muchacho resopló y se pasó una mano sucia por los ojos. Pero ellos se ahogaron hace unos meses. Llegamos a Patras con la ayuda de la familia de nuestra ama de llaves. Luego fuimos por nuestra cuenta a Gibraltar... Allí conseguimos un barco para volver a Inglaterra. —Lanzando otra mirada persistente a la figura en el sofá, volvió sus ojos preocupados a Richard—. Y ese no es mi hermano. Emma es mi hermana. No habría llegado hasta aquí sin ella. —Si todavía no me cree, hay una prueba más. Emma la tiene cosida en el forro de su abrigo para no perderla.

Richard, con la mandíbula desencajada, miró en silencio durante varios segundos a la chica inconsciente antes de poder encontrar la voz.

—¿Cuántos años tienes, joven, y cuántos tiene tu hermana? —Richard calculó que el muchacho no tendría más de catorce años, por lo que su hermana tendría… ¿cuántos? ¿Doce, trece, dieciséis como máximo? Desde luego, no parecía mayor que eso.

—He cumplido trece años, señor, y Emma cumplió veinticuatro justo antes de Navidad.

Richard soltó un suspiro. Dios mío, ¿qué debía hacer ahora? Decididamente, las cosas se estaban complicando. Era una mujer joven la que estaba tumbada en el sofá, no una niña... y además, de buena cuna. Revisó con rapidez su opinión sobre la sinceridad del muchacho. De seguro, nadie se atrevería a inventar una historia tan fantástica. Era tan increíble que tenía que ser verdad. Luego estaba el sello. Eso era genuino. Pero de nuevo, podría haber sido robado. Le diría a la señora Wrighton que le trajera la chaqueta de la joven una vez que esta se hubiera acomodado para poder examinar los documentos ocultos mencionados por el muchacho.

Pero los interrogantes persistían. ¿Por qué no se había sabido nada de la familia durante varios años? ¿Y por qué aparecer ahora? Si todo lo que el muchacho le había contado era cierto, era poco menos que un milagro.

Richard miró de nuevo al chico, aún pálido y tembloroso, y advirtió cómo los huesos de sus muñecas sobresalían a través de la mugrienta piel. Parecía que no había comido bien desde hacía tiempo.

—Wrighton, lleve al joven con la señora Henning y asegúrese de que le den de comer y beber.

El mayordomo dio un respingo al oír su nombre. Había estado mirando de forma extraña al muchacho, pero ahora su rostro se iluminó.

—Señorito James, es usted... —dijo el hombre—, y se parece tanto a su padre… ¿Por qué no lo vi de inmediato? Pensar que casi lo echo de aquí… Y a la pobre señorita Emma también. —Su voz se volvió ronca mientras acariciaba el hombro del muchacho—. No se preocupe. Ya está en casa.

Richard decidió que, si el viejo criado había reconocido al muchacho y los documentos respaldaban las afirmaciones de este, había aún más razones para que él se ocupara de la joven pareja. Eran sus parientes, aunque de forma lejana, y como cabeza de familia, era su responsabilidad. Pero la primera prioridad era asegurarse de que la joven sobreviviera.

—Señora Wrighton, ¿dónde se encuentra el médico más cercano? Saldré a buscarlo.

—No se preocupe, señor —dijo Wrighton girándose mientras sacaba al aturdido muchacho de la habitación—. Enviaré a Joe a buscar al doctor Chesney. Vive en Minster Lovell, así que debería poder llegar aquí sin demasiado retraso. Es joven, pero parece saber lo que hace.

Richard esperaba que así fuera. Lo último que necesitaba era que un médico inútil destruyera las posibilidades de recuperación de la joven. Por lo visto, ella se había golpeado la cabeza con fuerza contra las losas, y él sabía que las lesiones en la cabeza podían ser mortales. Además, parecía muy desnutrida. Richard se esforzó por sofocar la ansiedad que le agitaba el estómago. No tener el control siempre le inquietaba.

El ama de llaves se detuvo en su tarea de limpiar las heridas de la cabeza de Emma.

—Pobre señorita, sigue tan guapa como el día que se fue, a pesar de todos sus moratones. Recuerdo cuando su padre se cayó del caballo cuando era un muchacho y se quedó inconsciente. Solo necesitó paz y tranquilidad durante un día o dos. Con suerte, eso es todo lo que ella necesita, señor.

Richard asintió, no muy convencido de las palabras del ama de llaves. Debía hacer algo, pero ¿qué? Odiaba sentirse tan confuso, queriendo imponer orden pero sin saber cómo. Empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación.

—¿No sería mejor que se retirara a la biblioteca, señor? Yo puedo cuidar de la joven.

La voz del ama de llaves sacó a Richard de sus nublados pensamientos.

—Sí, por supuesto, señora Wrighton. La dejaré en sus capaces manos. Cuando sea

conveniente, deme el abrigo de ella. Necesitaré examinar los documentos que el muchacho dijo que llevaba. Hágame saber si hay algún cambio en su estado y avíseme cuando llegue el médico —añadió Richard antes de dirigirse hacia la puerta—. Si él está de acuerdo, creo que debería ser trasladada a una habitación. ¿Cree que se podría ventilar y preparar una para ella? Necesita entrar en calor. Oh... y otra para su hermano.

La señora Wrighton casi lo tuvo que echar a empujones. No se preocupe, señor. Las habitaciones no tardarán en estar listas. Solo hace falta encender los fuegos. Siempre me aseguro de que al menos cuatro de las alcobas puedan ser utilizadas en un momento dado, en caso de que la viuda decida visitarnos.

—¿Cree que también podría contratar a alguien para que se quede con ella? —preguntó Richard—. ¿Hay alguien adecuado en el pueblo?

El ama de llaves asintió. Mandaré llamar a Polly. Solía trabajar en la casa como doncella personal de la viuda, y todavía vive por aquí.

Richard volvió por fin a la biblioteca y a su sillón junto a la chimenea y tomó un trago fortificante del brandy que se había servido antes de que se produjera todo el alboroto. Tenía los nervios a flor de piel y necesitaba tiempo para pensar. Sobre la repisa del hogar, había dos delicadas figuras de porcelana que le llamaron la atención, un pastor bastante amanerado y su delicada pastora. Para desaprobación de Richard, la mirada melancólica del pastor se dirigía a la distancia, mientras que la de su compañera se centraba por completo en su pareja. El nervio del párpado de Richard se crispó. Soltó la copa de licor, se levantó y giró con suavidad la estatuilla del pastor para que mirara a su amada. El párpado ya no le temblaba, y volvió a sentarse.

No pasó mucho tiempo antes de que la señora Wrighton hiciera entrar a su marido con el abrigo de la joven. Richard rasgó con rapidez el forro y extrajo el fajo de papeles que allí se ocultaban. Al examinar con cuidado los documentos manchados y húmedos, Richard vio que, en efecto, apoyaban la afirmación del muchacho de ser el nieto desaparecido del difunto vizconde. Entre las cartas de presentación oficiales y los documentos formales que concedían el salvoconducto, había más objetos personales. Uno de ellos era una carta fechada siete años antes, escrita por el vizconde y dirigida a su hijo menor, el honorable Charles Smythe, a una dirección de Malta. Había una carta similar de la vizcondesa a Marie Smythe, su nuera, en la que se mostraba ansiosa por tener noticias de sus nietos, Emma y James. La pobre señora los echaba de menos desesperadamente. Había varias cartas más en la misma línea. Pero ninguna de ellas había sido escrita en los últimos cinco años.

Richard reflexionó sobre las implicaciones de su descubrimiento: Él ya no era el vizconde Easterby, y la sola idea le levantó el ánimo. Nunca había deseado las responsabilidades añadidas que el vizcondado conllevaría. Miró a su alrededor: los paneles de roble, los sillones antiguos, pero cómodos, los estantes llenos de libros que cubrían las paredes. El mobiliario era viejo y no era nada del otro mundo, como habría dicho Julia, su hermana, pero era un espacio tranquilo donde un hombre podía relajarse.

«No importa, ya tengo suficientes habitaciones cómodas en Cornualles y Londres, no necesito ninguna más». Un pensamiento inoportuno lo asaltó. No podía marcharse, todavía no. Tenía que ocuparse del muchacho y de su hermana. Siendo el primo de ambos, tenía la responsabilidad de asegurarse de que sus demandas fueran atendidas.

Un escalofrío helado recorrió la columna vertebral de Richard. ¿Y los atentados contra su vida? Había dejado de pensar en ellos como accidentes. Solo habían ocurrido después de que su

recién adquirido título se hubiera hecho público... ¿estaban relacionados? Richard bebió otro trago de su copa. Sin duda, alguien había intentado matarlo, tanto en la ciudad como de camino a Minster Lovell. Otra cosa que había mencionado su abogado le hizo reflexionar. Había habido rumores sobre el accidente mortal de Frederick cinco años antes, el mismo año en que estaban fechadas las cartas del viejo vizconde. También era extraño que no se hubiera sabido nada de Charles ni de su familia desde ese mismo año... hasta ahora. ¿No dijo Jamie que sus padres se habían ahogado? ¿Sería el muchacho el objetivo de ataques similares, una vez que se conociera su verdadera identidad?

Richard se recostó en su silla, se pellizcó el puente de la nariz y cerró los ojos, diciéndose a sí mismo que sus problemas aún no habían terminado.

Unos quince minutos después, la cabeza de Wrighton asomó por la puerta de la biblioteca.

—Disculpe, señor. El médico estará aquí en breve. Se encontraba atendiendo al hijo del vicario, que ha sufrido una caída y se ha hecho daño en la pierna.

—Bueno, esperemos que no se retrase mucho. —Richard no deseaba ningún daño al hijo del vicario, pero en lo que a él respectaba, el muchacho había elegido un momento inoportuno para tener una caída. Richard hizo un gesto para que el mayordomo se quedara—. Preferiría que la identidad del joven vizconde no se diera a conocer fuera de estos muros —le dijo—. Ha habido algunos, hum…, incidentes. Demasiadas coincidencias desafortunadas, por llamarlo de algún modo.

Los ojos de Wrighton se abrieron de par en par.

—Dios mío, señor. ¿Qué quiere decir? ¿Cree que el señorito Jamie y su hermana podrían estar en peligro?

Richard hizo una mueca. Era el momento de coger el toro por los cuernos.

—Sí. Tengo razones de peso para creer que alguien puede tener planes malignos sobre quien ostenta el título. Ha habido varios atentados contra mi vida desde que se hizo público que yo era el vizconde. —El mayordomo se quedó boquiabierto ante las sombrías palabras de Richard—. Hasta que llegue al fondo del asunto —continuó—, creo que es prudente no poner a James en peligro. Por supuesto, contactaré con mi abogado de inmediato y pondré en marcha algunas investigaciones.

Al ver la extraña mirada que le dirigía Wrighton, Richard añadió:

—No se preocupe, Wrighton, mantendré al chico y a su hermana a salvo. No codicio el título. Le pertenece a él.

Hubo una pausa embarazosa. Richard casi podía oír cómo giraban los engranajes de la mente del anciano.

—Entiendo, señor. Se lo haré saber al resto del personal. Puede confiar en nuestra discreción.

—Haré todo lo posible para resolver esto y reunir al joven vizconde y a su hermana con su abuela —dijo Richard—. Su reclamación del título debería ser sencilla, ya que los documentos y el sello parecen bastante concluyentes, y usted y su esposa han dado fe de su parecido. Espero que su abuela haga lo mismo. —Richard tuvo un pensamiento inquietante—. A menos que...

—No se preocupe por eso, señor —dijo Wrighton—. La viuda no es en absoluto torpe, aunque se quedó algo confundida durante un tiempo después de la muerte del viejo vizconde. Nunca se dejaría engañar por impostores, pero yo juraría sobre una pila de biblias, perdón, señor, que el muchacho es quien dice ser. Ella los reconocerá con toda seguridad.

—Bien. Mientras tanto, debemos mantenerlos a salvo.

En ese momento, sonó la campanilla de la puerta.

—Debe de ser el doctor Chesney. ¿Lo hago pasar, señor?

Richard asintió y el mayordomo salió corriendo.

Tras la marcha del médico, se decidió que Emma se instalara en la habitación ya preparada para Richard. Después de mover sus cosas a su nuevo dormitorio, Richard fue a ver cómo estaba el joven vizconde, que ahora estaba instalado en la habitación del otro lado del pasillo. Asomando la cabeza por el umbral, vio la pequeña figura dormida en medio de una gran cama con dosel. Satisfecho de que el chico estaba a salvo, Richard volvió al salón. Era el momento de trasladar a la joven, que seguía sumida en el más profundo de los sueños.

El ama de llaves levantó la vista cuando Richard entró en la habitación.

—Creo que está durmiendo más tranquila ahora, señor, y ha recuperado el color.

Richard miró a la chica. Sus mejillas tenían un tono mucho más saludable. Se agachó y la cogió en brazos con cuidado. Para su sorpresa, ella volvió la cabeza hacia el pecho de él y dejó escapar un suave suspiro.

Por fin, con la ayuda de la señora Wrighton, colocó su adormecida carga en la cama. Richard se quedó un momento mirándola y luego sacudió la cabeza. ¿Cómo había podido ser tan estúpido para confundirla con un muchacho, con sus pómulos salientes, su delicada barbilla y sus labios de capullo de rosa?

—Me quedaré aquí por ahora, señor, hasta que llegue Polly —dijo la señora Wrighton—. Pobre señorita Emma. Parece que está acabada. Pensábamos que todos habían perecido hacía tiempo... y ahora aquí está ella, y el querido señorito James también. —La anciana se secó los ojos enrojecidos con la esquina de su delantal—. La viuda se alegrará de saber que están a salvo. La pobre señora se aferró a la creencia de que aún estaban vivos mucho después de que el resto de nosotros hubiera perdido toda esperanza. Estaba inconsolable cuando los tribunales los declararon muertos. Se lo tomó mucho peor que la noticia de la muerte del señorito Frederick. —La señora Wrighton dirigió a Richard una mirada cómplice—. Le ruego que me perdone, señor, pero su muerte fue más bien una bendición. Los problemas que le causó a su pobre madre…

Richard aplacó su curiosidad por el difunto Frederick y, con una última mirada a la joven dormida en la cama, partió hacia su propia habitación.

Richard se frotó los ojos. Dios, estaba agotado. Su nueva alcoba estaba fría, pero ya no le importaba. Lo único que quería era un buen sueño reparador. Se quitó las botas, se acercó a la puerta y las colocó con cuidado una al lado de la otra. A continuación, se deshizo de su pañuelo del cuello, lo dobló con cuidado y lo dejó en una silla. El hecho de que su ayuda de cámara no estuviera presente no era excusa para el desorden, se dijo a sí mismo, reprimiendo un bostezo. A continuación, la camisa y los calzones, que también dobló y puso junto con el pañuelo. Sonrió mientras sacaba el camisón de su maleta. Menos mal que Carter siempre insistía en llevar uno. Richard rara vez llevaba camisón, pero esta noche sería una excepción. Hacía mucho frío.

Lamentando únicamente haber descuidado la redacción de las cartas a la viuda y a su abogado —después de todo, necesitaba tener la cabeza despejada para escribir—, Richard se arrastró por fin bajo las acogedoras mantas de la cama. Antes de caer rendido, en lo último que pensó fue en el rostro dormido de la muchacha.

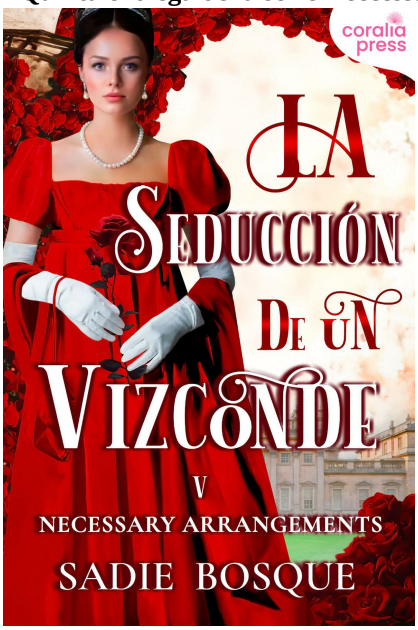
[1] Carruaje de dos ruedas veloz y liviano con cabida para un pasajero además del conductor.

[2] Cinta o cadena colgante de un reloj de bolsillo.

[3] Lugar donde se guardan las sillas y guarniciones de las caballerías.

Sinopsis

Quinta entrega de la serie Neccessary Arrangements



Solo una actriz escandalosa...

Josephine Claremont oculta su verdadera identidad y su difícil pasado tras la fachada de un elegante seudónimo y un estilo de vida refinado. Como la actriz más destacada de Londres, se ha jurado a sí misma que nunca sacrificará su independencia ni su dignidad por ningún caballero. Es la reina de la alta sociedad y no piensa abandonar su trono, ni siquiera por el apuesto vizconde que se ha empeñado en ganar su corazón.

...Es capaz de poner de rodillas a un libertino.

Richard Lewis, vizconde Gage, no cree en el amor. Sus hermanas pueden haber caído en las redes del matrimonio, pero él valora la fría lógica por encima de todo y, aunque deba cumplir con las exigencias de su título y casarse con la dama adecuada, no está dispuesto a sucumbir ante ninguna fantasía romántica.
Cuando una noche apasionada con la fabulosa actriz lo lleva a reevaluar sus convicciones, se compromete a conquistarla a toda costa. Sin embargo, la orgullosa belleza no le dará la menor oportunidad.

Esta historia nos sumerge en un romance apasionado y lleno de intrigas, donde los sentimientos y la razón chocan en un juego de seducción y resistencia. **¿Podrá Richard romper las barreras tras las que Josephine se ha refugiado, o será ella quien enseñe al libertino el verdadero**

significado del amor?

Nota de la autora

¿Hubo mujeres dramaturgas en los siglos XVIII y XIX?
Por supuesto que sí. Algunos ejemplos se mencionan en esta novela. Eliza Haywood, Charlotte Charke y Mary Robinson fueron personas reales, y, por supuesto, no fueron las únicas. A pesar del gran número de dramaturgas exitosas, no siempre fue fácil superar a los autores masculinos. A algunas de estas mujeres les robaron sus ideas y se les negó la publicación hasta que utilizaron un seudónimo masculino.
Pero otras tuvieron un poco más de suerte.
El personaje de Jane Smith y su teatro, el Incomparable, están basados en Jane Scott y su teatro Sans Pareil. Fue dramaturga, directora de teatro y actriz hasta su matrimonio en 1819. Vendió su teatro por una suma considerable, y más tarde se convirtió en el Teatro Adelphi.

Sobre la autora



Sadie Bosque es una autora de romances históricos llenos de magia. Apasionada viajera, nos traslada con sus historias de amor al encanto de otras épocas y escenarios, dándoles voz a sus personajes para que se comuniquen con los lectores a través de sus propias experiencias y emociones. Los héroes y heroínas de los libros de Sadie son seres imperfectos, con sus fallos y con un gran corazón. Sadie cree que el «Felices para siempre» tiene que ganarse a pulso. Las pruebas y tribulaciones por las que pasan sus protagonistas los hacen más fuertes, consiguiendo que el desenlace sea mucho más dulce.

Puedes contactar con ella en:

https://sadiebosque.wordpress.com/contact/

Créditos

Edición en formato digital: septiembre de 2024
© 2024, Sadie Bosque
© 2024, Coralia Press

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del copyright.

https://coraliapress.com/

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo
Sinopsis
Nota de la autora
Créditos
Índice

---

[1] Breve ópera cómica.